MARCELO LARRAQUY

PRIMAVERA SANGRIENTA

ARGENTINA 1970-1973

UN PAÍS A PUNTO DE EXPLOTAR

GUERRILLA, PRESOS POLÍTICOS Y REPRESIÓN ILEGAL

SUDAMERICANA

A la memoria de mis padres

INTRODUCCIÓN

Este libro prenuncia la década del setenta.

Trabaja sobre un lapso breve, entre 1970 y 1973, cuando se define un estado de situaciones que serán recurrentes en los años siguientes.

Es un tiempo histórico en el que la posibilidad de hacer política, de promover una transformación social, una alternativa real para tomar el poder, tenía la violencia como condición inherente.

La violencia no fue la tormenta que emergió sobre un cielo azul. Ya estaba instalada en la Argentina. El autoritarismo militar, basado en el supuesto de que las Fuerzas Armadas debían operar sobre la cúspide del sistema político y guiar el destino del país por encima de la Constitución, generó un trasfondo de violencia que a su vez fue fortaleciendo el imaginario revolucionario.

La idea de revolución tenía horizontes diferentes para los grupos armados que la sustentaban. Para algunos, el regreso de Perón al país era el tránsito hacia un socialismo todavía no delineado; para otros, el modelo vietnamita y cubano superaba los límites del peronismo para la liberación de la clase obrera. Aun con objetivos, tácticas y estrategias diferenciadas, desde distintas organizaciones enfrentaron la dictadura militar que gobernaba el país.

Las Fuerzas Armadas no se habían llamado a sosiego. Entendían que las fronteras eran ideológicas y el enemigo era interno, en el marco global de la Guerra Fría.

Incluso antes de que la idea de la revolución, en la segunda parte del siglo XX, alimentara los sueños de la militancia política y/o armada, las Fuerzas Armadas ya estudiaban cómo eliminarla. La confesión basada en las torturas a sus militantes y la desaparición forzada de personas fueron los instrumentos para desarticular las organizaciones armadas. La desaparición del cuerpo impedía el conocimiento del hecho y protegía a sus ejecutores. En esta época se produjo en casos aislados. Luego, la técnica se perfeccionaría y se convertiría en una metodología del terrorismo de Estado.

A menudo se sostiene que la democracia no era un valor en la década de 1970. Es cierto. La democracia, entendida como democracia liberal, no estaba en la mente de ninguno o casi ninguno de los actores que atraviesan este libro. Ni siquiera de la sociedad. Desde el golpe de Estado de 1930, votar a un presidente en forma libre y sin proscripciones era un ejercicio que apenas había sido conocido dos veces en más de cuatro décadas.

El tercer acto electoral sería el 25 de mayo de 1973. Y como en las dos oportunidades anteriores, volvería a vencer el peronismo. Ese día, con la multitud en las calles, parecía un día feliz como ningún otro. La consumación de una utopía. Una realización luminosa. Una primavera. Por la noche, la movilización popular arrancó a los presos políticos de las cárceles.

Pero la primavera quedaría desteñida, con la sangre hasta el cuello. Este libro intenta recoger el sentido de esa experiencia.

MARCELO LARRAQUY

Capítulo 1

Secuestro y crimen del general Aramburu. La Calera revela la identidad de Montoneros. Emilio Maza, el primer caído. Clandestinidad, fuga y muerte de Fernando Abal Medina. Perón: el aval implícito.

Con Aramburu estaba muy tranquilo en el secuestro, pero no tenía puta idea de lo que pasaría después.

IGNACIO VÉLEZ CARRERAS,
Grupo fundador de Montoneros, "Los Sabinos"

Se trataba de producir un hecho detonante, que partiera de la conciencia peronista y combativa de las masas, que de por sí fuera la definición contundente que bastara por sí para identificarnos como tales. Un hecho que, a la vez elevaría a nivel violento, la contradicción peronismo-antiperonismo, por donde pasaba la contradicción principal de la sociedad argentina. Un hecho, además, de justicia que era ansiado por el peronismo desde 1955 y que, consumado, quitaría al régimen una "carta de recambio", a jugarse —llegado el momento— para inaugurar una nueva etapa de seudo-legalidad.
["Documento verde", Montoneros, julio de 1972.]

El 29 de mayo de 1970, poco antes de las nueve de la mañana, el general Pedro Eugenio Aramburu estaba en su dormitorio cuando Emilio Maza y Fernando Abal Medina ingresaron el Peugeot 504 blanco en el garage de Montevideo 1037, estacionado hacia la calle. Le prometieron al empleado que saldrían en pocos minutos. Cuatro miembros de Montoneros merodeaban la vereda de enfrente, con distintas coberturas, para controlar los movimientos de calle. Carlos Gustavo Ramus estaba al volante de una camioneta *pickup* IKA-Renault; Mario Firmenich, con uniforme de policía, autorizaba su detención momentánea; Carlos Maguid, vestido de sacerdote, estaba próximo al ingreso del Colegio Champagnat, de la orden de los Hermanos Maristas, justo enfrente del edificio donde vivía Aramburu. Norma Arrostito, con una peluca rubia, caminaba por la vereda. Todos estaban armados.

En esa época era muy meticuloso. Era reconocido por eso. Estaba el operativo en los planos y lo analizaba durante dos horas. Y a mí me quedó la sensación de que era complicado. Éramos una orga que no tenía experiencia en este tipo de cosas. Salió bien, pero en la previa me parecía complicado. Yo estudiaba abogacía y tenía un kiosco en Córdoba Capital. Todavía era distribuidor de chicles Bazooka, caramelos Stani. Vivía en Villa Allende. Mi viejo era abogado del foro local. Éramos todos legales. Había llegado unos días antes a Buenos Aires. Vine con Cristina [Liprandi], que no participó. El Gordo [Emilio Maza] ya estaba acá. Hay cosas que la historia hace de casualidad. El 29 de mayo, Día del Ejército. Yo creo que no se pensó la fecha. Por ahí, el Gordo y Fernando [Abal Medina] la pensaron. Llegamos en un Peugeot, Capuano [Martínez] al volante, yo al lado, Fernando y Maza. Estacionamos en el garage, vamos los tres al edificio, se queda Capuano. A Mario, a Maguid y a Arrostito no los vi

porque era un operativo compartimentado. Fernando y el Gordo estaban vestidos de militares, yo de civil con pelo cortito y un sobretodo que todavía tengo. Teníamos muy buena formación para actuar como militares. Yo voy al séptimo piso. El Gordo y Fernando, al octavo. / Ignacio Vélez Carreras

Maza y Abal Medina tocaron el timbre del departamento "A" del octavo piso, y Sara Herrera de Aramburu les abrió la puerta. Pidieron hablar con el general. Ella les cedió el paso y los invitó a sentarse en el sillón. Les ofreció café y se fue. El general se vistió con la misma ropa del día anterior y demoró unos minutos en presentarse en el living. Después de una breve conversación, los visitantes le pidieron que descendieran con ellos.

Bajamos los cuatro, todos juntos en el ascensor. Él estaba convencido de que iba a una asonada. Y ahí caminamos, subimos al Peugeot. Soy el único que está vivo de ese viaje: en la ida, hasta detrás de la Facultad de Derecho, donde estaba la camioneta, una Jeep Gladiator, y se hizo el transbordo. / Ignacio Vélez Carreras

El general Aramburu partió con sus captores hacia la estancia La Celma, propiedad de la familia Ramus, en Timote, a 428 kilómetros de Buenos Aires. Al mediodía, las radios anunciaron su secuestro.

Yo había dejado una Renoleta estacionada cerca de los bosques de Palermo. Y nos quedamos en Buenos Aires viendo algunos detalles operativos; dejar los fierros, ese tipo de cosas. Y después, camino a Córdoba, pasamos por Rosario y dejamos en dos o tres baños los comunicados del secuestro de Aramburu, con lo cual dispersábamos la búsqueda. Llegamos a Córdoba bien. / Ignacio Vélez Carreras

Cuando llegaron a La Celma, Aramburu fue alojado en el dormitorio principal y comenzaron a interrogarlo. Por la tarde se conoció el primer comunicado con la firma de Montoneros en el que advirtieron que no negociarían su libertad y lo someterían a un "juicio revolucionario". Le apuntaron su responsabilidad en la matanza de veintisiete civiles y militares en 1956, la represión, la proscripción, la profanación y desaparición del cuerpo de Evita, y anticiparon que lo matarían y que entregarían sus restos cuando fuesen devueltos los de Evita. En el último de los cuatro comunicados, Montoneros anunció que lo habían matado.

Hasta entonces no existía información pública de Montoneros.

La organización era resultado de la fusión de grupos de hombres y mujeres que se conocieron en liceos militares, colegios, parroquias, misiones espirituales, y fueron amasando la idea de que el cambio revolucionario debía surgir por medio de la lucha armada. Uno de los grupos "originarios" de Montoneros era de la provincia de Córdoba. Lo conducían los ex liceístas Emilio Maza, "El Gordo", e Ignacio Vélez Carreras. El otro grupo, la "célula porteña", se gestó con estudiantes egresados del Colegio Nacional de Buenos Aires. Lo lideraban Fernando Abal Medina y Mario Firmenich. Se denominaron Comando "Camilo Torres", en honor al sacerdote y guerrillero colombiano caído en combate en 1966. Los dos grupos se conocieron por mediación del ex seminarista Juan García Elorrio, que activaba agrupaciones de militantes en torno de la revista que editaba, *Cristianismo y Revolución*, desde la que reivindicaba la lucha revolucionaria. A partir de su vínculo con el ex delegado de Perón, John William Cooke, el ex seminarista facilitó el acceso para el entrenamiento militar en Cuba a Abal Medina y Maza.

El contacto entre "los originarios" de Córdoba y la célula porteña prosperó. La frecuencia de viajes de Maza a Buenos Aires y de Abal Medina a Córdoba produciría la fusión bajo el nombre de "Montoneros".

Después de una exploración territorial por Vera, en el norte de Santa Fe, para la posible instalación de un "foco rural" como detonante de acciones armadas, "Montoneros", comenzó a robar armas y dinero en acciones sin firma, o con la firma de "Comando Peronista de Liberación", en su estrategia de "adaptación urbana" de la teoría del foco.[1]

Cuando hacíamos un análisis del peronismo, sentíamos que había una distancia muy grande entre el líder y las bases. Y ese lugar intermedio estaba vacante. El Viejo, con una gran habilidad, hacía creer que podía ser ocupado por distintos sectores, aprovechándose del policlasismo del Movimiento. Para nosotros, ese lugar significaba un doble reconocimiento, de Perón y de las bases. Existía la convicción de que teníamos que producir determinados hechos detonantes que nos iban a dar prestigio y que permitirían reorganizar a las masas peronistas. El Viejo había dicho: "Hay que desensillar hasta que aclare". Ese amanecer queríamos hacerlo nosotros. Teníamos que producir un hecho que fuera convocante a nivel masivo, que no hubiera ninguna duda de su identidad peronista y que el Viejo tuviera que reconocerlo. Trabajamos juntos con la célula de Capital desde principios de 1968. La coincidencia entre los dos grupos se dio en el objetivo. Fernando [Abal Medina] tenía una audacia pavorosa en la toma de decisiones. Un tipo con mucha sensibilidad pero muy operativo. En cambio, el Gordo Maza buscaba pensar las cosas dos veces. En un momento, cuando se habló del "juicio revolucionario" a Aramburu, alguien se burló y dijo: "¿Juicio revolucionario?… pero que sea justo". Y el Gordo lo frenó: "No creas que es algo divertido". Para juntar armas y dinero "hicimos" varios destacamentos policiales, el Tiro Federal. En diciembre de 1969 fuimos a La Calera. Ahí me conocía todo el mundo. Era un lugar de veraneo de las familias de Córdoba, y nos cagamos a tiros en el banco, no firmamos la operación y le pedimos ayuda al grupo Lealtad y

Lucha, que habíamos conocido en la capilla Cristo Obrero. Lo incorporamos a Montoneros. Un disparate, porque hacían trabajo de base, territorial. Les hicimos cortar todos los lazos y los convertimos en combatientes.[2] / Ignacio Vélez Carreras

Pertenecíamos a un grupo que hizo experiencia en la capilla universitaria Cristo Obrero. Allí se había planteado por primera vez, en Córdoba, el diálogo católico-marxista. Seguíamos a tres curas que representaban las ideas de cambio, la iglesia tercermundista. Uno de ellos se declaró a favor del Plan de Lucha de la CGT, con ocupación de fábricas. Se armó un revuelo tremendo. Comenzamos una relación bastante fuerte con el grupo Cristianismo y Revolución, de García Elorrio. Y después formamos Lealtad y Lucha, y si bien ya conocíamos al Gordo Maza, habíamos militado juntos en la etapa universitaria y caímos presos en un acto, el momento de la unión se produce azarosamente después de La Calera, en 1969. Después del tiroteo en el banco, como les había fallado una casa operativa, nos llamaron y nos dijeron que necesitaban aguantar a unos compañeros. Y aguantamos a Abal Medina, que estaba herido en un pie, y a otros dos más. Los tuvimos cuatro o cinco días en una casa y los sacamos de Córdoba en un auto. Nosotros teníamos trabajo en barrios, relación con sindicatos, actuábamos en la legalidad y no encontrábamos la veta para prepararnos militarmente, tener armas… Y cuando se produce la fusión, inmediatamente después de lo de Aramburu, a Lealtad y Lucha nos piden desarmar lo que habíamos armado, integrarnos a Montoneros y participar de La Calera, la segunda. Todo fue precipitado. Querían hacer un hecho inmediato para que no se creyera que era una organización fantasma que había hecho un secuestro pero no tenía continuidad. Muchos de nuestro grupo participaron, pero yo no. No tenía preparación militar.

Jamás tuve un revólver. / Luis Rodeiro, grupo fundador de Montoneros, "Los Sabinos"

> [El Operativo Aramburu] tiene su complemento en el segundo [La Calera]. Aquí se trata de dar continuidad al primero; se trataba de un hecho netamente militar y que tenía como objetivo una incuestionable demostración de fuerza y de acción bélica que expresara la seriedad militar y borrara la imagen de [acción] aislada y de grupo comando que podía quedar del primero. Poderío que se probaba incluso territorialmente [al tomarse una población]; secundariamente, la recuperación de dinero y armas, y por el hecho casual de que una huelga obrera importante coincidiera con la fecha programada.
> ["Documento verde."]

Para La Calera yo me sentía mucho más tranquilo y convencido. Con Aramburu estaba muy tranquilo en el secuestro, pero no tenía puta idea de lo que pasaría después. La Calera era lo que yo conocía. Por ahí, la única preocupación era que se hacía con gente de Lealtad y Lucha. De todos modos, el mayor protagonismo lo teníamos nosotros, que teníamos más experiencia. Pensaba que en La Calera podrían reconocerme. Iba con un pañuelo que tenía elástico atrás, me lo subía y me lo bajaba. Lo usé bastante. La Calera tenía dos lugares complicados militarmente: la comisaría y, a dos cuadras, el banco y la municipalidad. Yo estaba a cargo de la zona del banco. El Gordo tenía la comisaría. La idea era hacerlo rápido. / Ignacio Vélez Carreras

* * *

Cuando todavía no se sabía dónde estaba Aramburu ni quiénes eran los "montoneros" que decían haberlo secuestrado, se decidió copar La Calera, a dieciocho kilómetros de la ciudad de Córdoba.

La operación tuvo un primer contratiempo cuando Elbio Alberione —acababa de abandonar el sacerdocio—, que debía ir en busca de un auto que ingresaría en la localidad para iniciar la toma, se quedó dormido.

El operativo se levantó.

Se realizaría dos días más tarde.

El 1º de julio de 1970, Montoneros tomó La Calera con cuatro comandos de dieciséis personas. Utilizaron cuatro vehículos: un Fiat 1500, un Renault 4, una camioneta *pickup* Chevrolet y un Torino que había sido camuflado como patrullero. Le habían puesto la inscripción "Comando Radioeléctrico - Policía de Córdoba".

Entraron en el pueblo con cinco grados bajo cero. Todavía era de noche. A las siete y media de la mañana, una pareja ingresó en la subcomisaría para hacer un reclamo, como argumento de distracción. Pocos segundos después llegó el Torino "policial" y descendieron "oficiales" con uniformes e insignias. Avisaron que debían hacer un allanamiento en un barrio cercano y pidieron la lista de policías disponibles y el máximo apoyo. Cinco minutos después, los dos policías de la subcomisaría estaban encerrados en el calabozo, mientras se comenzaba a cargar armas, proyectiles, uniformes en bolsos y a pintar "Montoneros" en las paredes. Por *walkie-talkie* se avisó a los otros comandos del éxito inicial. El otro objetivo, la sucursal del Banco de la Provincia de Córdoba, todavía estaba cerrado al público. En la esquina, dentro del jeep de policía, estaban el subcomisario y un agente. La camioneta *pickup* lo chocó desde atrás y así redujeron a la comisión policial y la llevaron, manos en alto, hasta la pared del edificio municipal, que ya estaba tomado. Otro grupo aprovechó para ingresar en el banco, donde había gente trabajando, incluido el gerente. "Esto no es un asalto. Somos

montoneros. Queremos la plata para distribuirla entre los obreros de SMATA." En ese momento, los trabajadores de la automotriz IKA-Renault estaban en huelga y un conflicto estudiantil dominaba las facultades cordobesas.

El grupo comando salió del banco con cuatro millones de pesos. A la salida, volverían a encontrarse con el cabo Manuel Argüello, que vio el jeep policial chocado y se acercó a la esquina. A Argüello ya le habían pegado siete balazos el 26 de diciembre de 1969, cuando parte del grupo fundador, todavía bajo el nombre de "Comando Peronista de Liberación", asaltó el mismo banco de La Calera. Entonces había sobrevivido a una ráfaga de ametralladora.

Seis meses después volvió a enfrentarlos. No tuvo tiempo de sacar el arma; una bala le alcanzó el pecho, otra le rozó la cadera y dos plomos le quedaron hundidos en la espalda. Pero sobreviviría.

La toma de La Calera, todavía en las sombras del día, continuaba en el edificio de Correos y la central de Telégrafos. "Aquí el grupo 3 del comando. Todo en orden. ¡Viva Perón!", se avisó por *walkie-talkie*. En el edificio rompieron cables de teléfono para impedir la comunicación, dejaron un paquete con un cartel de "peligro explosivo" y se fueron. La caja contenía un radiograbador con un casete de la "Marcha Peronista" y un discurso montonero.

Los objetivos de la toma —la subcomisaría, el banco, la oficina de correos y telégrafos y el municipio— estaban cumplidos. El "patrullero" Torino lideró la retirada, lo siguieron los otros vehículos, soltaron miguelitos para impedir la persecución y se dispersaron por distintos caminos. Uno de los autos, que llevaba el botín de armas, se descompuso, y robaron otro. Mientras escapaban, el subcomisario se desató y llegó en un auto hasta la sede del III Cuerpo de Ejército, a ocho kilómetros, para comunicar la novedad. Las fuerzas militares bloquearon caminos, dos

aviones despegaron para sobrevolar la zona, y policías y civiles también salieron en busca de los guerrilleros. Una camioneta F-100 fue utilizada para esa búsqueda. Se detuvo cuando vio a dos personas en un barrio. Una de ellas era Luis Losada.

Yo me había hecho cargo del entorno del banco, y comenzamos a actuar cuando se impactó sobre el coche policial. Cuando nos retirábamos, estábamos convencidos de que todo había salido bien. No corríamos ningún riesgo. Tiramos miguelitos a la salida. Pero nuestro auto falló y nos llevamos el de un vecino. Y el compañero que nos llevó nos dejó a cien metros de la casa operativa en el barrio Rivera Indarte, para que no la conociera. Era un barrio pequeño. No había gente. Nos bajamos con los bolsos y el auto se fue. Inmediatamente apareció una F-100 con tres civiles, de los cuales dos eran policías y el otro era el dueño de la camioneta. Yo no había calibrado que los bolsos, con las armas de la comisaría y la plata, pesaban como setenta kilos cada uno. Y teníamos que llevar dos cada uno. Cuando pararon los tipos y me preguntaron una dirección, no sospeché nada. Les indiqué y seguimos viaje y enseguida sentí ¡clac!, la puerta de la camioneta se abrió, se bajó un policía y le pegó un culatazo a Pepe [José] Fierro y lo redujo. Teníamos la consigna de no entregarnos vivos, entonces yo, que estaba del lado del conductor, del ángulo delantero izquierdo, tiré para cubrirme, y el tipo estaba cantándome el "alto" y apuntándome con las dos manos. No tenía ninguna posibilidad de errarme. Hice el intento de sacar la pistola y me disparó con una .45. Di una voltereta en el aire, caí y perdí la conciencia. Nos redujeron a los dos. Nos llevaron en la camioneta, yo creí que me habían pegado en el hígado y que me moría. A él [José Fierro] lo dejaron en la comisaría de Villa Allende y a mí en la de La Calera, y luego en un hospital, atado de pies y manos. Fierro "cantó" la casa operativa que habíamos alquilado para llevar los bolsos y la casa de

Los Naranjos. Esto lo reveló él públicamente después de muchos años, en un documental.[3] / Luis Losada, grupo fundador de Montoneros, "Los Sabinos"

Losada fue llevado al Hospital Militar, donde le hicieron las primeras curaciones, y luego a la sede de la Policía Federal en Córdoba, para torturarlo. Fierro quedó en manos del Ejército. Del interrogatorio se conocería la ubicación de la "central operativa" de Montoneros en Córdoba.

Después de La Calera fui a mi casa en Villa Allende a guardar las armas. Era un embute impecable. Y de ahí me fui a laburar al kiosco. Llegando a Córdoba escucho por radio: "Dos detenidos…". Enseguida pasó el Gordo Maza y fuimos en auto a Villa Rivera Indarte. Vimos la casa de Luis Losada rodeada de patrulleros y ahí nos fuimos a la casa de Los Naranjos. No la conocía nadie. Lo que nosotros no sabíamos es que habían llevado a Pepe Fierro hacía veinte días y se dio cuenta de dónde estaba. Cuando lo detuvieron, la cantó. Pasó noches enteras en la cárcel llorando por ese tema. En Los Naranjos estábamos [Carlos] Soratti, el Gordo Maza, Cristina y yo. Soratti y el Gordo dijeron: "Salimos un rato y venimos". / Ignacio Vélez Carreras

Después de interrogar a Fierro, una comisión policial fue a la casa de Los Naranjos. Antes de llegar, encontró a Maza y a Soratti caminando cerca, estaban a una cuadra. Fueron llevados con pistolas en la espalda hacia la casa. Maza advirtió una camioneta que arrancaba, golpeó al policía y corrió hacia ella. Logró apartar al conductor y subirse. Pero ya tenía un tiro que le perforó el páncreas e impidió su fuga. Soratti fue neutralizado.

Enseguida que salieron Maza y Soratti, sentí los disparos. Le dije a Cristina que fuera para la última pieza, levanté una persiana y vi a dos tipos armados que entraban. Eran canas. Ahí tomé un arma, yo era buen tirador, los tenía regalados… pero decidí que no. Estaba con el arma en la mano y no tiré. Me entró una cosa cristiana, quedé inmovilizado. No tiré ni solté el arma. No es que estuviera descartado, pero en general había que combatir. Y ellos patearon la puerta, abrieron y me dispararon. | Ignacio Vélez Carreras

La toma de La Calera sorprendió a la provincia. Quinientos policías, apoyados por la Gendarmería y el Ejército, rastrillaron las calles de la Capital y barrios aledaños para "desbaratar la célula montonera". Para el gobernador de Córdoba, eran miembros de familias tradicionales; para el jefe de la Policía provincial, "inadaptados".

> Subsiste todavía en Córdoba la impresión causada por el operativo extremista en la población de La Calera, que estuvo tomada con sus 10.000 habitantes por espacio de 20 minutos. Se calcula que unos 15 jóvenes en 5 automóviles, profusión de armas y aparatos intercomunicadores actuaron en el hecho. La policía ha detenido a 6 personas, ya identificadas, entre ellas un matrimonio; habría 6 personas más bajo arresto y otra docena demorada en averiguación de los hechos. Por los panfletos y el material secuestrado en los allanamientos posteriores, se estableció que actuaron unidos elementos de ideología extremista. Todos los detenidos son estudiantes, pertenecen a conocidas familias y ostentan un expectable nivel de educación. En la requisa de una casa se habría comprobado que allí se disfrazó un coche Torino como patrullero policial. En la vivienda del matrimonio detenido se halló un verdadero arsenal. Otro de los presos llevaba 15 granadas de mano, 4

pistolas-ametralladora, 40 revólveres y pistolas, un radiorreceptor y 2 uniformes.
[*La Voz del Interior*, Córdoba, 2 de julio de 1970.]

Nos internaron con Maza en el hospital San Roque. A mí me cortaron la arteria femoral, tiraba chorros de sangre. Los primeros días, el Gordo estaba consciente. Nos cuidaba un gendarme y nos apuntaba para que no habláramos. Los dos teníamos la concepción de que íbamos a morir. Por cuestiones de seguridad estábamos juntos en la misma habitación. El director del hospital, Enrique Martínez, era muy amigo de mis viejos. Nos trataban bien. Yo de a ratos perdía el conocimiento. Lo único que sé es que en un momento determinado el Gordo no estaba en su cama, y me largué a llorar como loco. / Ignacio Vélez Carreras

Maza moriría una semana después del disparo. Tres mil personas participaron de su entierro. Después, su cadáver fue trasladado a Buenos Aires para que lo reconociera la esposa de Aramburu. Fue vestido de militar, como el día del secuestro. Ella dijo que se parecía. Maza fue el primer muerto de Montoneros. Perón, desde Madrid, le envió una corona.

La retirada fallida de La Calera revelaría los nombres de los integrantes de Montoneros. Maza había anotado en un fichero las últimas incorporaciones, los militantes de Lealtad y Lucha, con referencias visibles, sus ámbitos de militancia, experiencias, adiestramiento militar, indicios que facilitaron la labor de los investigadores. La conexión de la casa de Los Naranjos con la célula de Capital Federal se reveló por un permiso de manejo que Norma Arrostito le había firmado a Maza para que se desplazara por Buenos Aires. A partir de la caída de la casa operativa, alrededor de cuarenta miembros o colaboradores de la organización guerrillera pasaron a la clandestinidad. La televisión y los diarios

publicaron las fotos de Abal Medina, Arrostito, Firmenich, Ramus, Capuano Martínez, Sabino Navarro, con la inscripción “buscados”.[4]

Luego de la operación de La Calera, una veintena de militantes de Lealtad y Lucha emprendió la fuga. Uno de ellos era Luis Rodeiro.

Como yo no tenía entrenamiento militar, mi tarea política para La Calera se había reducido a difundir los comunicados. Yo le había cuestionado a Maza que los del secuestro de Aramburu eran textos militares, anodinos, sin relación política, y en el de La Calera hice referencia directa a la lucha de SMATA. Él los aceptó y los difundimos.

Después de La Calera saltaron todos los nombres. Nos llevaron a Santa Fe. Estuve una semana, la infraestructura era mínima, después fuimos a vivir a una casa de estudiantes vinculada al peronismo, en Chaco. Ya seríamos cinco o seis, todos con documentos falsos. Nos fuimos desparramando. Yo fui a una casa en Corrientes, no podía salir a la calle, me traían la comida a la pieza. Y después me mandaron a Buenos Aires. Me recibió el Negro [José] Sabino Navarro y me guardó en una casa en San Telmo, que era del grupo Descamisados. El líder en ese momento era el cura [Eliseo] Morales. Montoneros casi no tenía estructura. Sabino y Abal Medina habían asaltado un banco en Ramos Mejía para juntar algo de plata. Yo me enteré después.

Entonces, Sabino me llevó a una reunión en una casa donde vivían Abal Medina, Norma Arrostito. Abal me explicó sobre la posibilidad de fortalecer la cosa en Salta, había algo incipiente. En esos tratos, Firmenich no existía. Hicimos otra cita, con un riesgo innecesario, en un bar por ahí cerca, en San Telmo. Habrá sido en la segunda quincena de agosto. Fernando tenía puesto un bigotito rubio, y él era lampiño. Tenía un gran dominio de sí mismo, se movía con mucha seguridad. Me acuerdo de que salimos del bar y los kioscos estaban atiborrados de papeles con su cara, y

Abal pasaba y los miraba con total tranquilidad. En el bar se estableció que la próxima cita sería el 7 de septiembre. Yo tenía que ir a la estación William Morris. Seguí encerrado en la casa, sin ninguna tarea para desarrollar. Sólo debía esperar esa fecha. En la reunión se definiría mi viaje a Salta, me iban a dar el cuadro de situación, los contactos.

Tomé el tren en Retiro. En la estación me esperaba Sabino y de ahí fuimos a la pizzería. Cuando llegamos ya estaba Fernando sentado, solo. Era una reunión de tres personas. Abal, el Negro Sabino y yo. Había poca gente. Ya era de noche. Afuera, en el auto que había traído a Abal Medina, de custodia, estaba Gustavo Ramus. Y también el auto que había traído a Sabino. Pero yo, cuando entré en la pizzería, no los vi. Empezamos a conversar sobre mi partida a Salta. Les dije que si viajaba tenía que tener un arma, porque no tenía. Y después, no sé cuánto tiempo habrá pasado, llegó un patrullero y entraron cuatro policías y pidieron documentos. Fue un hecho totalmente azaroso. Ni Abal Medina había llegado perseguido a la pizzería, como se dijo, ni el dueño del bar lo reconoció. Mi hipótesis es que llamó a la policía porque creyó que íbamos a asaltar una farmacia que estaba en la esquina. Si hubiera avisado que estaba Abal Medina, habrían venido cien canas. Cuando pidieron documentos, Sabino Navarro y Abal mostraron credenciales de la Policía Federal. Y se fueron. A mí ni me lo pidieron. El conflicto se armó afuera. Yo no lo vi.

Supuestamente, los policías fueron hacia el auto de Ramus, que estaba lleno de armas, y él, que los había visto entrar en el bar y no sabía qué estaba pasando adentro, reaccionó y se produjo el tiroteo. Un tiroteo total. El Negro Sabino saltó por la ventana, y Fernando fue hacia la puerta para salir de la pizzería y empezó a disparar. Lo tengo borroso. Uno vive eso experimentalmente, pero no recuerdo los detalles. Yo estaba sin armas, traté de protegerme. El Negro salió con bastante suerte, porque subió a un techo y apareció a la vuelta de la manzana, y lo levantaron sus compañeros

con el auto. Eran su custodia. No sé quiénes eran. Después, yo intenté salir y vi a Abal tirado en el suelo, en la puerta de la pizzería. Y ahí me detuvieron. Me llevaron a una comisaría de William Morris, estuve tres o cuatro días, me torturaron y me trasladaron a una comisaría en Morón. En el interrogatorio, los tipos, que serían de Coordinación Federal, sabían muy poco. Después, el Negro Sabino hizo un comunicado y difundió mi detención para que no me hicieran desaparecer. Mi cargo fue "uso indebido de documentos". Quedé a disposición del Poder Ejecutivo y procesado por lo de La Calera. Estuve en la cárcel de Encausados de Córdoba. Era todo una locura, el vicedirector era peronista, sacábamos un diario los sábados. / Luis Rodeiro

Como lo de La Calera era un delito federal, me llevaron a Coordinación, en Buenos Aires, y me torturaron. Incluso me pusieron en una prueba de reconocimiento por el caso Vandor. En cambio, cuando volví, en la cárcel de Encausados de Córdoba teníamos un trato de privilegio. El director nos trataba de compañeros, más o menos. Recibíamos visitas de todos los partidos, sindicatos, se hicieron manifestaciones populares por nosotros en Encausados. Venían amigos y compañeros que nos pedían incorporarse. Pero [de] Montoneros de Córdoba, después de La Calera no queda nada, se desarticuló completamente. / Luis Losada

El 16 de diciembre de 1970, la Sala Penal de la Cámara de Apelaciones dictó las condenas por el secuestro y crimen de Aramburu: Carlos Maguid, a dieciocho años de prisión por "asociación ilícita calificada, robo y homicidio calificado"; Ignacio Vélez Carreras, a dos años y ocho meses por encontrarlo "cómplice secundario de privación ilegal de la libertad calificada", y al padre Alberto Carbone, a dos años de prisión condicional como autor de "delito de encubrimiento". Por el mismo fallo se pidió la

captura de Norma Arrostito, Mario Firmenich, Capuano Martínez, José Sabino Navarro y Carlos Falaschi.

* * *

Apenas Maguid comenzó a cumplir su condena, Perón le envió una carta desde Madrid: "Hemos seguido como propia la 'odisea' vivida por usted con motivo del ignominioso juicio que terminó con su inicua condena. Tristes días son para la patria, cuando los verdaderos patriotas son objeto de la persecución más despiadada, pero la condena de los canallas, transitoria en sí, no puede ser sino efímera como será el destino de la dictadura y su injusticia. Ya el pueblo argentino se encargará de liberarlo junto con la Patria y entonces faltarán árboles en Buenos Aires para hacer efectiva una justicia por la que se está clamando hace quince años. La hora de redención de los proscriptos llegará a su tiempo, y en ella, cada uno recibirá su merecido porque no se puede escarnecer a un pueblo sin que un día 'se sienta tronar el escarmiento'. Es larga ya la lista de los mártires y de los héroes que están honrando las filas de nuestro justicialismo. Nuestra obligación para con ustedes constituye un deber de conciencia, que ningún peronista podrá olvidar. La guerra revolucionaria en que estamos empeñados contra la canalla dictatorial se intensificará cada día y no hemos de parar hasta liberar a la patria y devolver la soberanía que ha de hacer al pueblo dueño de su destino. Esa hora, que no puede estar lejana, será de ustedes, los jóvenes, que lo dieron todo por ese destino y que merecen por ello el bien y el agradecimiento de la propia patria. Le ruego, querido compañero, quiera tener la amabilidad de hacer llegar mi abrazo más estrecho y afectuoso a todos los presos peronistas que, como usted, pagan el honor y el deber de ser buenos argentinos. Le felicito por su decisión de

seguir aun desde la cárcel la lucha, porque los grandes de alma no se anulan con rejas ni cerrojos, más bien se estimulan".[5]

1 Para este cambio influyó el *Minimanual del guerrillero urbano* del comunista disidente brasileño Carlos Marighella, que recomendaba desarrollar acciones de "propaganda armada" con la apropiación de dinero, armas, imprentas, documentos. Eran operaciones que —aseguraba Marighella— despertarían la "simpatía" del pueblo y la desmoralización del enemigo. La "lucha expropiadora" era el sustento para desarrollar el "foco urbano".

2 En la primera operación de La Calera, el 26 de diciembre de 1969, fue herido Fernando Abal Medina, de la célula porteña. Ese año, el grupo había asaltado una comisaría en Carlos Paz, el puesto de vigilancia del Hospital Militar y una sede de Tiro Federal, acciones que le habían permitido consolidar su arsenal.

3 "Yo no me lo banqué. Cuando me metieron la cabeza en el agua y sentía que me asfixiaba… no aguanté. Fue un error nuestro. A mí me llevaron a esa casa [del barrio Los Naranjos] y me hicieron salir manejando un vehículo. No la tendría que haber conocido. Fue un error mío porque no aguanté la tortura. Pero fue un error de los compañeros que me hicieron salir de esa casa sin las normas de seguridad." Declaración de José "Pepe" Fierro para el documental *1970: Montoneros y el copamiento de La Calera*, producido por El Cuarto Patio, Córdoba, www.youtube.com/watch?v=LJyGbugLBTI. Fierro falleció en 2011.

4 Aramburu fue asesinado el 1º de junio. Su cadáver fue encontrado el 16 de julio de 1970 en la estancia La Celma, propiedad de la familia de Ramus, en Timote, provincia de Buenos Aires. Estaba en el sótano, amordazado, con las manos atadas en la espalda, los ojos vendados y los párpados pegados con cal. El 8 de junio, el general Juan Carlos Onganía había sido obligado a renunciar a la Presidencia por la Junta de Comandantes y cerró la primera etapa, de cuatro años, de la "Revolución Argentina". Las rebeliones populares en el interior del país, las disputas internas en el poder castrense, el secuestro de Aramburu y, sobre todo, el derrumbe de su autoridad signaron el final de su gobierno.

5 La carta de Perón a Maguid fue enviada en el marco de un intercambio de correspondencia con Montoneros. Hacia fines de 1970, la organización guerrillera

comunicó los fundamentos de la ejecución de Aramburu —"La razón fundamental era el rol de válvula de escape que este señor pretendía jugar como carta de recambio del sistema"— y preguntó si esa acción había interferido con los "planes políticos inmediatos" de Perón. También se refirió a la "hipotética contradicción" entre la política del peronismo respecto de la convocatoria a elecciones y "la vía armada como opción estratégica" para tomar el poder. Perón respondió a Montoneros el 20 de febrero de 1971. Negó que la ejecución de Aramburu interfiriera sus planes: "Estoy completamente de acuerdo y encomio todo lo actuado. Nada puede ser más falso que la afirmación de que con ello ustedes estropearon mis planes tácticos". En cuanto a las elecciones, coincidió con el escepticismo de sus interlocutores: "Hemos visto ya demasiado para creer en semejante patraña". Y dio a Montoneros autonomía de acción, en tanto los esfuerzos estuviesen coordinados detrás de una finalidad objetiva.

Capítulo 2

Conformación de las FAR y su bautismo de fuego: la toma de Garín. FAL: los primeros ataques de la izquierda armada. 1970: los presos políticos inauguran el pabellón de Villa Devoto.

En la cárcel de Devoto no nos quisieron dejar entrar. Estábamos muy cagados a palos. Había un pibe que estaba marrón.

RAÚL MONSEGUR, FAL

Las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) toman la localidad de Garín, en el norte del Gran Buenos Aires. Durante una hora neutralizaron la comisaría, el banco y la central telefónica del pueblo. Se llevaron armas, uniformes y 700.000 pesos moneda nacional. Mataron de un tiro en el estómago a un cabo de policía.
[*Clarín*, 31 de julio de 1970.]

[El cabo primero Fernando] Sulling se resistió absurdamente y nos vimos obligados a disparar sobre él. Esto se ha repetido docenas de veces en combates nuestros y de otras organizaciones armadas. Y toda vez que esto ha ocurrido, el enemigo se ha escandalizado, nos ha llamado asesinos, cobardes, etc. Pensamos que una vez más es preciso insistir, no

hablando ya para el enemigo sino para los asalariados que se juegan la vida por intereses que no son los de ellos. Para ellos repetimos que ni FAR ni ninguna otra organización revolucionaria tiene intereses en liquidarlos. Es el sistema al que hay que liquidar y no a sus representantes más empobrecidos y más golpeados. Pero deben comprender que en el momento del combate hay que elegir entre ellos y nosotros, y la causa que nosotros representamos es superior; por eso nos elegimos a nosotros. No peleamos por dinero ni por los bienes materiales inmediatos, y eso trae también una superioridad moral abrumadora.
["Reportaje a las FAR", *Cristianismo y Revolución*, abril de 1971.]

Desde mediados de la década de 1960, un grupo de militantes que renunciaron al Partido Comunista, el Partido Socialista y otras agrupaciones de izquierda constituyó el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Algunos eran parte de una juventud progresista, una pequeña burguesía no vinculada al peronismo, y aspiraban a la creación un tercer movimiento histórico que superara la división peronismo-antiperonismo. Otros provenían de los "Comandos de Resistencia Santiago Pampillón", entrenados en la "acción directa" frente a la dictadura de Onganía en Córdoba. Todos tenían en su horizonte la experiencia de la revolución cubana, por la vía de la lucha armada. Para equiparse, se iniciaron en acciones de "expropiación" y fueron a entrenarse en la isla con la voluntad de sumarse como grupo de apoyo a la expedición por el monte boliviano del Che Guevara, hasta que se enteraron de su muerte en octubre de 1967. El fracaso de la experiencia del "foco rural" modificó la estrategia y se vincularon con grupos peronistas, lo que durante años había representado una discusión interpretativa e ideológica clave, y terminaron por aceptar su "praxis" política, aunque sin abandonar el "marxismo-leninismo" como metodología de análisis de la realidad. Aún sin un nombre de pertenencia —este período luego sería recordado como el

de las "proto-FAR"—, intensificaron la formación y la práctica guerrillera con acciones de propaganda. La de mayor trascendencia, en este tiempo de anonimato, fue el incendio —con pelotas de ping-pong en las que introdujeron componentes químicos— iniciado en las góndolas de trece sucursales del supermercado Minimax, en junio de 1969, para repudiar la visita del magnate Nelson Rockefeller, accionista de la empresa.

"Nosotros sentíamos que de algún modo habíamos expresado una necesidad popular procediendo a la destrucción de esos supermercados, pero al mismo tiempo comprendíamos que no estábamos en condiciones de responder a la expectativa de continuidad que esa operación había hecho crecer en vastos sectores populares. No hubiéramos podido mantener ese nivel de combate con la precariedad organizativa que teníamos en ese entonces", afirmaron en un reportaje publicado en *Cristianismo y Revolución* en abril de 1971.

Poco tiempo después, el grupo definió su nombre —Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR)— y la operación, el bautismo de fuego con el que se daría a conocer: la toma de la localidad de Garín, sobre la ruta Panamericana, en la zona norte del Gran Buenos Aires.

El 30 de julio de 1970, Garín fue tomada por siete comandos compuestos por alrededor de cuarenta personas en una acción de "propaganda armada" y "expropiación" de recursos económicos. La sincronización de la operación, un mes después de la operación de La Calera, impactó al general Roberto Levingston, que acababa de asumir la presidencia. Suspendió la agenda del día y convocó al Consejo Nacional de Seguridad (Conase). "La subversión internacional ha elegido nuestro país como campo fundamental donde llevará su centro de gravedad continental", explicó Levingston por radio y televisión y enmarcó el conflicto en la "guerra contra el comunismo internacional".

* * *

La noche del 30 de julio de 1970 un alerta policial buscaba a los guerrilleros de las FAR, cuando otra organización armada, las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL), preparaba el ataque a un camión blindado que transportaba los salarios de los empleados de la Empresa Nacional de Telecomunicaciones (ENTel). El botín era de 47 millones pesos.

Las FAL eran una agrupación de lucha armada a la que habían confluido grupos de izquierda; actuaban en columnas independientes entre sí, con autonomía militar y política.[1]

El comando que atacaría el camión blindado lo componían ocho personas. Se habían alojado en el Hotel Náutico de Mar del Plata, donde también dormía la dotación de guardias y choferes del vehículo. El plan era esperarlos cuando regresaran de la cena o del casino y reducirlos. Lo hicieron. Los retuvieron en una habitación del hotel y llevaron al chofer para que les abriera el blindado. No sabían que el vehículo estaba estacionado en otro garage y custodiado por un policía con una ametralladora Uzi. Cuando llegaron, el chofer abrió el blindado para entregarles una bolsa, pero sacó de la unidad una ametralladora Halcón y comenzó a disparar. La operación se frustró.

El intento de robo al blindado fue publicado en el diario *ABC* de Madrid. Citaba un cable de la agencia EFE. El texto afirmó que los guerrilleros habían iniciado "una campaña combativa contra el imperialismo y todas las organizaciones federales, entre ellas la Policía y Coordinación Federal. Se presume que los asaltantes portaban armas de distinto calibre, además de aparatos receptores y de otros elementos modernos de fabricación japonesa. La forma de actuar de los extremistas y sus manifestaciones políticas, según apreciaciones policiales, guarda firme relación con el grupo

autodenominado Montoneros ligado asimismo al secuestro y muerte del teniente general Aramburu y otros actos delictivos de estos últimos meses".

Se armó el tiroteo en el garage, y el compañero que estaba conmigo se escapó y avisó al resto del grupo que rajara. A mí me agarraron. Ya en el auto de policía me empezaron a interrogar por lo de Garín. Me llevaron a la seccional, me golpearon la cabeza contra las columnas, cachetazos. No me trataban como a un chorro. Por la pinta, el reloj, la edad —tenía 22 años—, se dieron cuenta de que era guerrillero. Me preguntaron cómo era mi grupo, no habían agarrado a ninguno. Yo me hacía el pelotudo. Dije que era estudiante de la facultad, que una mina me invitó a formar parte de una agrupación antiimperalista, que no sabía el nombre de la organización, porque no firmábamos la operación. Esas eran las instrucciones que teníamos. Estaba todo estudiado. Incluso las caras. Yo tenía estudiado a Palito Ortega como mi responsable, y describí sus rasgos faciales, los corporales, todo. Era hasta que pudieras aguantar. En un momento dado, cuando ya había cobrado como Gardel, me preguntaron de dónde había sacado la .45 y dije: "En la armería Zibechi, de Mar del Plata", y era verdad. A último momento hacía falta una y fui, la probé y me la quedé. Después fue en cana el armero. A la madrugada me llevaron a la delegación de la Policía Federal, me desnudaron, me golpearon pero no me picanearon. En el calabozo dormía esposado con las manos atrás. Para lo único que me sacaban era para cagar. Cagaba con el tipo al lado. Era una sensación de mierda, pero tenía fuerzas. "Salgo y voy a ser un héroe, no canté…", pensaba. / Enrique Sokolowicz, Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL)

* * *

Pocos meses después del frustrado intento de ataque al blindado, otro grupo de las FAL intentó una operación en la provincia de Mendoza. Eran ocho. Viajaron en micro. Fueron detenidos.

Nos detienen, básicamente, por pelotudos. No se cumplieron las cuestiones mínimas de seguridad. Llegamos dos o tres días antes a un hotel de Mendoza, armados. Revisaron el ropero y encontraron las armas. Además eran cosas grandes, no eran pistolas. Y ahí empezaron a investigar a otros tipos en otros hoteles y nos engancharon a todos. No había que hacer una investigación muy profunda. Fue una cagada. No se había resuelto qué íbamos a hacer en la estadía previa. Además, la operación estaba planteada sin armas, las teníamos de camuflaje. Íbamos a llevarnos la bandera del Ejército de los Andes, que estaba en la Casa de Gobierno. Tenía que ver con lo del sable corvo de San Martín. Una cosa por el estilo. El gobierno militar no tenía que tener los símbolos patrios. Cuando volviera la democracia, la devolveríamos.

El plan era que uno se quedara a la noche en la Casa de Gobierno, abriera con una llave la vitrina donde estaba la bandera, la enrollara y la bajara por el balcón con una soga. Las armas eran para cubrir el hecho desde afuera. No había que reducir a nadie, y en la Casa de Gobierno no había nadie. La habíamos revisado. No se pudo hacer. Cuando volvimos al hotel, estaba la policía de civil. Nos llevaron a Investigaciones de Mendoza y nos identificamos como FAL porque nos picanearon mal. Nos mataron. Incluso en la detención vimos a un par de mendocinos, que no conocíamos pero que hacían algo en la operación. La historia de la tortura está en un libro de Cortázar, Libro de Manuel. *Tiene que ver con su militancia. Él estaba muy cerca del sindicato gráfico de [Raúl] Ongaro, y nosotros también. De ahí lo supo.*[2] / Raúl Monsegur

Los militantes de organizaciones armadas comenzaron sus experiencias en la cárcel. Dos acciones de foco rural ya habían sido desarticuladas: la del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) en 1962, en Salta, y la de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), en Taco Ralo, Santiago del Estero, en 1968. En ambos casos, sus miembros habían sido condenados y estaban en prisión. En enero de 1971, la Confederación General del Trabajo de los Argentinos (CGTA) elaboró una lista provisoria y exigió su libertad en una solicitada. Eran casi doscientos nombres, identificados por su filiación política (según "las informaciones periodísticas y policiales") y por la cárcel o dependencia policial donde estaban alojados. Había detenidos del Movimiento Nacionalista Revolucionario, Ejército Guerrillero del Pueblo, Fuerzas Armadas Peronistas, Juventud Peronista, Montoneros, Fuerzas Argentinas de Liberación, Juventud Revolucionaria Peronista, Ejército Revolucionario del Pueblo, Sacerdotes por el Tercer Mundo, Partido Revolucionario de los Trabajadores y militantes peronistas y combatientes populares. También precisaba quiénes estaban detenidos a disposición de Poder Ejecutivo o bajo la ley 17.401 de Represión del Comunismo.

Nos trasladaron en un avión de Mendoza a Coordinación Federal, en Buenos Aires. En la cárcel de Devoto no nos quisieron dejar entrar. Estábamos muy cagados a palos. Había un pibe que estaba marrón. Al final fuimos a un pabellón de la planta baja, en una de las alas del penal, el siete o el nueve. Había alrededor de treinta personas. Sería de quince metros por veinte, con camas dobles, marineras, espacio para cocinar, un depósito de comida. Había un externo al lado. Salíamos un par de horas a la mañana y un par a la tarde. Era bastante restringido. Los presos políticos caían por intentos de acciones armadas, manifestaciones. En su mayoría eran guerrilleros. Hasta ese momento la cárcel tenía presos políticos dispersos. Éste fue el primer pabellón que los agrupó a todos. Para la comida entraba

un carro con carne, fideos, harina, aceite. La cocinábamos en un calentador Primus y comíamos en la cama o sentados en el piso. Se podía ir al baño en cualquier momento. Había una clase muy rigurosa de gimnasia, karate. Éramos muy disciplinados, pero podíamos decir "hoy no tengo ganas". Los del ERP eran más disciplinados: metían presos a sus compañeros que estaban presos. En Devoto no había posibilidades, pero cuando estuvimos en el Chaco, los metían en celdas de dos por dos y, si hacían un acto de indisciplina, no los dejaban salir.

En la cárcel éramos básicamente de clase media, pero había unos cuantos obreros del PC. Había de las FAL, unos cuantos de las FAP. Del PRT en ese momento no había casi nadie, pero después montaron un pabellón especial. También hicieron un pabellón de montos, cuando empezaron a caer a lo pavote. Se podía pasar la mañana leyendo en la cama. Estudiábamos economía o política, leíamos El capital, *de Marx, y hacíamos análisis de la realidad, cómo iba a evolucionar todo. Aramburu fue una gran discusión. Nosotros no estuvimos de acuerdo con ese tipo de violencia. Queríamos hacer propaganda armada y que las armas custodiaran esa propaganda. Pero no había que enfrentarse a los tiros con alguien. Supuestamente era una etapa de acumulación para generar conciencia. Discutíamos mucho sobre "foco" e "insurrección". Era un quilombo importante. Con el foco parecía que no se necesitaba trabajo político, se pensaba que la gente se sumaba sola. Como el Che Guevara en Bolivia, que creía que los campesinos se iban a sumar porque había un foco armado. Y no se sumaron. La otra teoría guerrillera era hacer propaganda armada, trabajo político, para llegar a la insurrección.*

Los guardias venían a abrirnos el patio externo o nos llevaban al salón donde recibíamos a los abogados. El guardia no estaba armado. Es un preso más. Si se lo tomaba de rehén, había que pasar un montón de rejas hasta que encontrar a un guardia armado, que está afuera, prácticamente.

La cárcel era como un bloque en el que los guardias armados estaban del lado de afuera, y los desarmados del lado de adentro, con los presos. Los guardias no tenían problemas con nosotros, los tratábamos bien. Cuando entraban las visitas en el patio externo, se quedaban mirando.

Las visitas nos traían comida, tartas, cartas. Los libros políticos no podían entrar, pero se ponía una tapa encima de otra y entraban. El capital *entraba mucho con la tapa de* El Quijote. *Los presos políticos no confraternizábamos con los comunes. Cada pabellón tenía su propio horario. Compartíamos el patio exterior, pero no en forma simultánea. Confraternización en el fútbol. Había campeonatos en una cancha de fútbol, grande, de tierra, para once jugadores. Jugábamos contra los "canas" y los "comunes", todos contra todos. Cada pabellón tenía un equipo. Los "políticos" siempre salíamos últimos. Teníamos un preso que era árbitro. Los canas que estaban presos por afano, corrupción, eran buenos, pero los masacrábamos. Todos los presos comunes, desde los altos de los pabellones, miraban el partido de los políticos contra los canas, hinchando a favor nuestro. Eran partidos muy esperados. Rigurosamente. Te cagabas a palos, pero ojo, ibas en cana. Era un tema. Había penitenciarios mirando si alguien se zarpaba. En el patio externo pateábamos un poco una pelota desinflada.*

El preso camina. No importa si no tiene espacio. Va de una pared a la otra, de a dos o de a tres, diciendo pavadas, comentando o estudiando incluso. Un tipo que sabe cuenta cosas. En el patio hacíamos yudo. Nos entrenaba un compañero guerrillero, cinturón negro, una bestia. No jugaba bien al fútbol, pero pegaba donde correspondía. Era bastante peligroso. Los presos comunes se volvían locos con él, gritaban cada vez que pegaba.

Para mí, la revolución era pasado mañana. Yo caí en cana apenas terminé el secundario. Ni había terminado, me faltaba un par de materias. Tendría 18 años. Estaba haciendo el ingreso a la facultad. Éramos los más

pendejos del pabellón. Había tres de mi edad, uno de ellos era muy amigo mío, el pibe que cayó en cana con Alejandro Baldú (FAL), un rubiecito, Della Nave.[3] / Raúl Monsegur

Como estudiante, había caído detenido en un acto de la Federación Universitaria por avenida Córdoba y Pueyrredón. Nos acorraló un celular de la Guardia de Infantería. El ingreso se hacía por Coordinación Federal, en la calle Moreno. Ahí te podían dar la biaba o no. Yo estuve varias veces y no cobré nunca. No era sólo para tortura; tomaban los dedos, interrogaban, sacaban fotos, todo para el prontuario. Yo daba mi nombre legal. Se mentía sobre la persona de tu ámbito, la que te había contactado. De Coordinación fuimos a un pabellón de Devoto. Estuvimos una semana, treinta y pico de estudiantes hablando sobre posiciones políticas. Un pabellón grande. Se tomaba el desayuno ahí mismo.

Mi segunda detención fue cuando quisimos poner una bomba en un cine de la calle Corrientes, por la proyección de Los boinas verdes *[estrenada en 1968]. Era una película de propaganda anticomunista, "patriótica", sobre los estadounidenses en Vietnam. Yo fui al cine con pinta de "progre". Fui a mirar, a ver qué vigilancia había y cómo podía hacerse la cosa. Cuando salí del baño me revisaron, no tenía nada, sólo un libro en hebreo —hacía el secundario hebreo—. La cana decía que era un código secreto. Yo ya tenía antecedentes por lo de Devoto. Me detuvieron toda la noche y a la mañana siguiente salí. "¿Qué caño iban a poner?", me dijeron. Mi grupo puso la bomba en el cine dos días después.*

El "caño" era habitual en nosotros. En la Juventud Comunista varios compañeros se habían formado en la Unión Soviética. Y ahí aprendíamos, siempre de muy chicos, a usar caños galvanizados y explosivos de acceso libre, con relojes; los poníamos en bancos, empresas norteamericanas, dentro del tanque del inodoro de un baño. Había cien millones de maneras

de meter la bomba. Pero se alertaba para evacuar. No era una cosa para causar víctimas. Era para joder la función de la película.

Por el intento de robo al blindado en Mar del Plata tuve el cargo de "asociación ilícita", que era el más grave. Hice Azul, Dolores, La Plata, Azul. Ése fue mi recorrido en las cárceles. Estuve en celdas individuales, no existía el pabellón. Nunca comí en un comedor, traían la comida a la habitación, un plato de mierda de aluminio y mate cocido y pan. En la Cárcel Modelo de La Plata, imaginate, lluvia, celda, inodoro, la cama y todo el día encerrado, salvo cuando salía a la visita, la revisión médica o la ducha. En Azul se abría la puerta de la celda a las cinco y media, había un patio interior, muchas horas de vida social, hasta las nueve y media de la noche. Me condenaron a tres años.

La saqué barata porque un tipo muy influyente era amigo del fiscal de mi causa, hubo un contacto, propuesta de guita, y un día de invierno, a las siete de la tarde, me llamaron por megafonía en la cárcel. Me esperaba en un cuarto de la Dirección, en pulóver, el fiscal. Hablamos tres horas. La Argentina, la política… Cuando volví con los presos, era un gallinero. Jamás un fiscal había ido a hablar con un preso. Se cagaban de risa porque sabían que estaba negociando. El fiscal le tiró una parte al juez… mi viejo tenía la guita, cuando la guita contaba para algo. Después no sirvió para nada, nada más para que te la afanasen y te matasen después. Hasta el 74 se pagaba para salir. Yo tenía la sensación de que todo era parte de un recorrido revolucionario, y me duró un tiempo más, hasta que empecé a pensar que éramos unos salames, por más bien intencionados que fuéramos, y no parábamos de cometer, justificándolo, un delito tras otro.

A los veinte días de salir en libertad condicional, me propusieron participar en una operación de FAL, FAR y Montoneros por la liberación de las presas que estaban detenidas en la cárcel de Humberto Primo, en San Telmo. Dije que sí. Me tocó un rol secundario, en un intercambio de

automóviles. Vinieron y me dijeron: "Pasa esto, esto y esto. Necesitamos gente. ¿Querés participar?". ¿Te ponen en opción de decir que no? | Enrique Sokolowicz

1 La primera acción —que prepararon durante un año— fue el robo de armas al Instituto Geográfico Militar ubicado sobre la avenida Cabildo, en la Capital Federal, el 16 de junio de 1962. Fue el primer hecho armado de la guerrilla urbana. Por entonces la agrupación todavía no había definido su nombre. Sumaban alrededor de treinta, entre militantes, colaboradores y simpatizantes. En la madrugada del 5 de abril de 1969, otra operación obligó al pase a la clandestinidad de parte del grupo: asaltaron un vivac del Regimiento 1 de Infantería de Patricios, en Campo de Mayo. El botín obtenido fue escaso. La serie numerada de las gomas del camión que utilizaron —y abandonaron después del robo— fue la pista para identificarlos. El único detenido en forma inmediata fue Juan Carlos Cibelli, uno de los jefes de las FAL.

2 El sable corvo de José de San Martín, conservado en el Museo Histórico Nacional, fue robado por militantes de la Juventud Peronista (JP) en 1963, con la intención de enviárselo a Perón a Madrid, pero tras la detención y las torturas a uno de sus miembros, por parte de una brigada parapolicial, decidieron devolverlo. El sable finalmente fue guardado en el Regimiento de Granaderos a Caballo General San Martín, en Palermo, y en 2015 fue trasladado otra vez al museo. *El Libro de Manuel*, de Julio Cortázar, fue editado en 1973.

3 Carlos Della Nave había sido secuestrado cuando organizaba junto a otro militante de las FAL, Alejandro Baldú, el robo a un tren pagador. Un operativo policial lo detuvo en un galpón de las afueras de Luján, el 18 de marzo de 1970, lo torturaron en el lugar y luego lo trasladaron a Coordinación Federal. Como Della Nave, Baldú desapareció en esas horas, quizás en el mismo galpón al que habría llegado por la noche. Nunca quedó establecido en qué circunstancia fue secuestrado ni quedó registro de su paso por organismos de seguridad. La Policía Federal no admitió las detenciones de los dos militantes, que estaban siendo rastreados por su participación en el robo del vivac de Campo de Mayo en 1969. Para presionar por la legalización de sus detenciones, las FAL secuestraron al cónsul

paraguayo de Ituzaingó, Corrientes, Waldemar Sánchez, al que capturaron el 24 de marzo en Buenos Aires. La Policía sólo admitió la detención de Della Nave y mostró las pruebas del procedimiento en el galpón de Luján, como si acabara de realizarlo ese día. Pero no reconoció la detención de Baldú, lo calificó como "un prófugo de la justicia". La Argentina y Paraguay no mostraron interés en acceder a las peticiones de la organización guerrillera por la libertad del cónsul Sánchez. Después de postergar el plazo de su ejecución, las FAL liberaron a Sánchez por "razones humanitarias". Baldú nunca apareció. Se presume que murió en sesiones de tortura. Fue el primer desaparecido de la guerrilla en la década de 1970.

Capítulo 3

La fundación del PRT, "el desastre de Tucumán" y el liderazgo de Mario Santucho. La creación del Ejército Revolucionario del Pueblo. Córdoba-Rosario: el foquismo urbano. Asaltos a bancos y camiones de caudales: acumulación de fuerzas. Las primeras caídas. El secuestro del cónsul inglés Stanley Sylvester, gerente de Swift. Cárcel de Mujeres en Córdoba, junio de 1971: la primera fuga.

Yo estaba en la calle Córdoba y Corrientes y me metí en una obra en construcción, y cuando sale el cuerpo de Bello, me impresionó. Los trabajadores decían: "Ya vamos a salir nosotros con la 38…". Ahí me decidí por la lucha armada.

JORGE LUIS MARCOS, PRT-ERP

El Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) fue fundado el 25 de mayo de 1965, como cierre de un debate político de tres días en la sede del Sindicato de Peinadores del barrio de Once. El PRT era el resultado de la fusión de Palabra Obrera (PO), una organización trotskista liderada por Nahuel Moreno asentada en los sindicatos azucareros tucumanos, y del Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP), creado por los

hermanos Francisco René, Oscar Asdrúbal y Mario Roberto Santucho, que reunía grupos de estudiantes santiagueños y trabajadores de ingenios en Tucumán. Ambas organizaciones tenían concepciones diferentes. Nahuel Moreno pensaba en un partido con proyección sindical, y los hermanos Santucho, que habían recogido las experiencias de masas campesinas e indígenas latinoamericanas, confiaban en el potencial del proletariado rural del norte argentino como motor revolucionario.

Al momento de su fundación, la mayoría de alrededor de trescientos militantes que fundaron el PRT pertenecía a Palabra Obrera, y esa representación se trasladó a su comité de dirección, en el que esa organización retenía once de los dieciséis miembros.

A poco de su conformación, el PRT obtuvo dos representaciones parlamentarias en la legislatura tucumana, basadas en un acuerdo con el grupo peronista Acción Provinciana. Sería la única experiencia electoral.

En 1966, el decreto de cierre de once de los veintisiete ingenios azucareros decidido por la dictadura de Onganía comprometió más al PRT con la lucha de los trabajadores e indujo la radicalización de sus lineamientos.[1]

Las movilizaciones y la represión influyeron para que el sector "santuchista" del PRT promoviera, en su imaginario, la lucha armada como estrategia de poder. A diferencia de Moreno, dotado de una mayor capacidad de análisis teórico pero menos apegado a la praxis, que imaginaba que las huelgas en el proletariado industrial y los movimientos insurreccionales compondrían una pintura revolucionaria, que el partido tomaría para colocarse en su vanguardia.

Después del segundo y el tercer congreso del PRT, el sector de Santucho fue ganando posiciones y, entre los hermanos, Mario Roberto, el menor, fue construyendo un liderazgo propio. El modelo vietnamita de "guerra popular y prolongada", que requería la conformación de un "ejército rojo" que se

templara “de lo pequeño a lo grande” en “mil batallas tácticas”, fue tomando forma como línea partidaria. También lo era el castrismo.

Santucho pensaba en acciones “de propaganda armada” en el campo o en la ciudad. En períodos de “auge de masas” o en momentos de reflujo, el partido debía actuar como vanguardia armada de una “guerra revolucionaria” para la creación de un gobierno “obrero y popular”.

Antes del IV Congreso, proyectado para mayo de 1968, el PRT ya estaba dividido; cada sector organizó su propio congreso e identificó su línea según el nombre de sus periódicos (PRT-*El Combatiente*, de Santucho, y PRT-*La Verdad*, de Moreno).

La posición frente a la lucha armada —con sus fundamentos teóricos e ideológicos— los había separado. Moreno la descalificaba. Ya había hecho una evaluación negativa de Tacuara —una de las primeras manifestaciones de guerrilla urbana de inicios de los sesenta— y de la incursión rural en Salta del EGP en 1962. Atribuía el impulso por las “aventuras guerrilleras” a la impaciencia y desesperación de la “pequeña burguesía”, que actuaba desvinculada del movimiento obrero.

Santucho atribuía el énfasis teórico de Moreno a su falta de estrategia de poder.

Con la bandera de organizarse para la “guerra popular revolucionaria”, el PRT-*El Combatiente*, con alrededor de ciento cincuenta militantes, y las regionales Tucumán, Córdoba y Rosario como eje de crecimiento, organizó comandos armados para equipar su infraestructura.[2]

Los planes de iniciación de la lucha armada se aceleraron después del “Cordobazo”. Santucho preveía el lanzamiento para los primeros meses de 1970, con la toma de una radio y un cuartel militar. Sin embargo, en noviembre de 1969 se produjo el desbande de la Regional Tucumán tras la detención de un militante que, en el marco de una huelga de la CGT de los

Argentinos, trasladaba una "caja volanteadora", dispositivo que, conectado a un pequeño explosivo, arrojaba volantes por el aire.

Las precarias medidas de seguridad de la estructura partidaria facilitaron allanamientos y detenciones. La policía identificó a más de medio centenar de militantes y detuvo a ocho, y otros debieron profugarse. Buscado por la inteligencia policial, Mario Santucho fue detenido el 24 de noviembre de 1969 en el centro de San Miguel.[3] El "desastre de Tucumán", en ese período inicial, puso en riesgo la organización, que ya había sufrido escisiones de dirigentes disconformes por el cambio de línea del partido en el IV Congreso.

Con la mayoría del Comité Central encarcelado, las acciones se organizaron en forma horizontal por medio de sus regionales. La Regional Rosario buscó intervenir en conflictos obreros —el frigorífico Swift, la fábrica John Deere—, pero su principal foco de captación de militantes estaba en las facultades.

Yo era un estudiante de Ingeniería más o menos distinguido, pero no militaba. Después vino el golpe de Onganía, intervinieron la universidad, mataron estudiantes y empecé a participar en la movilización, la toma de la Facultad de Ingeniería. Cuando mataron a Adolfo Bello, vi el crimen. Era una galería que no tenía salida, la galería Melipal. Creo que estaban haciendo un acto relámpago, tirando volantes, y vi cuando lo corrieron. Bello se metió en la galería y entró un oficial de policía con cuatro o cinco policías más, le pegaron un tiro en la cabeza y vi que lo sacaban muerto, o gravemente herido. Yo estaba en la calle Córdoba y Corrientes y me metí en una obra en construcción, y cuando salió el cuerpo de Bello, me impresionó. Los trabajadores decían: "Ya vamos a salir nosotros con la 38…". Ahí me decidí por la lucha armada. Ese hecho, y otro de [Arturo] Illia, que había venido a un Centro Gallego de Rosario para un acto

público, que estaban prohibidos, y lo reprimieron. / Jorge Luis Marcos, PRT-ERP

Durante el "Rosariazo" de 1969, un grupo armado de esa regional del PRT-ERP asaltó un puesto de Gendarmería —robaron dos fusiles y pistolas — y luego planificó el asalto a un tren pagador en marzo de 1970.

Para el tren pagador teníamos un informante, el hermano del Zurdo [Rubén] Suárez, que trabajaba en el Banco de la Nación de Rosario. El tren pagador mandaba plata a distintas sucursales. Salió de la estación Rosario para una localidad de Santa Fe; nosotros lo abordamos en el camino. Ya lo teníamos chequeado. Llevaba la guita del Banco: 43 millones de pesos. Subimos al tren como pasajeros. Yo estaba en una puerta y en la otra, Cacho [Mario] Delfino. El tren estaba entrando en la estación. La guita la llevaban los dos pagadores, sentados en un asiento, como si fueran pasajeros. Tenían un valijón grande. Había un policía de civil de custodia, que miraba todo. Yo, por ejemplo, era muy flaquito, parecía un pibe de quince años, me puse a conversar con una nena. El Pelado [Enrique] Gorriarán Merlo y [Roberto] Coppo apretaron al cana, la valija la agarró Cacho y la tiró por la ventana en un lugar determinado en el que esperaban los compañeros con una camioneta. Una valija enorme, que estaba asegurada. Nosotros bajamos cuando el tren empezó a disminuir la velocidad, antes de llegar a la estación. Fue cerca de Rosario. Salió en los diarios. Lo firmamos como Comando. Todavía no había nacido el ERP. Creo que con eso bancamos la realización del V Congreso. / Jorge Luis Marcos

Definitivamente liberados del "pacifismo pequeñoburgués" de sus ex compañeros de ruta —el sector "morenista"—, el V Congreso

consolidaría la unidad político-militar de la dirección partidaria, con la creación de un ejército revolucionario para lanzarse a la lucha armada.

Santucho no quería quedarse fuera de las definiciones estratégicas: el debate del documento preparatorio, las resoluciones sobre el programa del partido, su ideología —entonces atravesada por el marxismo-leninismo, el trotskismo y el guevarismo—, las tareas que corresponderían a "combatientes" y a "militantes de masas" y, en definitiva, la decisión de cómo encarar la "guerra revolucionaria".[4]

Durante los días 29 y 30 de julio de 1970, un grupo de delegados de las regionales del PRT de Tucumán, Rosario, La Plata, Buenos Aires y Córdoba —que representaban a alrededor de 150 militantes— se reunió en una isla del río Paraná, frente a San Nicolás, para la creación del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). El símbolo elegido fue la bandera del Ejército de los Andes con una estrella roja de cinco puntas en el centro. Se calculaba que por entonces el PRT tenía alrededor de veinticinco militantes presos.[5]

La primera acción pública del ERP, su bautismo de fuego, fue el intento de toma de la comisaría 24ª de Rosario el 18 de septiembre de 1970. El resultado fue frustrante, como ya lo había sido el asalto a la comisaría 20ª en la misma ciudad, cinco meses antes. En aquella oportunidad hubo un enfrentamiento, sin muertos, y dieciséis militantes del PRT fueron detenidos. En cambio, el asalto de septiembre, la primera acción pública del ERP, que fue liderada por Gorriarán Merlo, fue objeto de críticas internas. Lo que se preveía una "acción limpia", de "propaganda armada" con "apropiación" de armas y sin riesgo de bajas, fue sangrienta. Provocó la muerte de un sargento y un cabo primero.[6]

El PRT-ERP se asentaría sobre el activismo cordobés, en su cordón industrial, en las afueras de la capital. La Regional Córdoba había conformado una "escuela de cuadros" en las sierras para los nuevos

militantes, para habituarse a la vida militarizada y a la lectura de materiales para su formación política, y alzaría su bandera en insurrecciones sociales. Contaba con dirigentes de fábrica —en FIAT, en IKA— que formaban parte de los sindicatos Sitrac-Sitram, militantes universitarios y equipos militares que organizaban acciones de "propaganda armada" para dar a conocer al ERP y sumar nuevos sectores sociales a la lucha armada. La prensa las reproducía como una novedad.[7]

Pero en forma inmediata a los hechos armados, la respuesta para el PRT-ERP serían las torturas, que marcaron un giro en la represión policial después del Cordobazo.[8]

* * *

Las acciones no se detuvieron. Un mes después, en febrero de 1971, en la búsqueda permanente de fondos, la Regional Córdoba del PRT-ERP daría el golpe económico más trascendente de la guerrilla.

La operación de Yocsina consistía en cortar el paso de un transporte blindado con un camión en la ruta. Había una camioneta blanca de apoyo, en la que estaba Robi [Santucho] con otros compañeros, que asaltaría el blindado cuando frenara. Era el blindado de un banco que venía juntando la recaudación de Cosquín, La Falda… Nosotros lo esperamos en Carlos Paz y empezamos a seguirlo. Tenía 121 millones de pesos. Era una fortuna. Íbamos detrás del blindado con una coupé Fiat 1500 como grupo de contención. Yo llevaba un fusil FAP [Fusil Automático Pesado] con balas perforantes. Estaba en la caja de la coupé, la había llenado de cemento y le dejé un hueco para tirar desde ahí. Cuando más o menos nos acercamos al lugar de la emboscada, pasamos al blindado y nos adelantamos un poco. Era la señal para el camión, que estaba estacionado a la vera del camino,

sobre la mano derecha. Mientras, la camioneta blanca en la que iba Robi se le puso adelante para ir retrasando la velocidad del blindado hasta que frenara y se le cruzara el camión. Le iban a tirar una molotov, no me acuerdo qué huevada de ésas, lo abrían y se llevaban la guita. Pero cuando el camión se puso delante del blindado y le cortó la ruta, el chofer giró, aprovechó una ladera, subió, bajó, y "tum", se acomodó en la ruta y se escapó. Nosotros ya estábamos cien metros adelante. Acabamos de detenernos y vemos que el blindado empieza a acelerar. Y cuando acelera, apunto y le tiro una ráfaga al frente, al motor, y el blindado hace "¡bum! ¡bum!", impresionante el impacto, pero no lo rompe, sigue andando. Iba a 130 más o menos. Y nos pasa. Entonces empezamos a perseguirlo. Hace un par de kilómetros y se mete en una estación de servicio a mano derecha, y los dos tipos bajan corriendo. Para que no hubiera quilombo, yo tiro hacia arriba, a unos hongos de cemento que había en las estaciones de servicio, son como un techo, antes estaban de moda. Tiro una ráfaga, bajamos el Gordo Toschi, Pepe Polti, y esas cosas que… una bala rebota, le roza el cuero cabelludo al chofer y cae al suelo. Pero no le hace nada. El tipo se queda ahí. Había un poco de gente en la cafetería. Y el Pepe se fue a correr al otro chofer, que había rajado primero. Al que quedó tirado le digo: "Dame la llave", el tipo me la da y grito: "La llave está acá, dejalo a aquel boludo". Entonces abro y un chico ahí, en la cafetería, dice: "Mirá, mamá… como en Combate*". Abrimos el blindado y eran cinco bolsas, las cargamos y salimos cagando. Después, los tipos fueron al hospital, y yo tenía un tío ahí, y según el relato de mi tío, los tipos estaban golpeados, heridos, me hizo un show y yo le dije: "Si nadie los tocó…. Es más, los cuidamos muchísimo". Nos fuimos a la mierda y nos siguió un auto, un Chevrolet 400, le tiré un poco adelante para que rebotara en la ruta y pegara en el auto, y el tipo paró. Llegamos a la ruta 20, entramos en el barrio Los Naranjos. Nos estaba esperando un Citroën viejo. Empezamos a*

meter las bolsas, bolsas así de guita, y nosotros cuatro no entrábamos. Y nos fuimos a la casa operativa y esperamos ahí. A todo esto, el Robi y los compañeros pensaban que había fracasado la operación y se fueron para La Falda, Cosquín, creían que los estaban buscando y a la tarde, en el diario de Córdoba, leyeron: "Asalto al blindado: 121 millones". "¡Qué culiados! Se afanaron la guita". Putearon a los choferes. Después fuimos a una casa, adonde iba a ir Santucho, y dejamos un papel debajo de la puerta: "Tenemos el toco". / Alejandro Ferreyra, PRT-ERP

* * *

Hasta 1971, el criterio era obtener recursos a través de bancos, camiones de caudales y, a veces, con acciones menores, a correos. En el copamiento de propaganda armada, en todo caso, se llevaban armas de la comisaría. El ERP hizo uno en 1971. En Córdoba se operaba como la Armada Brancaleone. Una vez fueron a robar un camión de caudales al hipódromo y se llevaron otro con las pruebas de los caballos para el control antidóping. Había errores. Normalmente, las organizaciones tenían mucha simpatía y contactos que traían la información de todos lados. Se seleccionaba el objetivo, y los equipos del ERP hacían la inteligencia. Las necesidades de recursos eran muy grandes. Existía un alto grado de independencia de las regionales. Esto permitía que con una estructura no muy grande hiciéramos centenares de operaciones. Cada comando que planificaba desarmar policías no informaba hacia arriba. Si se robaba un banco sí, porque necesitaban ir todos. Pero infinidad de acciones se hacían libremente. En ese tiempo no existía una estructura nacional. Santucho participaba de las operaciones porque tenía el concepto de que había que dar el ejemplo. Después se le prohibió participar, por el riesgo que se corría. No teníamos una visión desdeñosa sobre la policía y el Ejército.

Porque si bien ellos eran inexpertos con la guerrilla, nosotros también lo éramos. El Ejército abastecía de inteligencia a las fuerzas policiales, que eran las que siempre nos detenían en esa etapa. No recuerdo que se hubieran sacado presos de las cárceles para torturar o matar. El Ejército jugaba desde atrás, y la policía ya iniciaba una estrategia de formación antisubversiva. Se estaban preparando. Pero nosotros pensábamos que les íbamos a ganar.[9] / Humberto Tumini, PRT-ERP

El 1º de marzo de 1971, José Camilo Uriburu asumió el gobierno de Córdoba por decisión del general Levingston. En su primer día de gestión, Uriburu impuso cesantías que desencadenaron huelgas, movilizaciones y actos populares de la CGT local.

El III Cuerpo de Ejército ordenó la captura de los dirigentes sindicales —Agustín Tosco (Luz y Fuerza) y Atilio López (Unión Tranviaria Automotor, UTA), entre otros—. Una semana después, en la Fiesta Nacional del Trigo, Uriburu lanzaría la frase que tumbaría a su gobierno provincial y el de la Nación: "Confundida entre la múltiple masa de valores que es Córdoba, por definición se anida una venenosa serpiente cuya cabeza pido a Dios me depare el honor de cortarla de un solo tajo".

Las plantas fabriles se vaciaron, volvieron las movilizaciones, el jefe del Ejército, Alcides López Aufranc, dirigió la represión, actuó la Infantería, un obrero cayó muerto y una multitud acompañó el cortejo fúnebre. La protesta social luego se recordó como el "Viborazo".

El 15 de marzo, con la ciudad sitiada por la huelga, las marchas, las barricadas, más de doscientos cincuenta detenidos y varios heridos de bala, Levingston le pidió la renuncia a Uriburu, y una semana después, la Junta de Comandantes se la pediría a Levingston.

Cuando asumió la presidencia el general Alejandro Lanusse, a fines de marzo de 1971, la guerrilla ya era una preocupación para las Fuerzas

Armadas.

La convocatoria a una salida electoral negociada con Perón y los partidos políticos buscó disuadir su auge.

Para el PRT-ERP, la propuesta de Lanusse era apenas una señal "para los partidos burgueses" e incluso alertaba sobre el riesgo de que la actuación en sindicatos o la política pública desviaran a "las masas del camino de la guerra revolucionaria".[10]

En 1971, la Regional Córdoba y la de Rosario funcionaron como el epicentro de la tracción del PRT-ERP, que sobresalía sobre la precaria organización del Comité de Capital Federal —incluía la provincia de Buenos Aires— y el de Tucumán, que padecía las consecuencias del "desastre" de 1969.

El PRT-ERP de Rosario produjo el primer secuestro de la guerrilla de los años setenta con modalidad de "propaganda armada", que no preveía el desembolso de una cifra extorsiva por su libertad, ni tampoco su posterior ejecución, como había sucedido en caso de Montoneros y el general Aramburu.

Durante la última semana de mayo de 1971, el país estuvo pendiente de la resolución del secuestro del gerente inglés Stanley Sylvester, que dirigía el frigorífico Swift. Unos meses antes, la empresa había decidido cesantías y suspensiones de obreros, en rechazo al intento del gobierno militar de regular el precio de la carne. Desde entonces, el PRT-ERP venía atacando camiones del frigorífico y también de otras empresas de capitales extranjeros, incautaba sus mercaderías y las repartía en villas donde vivían obreros despedidos y migrantes del interior del país. Hacía doce años que Sylvester, cónsul honorario inglés, conducía Swift. El equipo militar alquiló una casa con garage en una calle de tierra, cortada, que daba a un terraplén ferroviario. La operación se ejecutó de manera improvisada, en el momento en que se chequeaban sus movimientos en el barrio Fisherton.

El secuestro de Sylvester fue una acción para las masas, para las reivindicaciones obreras. Era una acción de propaganda. El tipo era muy odiado por los trabajadores de Swift, y había un jefe de personal que era un hijo de mil puta. En Swift había mucha explotación. Normalmente tenían tres mil obreros. Pero en épocas de gran actividad tomaban personal temporario y llegaron a tener ocho mil.

En ese momento, el ERP en Rosario era muy chiquito. Teníamos compañeros que estudiaban y trabajaban en las fábricas. Yo estaba en el Comité Militar en ese entonces, y el secuestro estaba dentro de la línea operativa. Lo íbamos a tener cinco o seis días. Ya le veníamos expropiando camiones frigoríficos para llevar a la villa, porque había mucha miseria en el sur de Rosario. Y era una forma de organizar a la gente. Yo iba a dormir en la villa, teníamos el contacto de una familia muy numerosa, con nueve hijos. Le decíamos "La Puchero". El secuestro se le ocurrió al Tordo [Osvaldo] De Benedetti, que era de Santa Fe pero militaba en Rosario. Él estaba a cargo de los equipos de masas. La línea de los repartos nació del Tordo. El primero lo hizo él: parar camiones y distribuir la carne. La leche, en general, era de SanCor. Asaltamos dos veces la empresa SanCor. La expropiamos. Uno lo hice yo con mi equipo, y nos llevamos la guita del blindado y la de SanCor. Y los equipos de masas se llevaban los camiones de leche. El secuestro de Sylvester se decidió medio de golpe. El Maestro [Jorge] Molina, al que le faltaban dos materias para terminar Arquitectura —y después pidió licencia y la terminó—, y el Tordo lo estaban chequeando, vieron que iba a comprar el pan, lo agarraron, lo apretaron y se lo llevaron. Tenían la casa para guardarlo, le habían hecho un pozo en el fondo, en la tierra. El tipo estaba sentado ahí, en un pozo de dos metros. Arriba no le poníamos nada, y nosotros estábamos de guardia, en pleno mayo. A esa casa venía un montón de gente, entonces tuvimos que taparlo.

Me acuerdo de una vecina que le decía al Tordo: "Larguenló al viejo ése…", y el Tordo decía: "No, no lo vamos a largar nunca". La policía hizo una "pinza" sobre la vereda de enfrente, pero no en la casa. Sylvester se asustó pero él trataba de tranquilizarnos. No va a pasar nada, decía. | Jorge Luis Marcos

El comandante Augusto Feced de Gendarmería, a cargo de la policía provincial, el comisario Alberto Villar de la Policía Federal y el general Juan Carlos Sánchez, jefe del II Cuerpo de Ejército, tres de los hombres con mayor capacitación en operaciones antiguerrilleras del país, buscaron a Sylvester. Más de un millar de uniformados rastrillaron casa por casa en Rosario.

Las condiciones que impuso el PRT-ERP para la liberación del gerente de Swift fueron la reincorporación de ochocientos trabajadores despedidos, el pago de salarios adeudados, cambio en el trato laboral y reparto de 25 millones de pesos en alimentos, útiles y frazadas. La empresa cumplió con el pliego de exigencias; el 29 de mayo de 1971, 3.600 personas se acercaron a la planta del frigorífico con un bolso para retirar las provisiones, que incluía propaganda del PRT-ERP. Un día después, Sylvester fue liberado.

Nosotros controlamos la entrega de frazadas y comida. La policía nos dejó. No lo podían evitar. A nosotros nos dieron 25 mil dólares. Y lo largamos a Sylvester, fuimos en auto, lo dejamos casi en su casa. Lo sentimos como un gran triunfo. | Jorge Luis Marcos

* * *

En ese período temprano de los años setenta, cuando ya empezaban a conmover las primeras muertes, los pabellones de las cárceles empezaron a

ocuparse con detenidos en acciones armadas, movilizaciones, huelgas, pintadas callejeras o actos públicos. También se organizaron fugas, que fueron respaldadas casi sin excepciones por logística y planificación del apoyo exterior.

Las dos primeras fugas colectivas de presos políticos se produjeron en cárceles de mujeres administradas por monjas de la orden religiosa Buen Pastor. Eran militantes políticas que comenzaban a involucrarse en la lucha armada.[11]

La intención de administrar cárceles a semejanza de la vida de clausura religiosa, con talleres de costura, bordado o encuadernación de libros, para la reinserción en la vida doméstica luego del arrepentimiento, ya había sido desbordada por la transformación femenina en ámbitos estudiantiles, culturales, obreros y de política armada.

En junio de 1971 se produjo la primera fuga, en Córdoba. Fue organizada por el PRT-ERP en la tarde del viernes 12, justo en el momento en que en el Departamento Central de Policía se anunciaba a la prensa la detención de una "célula extremista" de guerrilleros de esa organización, acusados del robo del arma a un agente de tránsito, el robo de dos automotores y el reparto de ropas y útiles en barrios.

Las presas habían ganado confianza con las monjas. Tejían en una pieza, hacían manualidades, deambulaban por el patio interno de la cárcel.

El patio daba a un pasillo que conducía a la puerta de calle, que sólo estaba protegida por una reja con candado. Cada día, a las siete de la tarde, una empleada de la orden religiosa sacaba la basura por la puerta. Sólo la custodiaba un policía.

Las detenidas, que conocían los movimientos internos, debían avisar el momento oportuno.

La operación se presumía sencilla, y más sencilla resultó porque cuando la empleada abrió la puerta de la cárcel, quince minutos antes de la rutina

habitual, no estaba el policía que solía acompañarla, y un miembro del equipo militar del PRT-ERP la retuvo. Santucho, vestido de policía, entró en el pasillo para proteger la salida de las detenidas. Se fueron en dos autos que esperaban en la calle, custodiadas con fusiles automáticos.[12]

1 Los decretos de Onganía provocaron que alrededor de cincuenta mil obreros de fábricas azucareras y once mil cañeros fueran expulsados de su actividad. Muchos pueblos quedaron en el abandono y se produjo una migración interna por la que miles de tucumanos llegaron a las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba en busca de trabajo. En el marco de las protestas populares, en enero de 1967, la policía mató de un tiro en la cabeza a Hilda de Guerrero de Molina, militante del Ingenio Bella Vista en Tucumán.

2 La primera operación de "recuperación de recursos" la dirigió Mario Santucho con el Comando "Sargento Cabral", en 1969 asaltó la sede del Banco Provincia en Escobar. La detención posterior de uno de los miembros del comando develó la identidad del jefe del PRT-*El Combatiente*, que debió pasar a la clandestinidad.

3 Para salir del atasco, un grupo de la Regional Rosario y otros sobrevivientes del "desastre de Tucumán" decidieron rescatar a Santucho. Se organizaron para escalar una tapia y tomar la pequeña comisaría de Villa Quintero. El ladrido de perros callejeros puso en alerta al personal policial y frustró el intento. Santucho fue trasladado a la cárcel de Villa Urquiza, con mayores condiciones de seguridad.

4 Mario Roberto Santucho, en la cárcel de Villa Urquiza, decidió fugarse solo. Tomó un producto químico con ácido pícrico que le llevó su esposa; esto le provocó una lesión en el hígado, su piel se volvió amarilla, como si tuviera hepatitis, y fue trasladado al Hospital Padilla de Tucumán. El 9 de julio de 1970, un grupo comando organizó un operativo, pero el hospital estaba rodeado por la policía. Poco antes, Santucho había saltado una pared, se había escondido en un tacho de basura y había escapado por su cuenta.

5 El Comité Central quedó constituido por dieciocho miembros fundadores, entre otros, Mario Roberto Santucho, Luis Enrique Pujals, Enrique Gorriarán Merlo, Benito Urteaga, Domingo Menna, Juan Manuel Carrizo, Carlos Germán y Rubén Pedro Bonet. La

conducción del PRT-ERP funcionaría con cuatro instancias de dirección: el Congreso, que elegía al Comité Central, con representantes de distintos ámbitos y que definía la línea del partido; el Comité Ejecutivo, que ejecutaba las resoluciones; el Buró Político, que tomaba las decisiones en forma permanente, y los responsables de cada regional.

6 Dos meses después en Tucumán, el asalto al Banco Comercial del Norte, con un magro botín, llevó a prisión a dos miembros del Comité Central: Benito Urteaga y el contador Juan Manuel Carrizo, hasta ese momento, en su faceta pública, jefe de auditores fiscales de la provincia.

7 A fines de 1970, el ERP copó la estación ferroviaria del pueblo de Juárez Celman y tomó el destacamento policial, donde sólo había un agente. La operación impactó en la prensa provincial. En los inicios de la propaganda armada, para generar simpatías obreras, el ERP tomó la guardia de una fábrica custodiada por suboficiales retirados, y una de las guerrilleras del comando lo hizo marchar apuntado por una ametralladora; también reprendieron a un capataz acusado de maltrato laboral. Durante los primeros meses de 1971, la Regional Córdoba requirió el activismo constante de sus equipos militares, con copamientos de fábricas, "incautación" de armas a policías y asaltos a empresas como tareas de propaganda y consolidación de su infraestructura.

8 El primer impacto sobre el PRT-ERP fue la caída de Domingo Menna, uno de los fundadores de la regional, nacido en Abruzzo, Italia, que militó en la Facultad de Medicina y fue agitador callejero tras el golpe de Onganía. Miembro del Comité Central en el V Congreso, al momento de su detención, tenía participación activa en los comandos armados de la provincia. En enero de 1971, Menna fue torturado por la policía y luego alojado en la unidad penal 2, la Cárcel de Encausados de Córdoba.

9 El 12 de abril de 1971, la Regional Buenos Aires del PRT-ERP organizó el copamiento de la localidad de Gonnet, en La Plata. Tomó la subcomisaría, la central telefónica y la estación ferroviaria, con robo de armas y uniformes. La operación fue dirigida por Luis Pujals, que provenía de Palabra Obrera y trabajaba en la Junta Nacional de Granos. Era responsable de la Regional Rosario y también dirigía las acciones militares en la provincia de Buenos Aires.

10 En abril de 1971, la Regional Córdoba tuvo sus primeros sus primeros muertos por la acción guerrillera. Con las caídas de Marcelo Lezcano, José "Pepe" Polti y Raúl del Valle Taborda se produciría el primer acto de glorificación a favor del combate y el "heroísmo revolucionario", un discurso que se consolidaría hasta la disolución del partido. Lezcano, Polti y Taborda habían planificado la ejecución del mayor del Ejército Julio San Martino,

jefe de la policía provincial acusado de las torturas y la represión en el Viborazo. San Martino vivía en Alta Córdoba. El grupo conocía el recorrido que hacía de regreso a su casa. Lo esperó en una camioneta con las armas largas en el piso. Un vecino alertó su presencia, llegaron tres patrulleros, los guerrilleros escaparon y se inició una larga persecución. En un momento bajaron de la camioneta, enfrentaron a tiros a los perseguidores y, cuando se quedaron sin municiones y se rindieron, fueron fusilados. En el número 2 de *Estrella Roja*, el órgano del ERP, se escribió: "Ellos sabían que en esta guerra del pueblo la muerte podía sorprenderlos, en cualquier momento y lugar. No les preocupaba, porque confiaban seguros en que su lugar de combate iba a ser llenado inmediatamente y su fusil caído, multiplicado por mil". San Martino sería ejecutado por un comando de las FAR el 29 de julio de 1971, frente a su casa. Había abandonado la jefatura policial y era director del servicio penitenciario provincial. Cinco mil personas participaron de su entierro.

11 Desde 1890, las monjas estaban a cargo del correccional de Buenos Aires. Dos años más tarde se hicieron del control de otro en la ciudad de Córdoba. La cárcel de mujeres porteña ocupaba un edificio de la Casa de Retiros Espirituales de la Compañía de Jesús, construido en 1760 en el barrio de San Telmo.

12 De las cinco guerrilleras, cuatro pertenecían al PRT-ERP y otra a Montoneros. Eran Silvia Urdampilleta, Cristina Liprandi de Vélez, Diana Triay de Johnson, Alicia Quinteros y Ana María Villarreal, esposa de Santucho. Habían sido detenidas por reparto de mercaderías, tiroteo con la policía y el intento frustrado de secuestro de un armero. Cristina Liprandi había sido detenida junto a su marido Ignacio Vélez Carreras, el día de la toma de La Calera.

Capítulo 4

Fuga, persecución y muerte en la cárcel. Los "tubos" de Coordinación Federal: las torturas policiales. La cárcel de Devoto inaugura el primer pabellón de mujeres.

Finalmente, la cerradura saltó y pudimos salir entre el humo y el fuego cruzado. Ana recibió un tiro en un brazo y a Marina una bala le rozó la cabeza. Lo que debía ser silencioso y rápido fue una balacera infernal.

ANNA MARÍA PAPIOL, FAL

La segunda fuga de mujeres se produjo, quince días después de la de Córdoba, en la cárcel de San Telmo, también administrada por las monjas de la orden del Buen Pastor. Sucedió el sábado el 26 de junio de 1971.

> En una audaz y violenta acción comando, que por sus características no encuentra precedente en la escalada terrorista que azota a nuestro país, cuatro detenidas en el Instituto Correccional de Mujeres U. 3, ubicado en Humberto I 378 de esta Capital, fueron rescatadas por un grupo de por lo menos 10 personas, entre las que se contaban uno o más abogados. Esta última circunstancia es la que confiere al episodio ribetes realmente

sorprendentes y la que resultó ser la clave del plan ejecutado, ya que los cuatro principales autores del golpe lograron penetrar al presidio amparándose, precisamente, en credenciales de letrados. Lejos de actuar como tales, extrajeron armas de sus portafolios y atacaron a los guardias, cuatro de los cuales resultaron heridos, además de una de las religiosas que actúan en el establecimiento. El episodio no terminó con la liberación de las reclusas, ya que la policía se lanzó tras ellas y sus cómplices en espectacular persecución. Esta acción generó un intenso tiroteo en la calle Grito de Asencio y Atuel, donde uno de los malhechores fue abatido. En sus ropas se hallaron credenciales de abogado y miembro de un organismo judicial. Los restantes integrantes del grupo lograron huir, y hasta última hora de anoche la policía continuaba empeñada en una intensa búsqueda.

[*Clarín*, 27 de junio de 1971.]

El plan era que dos falsos abogados entraran en la cárcel el sábado por la tarde para ver a las detenidas. Los dos estaban calzados y, una vez adentro, apretaron a las monjas, que tenían a cargo la administración de la cárcel pero no la defensa armada. [Norberto] Liftschitz aprieta a la monja que tenía las llaves, la monja la tira lejos y cae debajo de un armario, en un desagüe. La celda estaba cerrada. Liftschitz la abrió con una o dos granadas. Esto alertó al sistema de guardia federal que estaba en el piso superior. Los tipos bajaban por las escaleras, y Bruno Cambareri, que tenía una metra, los mantuvo más o menos a raya, para poder liberar a las cuatro compañeras. Al estar bloqueados, los custodios van a la terraza y tiran a los distintos coches estacionados afuera. Había un montón de compañeros tirando al techo y así salieron las mujeres, pero dos quedaron heridas, y Cambareri también. | Enrique Sokolowicz

Ya con la puerta abierta, el grupo subió a los automóviles que los aguardaban a la salida, huyendo a gran velocidad. Queda como saldo las lesiones sufridas por sor Domitila —quien fue internada luego en el Costa Boero— y las heridas de bala que sufrieron J. Pablo Almeida, ayudante de 5º; Antonio Jiménez y Juan Carlos Schower, del mismo grado, y el ayudante principal Juan Pereira, quien en el momento del ataque se encontraba a cargo de la guardia. […] Los presuntos extremistas se dieron a la fuga en un Jeep Gladiator color azul y en un automóvil Chevrolet. Desde ambos vehículos se arrojaron gran cantidad de clavos de tipo miguelito. […] El siguiente escenario de los hechos fue la calle Piedras 1710, próxima a la sección Automotores de *Clarín*, cuyo personal observó con extrañeza que cuatro individuos jóvenes, actuando velozmente, procedían a descender de un automóvil marcha Chevrolet Super, color champagne acerado, al que dejaron mal estacionado a escasos metros del portón de salida de los vehículos de nuestro diario. Esto ocurría a las 13:40, aproximadamente. Se supo luego que los sujetos que habían descendido del vehículo, chapa B 195.438, se habían separado de inmediato. Tres de ellos —uno llevaba un bolso grande— se dirigieron hacia la avenida Caseros, en tanto un cuarto individuo fugaba rumbo a la avenida Martín García.

[*Clarín*, 27 de junio de 1971.]

Hicieron unas diez cuadras [desde la cárcel] y ahí estábamos otros cuatro coches. Yo era uno de los choferes. El coche era de mi viejo, lamentablemente. Yo tenía un 504 que habíamos afanado para la fuga, y un compañero, ya muerto en otra operación, se quiso quedar con el coche. Y yo pensé que en una segunda posición de un cambio de coches no habría ningún riesgo. / Enrique Sokolowicz

Según pudo establecerse posteriormente, los tres individuos, que tras abandonar el Chevrolet se dirigieron por Piedras, subieron allí a un automóvil marca Valiant IV, color gris perla, con la parte posterior del techo tapizada en material vinílico negro. El Valiant IV fue interceptado por un vehículo policial, perteneciente al VI Cuerpo de Vigilancia, iniciándose una nueva persecución. Esta unidad envió un mensaje por radio al Comando. Y de inmediato partieron otras unidades rumbo a Grito de Asencio al 3200, donde según la información suministrada por el patrullero se había entablado un tiroteo con los ocupantes del Valiant IV. En ese lugar, poco después, la concentración de fuerzas policiales era espectacular. Se hallaban presentes diez patrulleros con personal fuertemente pertrechado con armas largas y cortas, y un camión del Cuerpo Guardia de Infantería con su dotación fuertemente armada.
[*Clarín*, 27 de junio de 1971.]

Se había podrido tanto la cosa que nos siguieron con un helicóptero que volaba por Amancio Alcorta, en Parque Patricios. Yo llevaba a Bruno Cambareri y a su mujer, que había participado en la operación, y después se bajó. En el ínterin, tratamos de tomar un colectivo y hacer que la gente se bajara, pero el colectivero no abrió la puerta. Ya estábamos en el quilombo. Hasta que encuentro una "pinza" infernal. Nos estaba esperando un retén de la policía. / Enrique Sokolowicz

El Valiant IV ingresó velozmente en Grito de Asencio, perseguido por el patrullero. En la intersección de esa arteria y la calle Iguazú se detuvo el patrullero al ver que por Atuel (la otra esquina de Grito de Asencio) aparecía otro vehículo policial. Así, el Valiant IV quedó cercado en ambas esquinas. En ese momento descendieron las fuerzas policiales, al tiempo que tres individuos bajaron del Valiant IV haciendo fuego

indiscriminadamente contra los agentes del orden. Cayó herido en una pierna el sargento Camiño, mientras el Valiant IV, reiniciando furiosamente la marcha, esquivó al patrullero atravesado en la esquina de Grito de Asencio y Atuel, dándose a la fuga por la calle Pepirí. Las comisiones policiales centraron su fuego sobre los que habían quedado en Grito de Asencio, que corrieron a parapetarse en las inmediaciones. Dos de los individuos lograron saltar la pared de una finca vecina, escapando rápidamente, mientras el tercero cayó bajo el fuego policial, frente al número 3143 de Grito de Asencio. Para ese entonces, la concentración de efectivos era notable. Se rodeó la manzana y se inició la búsqueda de los dos prófugos.

[*Clarín*, 27 de junio de 1971.]

Intenté esquivarlos y doblé en una calle que daba al ferrocarril, cerca de la cancha de Huracán. Tuvimos que parar y nos bajamos. Bruno Cambareri y Luis María Aguirre, "Tato", fueron a una parada de colectivo. Ahí apareció un patrullero y se armó un tiroteo de la puta que los parió. Ahí murió Cambareri, que ya tenía un tiro en el brazo. Aguirre se escapó y se metió en un conventillo, en una pieza. Había una familia jugando a las cartas, les dijo que era un revolucionario peronista y se puso a jugar con ellos con la pistola entre las piernas. Al rato cayó la Federal y preguntó si habían visto a alguien, y dijeron que no. Yo me fui caminando, paré un taxi y fui a la casa de unos compañeros de las FAL. Pedí que me alojaran ahí. Improvisé, porque se había podrido todo. El auto cayó a los pocos minutos y llamé a mi viejo y le dije que había chocado. Mi viejo empezó a hablar en ídish. Ellos tenían la patente del auto, mis datos, los de mi viejo, y a los diez o quince minutos el teléfono ya estaba intervenido, me imagino que por la Federal. Entre las chicas guerrilleras que liberamos estaba Amanda

Peralta, una histórica de las FAP, que había caído en Taco Ralo, muy amiga nuestra. / Enrique Sokolowicz

> Si bien la policía no proporcionó oficialmente el nombre de las evadidas —debido al secreto de sumario—, cabe suponer que se trata de las reclusas que los abogados pidieron entrevistar al presentarse al Instituto. Se trata de Ana María Papiol, Lidia Marina Malamud de Aguirre, Ana María Solari y Amanda Beatriz Peralta de Diéguez. Con el propósito de recordar los hechos en los que intervinieron las citadas, cabe señalar que la mencionada en último término integraba el foco guerrillero descubierto en Taco Ralo, Tucumán, en septiembre de 1968. Ana María Papiol, licenciada en Filosofía y Letras, integró un grupo extremista que, luego de asaltar a varios agentes de policía, perpetró diversos hechos delictivos en las provincias de Córdoba y Santa Fe. Ana María Solari, médica, intervino junto a su novio y otro individuo en el frustrado asalto a un departamento de la calle Rivadavia 4986. De su confesión quedó comprobada su participación en varios episodios de tipo extremista. Finalmente, Lidia Marina Malamud de Aguirre, también médica, al ser detenida tenía armas de guerra y explosivos. La última información que la involucra es de abril del corriente año, en que se le concede su excarcelación. Aunque cabe aclarar que se estimaba que la misma no se concretaría por encontrarse a disposición del Poder Ejecutivo.
> [*Clarín*, 27 de junio de 1971.]

* * *

En 1970 era combatiente de base de las FAL de Buenos Aires. Con mi célula hicimos pequeñas acciones, muchas de ellas frustradas. Hasta que nos dijeron que con la Columna La Plata teníamos que detener un camión

de la Marina que cada mes iba a buscar dinero a un banco de Ensenada para llevarlo al destacamento. Fue el 2 de noviembre de 1970. Éramos cuatro. Dos en un auto con armas y dos caminando por la calle. Pasaron más de tres horas y el camión de la Armada no pasaba. Vino la policía y nos detuvo sin resistencia.

A la mañana siguiente estábamos en Coordinación Federal. Entrar en "Coordina", por la puerta de la calle Moreno, ya se te imponía. Relatos de torturas, nombres de comisarios famosos por sus torturas, todo se te viene a la cabeza. De nuevo, identificación, interrogatorios normales y relativamente amables, destinación a un "tubo" y esperar. Cuando se acababa el día, cambiaba todo. Lo que había sido relativamente administrativo, desaparecía. Llegaban los hombres de la noche. Los ruidos también eran diferentes. Y te venían a buscar, uno a uno, y te devolvían a la celda hecho polvo. Pero además con una escenificación preparada. Te agarraban entre cuatro o cinco, te vendaban la cabeza dejándote sólo los orificios de la nariz para respirar, te alzaban, iban al ascensor y comenzaban a subir y bajar para despistarte, hasta que paraban y te llevaban corriendo a una especie de camilla, te ataban, te sacaban la ropa interior y empezaba la sesión de picana. Nunca supe el tiempo que duraba. Estaba el que amablemente te había interrogado antes, un médico que iba controlando el corazón y después te devolvían al tubo. Durante el día, otra vez los interrogatorios "amables". Estando ahí me di cuenta de que me estaba asomando al abismo. No eran unos polis locos y bestias, era el Estado con todo su poderío. En "Coordina", nada era gratuito, era planificado, controlado.

Al tercer día me sacaron porque llegó el hábeas corpus y podía venir el juez. Después me llevaron a un destacamento de policía de San Martín para que me rehiciera un poco y pudiera declarar ante el juez. Un tremendo hijo de puta. No reconoció las cientos de marcas de la picana que tenía en la

pelvis. Dijo que muy bien podían ser picaduras de mosquitos. Después de declarar, me llevaron a la cárcel del Buen Pastor, en Humberto I. Fue como entrar en un colegio de monjas. Llegué el 15 de noviembre de 1970. Me pareció un remanso de paz y seguridad, después de aquel infierno que todavía recuerdo, los sonidos de la noche, el ruido de los ascensores, el olor. Las monjas, la madre Ignacia y la directora, la madre Domitila, que me recibió en su despacho y me preguntó qué me habían hecho. Nos respetaron siempre.

Estábamos todas en una habitación grande, de la planta baja, con un bañito y una despensa en la que se guardaban salamines, chocolate, galletitas, atún, que nos traían los familiares en las visitas que teníamos dos veces por semana, los martes y los sábados. Allí convivimos por un tiempo Susana Giacché (mujer de Tito Schneider), Marina Malamud (esposa de Tato Aguirre, el jefe de nuestra columna); dos chicas del PCR, Rebeca y Liliana; Juliana Mónaco, de la JP; Nelly Arrostito [hermana de Norma y esposa de Carlos Maguid] y Ana Portnoy, que era de FAL, y una señora del PC [Julia Ávila]. En diciembre de 1970 consiguió venir con nosotras Amanda Peralta, que estaba con las presas comunes. También vino Ana María Solari, que había caído en un intento de asalto. La convivencia era buena. Teníamos un reglamento con turnos de limpieza, horas de silencio, cursos de explosivos, de documentación. Conseguimos una profesora de gimnasia una vez a la semana. Recibíamos diarios, libros, cartas de familiares, novios, compañeros, y si bien alguna de las monjas las leía, nos llegaban todas. Teníamos una tele comprada por un familiar. Marina, que tenía una nena, festejó su cumpleaños, cumplía tres, en el patio de la cárcel. Nosotras, las de los grupos armados, que pensábamos salir en una fuga, evitábamos el conflicto. Sin saber la razón, las monjas lo agradecían.

El 24 de diciembre fuimos a la misa de gallo para estudiar si desde la iglesia había posibilidad de fuga, pero se descartó. Las otras chicas fueron saliendo en libertad, hasta que quedamos Amanda, Ana Solari, Marina y yo, además de la señora del PC, a la que le ocultábamos lo que tramábamos. Amanda incorporó a Ana Solari en las FAP. Marina y yo éramos de FAL. Las conversaciones fueron entre las dos organizaciones. Pronto se vio que dada la ubicación del penal, cerca de destacamentos de todo tipo, se requeriría más fuerzas y tareas de apoyo, y sumaron a FAR y a Montoneros. La fuga tenía que ser un sábado, antes de la visita de los familiares y con la visita de un combatiente, Bruno Cambareri, camuflado de abogado, que entraría armas cortas con las que reduciríamos a la guardiana y saldríamos rápido hacia la puerta, reduciendo a los ocho guardias sin levantar la perdiz con los guardias del techo; los coches en la puerta nos recogerían. La rapidez de la acción era un punto clave por la inferioridad militar y armamentística que teníamos.

La fuga se concretó el 26 de junio de 1971. Ese día nos vestimos con ropa buena que les habíamos pedido a nuestras familias. Al mediodía comimos y, enseguida, Amanda fue llamada a la visita del abogado. Estuvo un ratito y volvió con un revólver para ella y otros dos que nos dio a Marina y a mí. Encerramos a la señora del PC en el baño para que fuera evidente que no tenía nada que ver, redujimos a la guardiana, la encerramos en algún sitio y nos fuimos por el pasillo hacia la puerta. Allí estaba la madre Ignacia. Le pedimos, con las armas en la mano, que nos abriera. Afuera, los abogados habían reducido a los guardias armados. La monja se alarmó. Empezó a gritar que no nos fuéramos, que nos podían matar, y lanzó la llave al aire de tal modo que fue a parar debajo de un mueble colonial pesadísimo. Quisimos moverlo, pero fue imposible. Empezamos a dispararle a la cerradura de la única salida, para que saltara. Con esos tiros, los guardias del techo dispararon a los coches

nuestros, y desde éstos hacia arriba. También empezó un tiroteo con los guardias que estaban reducidos y los compañeros nuestros. Finalmente, la cerradura saltó y pudimos salir entre el humo y el fuego cruzado. Ana recibió un tiro en un brazo y a Marina una bala le rozó la cabeza. Lo que debía ser silencioso y rápido fue una balacera infernal. Recuerdo perfectamente cuando atravesamos la guardia, un espacio oscuro, con la humareda, el olor a pólvora y la luz del exterior. Fueron un par de segundos. El ruido de los tiros y salir, correr hacia afuera. Nos metimos en los coches que nos correspondían. El tiroteo siguió, y en un coche murió Bruno Cambareri. En mi caso, me llevaron a la estación Constitución con un billete hacia La Plata. No me acuerdo si el boleto me lo dieron en el auto o un compañero en la estación.

Subí al tren que arrancó pronto y caminé hacia los primeros vagones. Durante la operación tenía la sensación de que estábamos ante un hecho irreversible del que no podíamos dar marcha atrás, y que mi vida, a partir de entonces, sería muy diferente de mi vida anterior. Tenía 25 años y ya sería para siempre clandestina. Cuando iba atravesando vagones, como me habían indicado, me crucé con un ex compañero del colegio secundario de Adrogué que me gritó: "¡Ana, qué alegría, te liberaron!". Yo le dije que sí, le hice señas de que no habláramos y seguí de largo. Llegué a La Plata, y me llevaron a una casa de compañeros, después a otra y a otra, era una columna con mucha gente, pero la seguridad era bastante endeble. Me teñí el pelo de negro y viví con documentos falsos. No volví a caer en cana. | Anna María Papiol, FAL

Judith Said, militante de las FAL, era la responsable del control sanitario de la fuga. Esperó junto a un teléfono que Enrique Sokolowicz le anunciara el resultado de la operación. Pasada la tarde, el teléfono no sonó. Decidió ir a la casa de sus padres. En las calles del barrio no había ningún movimiento

que hiciera presumir que la casa había caído. Pero había caído. Estaba tomada por policías de civil. Al principio, no sospecharon nada. Parecía una visita social de un sábado por la tarde. Judith Said tenía documento legal, trabajaba de empleada en un consultorio médico. No era obrera ni estudiante.

La policía no tenía nada que hiciera saltar mi militancia en la FAL, pero desde el Departamento de Policía insistieron en que "llevaran lo que tuviera". Entonces me dejaron en Coordinación Federal y fueron a allanar el cuarto de mi casa, donde descubrieron un documento falso. Mientras esperaba, vino un cana, me dio dos cachetazos y me subieron a los tubos del tercer piso. Son celdas muy pequeñas. Había un cantante norteamericano, Dean Reed, y Norma Kennedy [dirigente peronista], que les armaba un escándalo cada dos por tres. Estuve una semana o diez días, dos sesiones de picana, pero no me golpearon. Y cuando me iban a dar la libertad, porque el juez me había excarcelado, saltó un decreto del PEN, porque cayeron unos chicos del ERP que iban a atentar contra el palco de Lanusse en el acto del 9 de Julio, y quedé a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, sin proceso judicial pero encarcelada. Volví a Coordinación Federal, y esperaron a que cumpliera 21 años para trasladarme a la cárcel de las monjas en San Telmo. No había casi nadie, quedaba una del PC, una señora grande. Las monjas eran amables, querían ponerme en condiciones, yo pesaba 45 kilos, me daban jugo de naranja. "Qué lástima estas chicas… son tan buenitas", decían. Fui a la celda de presas comunes. Era un pabellón con cama marinera, serían unas veinte mujeres, la mayoría presas por prostitución. Las monjas ya no tenían las llaves de la reja que daba al patio. La tenía el Servicio Penitenciario. Pero la seguridad era floja. | Judith Said, FAL

* * *

Tras las fugas en las cárceles del Buen Pastor de Córdoba y de Buenos Aires, la dictadura militar transformó la penitencia de las presas políticas. El compromiso que fueron tomando las mujeres con la militancia armada abrió un nuevo escenario que resultó difícil de gestionar para las monjas, acostumbradas al ámbito conventual. El Servicio Penitenciario decidió mantener la cárcel de mujeres Buen Pastor de Córdoba bajo administración religiosa, pero vació de presas políticas la cárcel de San Telmo. Sólo permanecieron las detenidas por prostitución. En septiembre de 1971 se creó el primer pabellón de mujeres en el penal de Devoto.

Después de un mes de detención en la cárcel del Buen Pastor nos hicieron subir a un camión celular sin decirnos adónde íbamos. Cuando bajamos, pasamos a un cuarto y nos tomaron los nombres. "¿Usted no nos puede decir qué hacemos acá, señor?", preguntamos. Hasta que vino uno y dijo: "Señoras, señoritas, les quiero comentar que estamos en la cárcel de Devoto…". No sabían cómo tratarnos. Teníamos un trato superliviano. Había permisividad; si te dolía una muela, te llevaban a la enfermería. En esa época, los guardias estaban desconcertados por tener mujeres en la cárcel. Nuestro pabellón tendría quince metros por veinte, daba a un pasillo, y pasaban, nos miraban y decían: "Mirá qué lindas chicas y qué buenitas…". Tendríamos veintiuno o veintidós años. La más grande no llegaría a treinta. Teníamos dos bailarinas del Colón que nos enseñaban gimnasia. Eran presas del PRT. Charlábamos mucho de política, cómo acceder a la revolución, si lucha armada o la insurrección, la clase trabajadora como sujeto. El peronismo también se discutía mucho. Yo lo vivía como una etapa de formación política, de mucho estudio, que me permitía convivir con compañeros de organizaciones diferentes. Fui

nombrada "la mejor compañera" del pabellón, por la manera de conciliar posiciones. Me acuerdo de que Luisa Veloso, de Descamisados, quería ver la novela de la tarde, nos habían puesto una tele, y la troska, no recuerdo cómo se llamaba, decía que no, "eso es burguesía", y yo intercedía para tratar de que el agua no se desbordara: "Dejala ver la novela, y después charlamos y vemos cómo opera la burguesía". / Judith Said

Para esa época, desde marzo de 1970, las cárceles que alojaban a presos políticos estaban bajo control operativo de las Fuerzas Armadas. Los oficiales superiores comenzaron a dirigir el Servicio Penitenciario Federal, y cada unidad penal tenía información unificada de prontuarios, legajos y fichas de los detenidos, que trasladaba a las fuerzas de seguridad cuando lo requerían. Todavía el sistema penitenciario se mantenía con pabellones de "régimen abierto", que permitía el contacto entre presos durante el día.

Por la tentativa del robo a la bandera del Ejército de los Andes de Mendoza nos dieron tres años en suspenso. Nos cargaron una "asociación ilícita no agravada". Por eso nos resultó baja la condena. Mi abogado dijo que había sido todo plantado. En esa época se reconocía la declaración del detenido ante la policía. El juez después tenía que optar si aceptaba o no la desmentida del detenido de su declaración firmada bajo tortura. En nuestro caso fue fácil de impugnar porque estábamos hechos mierda. Era obvio que nos habían torturado. A algunos chicos los dejaron en la cárcel porque tenían antecedentes. Los del PC salieron y los de las FAP no, porque venían de Taco Ralo. Yo no esperaba salir en libertad. Me llevaron al juzgado, me esperaba un montón de gente, desconocidos. Mi liberación fue como un hecho político, gente que había movido "FAL América en Armas", que era una de las facciones de las FAL. Sería febrero de 1971.

Yo seguí militando, reclutando gente en un ámbito muy restringido. Vivía solo, con documentos falsos, clandestino, tenía una caracterización falsa aunque no me perseguía nadie. Me ganaba la guita haciendo encuestas, dejaba cartones de cigarrillos Jockey mentolados a la gente para que los probara y llenaba formularios con sus opiniones. Lo mismo hacía con los chocolates. Tenía entrenamiento armado en un campo alejado. Fue por poco tiempo, hasta que caí preso otra vez. Tenía que hacer el traslado de armas en Barrio Norte, de una casa a otra, y nos redujeron en un bar. Tenía las armas en un bolso. El tipo del bar llamó a la cana y, cuando salí, me agarraron. Era un traslado pelotudo. Dos ametralladoras Halcón y tres .45. Me sentí como el culo.

En la cárcel en general no lo pasaba mal, lo pasé mal cuando caí. Me cagaron a palos otra vez en una comisaría de la Federal, pero no me picanearon. No caí con mi documento legal, pero tenía que "hacerme aparecer", lograr que todos se enteraran de que había caído. Había mucha preocupación con ese tema. Le dije a la cana que en mi casa estaba prevista una reunión de compañeros. Entonces me trajeron en un patrullero y me retuvieron en una calle del fondo, una cortada. Todos los vecinos me vieron. Y otro grupo de policías se metió en mi casa, la allanó, y estuvieron horas esperando que llegara otra gente a la reunión. Yo mismo lo provoqué para que mi familia se enterara. La cosa se blanqueó. Fue algo que se me ocurrió en el momento.

Fui a Devoto otra vez, a un edificio nuevo, con pabellones parecidos a los de la planta baja pero más modernos. Éramos un montón, todas las semanas caía mucha gente, se iban habilitando más pabellones. Había un pabellón del PRT y otro de Montoneros. Yo estaba con gente del peronismo, del GOR [Grupo Obrero Revolucionario], con [Haroldo] Logiurato, que había sido delegado de Perón en los sesenta, y con [Ignacio] Ikonicoff, el hermano de Moisés, que era un periodista de una agencia de noticias suiza.

Nosotros éramos alrededor de cincuenta. Eran famosas las bolsas de harina que nos traían. Las dejábamos en un sector de la cocina, pasaban las cucarachas y empezaban a andar por las paredes. "Las cucarachas blancas", les decíamos. Teníamos horno, todos aprendían a cocinar. Nunca me sentí muy mal en la cárcel. Éramos muy activos, no estaba desahuciado. Sólo que me quería ir.

En Devoto pensábamos en fugas, pero como había muchos traslados de detenidos, no se podía organizar. Como los pabellones eran altos, hubo una idea de colocar tirolesas para bajar hasta un edificio fuera del muro. Las tirolesas eran unos cables y las manijas se deslizan con rueditas y permitían ir colgado, como hacen los pibes. Así se iba a ir sacando gente. Algo se organizó, pero no se llegó a terminar por la rotación de detenidos. Las tirolesas iban a entrar por los guardias. Eran corrompibles. Les tirabas dos mangos y entrabas cosas. Nosotros, en el pabellón de abajo, habíamos cavado para salir del otro lado del patio, a un camino que daba a una calle interna. El plan era que, cuando saliéramos, los compañeros de afuera subieran al muro, redujeran a los guardias y pudiéramos escapar. Pero la cana descubrió el cavado de la pared. Cuando nos hacían salir al patio, revisaban todo el pabellón con lupa. Se descubrían cuchillos, facas. No eran boludos, se dedicaban a eso.

Era muy difícil escapar de Devoto. Había ochocientas puertas, y un tipo del otro lado con la llave de esa puerta. No estaba armado pero, si apretabas a un guardiacárcel, sonaba la alarma y se pudría todo. Venían los tipos con gases lacrimógenos, te cagaban a palos. Lo hacían con los "presos comunes", incluso en el año 70, sentíamos el humo en los pasillos. Casi nos asfixiamos por el humo de los colchones quemados. Estaban muy locos los "comunes", se emborrachaban con alcohol etílico, alcohol de quemar. Yo una vez, yendo a pescar, le pegué un trago al alcohol de quemar pensando que era vino y me quemé el estómago. / Raúl Monsegur

Capítulo 5

Los orígenes de la tortura estatal para la eliminación del enemigo político. El poder militar aplica la Doctrina de Seguridad Nacional importada de Francia. Los decretos leyes de Onganía y el tribunal antiguerrillero de Lanusse. Perón no condena la violencia armada.

Cuando le planteé la preocupación por mi seguridad a Rodolfo Ortega Peña, me dijo: "Quedate tranquila, vos todavía estás en la segunda fila. Cuando me maten a mí, preocupate por tu seguridad porque sos la que sigue.

ALICIA PIERINI, Asociación Gremial de Abogados de la Capital Federal

En las guerras civiles del siglo XIX, el degüello, la exhibición de las cabezas clavadas con una lanza, la manipulación de los cuerpos o el fusilamiento eran las formas de la eliminación física del enemigo político. La exclusión del enemigo se representaba en los cuerpos. Cuando en el siglo XX el Estado se apropió del monopolio de la violencia y se sintió amenazado, la ejerció arbitrariamente con fórmulas no menos bárbaras que

las del siglo XIX: la persecución, la cárcel, los secuestros, las torturas, los fusilamientos clandestinos o la desaparición del enemigo político.

El Estado ejerció un terror disuasivo para castigar o disciplinar la disidencia, las protestas sociales o los movimientos "disolventes".

Los primeros experimentos represivos ejecutados desde el Estado en el siglo XX podrían inscribirse en las torturas en las comisarías de Capital Federal, para preservar la "argentinidad" frente a anarquistas o judíos, o en la propagación del "terror blanco", la ofensiva paraestatal desplegada por la organización Liga Patriótica contra agrupaciones obreras "rojas" y judías durante el primer gobierno de Hipólito Yrigoyen.

Estos experimentos aislados se consolidaron en el Estado después del golpe de 1930, con la dictadura del general José Félix Uriburu.

Su política represiva activó el espionaje político y llevó a miles de obreros a la cárcel de Ushuaia, el penal de Villa Devoto —inaugurado en 1927— o la cárcel de la Penitenciaría Nacional, sobre la calle Las Heras, en la ciudad de Buenos Aires.

El interés del Estado sobre la información que podía proveer el enemigo bajo tortura era tan trascendente que el ministro del Interior, Matías Sánchez Sorondo, bajaba al sótano de la Penitenciaría. Allí, el jefe de la Sección de Orden Político de la Policía Federal, Leopoldo Lugones (h), que había creado y perfeccionado instrumentos de tortura, mantenía secuestrados a radicales, anarquistas o comunistas.

Las torturas policiales continuaron aun en gobiernos elegidos en forma democrática.

Durante la primera y la segunda presidencia de Perón (1946-1955), la Sección Especial de Policía Federal —a cargo del comisario Cipriano Lombilla—, detenía a estudiantes, gremialistas y opositores políticos y los torturaba en la sede de la comisaría 8ª, en Urquiza 556, y en la comisaría 17ª, de la calle Las Heras.

La Sección Especial reportaba en forma directa a la Casa de Gobierno. Para entonces, ya había sido creada la Dirección de Coordinación Federal. En 1944, su objetivo original era el espionaje externo, vinculada con las redes de penetración nazi en el país, pero luego el organismo fue reorientado hacia la represión política interna, con la incorporación de agentes provenientes del Ejército. Su jefe era el coronel Jorge Osinde.

A partir de 1955, como ya sucedía con la Policía Federal, las fuerzas de seguridad iniciaron un proceso de militarización y fueron dirigidas por oficiales de las Fuerzas Armadas. Casi no hubo distinciones entre las fuerzas militares y las de seguridad. Para reforzar el control y las persecuciones, los servicios de espionaje ganaron mayor protagonismo con el SIE (Servicio de Inteligencia del Ejército) y la creación de la SIDE (Secretaría de Inteligencia del Estado), que centralizaban la información de la inteligencia estatal.[1]

En 1956, el gobierno del general Pedro Aramburu fusiló a veintisiete detenidos en unidades militares y comisarías, y también en un basural de José León Suárez, cuando habían intentado una rebelión cívico-militar peronista contra la Revolución Libertadora.

En ese momento, las Fuerzas Armadas ya habían asumido la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN) como metodología de "lucha contra la subversión", aplicada por Francia en sus colonias de Indochina y Argelia. En la batalla de Argel, en su intento de impedir la independencia argelina, el Ejército francés aplicó la metodología de centros clandestinos-torturas-desapariciones para obtener información. Uno de sus máximos difusores en la Argentina fue el coronel francés Roger Trinquier. Los militares argentinos abandonaron la hipótesis de conflictos bélicos con países vecinos y comenzaron a formarse, en misiones a Francia, en la "guerra contrarrevolucionaria" con la Doctrina de Seguridad Nacional.[2]

Las Fuerzas Armadas aplicaron la DSN para disciplinar al movimiento obrero, mayoritariamente peronista, la izquierda, las incipientes organizaciones guerrilleras y como base de la censura cultural e ideológica.

Las políticas represivas —que incluyeron persecución, cárcel y tortura— se reforzaron con el Plan de Conmoción Interna del Estado (Conintes), elaborado por asesores franceses. Comenzó a regir en 1960, durante el gobierno de Arturo Frondizi, que había sido electo un año antes con la proscripción del peronismo. Se calcula que alrededor de dos mil personas —entre ellas, ciento cincuenta mujeres— fueron condenadas por tribunales militares bajo acusación de "terrorismo". Como respuesta a las detenciones, se crearon comisiones de solidaridad con los presos políticos y los sindicatos integraron a abogados para la defensa de sus afiliados.

Con el golpe militar del general Onganía, la "seguridad nacional" se institucionalizó como doctrina de Estado, pero reorientada desde Estados Unidos. Los militares argentinos viajaron a la Academia de West Point para formarse. Se estableció un acuerdo militar por el cual Estados Unidos era responsable de la seguridad hemisférica frente al comunismo, y los ejércitos latinoamericanos se hacían cargo de la seguridad interior de sus países. Para ello, resultó indispensable que las Fuerzas Armadas tomaran el control político y expandieran su acción de carácter policial para detectar y reprimir al "enemigo interno".

La sociedad argentina fue sometida al control ideológico de la DSN, que le daba a la seguridad interior un carácter bélico. Estudiantes, obreros, intelectuales o militantes sociales fueron visualizados como potenciales enemigos, y los conflictos fueron reprimidos en el marco de la "guerra contrarrevolucionaria", la Guerra Fría y el enfrentamiento Este-Oeste.

Apenas asumió, Onganía anuló la autonomía universitaria, intervino los claustros, y las protestas desencadenaron la represión policial. Santiago

Pampillón, obrero mecánico y estudiante de Ingeniería Aeronáutica en la Universidad Nacional de Córdoba, fue la primera víctima.

Las Fuerzas Armadas también establecieron el Consejo Nacional de Seguridad (Conase) para sus políticas de seguridad y bajo ese marco consideraron que el "plan de lucha" de la CGT de febrero de 1967 pretendía "subvertir el orden interno y amenazar la paz social". Retiraron la personería de varios sindicatos.[3]

La dictadura militar amplió la legislación represiva con la firma de decretos leyes de carácter penal. Uno de ellos, de agosto de 1967, reprimía la "acción disolvente del comunismo" y de la "subversión del orden institucional". Expresaba que "serán calificadas como comunistas las personas físicas o de existencia ideal que realicen actividades comprobadas de indudable motivación ideológica comunista" y cedía a la SIDE la responsabilidad de la calificación "comunista". Otros decretos leyes firmados por la dictadura —en violación a la Constitución Nacional, que establece que las leyes penales deben ser sancionadas por el Congreso— reprimían huelgas que afectaran servicios públicos, promovían la expulsión de extranjeros "indeseables" o la censura cinematográfica.

En 1969, después de las movilizaciones populares del Rosariazo y el Cordobazo, Onganía dispuso "zonas de emergencia" regidas por la autoridad militar para restablecer el orden, en virtud de "la existencia de un plan subversivo organizado y precedido de manifestaciones delictivas ostensiblemente encaminadas a afectar la paz y la seguridad pública". En ambas ciudades se establecieron tribunales militares para juzgar en forma sumaria a los detenidos, entre ellos a los sindicalistas Elpidio Torres (SMATA) y Agustín Tosco (Luz y Fuerza), acusados de organizar "comandos de guerrilla urbana" y condenados a cuatro y ocho años de prisión, en forma respectiva.[4]

En forma inmediata al crimen del sindicalista Augusto Vandor, el 29 de junio de 1969, el gobierno militar implantó el estado de sitio. Ese día, en una masiva redada, la policía allanó universidades, sindicatos, domicilios y detuvo a centenares de estudiantes, dirigentes obreros e incluso a los abogados de los sindicatos. Los encarceló en Villa Devoto. Para entonces, la Dirección de Coordinación Federal de la Policía estaba a cargo de un oficial superior de las Fuerzas Armadas, en el contexto de la militarización del Estado.

Al año siguiente, en abril de 1970, a fin de acelerar los procedimientos judiciales, la dictadura estableció por decreto ley 18.670 la instancia única y los juicios con procedimiento oral para la "delincuencia extremista" y los detenidos por huelgas o movilizaciones. La instrucción del sumario quedaba a cargo de las fuerzas de seguridad. Cada imputado era inmediatamente encarcelado y no podía salir de prisión hasta el momento de la sentencia. El principio de inocencia, amparado por el debido proceso, quedaba extinguido. Las cárceles comenzaron a poblarse de presos políticos, de detenidos sin condena.

El decreto ley, sin embargo, tendría un recorrido corto. Al año siguiente fue derogado.

La designación por la Junta de Comandantes del general Lanusse para el control del país, en marzo de 1971, no hizo más que revelar que el proyecto de la "Revolución Argentina" —imaginariamente diseñado para dos décadas de permanencia— estaba en crisis y sin perspectiva de continuidad.

El mito del orden y la legitimidad habían sido derrumbados por movilizaciones populares que, en los hechos, ya habían arrastrado al general Levingston de la Casa Rosada.

Cuando Lanusse asumió, eran cada vez más asfixiantes la prohibición de la actividad política, la censura y la falta de libertades civiles y más

recurrentes las protestas; todos factores que implicaban una base de acumulación para la acción guerrillera.

En forma simultánea a la promesa de una todavía difusa salida institucional, Lanusse consideraba que la justicia era lenta y debía actuar con mayor rapidez. Sobre todo creía que los jueces ofrecían garantías constitucionales para los detenidos que, acorde con la turbulencia de los tiempos, eran "excesivas".

Lanusse decidió crear —por decreto ley 19.053— un tribunal penal de competencia específica para las "actividades subversivas". Sólo se ocuparía de las acciones armadas, pero también juzgaría la pertenencia guerrillera, la difusión de propaganda política, las movilizaciones, las huelgas, las protestas callejeras.[5]

Como en los juicios del decreto ley 18.670, la investigación judicial quedaba a cargo de las fuerzas de seguridad, que participaban en la detención, la investigación, las declaraciones y debían concluir la etapa del sumario en un plazo no mayor a diez días. A partir de ese límite, un juez debía dictar el sobreseimiento o la prisión preventiva. La defensa disponía de cinco días para presentar pruebas por escrito, y luego el tribunal estaba en capacidad de fijar la fecha del juicio oral contra el acusado. Después, el tribunal se reunía en sesión secreta y dictaba sentencia. No había instancia de apelación.

La Cámara justificaba la simplificación de los procedimientos en virtud de que "el país vive en un asalto de guerra interno que ha conmovido a toda la ciudadanía" y que "el accionar de los grupos subversivos no podía ser combatido mediante las leyes de fondo y de forma".

La creación de una jurisdicción única —la Constitución establece que los juicios criminales deben desarrollarse en la provincia donde se cometió el delito—, la imposibilidad de recurrir a instancias de apelación y el hecho de que la faz investigativa y sumarial quedara bajo jurisdicción militar —es

decir, bajo jurisdicción última del Poder Ejecutivo— fueron algunas de las violaciones a las garantías constitucionales, violaciones de origen, observadas por juristas y abogados penalistas para plantear la ilegalidad del tribunal creado por la dictadura militar.

Apenas se iniciaron los juicios, se denunciaría que, tanto en las salas de audiencias como en los lugares donde tomaban declaraciones o en los escritos, los jueces de la Cámara relativizaban o quitaban entidad jurídica a las manifestaciones de torturas, a las que eran sometidos los acusados en la fase sumarial.[6]

Las detenciones ilegales produjeron la emergencia de abogados para la denuncia de la represión estatal y la consecuente violación de garantías jurídicas.

Las organizaciones armadas empezaron a constituir sus "servicios de presos", con defensores propios. Otros abogados, sin expresar ninguna pertenencia política, se preocuparon por la integridad física de los detenidos y presentaron hábeas corpus a la justicia. El primer objetivo de las defensas era evitar la tortura de los detenidos.

Desde fines de los años sesenta, la presencia de abogados en comisarías no resultaría una excepción, pero contrastaba con la mesura de las tradicionales instituciones colegiadas —el Colegio de Abogados o la Asociación de Abogados de Buenos Aires—, que entendían que la intervención legal en causas políticas "menoscababa la profesión".

Para muchos abogados que integraban ambas instituciones, estas posiciones "apolíticas", respetuosas del "*statu quo* vigente", fueron razón determinante para la creación de otra entidad, la Asociación Gremial de Abogados de la Capital Federal, que les permitía un respaldo institucional para su compromiso profesional: asumir la defensa de detenidos por causas políticas o sociales.

El hecho que disparó la fundación de la Gremial de Abogados fue el secuestro del abogado laboralista Néstor Martins.[7]

* * *

Los primeros miembros de la Asociación Gremial de Abogados estaban vinculados con la izquierda peronista y/o revolucionaria, partidos políticos y gremios. Uno de ellos era Alicia Pierini.

El secuestro de Martins con su cliente llamó mucho la atención, y en marzo de 1971 se convocó a una reunión en la que participaron Rodolfo Ortega Peña, Eduardo Luis Duhalde, Roberto Sinigaglia y Mario Hernández, entre otros abogados. A partir de allí, en el subsuelo de la CGTA, empezó a funcionar la Gremial de Abogados. Ortega Peña decía que se necesitaban muchos abogados jóvenes. "Se van a producir un montón de detenciones y no es conveniente que nosotros, que ya estamos demasiado involucrados con las organizaciones armadas, atendamos a pibes que caen en un acto o por pintar una pared". Yo estaba "limpia", era recién recibida y empecé a aprender de los abogados "históricos", como los llamábamos, el proceso de defensa penal-político, desde la defensa técnica. La política podíamos hacerla afuera, pero la defensa tenía que ser procesalmente correcta. Lo primero que se defendía era "la libertad de expresión", al pibe que no tenía antecedentes. Y así tratar de sacar a los militantes de la Juventud Peronista. Es más, ni siquiera llegaban a la cárcel. Tratábamos de engancharlos en la comisaría, cuando caían por una volanteada y violaban la veda política. Había que atajarlos para que no llegaran a Coordinación Federal, donde los torturaban. En la cárcel no había tortura. La tortura se denunciaba por fuera del expediente, con comunicados de prensa. Los jueces no allanaban en Coordinación. Tenía

un amigo, Norberto Rey, del ERP, por el que presenté un hábeas corpus cuando me avisaron que había sido detenido. En esa época, un hábeas corpus, si el juez lo ponía a andar, paraba la tortura en la comisaría. Mientras no se supiera si el preso era guerrillero o no, se podía informar su detención al juez federal nacional. Me acuerdo de que fui a la casa de Guillermo Díaz Lestrem, el único juez federal nacional que coexistía al Camarón y podía mandar el telegrama a la comisaría, y lo hizo para este caso. Norberto luego me contó que pararon "la máquina". También los abogados de la Gremial visitaban al detenido en la cárcel. Había que pasar una requisa jodida. La Gremial planteaba que no podían ser manuales, para que no te manosearan. Nos negábamos a sacarnos los zapatos, donde llevábamos la correspondencia, como en el corpiño o en un bolsillito de la bombacha. Había que recordar que la carta del zapato derecho era para un preso y la del izquierdo, para otro. Las "cartitas" entraban. Se escribían en un papel finito, papel Manifold, se doblaban, se les ponía cinta scotch y las convertíamos en "chiclecitos". Medían dos centímetros, les poníamos una inicial para que no se confundieran, y los presos los abrían. Las cartas eran de familiares o del "servicio de presos" de Montoneros. Y los presos fabricaban el suyo, lo traían en la boca y nos daban el "chiclecito Manifold" a los abogados. Nosotros escribíamos a máquina y ellos en manuscrito. Los presos decían que la visita de los abogados era la única que les permitía hablar de política, porque las familias los cargaban mucho emocionalmente y terminaban todos llorando. La visita familiar conmovía al preso, pero difícilmente le aportara algo desde lo político. Después comenzó el procedimiento de sacar al preso "de otra manera". Por ejemplo, con el pedido de una ampliación de indagatoria… Me acuerdo de que estaba con mi trajecito de abogada "de campana", el otro compañero, Eduardo Pesci, en la puerta del juzgado, y un grupo comando de la "orga" esperando a que diéramos la señal para entrar y llevarse al preso que

había ido a declarar. Eso fue en Tribunales, en la calle Talcahuano, en una causa que había ingresado en el fuero nacional, no por el Camarón, porque ahí no había manera. Una vez a otro preso se lo rescató en la guardia de un hospital. No era habitual, pero había que hacerlo muy rápido. Nuestra política en la cárcel era cuidar al preso. Por ahí los muchachos se ponían duros y puteaban al celador. O te contaban que les tiraban la comida que les traían los familiares, o les abrían el pote de dulce de leche con el taco de los borceguíes. Mi idea era no putear. Al fin y al cabo, el celador estaba tan preso como los presos. Después, en la Gremial se planteó que ya no había marco para los "juicios de connivencia", que significaba la aceptación de las reglas de juego, y entendieron que había que terminar con las posiciones "técnico-políticas" y pasar a las "político-técnicas". Es decir, hacer una defensa de los presos con "juicios de ruptura". Íbamos a las audiencias para hacer una denuncia política, a cuestionar al Camarón, y la policía nos sacaba a los golpes, nos tiraba gases lacrimógenos en la calle. La camada de abogados que llegamos en 1971 a la Gremial al poco tiempo dejó de ser "limpia"; ya éramos orgánicos. Cuando le planteé la preocupación por mi seguridad a Ortega Peña, me dijo: "Quedate tranquila, vos todavía estás en la segunda fila. Cuando me maten a mí, preocupate por tu seguridad porque sos la que sigue". Ortega Peña pensaba que primero matarían a los "históricos" y luego al resto. Y algo de eso ocurrió. | Alicia Pierini

* * *

Perón había sido, para las Fuerzas Armadas, la palabra prohibida. Miles de obreros, militantes y dirigentes habían sido encarcelados —y muchos, torturados— por su condición de peronistas. Aún proscripto y obligado al exilio, Perón no abandonó la actividad política y la expresó a través de

cartas, libros o grabaciones trasladados por conductos secretos. La posibilidad de su regreso se convirtió en un mito, en parte frustrado por su detención en Río de Janeiro en 1964, cuando intentaba volver al país.

En 1970, quince años después de su caída, la intensidad del antiperonismo se había reducido, y nadie, o muy pocos —en medio de una dictadura que se aferraba a la represión para reencauzar el orden—, calificaba a Perón como "el tirano prófugo" para impugnarlo.

La identidad peronista perduró.

Una generación de jóvenes que crecía sin libertades, con el oscurantismo político y cultural que irradiaban los uniformes militares, empezó a interesarse por la figura del líder proscripto. Y también se interesaron, y muchos de ellos se involucraron, en la militancia estudiantil, política o de base que luchaba por el fin del régimen militar. El clima ideológico revolucionario los empujaba a las puertas de las organizaciones armadas.

Lanusse intentó evitar que la guerrilla fuese receptora del malestar social que ganaba a la sociedad. Supuso que, si colocaba en el horizonte político la promesa de las elecciones, aislaría a sectores que se sumaban a la lucha armada. Y para que el retorno de actividad partidaria fuese amplio, sin proscripciones, debía incluir a todos, incluso a Perón. Con la salida institucional, en el marco del Gran Acuerdo Nacional (GAN), Lanusse suponía que recuperaría la legitimidad del poder militar, tras dos presidencias de la "Revolución Argentina" interrumpidas.[8]

Lanusse fue el primer general de las Fuerzas Armadas que se decidió a dialogar con Perón, contradiciendo la opinión de la mayoría de los oficiales superiores del Ejército y de la totalidad de la Armada.

Lanusse quería saber si Perón aceptaría participar del GAN, pero su primera urgencia era una definición pública, mejor dicho, una condena pública a la guerrilla.

Pocas semanas después de asumir el poder, Lanusse envió en misión secreta —viajó a Madrid con pasaporte falso— al coronel Francisco Cornicelli para conversar con Perón en su residencia en Puerta de Hierro. También participó de la reunión el secretario, José López Rega. La conversación fue grabada por ambas partes y luego se publicó en el órgano de prensa justicialista *Las Bases*.

En el transcurso de la reunión se produjo este diálogo:

—En este momento hay muchos que masacran vigilantes y asaltan bancos en su nombre.

—Habrá más —respondió Perón.

—Lo seguirán haciendo hasta tanto usted no defina su posición respecto a ellos —insistió Cornicelli.

—No, no, se equivoca usted; aunque yo les diga que no lo hagan…

—Lo van a hacer, pero no lo van a hacer en nombre de Perón.

—Lo van a hacer igual en nombre de Perón —intervino López Rega.

—Lo van a seguir haciendo, porque ése es un conflicto que tiene otra raíz que ustedes no conocen —ratificó Perón.

Durante más de cuatro horas, Cornicelli no logró que Perón condenara "las actividades subversivas". Para Lanusse fue una decepción. Creía que con la oferta de su rehabilitación cívica o un retiro político honorable, la devolución del cadáver de su esposa —secuestrado desde 1955—, de su grado militar, las pensiones impagas y los bienes patrimoniales incautados, lograría involucrar a Perón en el GAN junto con el resto de los partidos políticos.

Lanusse entendía, secretamente, que el proceso institucional podría transformarse en un proyecto político personal, en el que su figura pudiera ser bendecida por las urnas. Suponía también que Perón podría llegar a autoexcluirse de una futura competencia electoral.

Pero desde Madrid no habría señales concretas.

Perón sólo expresaría su voluntad de ser protagonista de la transición política que acababa de abrirse y, para ello, mantendría a la guerrilla como "un dedo en el gatillo" para su duelo con Lanusse.[9]

1 El teniente coronel Juan Quaranta, jefe de la SIDE, fue uno de los artífices de la campaña de "desperonización" que emprendió la "Revolución Libertadora", en el marco del decreto 4.161/56, que prohibía la mención de Perón y Evita o la reproducción de sus imágenes.

2 En su libro *La guerra moderna*, bibliografía obligada en la Escuela Superior de Guerra, el coronel Trinquier escribió: "En la guerra moderna el enemigo no es tan fácil de identificar. No hay frontera física que separe dos campos. La línea que marca la diferencia entre el amigo y el enemigo puede encontrarse muchas veces en el corazón de la nación, en la misma ciudad donde se reside, en el mismo círculo de amigos donde uno se mueve, quizá dentro de su propia familia. Es más bien una línea ideológica que tiene que ser perfectamente descubierta si queremos determinar pronto quiénes son en realidad nuestros adversarios y a quiénes tenemos que derrotar".

3 El Conase estaba conformado por el Presidente, los ministros del Gabinete nacional, los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y el jefe de la Central Nacional de Inteligencia (CNI), organismo que centralizaba la inteligencia estratégica.

4 Agustín Tosco permaneció detenido junto a otros sindicalistas en el penal de Santa Rosa y luego en Rawson, hasta que el general Onganía decidió liberarlos el 6 de diciembre de 1969.

5 El ideólogo de la creación de la Cámara Federal Penal Nacional (CFPN) fue el ministro de Justicia, Jaime Perriaux. La Cámara —a la que sus críticos se referían como "el Camarón"— estaba compuesta por tres salas, nueve jueces y tres fiscales. Todos los jueces y funcionarios judiciales fueron designados por el gobierno militar. Su jurisdicción era todo el territorio argentino, pero su sede estaba en Viamonte 1155, Buenos Aires. La Cámara, con el traslado de sus secretarios o jueces, podía constituirse en cualquier provincia para acelerar el procedimiento judicial.

6 Éste fue el caso de la primera sentencia de la Cámara Federal en lo Penal a Luisa Veloso —condenada a siete años y seis meses de reclusión—. Madre soltera, de escasos recursos económicos, acusada de posesión ilegal de armas e intento de agresión a un policía, Veloso reveló a los jueces que su confesión se obtuvo bajo torturas (electroshock en la vagina). Esta denuncia no impidió la continuidad del procedimiento penal.

7 El secuestro sucedió en la tarde del 16 de diciembre de 1970. Martins estaba en la calle, frente a la Plaza Congreso, con su cliente Nildo Zenteno, luego de la consulta en su estudio de Paraná y Rivadavia, Capital Federal. Un grupo de seis hombres los introdujo en dos autos. Martins había molestado a la Policía Federal al impulsar el procesamiento de doce oficiales de Coordinación Federal por "apremios ilegales" en 1965 y era parte del cuerpo de abogados de la CGTA detenidos en Villa Devoto en 1969. Además, Martins había pertenecido al Partido Comunista, tomó la defensa de los guerrilleros de la FAP detenidos en Taco Ralo, Santiago del Estero, y tenía contacto con miembros de las FAL. Zenteno, su cliente, lo visitaba por primera vez por un conflicto barrial en la villa "Ciudad Oculta". La Asociación de Abogados de Buenos Aires no se pronunció en forma inmediata sobre las desapariciones de Martins y Zenteno.

8 Con el GAN, Lanusse buscaba imponer las reglas del proceso electoral y también construir un candidato oficialista, que podría ser él mismo —aunque nunca lo descartó ni confirmó—, para las elecciones presidenciales que aún no tenían fecha. Arturo Mor Roig, de procedencia radical, fue el ministro del Interior designado para iniciar el diálogo con los partidos políticos. A su vez, Lanusse comenzó una política de cooptación con las conducciones gremiales tradicionales del peronismo, que evaluaban la posibilidad de que Perón permaneciera en Madrid.

9 Como capitán de Caballería, Lanusse participó del frustrado intento de golpe de Estado liderado por el general Benjamín Menéndez contra Perón en septiembre de 1951. Fue condenado a prisión perpetua y encarcelado en las prisiones de Rawson y Río Gallegos. La Revolución Libertadora lo liberó tres días después de tomar el poder, el 19 de septiembre de 1955.

Capítulo 6

El teniente Mario Asúa, primer muerto de las Fuerzas Armadas. Las FAR, primer blanco paraestatal. La caída de Santucho, Gorriarán Merlo y la primera desaparición del PRT-ERP. Cárcel de Tucumán: la fuga sangrienta.

Las partes de las armas habían llegado envueltas
entre las garrafas los días anteriores, engrasadas,
después se limpiaron y se prepararon.

ROBERTO COPPO, PRT-ERP

El primer militar muerto por las balas de la guerrilla en la década de 1970 fue el teniente Mario César Asúa. Un comando de las FAR compuesto por alrededor de treinta personas lo emboscó en un camión del Ejército que transportaba armas de Campo de Mayo a Córdoba, y lo mató.

En la tarde del 29 de abril de 1971, las FAR habían robado tres camiones de servicios de fletes —contratados para supuestas mudanzas—, además de una camioneta y otros automóviles. La operación se inició cuando el camión militar transitaba por la ruta 8 en la localidad de Pilar, y tras ser interceptado por uno de los camiones robados, una ráfaga de ametralladora impactó en la cabina del conductor. Los quince soldados conscriptos que iban en la caja trasera fueron reducidos. Se llevaron casi doscientas pistolas

Ballester Molina, tres fusiles FAL y dos subfusiles PAM. El chofer —soldado conscripto Hugo Vacca— fue herido y el teniente Asúa, que estaba a su lado, muerto. Por la noche, Lanusse asistió a la capilla ardiente del hospital de Campo de Mayo, donde velaron sus restos.

* * *

La muerte de Asúa decidió a las Fuerzas Armadas a encarar la ofensiva contra la guerrilla con una participación más activa.

El decreto ley 19.081, firmado por Lanusse pocas semanas después, autorizó a las unidades militares a actuar en la prevención y el combate de "la subversión interna", dado que —explicaba la dictadura militar— tendían a destruir "las bases mismas de nuestras instituciones sociales y políticas, democráticas y republicanas, a la par que siembran el terror y el caos".

El decreto facultaba a las Fuerzas Armadas a retener durante veinticuatro horas a un acusado de "subversivo", antes de trasladar los antecedentes a la Cámara Federal, lo que convertía a los cuarteles militares en cárceles preventivas de civiles.

La letra oculta del texto abría el camino a la represión ilegal, con la acción de "comandos clandestinos", "parapoliciales", que actuaban bajo el amparo del Ejército y la Policía Federal. Aunque ya había habido antecedentes puntuales en meses precedentes, esta nueva ingeniería represiva se intensificó después del crimen de Asúa. Los comandos paraestatales produjeron amenazas, bombas, atentados, secuestros y las primeras desapariciones. En algunos casos, las acciones se firmaban como "Comando Puma", "Comando de la Represión" o MANO (Movimiento Nacional Argentino Organizado), en el que actuaban sectores de extrema derecha con participación de espías y policías.

La justicia prefería no investigar. Los pocos jueces que lo hicieron fueron disuadidos con otras bombas, colocadas en sus autos o domicilios.

Los comandos paraoficiales obtenían información de la inteligencia estatal, de organismos de la "comunidad informativa", que les facilitaba la detección de blancos, fuesen militantes, colaboradores o simpatizantes. El primer objetivo contra una organización guerrillera fue el de los miembros de las FAR que habían participado en el asalto al camión militar y en la toma de Garín.[1]

El primer secuestro ocurrió en la mañana del 2 de julio de 1971. Un grupo del servicio de Inteligencia del Ejército llegó desde Mendoza en tres autos e irrumpió en la casa del odontólogo Marcelo Verd y su esposa, la obstetra Sara Palacios, en el barrio Villa del Carril de la ciudad de San Juan, y se los llevó. Dejaron a sus dos hijos a resguardo de un familiar. La casa del matrimonio apareció revuelta y con pintadas de las "FAL" en el comedor.[2]

El matrimonio fue el primer caso de secuestro y desaparición en la dictadura de Lanusse.

La escalada de terror continuó en Buenos Aires. En la noche del 7 de julio intentaron secuestrar al abogado Roberto Quieto cuando salía de la casa de sus suegros. Había visitado a su hija recién operada. Hasta ese momento, Quieto alternaba casi sin sobresaltos su actividad pública con la clandestina.[3]

Esa doble actividad ya había sido develada. Pero el grupo paraestatal que intentó llevárselo tropezó con la resistencia y los gritos de Quieto y de su esposa y la reacción de los vecinos del barrio, que alertaron a un patrullero de la policía que terminó por impedir el secuestro. Los cuatro hombres, tras identificarse en la comisaría 39ª, condujeron a Quieto a Coordinación Federal. El hecho dejaba en claro que los secuestradores habían actuado sin

el pedido de "zona liberada", como sería habitual en los procedimientos paraestatales de la década de 1970.

El hábeas corpus presentado por la esposa de Quieto, Alicia Testai, y las denuncias de abogados publicadas en los diarios —sobre todo en *La Opinión*— obligaron a la Policía Federal a legalizar su detención. No era ése el plan original. Antes de hacerlo, el jefe policial de las "operaciones contra la subversión", el comisario Alberto Villar, admitió su derrota ante su secuestrado: "Quieto —le dijo—, esta vez perdí yo. Pero no voy a perder todas las veces".[4]

El jefe de las FAR quedó detenido a disposición del Poder Ejecutivo, por la vigencia del estado de sitio, y le abrieron una causa por "robo de automotores".

La Junta Coordinadora Nacional de la Juventud Radical (JR) describió la acción frustrada contra Quieto en un comunicado: "El operativo felizmente no tuvo 'éxito'. De todas maneras, fallado el secuestro, Mor Roig refrenda un decreto que puso al abogado [Quieto] a disposición del Ejecutivo Nacional, lo que parece indicar que, cuando un argentino escapa a un balazo en la cabeza y a una zanja como tumba, su destino final está en la cárcel".

La referencia al balazo y a la tumba en el texto radical se refería a la nueva acción de los parapoliciales, seis días después. El 13 de julio fueron a buscar a Juan Pablo Maestre al barrio de Belgrano, Amenábar 2224. Maestre escapó, salió corriendo, dio vuelta en la esquina, lo corrieron, se escucharon dos tiros y cayó. Su esposa, Mirta Misetich, que salió en su ayuda, fue introducida por la fuerza en un auto. También cargaron el cuerpo de su marido. A consecuencia del forcejeo de Misetich, quedó un zapato en la vereda, y enseguida llegaron tres patrulleros para ocultar las pruebas: limpiar la sangre de Maestre de la vereda y llevarse el zapato de su esposa.

La denuncia del secuestro de Maestre y Misetich en la comisaría 22ª fue caratulada como "pedido de paradero".

Al día siguiente, un cuerpo fue encontrado en un paraje de Escobar, al borde del río Luján, detenido en un pajonal, en medio de una correntada que lo hubiera llevado al mar. El cuerpo tenía dos tiros. El juez de San Isidro afirmó que no podía identificarlo por sus huellas dactilares. Prefirió imaginarlo como un cadáver como tantos otros, "ajustes de cuentas del hampa", y ordenó enterrarlo como NN. Los abogados de la Gremial pidieron desenterrarlo. Lo hicieron el sábado 18 a la noche: era Maestre.

Un día después, los padres de Marta Misetich fueron a la residencia de Olivos para pedirle a Lanusse por la vida de su hija secuestrada. El dictador no los recibió. Les pidió que dejaran una nota sobre el caso y luego, por medio de su edecán naval, les informó que daría órdenes expresas para "acelerar la investigación".

* * *

En la primera quincena de julio de 1971, la acción paraestatal contra la guerrilla dejó como resultado un muerto —Maestre—, tres desapariciones —Verd, Palacios y Misetich— y una detención forzosamente legalizada —la de Quieto—. Ante la trascendencia de los sucesos, el gobierno militar y la Policía Federal se vieron obligados a dar una explicación. Y la explicación fue que el Poder Ejecutivo se comprometía frente al juez a "colaborar en el esclarecimiento del hecho", y que el jefe de Policía Federal, general Jorge Cáceres Monié, indicara que en los secuestros no hubo actuación policial, que vivíamos en un país civilizado, que no reinaba la ley de la selva y no se echara sombras sobre la institución que dirigía.[5]

De cara a la sociedad, a menos de cuatro meses del gobierno de Lanusse, había quedado revelada la aparición de los comandos paraestatales, "escuadrones de la muerte" preparados y decididos para desarticular con el

secuestro, la tortura y la desaparición a las incipientes organizaciones guerrilleras, siguiendo el manual de la Doctrina de Seguridad Nacional.

Por su parte, a Arturo Mor Roig, que amenazó con renunciar al Ministerio del Interior, también le costó darles una explicación a los partidos políticos, sentado en la silla de un gobierno que promovía u ocultaba crímenes clandestinos mientras prometía la legalidad y la salida institucional. El mismo Mor Roig chocó contra un muro cuando requirió a la Policía Federal el rápido esclarecimiento del crimen de Maestre. El general Cáceres Monié pidió que se apartara, porque ése era un problema de "competencia exclusiva de las Fuerzas Armadas y la Policía Federal", y terminó la conversación. Los secuestros y las desapariciones eran un tema que competía a las usinas policiales y de inteligencia del Estado.[6]

* * *

Esa misma semana de julio de 1971, un día después del intento de secuestro de Quieto, cayó la mitad de los miembros del Comité Militar de Capital del PRT-ERP, que no eran más que una docena, con un nivel operativo de menor desarrollo que las regionales de Rosario, Córdoba o Tucumán.

La caída se produjo durante la organización de un atentado contra el palco oficial que Lanusse y el presidente uruguayo Jorge Pacheco Areco utilizarían para celebrar el aniversario de la Independencia argentina. El palco estaba ubicado en Avenida del Libertador y Malabia.

La operación, que se presumía "de baja complejidad", se complicó en el bar Ceres, frente al estadio Luna Park, cuando se delineaban los detalles finales. La policía detuvo a Pedro Cazes Camarero, Martín Marcó, Alicia Sanguinetti, Eduardo Streger, Mario Rodríguez y María Elena Mauceri.

El plan era apoderarse de un camión cisterna y hacer chorrear la nafta hacia la acera, donde estaba el palco de madera. Iba a arder con facilidad. El camión lo obtuvimos al voleo en menos de cinco minutos, sobre la Avenida del Trabajo, y lo estacionaron en la avenida Alem. Nos dimos cuenta de que tenía el caño de escape a la altura de la válvula, entonces se podía prender fuego antes de que cayera la nafta, y además había un policía custodiando el palco. Todo esto fuimos a discutirlo en el bar, y estábamos en esa discusión cuando pasó la cana, vio el arma de uno de los compañeros y nos rodeó. Nuestra situación táctica era mala. Dos de los seis de la mesa no estábamos armados. Yo llevaba dos bombas caseras. Nos detuvieron.

La policía se enteró de que íbamos a atentar contra el palco porque otro compañero, el Gallego [Víctor José] Fernández Palmeiro, que había traído el camión cisterna, le dijo al camionero que íbamos a usarlo y después se lo devolvíamos. Su tarea era dejarnos el camión y tener secuestrado al camionero. Y se lo llevó a un cine de variedades con otro compañero. Con un arma, en general, nadie se resiste. El Gallego pensaba que el operativo ya se había hecho y no sabía que nosotros habíamos caído presos. Y cuando lo largó, el camionero hizo la denuncia en la comisaría y lo contó. Fuimos a Coordinación Federal. Nos torturaron a dos, más que nada al "Galleguito" Mario Rodríguez. Y lo torturó un policía que me había torturado a mí en Lanús en el año 67, por infracción a la Ley Anticomunista. Ahora estaba en Coordinación como especialista en inteligencia política. A las pibas no les pegaron. En ese momento, la tortura y los malos tratos no eran sistemáticos. En uno de los tubos de Coordinación estaba Roberto Quieto. Acababan de agarrarlo. Era muy conocido porque había viajado a Cuba. De Coordinación fuimos a la cárcel de Devoto, y casi diariamente nos llevaban a Tribunales. Nos juzgó la Cámara Federal de instancia única de la Capital Federal. Creo que fue el

último juicio en esa Cámara. Después vino el Camarón. Y después empezamos a planificar la fuga con el Galleguito Rodríguez, porque lo trajeron a Santucho al mismo pabellón que nosotros, y habló con su hermano y vinieron con dos motos a Tribunales a buscarnos. Estábamos en la sala de audiencias, sin esposas, con un policía federal armado, listos para declarar. El Gallego se tiró por la ventana, corrió, se subió a la moto y se fue. Cuando voy a tirarme, me agarraron de la campera, forcejeamos y no pude zafar. Volví a Devoto. / Pedro Cazes Camarero, PRT-ERP

Santucho había sido trasladado al penal de Villa Devoto después de su detención en Córdoba. El 30 de agosto de 1971, la policía tenía información de una reunión a la que concurriría en la casa de la calle Galeotti. Santucho había sido advertido de un allanamiento en el barrio —según el reporte de una militante que intervenía las frecuencias policiales—, pero el jefe del PRT-ERP supuso que no era en la casa a la que debía ir. Y fue. Hacía unas horas, la policía había reducido a Damián Toschi y a Jorge Ulla y dejó ir a un "soplón" del partido, que simuló escapar corriendo de la redada. Santucho y Gorriarán Merlo fueron reducidos y torturados en el Cuartel de Investigaciones de Córdoba. La policía demoró dos días en legalizar las detenciones. Fueron trasladados a la cárcel de Villa Devoto. Quince días después, el partido tendría su primer desaparecido: Luis Pujals.[7]

* * *

La fuga estaba en el imaginario de cada preso y de cada organización que quería liberarlo. Para la guerrilla, las fugas de las cárceles formaban parte del enfrentamiento; no sólo se liberaba a un preso, sino que también se arrancaba a un "combatiente" de la prisión de la dictadura. Esto se valoraba como un acto de fortaleza, de propaganda, y en su reverso, de la fragilidad

del enemigo a vencer. En consecuencia, el apoyo externo para la fuga de prisioneros también era un "deber revolucionario" para las organizaciones armadas.

El PRT-ERP planificó la fuga del penal de Villa Urquiza, en Tucumán, desde los primeros meses de 1971. El plan surgió a partir de la predisposición del director del penal, que aceptó propuestas de trabajo de los detenidos. Entre ellos estaban Benito Urteaga y Juan Manuel Carrizo, ambos miembros del Comité Central del PRT-ERP, que habían sido detenidos en el robo al Banco Comercial del Norte, en Tucumán, el 16 de noviembre de 1970.

El Flaco Carrizo, que era contador, empezó a trabajar en tareas de administración de la cárcel. Y con la idea de propagar el bienestar de los presos comunes y de los políticos convenció al director de que había que instalar un criadero de pollos. Comenzó a funcionar muy bien, la gente hacía sus pedidos en la calle y los presos se los entregábamos en la puerta. También les vendíamos huevos a los guardiacárceles. Y los pagaban. Teníamos un taller de herrería, un horno para hacer panes… todos hacíamos actividades. [Humberto] Pedregosa era albañil; yo, que había estudiado Arquitectura en Rosario, era maestro. Teníamos bastante libertad para movernos. En el penal vimos por primera vez en la televisión de Tucumán a Mercedes Sosa en ese año. Urteaga, que era el segundo de Robi [Santucho], la admiraba. Jugábamos partidos de básquet con equipos de Atlético y San Martín de Tucumán, y las crónicas se publicaban en La Gaceta. *Para nosotros, las actividades eran acciones de propaganda. El director, un poco en broma, decía: "Éstos nos van a meter la estrellita [del ERP] hasta en el culo…". Era otra época. Había mucha inocencia. El Flaco Carrizo, que ya manejaba todo el establecimiento, un día dijo que había que calefaccionar el criadero y traer garrafas. Creo que ahí surgió la*

idea de la fuga, porque el Tordo [Osvaldo] De Benedetti y [Jorge] Molina, obviamente con nombres falsos, crearon una empresa de gas ficticia que empezó a traer garrafas dos o tres veces al mes. Venía el camión con las garrafas, lo revisaban y entraba en el penal. | Roberto Coppo

El trabajo comunitario facilitó la fuga. Permitió a los guerrilleros —eran quince— observar los movimientos de la guardia, las rutinas en el patio externo, en la granja. El camión de la empresa Val-Gal empezó a introducir, escondidos entre trapos y algodones, partes de armas en el hueco de la base de la garrafa. Para el día de la fuga, el 6 de septiembre de 1971, ya tenían seis o siete.

Ese día, en el penal de las Carretas de Montevideo, la guerrilla tupamara terminaría de cavar el pozo por el que escaparían ciento seis guerrilleros, sin disparar un solo tiro. La fuga del PRT-ERP, en cambio, sería sangrienta.

Según la reconstrucción de la prensa, a las 15:40 de la tarde el camión de Val-Gas llegó al portón de acceso y el guardia Enrique Frías permitió el paso. Hacía un rato también había ingresado en el penal el abogado Rafael Fagalde para su visita con dos encausados y aprovechó para llevar un ramo de flores a la imagen de la Virgen. El paisaje era el de siempre. El descenso de las garrafas para el criadero de pollos, los presos trabajando en la granja, el retorno del camión hacia la salida. Un supuesto desperfecto mecánico lo hizo detenerse a la altura del portón, que se mantuvo abierto. El guardia se impacientó, en forma simultánea una llamada telefónica en su cabina lo distrajo, y se desencadenó la fuga. Uno de los presos que conversaba con su abogado sacó su pistola calibre .45, que el abogado le había llevado oculta en el ramo de flores, y los presos de la granja sacaron sus armas para reducir a la guardia. Allí comenzó el tiroteo.

Roberto Coppo modifica la versión publicada.

[Rafael] Fagalde, el abogado, no tuvo nada que ver. Él nos defendía pero tenía discrepancias con nosotros. Era un abogado progresista. Las partes de las armas habían llegado envueltas entre las garrafas los días anteriores, engrasadas, después se limpiaron y se prepararon. Carrizo y Urteaga eran nuestros jefes dentro de la cárcel y debajo de ellos había otro compañero, que dirigió la operación. Yo estaba hablando en una pieza con Fagalde, la pieza de contacto, donde se recibía la visita del abogado, y con distintas excusas fueron llegando otros compañeros a la sala de recepción, que estaba al lado. Serían cuatro. Allí estaban los subjefes de guardia, que serían diez. El Zurdo [Ramón Rosa] Jiménez intentó reducirlos, pero no lo hizo bien, y empezó el tiroteo. Yo reduje a [Francisco] Lobo, subjefe de la guardia, que también se resistió. Lo dejé trastabillando a un costado. En ese instante, desde fuera del penal, a una cuadra, había un equipo que empezó a tirotear las garitas. No sé cuánto tiempo pasó. En ese momento, con la emoción y el nerviosismo, se pierde la relación con el tiempo. No sé si el camión quedó atrancado en la puerta. Yo fui el último en salir y el portón estaba abierto, porque el primer grupo que salió redujo a la guardia. Salimos doce o trece. / Roberto Coppo

Según la crónica de prensa, quince detenidos del PRT-ERP y dos presos comunes que se sumaron a último momento escaparon hacia la calle. Dentro del penal quedaron seis guardias muertos: Raúl Villagra, Francisco Lobo, José Rosa Abregú, Carlos R. Rojas, Juan Ordóñez, Marcos Cáceres, y otros tres heridos.

Nunca se sabe cómo puede terminar una planificación. En la fuga falló la reducción a los guardias. Ellos se resistieron, son policías, era su deber. Se debió actuar con más solvencia, hubo compañeros sin experiencia que jugaron un poco a la "fama". Cuando se enseñaba a desarmar policías,

costaba hacerles entender a los compañeros que había que respetar la vida de la persona. Se fueron perdiendo los códigos. Los de ellos con nosotros, y los nuestros con ellos. Yo tengo un buen recuerdo de Lobo. Era un trabajador. Sentí su muerte. Al director lo acusaron de complicidad con la fuga, le hicieron un sumario, pero no tuvo nada que ver. Fagalde tampoco. No se lo esperaba. Se tiró al suelo en medio del tiroteo. Después lo detuvieron. La acción fue reivindicada por el partido, a pesar de los muertos. / Roberto Coppo

1 Aparentemente, las identidades de los miembros de las FAR se conocieron a partir de la delación de un jefe de inteligencia cubano radicado en París, que dio a la CIA nombres de guerrilleros latinoamericanos que habían recibido entrenamiento militar en la isla. La CIA trasladó la información a los gobiernos latinoamericanos.

2 El juez federal Mario Gerarduzzi, a poco de iniciar la investigación, imputó al matrimonio —con "paradero desconocido"— por asociación ilícita. El juez dijo haber encontrado elementos en el domicilio que permitían construir "bombas caseras", además de planos y datos sobre un banco. Nadie dudaba en la provincia —menos todavía el juez— de la intervención de un organismo de seguridad.

3 Roberto Quieto era socio de dos estudios jurídicos en el centro porteño y asesoraba al Sindicato de Prensa. Después de abandonar su militancia en el Partido Comunista, integró el Ejército de Liberación Nacional —ELN o "Elena"—, que se disponía a dar apoyo armado a la expedición del Che Guevara en Bolivia. Otros de sus jefes eran Carlos Olmedo y Marcos Osatinsky. En la toma del pueblo de Garín en 1970, Quieto dio prueba de esa alternancia cuando después de la operación atendió un caso en los tribunales de San Isidro y luego se trasladó a un hospital para conocer a la hija de un amigo que acababa de nacer.

4 El comisario Alberto Villar había viajado a Francia para formarse en la Doctrina de Seguridad Nacional, sobre la base del intercambio militar entre ambos países. A cargo de la Dirección de Tránsito de la Policía Federal, creó el Cuerpo de Unidades Móviles, que actuó

como “brigadas antiguerrilleras”. Fue denunciado por ser uno de los mentores de los grupos parapoliciales que realizaron atentados en la década de 1970.

5 La participación policial en el caso de Juan Pablo Maestre era la más difícil de refutar. En la misma mañana del secuestro, personal de Coordinación Federal pidió información al gerente de personal de Gillette —Maestre estaba a cargo del departamento de marketing de la firma—, y la propia policía lavó su sangre de la vereda, para ocultar pruebas, según consignaron los testigos a la justicia. Además, la misma policía había informado a los medios de un allanamiento en una casa de la calle Amenábar. Luego, la institución decidió ocultar su participación.

6 Juan Pablo Maestre fue despedido en el cementerio de la Chacarita por más de mil personas, y su muerte fue condenada por la CGT y partidos políticos. Su esposa Misetich continuó desaparecida. Fue el primer caso que promovió indignación e impotencia en la sociedad y dispararía la militancia contra la dictadura y la radicalización de las acciones de la guerrilla, que llevó al cortejo sus consignas y banderas a favor de la lucha armada.

7 El 17 de septiembre de 1971, Pujals fue secuestrado en un departamento de Palermo, en Buenos Aires. Tras la caída de Santucho, había quedado, en los hechos, en la dirección del partido. Fue trasladado a Coordinación Federal, que lo entregó al II Cuerpo del Ejército, en Rosario, a cargo del general Juan Carlos Sánchez. Lo mataron y nunca entregaron su cuerpo. Al año siguiente, el cantautor Roque Narvaja compuso y grabó la “Balada para Luis”, que integra su disco *Octubre (mes de cambios)*.

Capítulo 7

Las caídas en combate de los jefes de Montoneros y FAR, José Sabino Navarro y Carlos Olmedo. Córdoba atravesada por protestas sociales, conflictos obreros y la acción guerrillera. Nueva metodología: el secuestro extorsivo contra empresarios.

La preparación de un secuestro nos podía llevar dos meses. Ya sabíamos de antemano a quién teníamos que llamar y con quién negociar.

ENRIQUE SOKOLOWICZ, FAL

A mediados de 1971, los primeros jefes de las organizaciones armadas estaban presos en las cárceles, habían muerto en combate o habían desaparecido. Roberto Quieto (FAR) estaba detenido en Villa Devoto; Santucho y Gorriarán Merlo, también. Habían matado a Juan Pablo Maestre, tras un secuestro, y habían secuestrado a Luis Pujals (PRT-ERP). Emilio Maza, Fernando Abal Medina y Gustavo Ramus, de Montoneros, habían caído. Norma Arrostito, Carlos Capuano Martínez y Mario Firmenich se mantenían en la clandestinidad.

* * *

Después de la muerte de Abal Medina, los grupos de Capital Federal y Córdoba de Montoneros quedaron desarticulados. La situación era crítica. El único grupo prácticamente indemne de los daños de La Calera fue el de José Sabino Navarro, que también había escapado de la policía en la pizzería de William Morris.

Sabino Navarro había sido miembro de las juventudes católicas, relacionado con *Cristianismo y Revolución*, y delegado de fábrica. Era el único de los jefes montoneros que había trabajado de obrero. Después de la muerte de Abal Medina y de Ramus, viajó por las provincias para regenerar contactos y promover la autonomía de Montoneros. Sin una conducción centralizada, se fue gestando una "federación montonera" con grupos asentados en San Luis, San Juan, Mendoza, Salta, además de los que habían persistido en Buenos Aires y Córdoba.[1]

La operación montonera destinada a reconstruir su identidad fue la toma de San Jerónimo del Norte, a cincuenta kilómetros de la ciudad de Santa Fe, el 1º de junio de 1971. El pueblo de casi cinco mil habitantes fue sitiado por tres comandos que cortaron las comunicaciones en la central telefónica, tomaron la comisaría, ocuparon la sede comunal y el juzgado de paz y sacaron de sus casas al gerente y al tesorero del banco para que les abrieran el Tesoro. Se llevaron documentos, armas, uniformes y más de ocho millones de pesos.

Sin embargo, el proceso de reconstrucción sufriría un golpe con la caída de Sabino Navarro, en agosto de 1971.[2] Hacia fin de ese año las regionales se unificarían bajo el mando de una conducción centralizada, controlada por Mario Firmenich, antes de su posterior fusión con las FAR.

Casi en forma inmediata a la caída de Sabino Navarro sucedió la de Carlos Olmedo. Su hoja de ruta se había iniciado en el Partido Comunista con un posterior entrenamiento militar en Cuba como parte del grupo de apoyo al Che Guevara. Después, su grupo —el Ejército de Liberación

Nacional— giraría hacia la estrategia de guerrilla urbana y sería uno de los fundadores de las FAR.[3]

La operación en la que cayó tenía un diseño conjunto con las FAP. Preveía emboscar y secuestrar a un ejecutivo de la empresa FIAT camino a la planta automotriz, Córdoba, en un contexto de alto grado de conflictividad laboral.[4]

Con el secuestro del directivo de FIAT, el 3 de noviembre de 1971, Olmedo planeaba revertir las derrotas obreras: canjear su libertad por la reincorporación de los despedidos. El grupo comando, de cuatro hombres, esperó el paso del directivo en un Ford Falcon en un playón de estacionamiento de una estación de servicio. La demora del ejecutivo de FIAT volvió sospechosa la permanencia, se acercó un patrullero para identificarlos y les dispararon. Hubo dos policías heridos, los guerrilleros se parapetaron detrás de una camioneta, pero con el apoyo policial inmediato, los ultimaron. A partir de las muertes, cayeron casas, armas, documentos de las organizaciones armadas y detuvieron a alrededor de treinta miembros de FAR, FAP, Montoneros.

* * *

La modalidad del secuestro hasta ese momento sólo había sido ejecutada por Montoneros con Aramburu —con posterior crimen— y por el PRT-ERP con el gerente de Swift, Stanley Sylvester, como acción de "propaganda armada", para "generar conciencia" en las masas.

Los desarmes a policías, ataques a puestos de vigilancia, asaltos a trenes pagadores o tesoros municipales continuaron para cargar en la cuenta del enemigo los costos de la "guerra revolucionaria". Para equipar su infraestructura, la guerrilla también irrumpía en hospitales o farmacias en

busca de material sanitario y quirúrgico, e incluso en locales de pelucas, para disfrazarse en las operaciones armadas.

Pero el secuestro extorsivo, que exigía dinero a cambio de la libertad del secuestrado, marcó una nueva etapa para la guerrilla.

Una facción de las FAL se atribuyó, pocos días antes de la caída de Carlos Olmedo en Córdoba, el primer secuestro extorsivo.

Veníamos robando de todo, por todos lados. Hasta que vino un cambio que fue radical y ocurrió en nuestra organización: el secuestro de Jorge Vázquez Iglesias. Fue por sugerencia de un lumpen de la compra y venta de automóviles, que había estado en la joda y conocía a Vázquez Iglesias, que vendía camiones y era socio del Banco de Galicia. Nos dijo: "Basta de afanar bancos, esto y lo otro, que siempre andan galgueando. Hagan un secuestro". A partir de ahí se instaló el tema. Nosotros hicimos a Vázquez Iglesias y a un montón más hasta que nos empezaron a copiar, las FAR, los montos… Fue el primer secuestro de la guerrilla para capturar dinero, el 7 de octubre de 1971. Lo emboscamos detrás del Hospital Alemán, en la calle Laprida, creo, y lo llevamos a una "cárcel del pueblo" que habíamos construido debajo de una casa en la calle Neuquén y Donato Álvarez, que con el tiempo cayó y mataron a un compañero.

Lo tuvimos menos de una semana. Fue un rescate de 900 mil dólares. Estábamos estudiando todo el día eso con Luis María Aguerre, "Tato", y Sergio Schneider, "Tito". Tratando de que no nos hicieran el seguimiento y no nos interceptaran las llamadas. Creábamos un diseño y lo pensábamos. Éramos estudiantes de Ciencias Exactas, Ingeniería, y para nosotros bloquear un aparato transmisor en una camioneta o con una maleta era una pelotudez total. Teníamos formación técnica. Hicimos algunas cosas de ayuda desde el primer momento con Tupamaros, muchos viajes a Uruguay, ellos nos contaban su experiencia, nos pasaron su modelo de granada.

Además había compañeros que habían viajado a la Unión Soviética, más los que habían ido a entrenarse en Cuba… La preparación de un secuestro nos podía llevar dos meses. Ya sabíamos de antemano a quién teníamos que llamar y con quién negociar. Teníamos que llegar al presidente de la empresa de forma no telefónica. Le preguntábamos al secuestrado por un abogado, escribano o una persona de confianza, a la que nosotros le hiciéramos llegar el mensaje. El primer secuestro fue el de Vázquez Iglesias, pero el segundo, en el que aprendimos unas cuantas cosas, fue el de Isidoro Graiver, en 1972.

Salió perfectamente bien, no recuerdo si lo firmamos. En mi hoja del Ejército de febrero de 1979, donde el comando de Operaciones envía un radiograma con mi pedido de captura, decía "especializado en secuestros". Yo siempre fui un militante de aparato militar, de inteligencia, desde que estaba en la "Escuela" de Exactas, con gente del Partido Comunista, en la custodia de las manifestaciones, todo el mundo estaba armado. / Enrique Sokolowicz

El secuestro extorsivo requería una infraestructura logística para retener al cautivo mientras durasen las negociaciones. En las primeras acciones, se colocaban carpas en el interior de casas o de departamentos.

En las carpas se ponía música las veinticuatro horas y se cambiaban los horarios para confundir. No se sabía si era de día o de noche. Desayuno a las cuatro de la tarde, cena a las tres de la mañana. Había un tacho, había un catre. El secuestrado no estaba vendado dentro de la carpa, sólo cuando salía. Esto es previo a las "cárceles del pueblo", o a las famosas bañeras, en las que muchas veces se hacía un agujero en el piso y arriba se colocaba una bañera con un sistema hidráulico que se levantaba y permitía acceder a un sótano. La carpa, en cambio, era transitoria, móvil, puesta en una

casa común. Servía. Si el secuestrado era un hombre, se utilizaban dos interrogadores que entraban encapuchados y dos hombres armados. No existía la determinación de matar a nadie. En el caso del médico secuestrado del frigorífico Tres Cruces, fue colocado en una carpa de un departamento de la calle Virrey del Pino, a dos cuadras de la avenida Cabildo, en Belgrano. Era el médico en un frigorífico en el que el 90% de los trabajadores eran mujeres. Estaban paradas ocho o nueve horas, con frío, problemas en las piernas, tenían fiebre y las atendía este médico. Y aunque le dijeran, me duele la cabeza, las hacía desnudar y las colocaba en la camilla. Nunca llegó a tocarlas, pero las mantenía desnudas. Había compañeras que lo denunciaban, estaban muy indignadas. Nosotros teníamos una casaquinta con dos plantas alquilada, detrás de Campo de Mayo. Los primeros días no le decíamos nada, para confundirlo. El tipo decía que era un empleado, que vivía humildemente. Después le explicamos. A todo esto en la fábrica, en los baños, las obreras escribían "matenló". No pedimos plata. Era un llamado de atención para el tipo. Se hizo la parodia de que iba a ser juzgado, y la pena que pusimos fue que debía volver a la fábrica, convocar a las trabajadoras, pedir perdón públicamente y renunciar al trabajo. Y lo hizo. | Sergio Bufano, FAL

A medida que las organizaciones armadas crecían en su desarrollo, también las cárceles sumaban presos políticos, caídos por la vigencia del estado de sitio, los decretos leyes de la dictadura militar o en acciones. La cárcel comenzó a convertirse en un hábito del militante social, político o armado.

En Devoto no se torturaba. Te cagaban a palos si hacías cagadas, si te peleabas con un guardia. A veces sucedía, pero por cuestiones administrativas. Había un pabellón enorme. Caminábamos mucho, dos

horas, se hacían veinte metros y se volvía. Contábamos las vueltas. A determinada hora de la tarde nos sacaban del pabellón y nos metían en celdas. Jugábamos bastante al fútbol. Al lado del pabellón había un patio para presos políticos, con una cancha de básquet, piso de cemento. Jugábamos entre nosotros, mezclados, no por pabellón. Empezaron a caer detenidos conocidos, el padre [Carlos] Mugica, Santucho, Quieto. Había FAR, FAP, PRT. Venían abogados grosos a las visitas, un montón de personajes. En la cancha de básquet veía a Santucho, a Quieto. Me producía pavor el fanatismo que tenía el PRT con el tipo éste, que además no era ningún cuadro, sin ánimo de ofender. Era carismático, entrador, se vendía bien. Quieto sí era un tipo de puta madre. Un genio absoluto. Había una diferencia abismal. El tipo que genera fanatismo se dirige a un público determinado, donde están los fanáticos. El tipo que te enseña cosas se dirige a un público que quiere aprender. El fanatismo sólo expresaba consignas, no explicaba. Había mucha discusión con Perón, pero todos estábamos con la idea de hacer trabajo político, aunque esto no implicara abandonar las armas. Había que movilizar gente, ganar adeptos. Yo ya me había ido de FAL América en Armas y estaba con FAL Che Guevara, que era más populista, más política digamos. El jefe era [Juan Carlos] Cibelli. Yo no lo conocía, estaba muy abajo y venía de otro lado. Si venías de otro grupo, mantenías tu espacio, pero no te juntaban con los otros. En Devoto me casé. Estaba de novio con una chica de las FAL y nos casamos, vino el juez civil a la cárcel. No salía hacía mucho tiempo con ella. Fue una formalidad para que me pudiera visitar, porque sólo los parientes podían entrar en la cárcel. También estuve preso con el "Gallego" Víctor Fernández Palmeiro, que se intercambió con su hermano Gonzalo, que venía a visitarlo como abogado. Había una sala de reunión con sillas y mesas para la charla mano a mano entre abogados y detenidos. El carnet de abogado de Gonzalo era falso. Víctor era más grandote, pero eran

parecidos. En la foto se parecían bastante. Gonzalo dejó su saco en la silla y, en un momento de la charla, varios presos provocaron un pequeño disturbio para distraer a los guardias y se cambiaron de lado. Cuando el Gallego se fue de Devoto, lo festejamos. Hicimos una torta. Gonzalo quedó adentro. Y al poco tiempo, uno o dos días después, el abogado metió un amparo para consultar los motivos de la detención de su defendido. Nos cagamos de risa. Después me trasladaron al Chaco, que era una cárcel de procesados. En Devoto no cabía más nadie. / Raúl Monsegur

1 Las operaciones armadas fueron organizadas de forma autónoma por Unidades Básicas de Combate (UBC) compuestas por tres o cuatro miembros y una mínima infraestructura logística, que se fue reconstruyendo con la toma de comisarías aisladas —para obtener armas y uniformes—, algún registro civil —para llevarse cédulas o libretas de enrolamiento— o asaltos a fábricas y bancos. Eran acciones anónimas en muchos casos con impacto negativo: detenciones, muertes propias por fallas en la manipulación de explosivos y caída de "casas operativas".

2 El relato de sus últimos días afirma que Sabino Navarro fue degradado de la jefatura de hecho en julio de 1971 por una situación de adulterio en la que terminó matando a dos policías que quisieron identificarlo cuando estaba en un auto con una amante. Por ese motivo fue trasladado a Córdoba para fortalecer la organización. En esa provincia asaltó un garage en busca de autos para una operación y luego fue perseguido y herido por la policía. Se refugió en un monte, solo, y se dejó desangrar en una cueva. Tres semanas después lo encontraron muerto con una pistola en la mano.

3 Olmedo había estudiado en el Colegio Nacional de Buenos Aires, y se graduó en Filosofía y Sociología en Universidad de la Soborna, en París. Era directivo de la empresa Gillette mientras actuaba en acciones guerrilleras.

4 Durante la década de 1960, FIAT llegó a emplear a diez mil obreros en sus plantas de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, en Ferreyra. La caída de la producción provocó despidos y suspensiones y el descontento obrero. Las experiencias del Cordobazo y el

Viborazo generaron una conciencia de clase fortalecida por los sindicatos que los representaban, Sitrac-Sitram, asociados a las empresas ConCord y MaterFer, filiales de FIAT, separados del sindicato nacional automotriz SMATA. Sitrac-Sitram se proyectaba como una alternativa política revolucionaria. FIAT reaccionó a sus demandas con despidos. Hubo asambleas en puerta de fábrica, ocupaciones y una huelga de hambre en la parroquia de Ferreyra, en la que recogieron la solidaridad de distintos sectores sociales. La confrontación continuó, con el añadido de que los grupos guerrilleros ya tenían a sus militantes en las fábricas —y realizaban pintadas por ERP, FAR o FAP—, lo que unía el clima de protesta obrera a la lucha armada. En octubre de 1971, al momento del intento de secuestro del ejecutivo de FIAT, la dictadura militar había disuelto Sitrac-Sitram, con la suspensión de sus personerías gremiales y jurídicas. La empresa no les reconoció representación a los delegados y abrió nuevamente el camino para despidos masivos e incluso la cárcel, y más de medio centenar de obreros, delegados de fábrica, la totalidad de la comisión interna e incluso los abogados de Sitrac-Sitram fueron a prisión por la vigencia del estado de sitio. La Gendarmería ocupó las plantas de Fiat ConCord y de MaterFer. Hubo una huelga general en la provincia en protesta, y el Ejército ocupó la ciudad de Córdoba.

Capítulo 8

El golpe al Banco Nacional de Desarrollo (Banade). El Plan Sallustro: la inteligencia, la operación y el cautiverio. La presión de FIAT y el papa Paulo VI. La respuesta de Lanusse: "No negociar". La caída de la célula del PRT-ERP que comandó el secuestro y resolución fatal del caso en Villa Lugano. Sánchez, el primer general muerto por la guerrilla en la década de 1970.

Cuando me entero de que Sallustro no fue fusilado a las 48 horas, lo planteo en la primera reunión de célula: "Si dijimos que el plazo era de 48 horas, hay que cumplirlo. Si te equivocaste, te jodés. Pero hay que cumplirlo. Si no, es falta de seriedad".

CARLOS PONCE DE LEÓN, PRT-ERP

El 10 de abril de 1972, el director del Grupo FIAT de la Argentina, Oberdán Sallustro, apareció muerto en Villa Lugano. Estaba en un cuarto con tres tiros en su cuerpo, uno en la cabeza y dos en el pecho. El desenlace se produjo cuando cuatro policías que rastrillaban el barrio llamaron a la puerta de Castañares 5413 y fueron rechazados a tiros. Durante veinte minutos el barrio quedó paralizado por la balacera. Hasta que desde la casa les gritaron a los policías que tenían a Sallustro y que, si no se iban, lo

matarían. Se produjo una tregua de hecho, un momento de silencio que fue quebrado por el sonido de tres tiros, y tres hombres escaparon por el fondo de la casa. Una mujer joven se quedó sola y quieta en el living, desarmada, cuando la policía irrumpió.

* * *

Sallustro era hijo de padres italianos, había nacido en Paraguay, pero vivió en Turín desde pequeño. Formó parte de la resistencia antifascista que combatió a Benito Mussolini y después de la guerra se doctoró en Jurisprudencia e inició su carrera como directivo en el Grupo FIAT. En la década de 1960 fue enviado a la Argentina para potenciar la producción de automóviles. La empresa tuvo momentos de conflictividad con los trabajadores.

La decisión de su secuestro surgió en un momento en que, por detenciones, caídas y crisis partidaria, el PRT-ERP operaba con una autonomía de hecho, con "direcciones paralelas" que decidían sus acciones militares al margen de los organismos del partido. Después de la desaparición de Luis Pujals en septiembre de 1971 y la posterior expulsión del partido de Joe Baxter, por disconformidad en su desempeño político con el movimiento obrero y la falta de acciones armadas, el secretario general, Benito Urteaga —que se había fugado de la cárcel de Tucumán—, decidió poner al frente del Comité Militar de Buenos Aires a Osvaldo Sigfrido De Benedetti, el "Tordo".

De Benedetti puso a funcionar dos planes operativos. Uno de ellos estaba en el aire, pero no se ejecutaba.

En enero de 1972 robamos la sede del Banco Nacional de Desarrollo, que quedaba a una cuadra de la Casa Rosada. Fue una de las operaciones

más grandes. Teníamos a dos compañeros entre el personal de seguridad del banco, que dieron la información, hicieron inteligencia y permitieron que entrara por la puerta un comando a las nueve de la noche. Abrimos un hueco en la bóveda con Chispa, un compañero que era soldador en Astilleros Río Santiago. Se abrió una pared de noventa centímetros y con el soplete se abrieron las cajas de seguridad. Mucha plata. El Chispa, que murió muy pobre, decía: "Me quemaron un montón de billetes por la soldadora". Y dejaron una pintada que decía: "El próximo es el Nación". Una parte de la plata fue para sostener a gente que quedaba en la clandestinidad o tenía pedido de captura. También servía para mantener casas, vehículos, se compraban armas, pero muy pocas porque no existía un "mercado negro". Las necesidades de recursos eran muy grandes. | Humberto Tumini

La segunda operación que dirigió De Benedetti fue la de Sallustro. Al momento de su secuestro, el funcionario de FIAT vivía en una casa de la calle Casares, en Martínez, zona norte del Gran Buenos Aires. Cada mañana, su chofer y guardaespaldas José Fuentes lo conducía a las oficinas de la empresa en el centro porteño. Ése fue el primer informe que reportó la inteligencia sobre Sallustro. Luego se realizó el diseño de la operación. La información de que el funcionario viajaría a Italia en forma inminente aceleró los tiempos. De Benedetti decidió ejecutar el plan, aun cuando la "cárcel del pueblo" que lo alojaría no estaba terminada.

En el diseño original, un auto estacionado sobre Casares daría el alerta por *walkie-talkie* cuando Sallustro saliera de su casa, y una camioneta le cerraría el paso cuando atravesara la esquina de Pasteur. La camioneta estaba lista. Había sido robada y adaptada pocos días antes. Y el auto que daría el aviso, también. El 21 de marzo de 1972, la camioneta encerró al Fiat 1500 de Sallustro, quien fue sacado a golpes por un grupo de hombres.

Su chofer, José Fuentes, fue neutralizado con un tiro en hombro. La familia avisó ese mismo día que el empresario tenía una afección cardíaca que requería atención permanente. Pidió a los secuestradores que le suministraran Mepantin y Persantin, los medicamentos con los que se trataba.

Por la tarde, en el baño de un bar porteño, fue hallado un comunicado del PRT-ERP que informó que Sallustro estaba a disposición de la "justicia popular" para responder sobre "prácticas monopolistas", despidos de obreros de FIAT y encarcelamiento de obreros y dirigentes sindicales.

Por la orientación del comunicado, seiscientos hombres del Ejército, la Gendarmería y la policía local rastrillaron la provincia de Córdoba. Hubo veinticinco detenidos.[1]

Un día después, procedente de Italia, aterrizó en Buenos Aires el presidente del Grupo FIAT, Aurelio Peccei, para intervenir en las negociaciones. La llegada de Peccei le marcó al PRT-ERP la real dimensión del directivo que habían raptado. La empresa consideraba insustituible a Sallustro. Había sido artífice de la creación del complejo automotriz en el país en los sesenta, gestor de obras de infraestructura como El Chocón o Zárate-Brazo Largo, pero el interés de Peccei por preservar su vida era personal: Sallustro era amigo desde los tiempos de la resistencia al fascismo —cuando Peccei estuvo a punto de ser fusilado— y habían trabajado juntos en la Argentina. Peccei —y también FIAT— estaba dispuesto a dar todo por la libertad de Sallustro.

Las exigencias del PRT-ERP para su rescate se conocieron dos días después del secuestro. Debían cumplirlas en cuarenta y ocho horas, so pena de fusilamiento. Cinco de los siete puntos no eran de resolución difícil para la empresa.[2]

Pero dos puntos sólo podían ser resueltos por la dictadura militar: la libertad de trabajadores y dirigentes de Sitrac-Sitram detenidos durante el

conflicto y la liberación de medio centenar de prisioneros del PRT-ERP. Proponían trasladarlos a Argelia u otro país a convenir.

Peccei buscó interlocutores para negociar con la guerrilla. Uno de ellos fue Arturo Illia. Lo convocó a las oficinas de FIAT en Buenos Aires. El ex presidente, cordobés de nacimiento, conocía los conflictos obreros de la fábrica y mantenía relación con Alfredo Curutchet, abogado clave para la gestación de los sindicatos Sitrac-Sitram.[3] Illia avisó que no se sentía la persona adecuada para la mediación.

La presencia de Peccei en la Argentina implicó una presión adicional para Lanusse. El presidente de FIAT quería que la dictadura agotara todas las instancias para que su amigo apareciera sano y salvo, y ese reclamo lo expresaron el presidente de Italia, Giovanni Leone, y el papa Paulo VI en su sermón del domingo en Plaza San Pedro, y también se transmitió en la misa del santuario Nuestra Señora Madre de los Inmigrantes, en La Boca, celebrada por el cardenal de Buenos Aires, Antonio Caggiano, con la presencia de Peccei, Illia y el ministro del Interior, Mor Roig.

Lanusse bloqueó la presión con un comunicado que difundió después de su reunión con Peccei. La dictadura se involucraría en tratos con el PRT-ERP. No lo harían ellos ni permitirían que lo hiciera FIAT, o algún tercero.[4]

En resumen: para la dictadura, el caso Sallustro era un asunto interno, de competencia exclusiva del Estado argentino y obraría como tal, de acuerdo con sus propias convicciones.

Luego del secuestro, el PRT-ERP fue corriendo los plazos del ultimátum. Primero marcó cuarenta y ocho horas, luego lo postergó a otras treinta y seis horas, hasta que no indicó ninguno más. Sin embargo, en su segundo comunicado público, después de manifestar su repudio a dos condenas de "la justicia del régimen, a dieciocho y a nueve años de cárcel, por el delito de repartir alimentos en una villa de emergencia de Rosario", de forma retórica advirtió sobre la suerte que perseguiría a su secuestrado.[5]

* * *

El día de la operación, el 21 de marzo, Sallustro fue trasladado a Reconquista 180, una casa de Villa Ballester, a tres cuadras de la estación ferroviaria Chilavert. Lo colocaron en el camastro de un sótano ubicado debajo de una pieza. Allí le tomaron una foto, que distribuyeron como prueba de vida, delante de una sábana con la inscripción "ERP. A vencer o morir". Sallustro tenía una camisa blanca y una expresión serena e incierta.

La casa no estaba preparada como "cárcel del pueblo". Hacía pocos meses había sido alquilada por dos militantes PRT-ERP que firmaron el contrato con nombres legales. La pareja, jóvenes de alrededor de 25 años, conformaba la apariencia de una familia que vivía en armonía. El joven entraba y salía, casi siempre en los mismos horarios, con una furgoneta Citroën blanca. La guardaba en el patio de acceso a la casa. La mujer, con pocos meses de embarazo, barría la vereda y hacía compras en el almacén de la esquina en distintos horarios.

Sallustro permaneció nueve días en el sótano. El trato era amable. Les relataba a sus captores anécdotas sobre la resistencia antifascista en las brigadas de Giustizia e Libertà. En un momento quiso escribir una nota para su familia y le facilitaron un papel y le dijeron que se la harían llegar. Fue una carta corta, escrita en italiano con la lapicera que había conservado al momento del secuestro, y llegó a manos de su familia esa misma noche. Estaba dirigida a "Ida e hijos, nietos, hermanos y amigos de FIAT y toda la organización". Decía: "Estoy bien. Los recuerdo a todos. Me tratan con deferencia. Abrazo a todos y bendigo a todos los hijos presentes y lejanos. A todos ustedes un fortísimo abrazo recordándoles, para su serenidad, que siempre he actuado en orden con mi conciencia. Afectuosamente, Oberdán Sallustro".

La pericia caligráfica certificó que la carta correspondía al directivo, y su tinta permitió corroborar que había sido escrita hacía pocas horas. Sobre la base de esa conclusión, se abandonó la pista mediterránea y la búsqueda se centró en Capital Federal y Gran Buenos Aires. Tropas de Infantería del Ejército y las fuerzas de seguridad, cerca de cuatro mil hombres, estuvieron disponibles para inspeccionar viviendas, depósitos, fábricas, playones ferroviarios, techos. Se instalaron retenes de control en rutas, avenidas y calles. Los conductores abrían sus baúles, levantaban la lona de las camionetas. La búsqueda más fina y metódica avanzó sobre los contratos de alquiler de casas firmados en los últimos tres meses por parejas jóvenes y con garantías compradas.

La saturación policial para las requisas implicaba un riesgo objetivo para Sallustro. A nadie escapaba que, si era encontrado en un refugio, su vida pendería de un hilo. De modo que Peccei —que no se había llevado nada de su reunión con Lanusse en la Casa de Gobierno y no quería dejar a su amigo abandonado a su suerte— decidió obrar por cuenta propia y encarar un diálogo directo con Santucho en la cárcel de Devoto.

Fue una reunión a solas en los últimos días de marzo de 1972. Peccei le explicó al jefe guerrillero las dificultades que tenía para lograr las libertades que exigía, la de los presos del PRT-ERP, obreros de FIAT, dirigentes sindicales y el abogado Curutchet. Ese obstáculo era insalvable. Ni la presión de FIAT ni la del gobierno italiano ni la del Vaticano, y mucho menos la de la prensa italiana, que descalificaba la "exasperante lentitud" de la investigación, habían alcanzado a torcer la negativa de Lanusse a ser permeable a una negociación.

FIAT sólo podía aumentar la cifra del rescate, aumentarla en forma considerable, pero no estaba en condiciones de liberar a los presos. Santucho habría entendido la argumentación y dejó la puerta abierta para una futura negociación con Peccei. Mandó a averiguar, por medio de un

mensaje, cómo estaba la seguridad de Sallustro. De Benedetti respondió que estaba garantizada.

Lanusse se ocuparía de cerrar la puerta del diálogo. Los diarios del 2 de abril de 1972 informaron que Santucho, Curutchet y una veintena de guerrilleros habían sido trasladados al penal de Neuquén y luego a Rawson, y que Peccei había partido en forma imprevista a Italia.[6]

En esas horas, a partir del rastrillaje en una casa en Villa Bosch, provincia de Buenos Aires, la investigación se acercó a Sallustro. Una redada condujo a otra. En menos de dos días, la policía detuvo a veintiocho personas.

Uno de ellos era Carlos Ponce de León.

Yo era un combatiente. Trabajaba en una fábrica mezcladora de caucho y laminadora de acero, Castells Hermanos, en el Bajo Flores. Alquilaba en Ramos Mejía, en la calle Bolívar. Era tornero. Me incorporé al partido en el 68. Estaba en la Regional Buenos Aires y me mandaron a una célula con un seminarista, [José Luis] Da Silva Parreira, que cuando fue a hacer los votos de pobreza a un convento en Río Gallegos, que es un lujo espantoso y enfrente tenía una villa, no le cayó bien y se fue a la mierda. Lo conocía a Parreira; desde el 68 operaba con él. Era maestro de escuela. En la célula estaba su esposa Mirta Adriana Mitidiero, que era profesora de inglés de ejecutivos de Ford; estaba la hermana de Da Silva Parreira, Elena María, y su marido, el Gordo [Ángel] Averame, que era muy pobre. El Gordo había sido seminarista, la mamá lavaba la ropa del convento y el papá levantaba la basura de la calle, era municipal. El Gordo trabajaba en la fábrica de zapatillas Derga. La célula la atendía [Héctor] Antelo, uno de los desaparecidos de [la toma del cuartel militar en] Azul [en enero de 1974], que es el que me captó a mí para el partido.

Yo lo había conocido a Sallustro. Cuando había poco trabajo en el Bajo Flores, iba a trabajar con contrato a Auto Union, Citroën o Ford, como preparador de máquinas automáticas, y después volvía al Bajo Flores. Y trabajé en FIAT de Palomar. El jefe de personal, que había sido secretario privado de Sallustro, me invitó a comer al mediodía en la fábrica, y la segunda vez, cuando fui a la prueba de suficiencia, justo estaba de visita Sallustro. Lo vi de casualidad. Ésa fue una de las ventajas que yo tenía sobre el resto del comando. Le conocía la cara, su altura. Para hacer la bolsa donde se lo embolsó, había que saber la altura. Era alto como yo, un metro ochenta y cinco. Eso fue en el 67.

Cuando entré en la célula, la operación estaba planificada desde el Comité Militar. Mi tarea era sacarlo del auto. Yo fui boxeador, sabía golpear. El objetivo era secuestrarlo por 48 horas y pedir cinco puntos: un millón de dólares para el PRT, un millón de dólares para reparto, reincorporación de los obreros de la FIAT, la liberación de los detenidos de Sitrac-Sitram y la salida de la Gendarmería de la fábrica [en Córdoba]. No había más.

Casi todo el chequeo lo hice con la compañera Mirta Adriana Mitidiero, la esposa de Da Silva Parreira. Íbamos casi todas las mañanas. Era algo relativamente fácil. Iba vestido de cana, no de garca porque no tengo cara de garca, tengo más cara de cana. Después, todos los testigos dijeron que yo era policía. En la zona había muchas empresas de seguridad. Canas por todos lados, algunos de civil. Eso era lo que chequeábamos. Hacíamos dos o tres vueltas, la calle Casares, la calle Pasteur. La casa estaba en un cuarto de manzana; a un costado, la pileta de natación; en el otro costado, una especie de garage, un lugar techado, en realidad. El auto salía de adentro de la casa de Sallustro, no lo venían a buscar. Cuando Sallustro salía caminando solo, salía el auto con el chofer para el lado de provincia y lo levantaba en Avenida del Libertador. Sallustro caminaba dos cuadras, el

auto iba al revés, lo encontraba y se iban. Cuando el auto salía y apuntaba para la Capital, se iban directamente al centro, manejaba él o su chofer. Salían en el rango de las diez y las doce del mediodía. Para hacer el chequeo pedí el cambio en el trabajo, empecé a trabajar a la tarde. Y después volví a trabajar a la mañana, de seis a tres. El chequeo duró quince días. La operación se apuró porque alguien bajó el dato de que tenía una reunión en Italia. Sallustro era el tercero de la FIAT mundial. Venían Agnelli, Peccei y Sallustro. Y no sabíamos si volvía o no.

Se hizo el diseño, una camioneta Dodge, en la que íbamos a estar todos los que participábamos en la operación, le iba a cerrar el paso. Había uno que la estacionaba, agarraba un cajón y se iba como a hacer algo y no volvía más, y uno de los que estaba detrás en la caja pasaba adelante. Y también había un Fiat 1500, creo que con uno solo, vestido con un gorro de chofer, como esperando a alguien, sobre Casares, en la vereda de enfrente de la casa. El Fiat 1500 tenía que avisar que salía Sallustro y cerrarlo desde atrás para que no retrocediera. La única duda que teníamos era si el chofer era guardaespaldas. No ensayamos el operativo. Fuimos el primer día, creo que fue un lunes y la señal del walkie-talkie, *que tenía que avisar, no llegó, no anduvo. Estábamos en la camioneta esperando, el auto de Sallustro nos pasó por al lado. Levantamos la operación. Cada uno se fue por su lado. Al otro día volvimos a montarla de la misma manera. Lo único que cambiamos fue el* walkietalkie *por una bocina, cuando arrancara el auto de Sallustro para Capital. Cuando pasó, la camioneta le cerró el paso, el auto se paró. No hubo choque. Bajamos todos. La Petisa y el Vasco fueron por un lado del auto, y el Gordo y yo fuimos por el otro. Había gente, vecinos regando. Yo fui a cara descubierta y con traje. Nunca operaba como un mendigo. Siempre operaba de traje. Me confundían con un cana, alto, morocho. Lo cacé a Sallustro del cuello; estaba del lado del conductor. El guardaespaldas se ve que manoteó la guantera y le metieron*

el chumbazo. Y yo lo saco a Sallustro del auto, le meto un trompazo porque no quería salir, se tiró para atrás. Quedó nocaut, lo levantamos inmediatamente, lo tiramos dentro de la camioneta, lo metimos en la bolsa, cerramos la bolsa y chau. Era una bolsa de simil cuero. Con una tijera que habíamos llevado le corté la zona de arriba para que pudiera respirar. Le dije que éramos del Ejército Revolucionario del Pueblo, que no gritara porque teníamos orden de matarlo. Y se quedó tranquilo. Lo llevamos por Pasteur, cruzamos las vías hasta debajo de un puente, y ahí, otro error, la pelotita de ping-pong [para provocar el incendio] no entraba en la boca del tanque de la camioneta. Yo había llevado dos bidones de nafta. Hicimos el trasbordo, lo metieron a Sallustro en una Citroneta, totalmente acondicionada para que no se sintiera ruido, y lo llevaron Da Silva Parreira y su compañera a la calle Reconquista. En el plan original íbamos a tener a Sallustro entre 24 y 48 horas, y lo tuvimos casi diez días. ¿Por qué? Porque lo que había dicho el comité militar de que había una "cárcel del pueblo" era mentira. No sabía dónde era, no se preguntaba. Ni siquiera sabía que existía la casa de la calle Reconquista. Y también falló el desagote del armamento. Yo me llevé la .45 a mi casa. No usaba la 9 mm, no me gustaba. Había hecho el servicio militar en una compañía antiguerrillera en el Plan Conintes y me acostumbré a la .45.

El primer día después de secuestro, cuando entré a trabajar, Antonio, que abría siempre la puerta, me dijo: "¿Dónde está Sallustro?". "Ah, sí, lo tengo en mi casa…" No sé si me tenía marcado o me lo dijo porque había faltado, pero lo de Sallustro fue un quilombo espantoso en los medios. Cuando me entero de que Sallustro no fue fusilado a las 48 horas, lo planteo en la primera reunión de célula: "Si dijimos que el plazo era de 48 horas, hay que cumplirlo. Si te equivocaste, te jodés. Pero hay que cumplirlo. Si no, es falta de seriedad". Y sucede lo que llamo el "impresionismo pequeñoburgués". La dirección no sabía quién era

Sallustro. Cuando vieron la enorme repercusión que tenía, le agregaron los cincuenta presos del partido para canjearlos por Sallustro. Se impresionaron ante el tipo. Los cincuenta presos eran para canjearlos por el secuestro del general Sánchez. El plan por Sallustro era el de esos cinco puntos, y por Sánchez, cincuenta compañeros libres.

Al sábado siguiente —yo los sábados trabajaba hasta el mediodía y a la tarde tenía citas permanentes— fui a la estación Caseros, y ahí me dieron otra cita en la estación Malaver o Chilavert, no sé, una de las dos. Y me pasó a buscar Da Silva Parreira con la Citroneta blanca, no miré nada, y entramos en la casa. Yo ya venía envenenado porque todavía lo teníamos a Sallustro. Parreira estaba esperando la orden para trasladarlo. El secuestro fue un martes, y esto era un sábado. Y Parreira empezó a hablarme bien de Sallustro, que era macanudo, con una preparación bárbara, y eso a mí me envenenó más todavía. En la casa estaba la esposa, que estaba embarazada. Sallustro era nuestro trabajo, lo custodiábamos todos. En la semana lo cuidaba el Gordo Averame, me imagino. Yo tenía que hacer la guardia el fin de semana, que eran los días que podía. Cuando ellos consideraron que bajara, bajé. Me puse la capucha y le hablé como un obrero. Tenía un diario La Razón *del día antes del secuestro, que decía que un obrero de la FIAT, desocupado, que lo habían despedido, se suicidó cuando se supo que su hija se había prostituido para mantener a la familia. Saqué el diario y le dije: "Explíqueme esto". A los compañeros, él podía justificarles las barbaridades que hacía. La mayoría eran estudiantes y quedaban fascinados. A mí no. "Yo conozco la gente de tu calaña, la conozco. Si pueden permitir que los obreros se mueran de hambre, puedo creer cualquier cosa de ustedes. No me vengas con lo de partisano, porque también lo conozco. Puede ser que haya sido verdad. Pero la FIAT era una de las más grandes fábricas de armas del mundo, no es una pyme, así que no me jodas. Yo entiendo que a los compañeros estudiantes podés darlos*

vuelta porque no tienen odio. Yo sí tengo odio. Por eso quiero que me expliques esto —y le doy el diario—, que me expliques por qué los obreros fueron despedidos, por qué la Gendarmería está adentro, por qué los de Sitrac están presos. Dame una explicación." El tipo, callado. Y después jugamos al chinchón, le pregunté qué música le gustaba. Y le gustaba [Jorge] Cafrune, pedía la "Zamba para don Rosendo". Fui, le busqué el Winco, le traje el disco. El tipo estaba muy entero mientras estuve. La hermana de Parreira, que era enfermera, le ponía unos parches en los riñones y se los cambiaba. Ese sábado, Sallustro me pidió si podía escribirle una cartita a la familia, le dije que sí, por norma se dejaba, y sacó la lapicera, la miré, se la manoteé y fui arriba: "¿Cómo mierda le dejan escribir con tinta. Denme un lápiz…", y le llevé el lápiz. Los compañeros le habían dejado escribir los dos primeros mensajes y estaban revisando Buenos Aires por eso. La tinta les permitió saber que estábamos en la zona. Y el sótano no podía resistir ningún rastrillaje. Estaba muy visible. En una pieza después de la cocina, ahí estaba el sótano. La Policía Federal tiene un laboratorio muy buen puesto, son cosas que no hay que subestimar. El problema fue la tinta. Sallustro tenía una tinta muy similar al sistema de las Rotring. Eran las primeras de ese tipo. Yo no sabía de los mensajes hasta ese momento, pero me había llamado la atención que los primeros días no me había parado nadie y después me pararon tres veces, una vez la policía y dos el Ejército, siempre cuando cruzaba el puente de Liniers para tomar el colectivo en provincia. Me revisaron el bolso marinero, donde llevaba el plato, el cuchillo y el tenedor. Me preguntaron dónde trabajaba, "José Martí 1853", que hacía, "tornero", dónde vivía, "Ramos Mejía". Cuando lo saqué del auto a Sallustro le saqué el saco, y el Gordo lo tiró dentro de la camioneta, y quedó en camisa de manga corta. Y recuperó la lapicera cuando le entregaron el saco. Es el problema de no tener entrenamiento. No se puede dejar nada librado al azar.

El domingo me fui y le dije a Parreira que, si se hacía el traslado de Sallustro, quemara todo, el colchón, el Winco, y que avisara que yo necesitaba hacer el desagote, sacar la .45 de mi casa. El jueves siguiente —esto lo supe después— le dieron la orden de que entregara la camioneta con Sallustro en tal lugar. Y el viernes o sábado… sé que era 31 de marzo, me dieron la cita, agarré la pistola, fui a la estación de Caseros y fuimos a una casa operativa en Villa Bosch. Estaba el Gordo Averame con su mujer. Me puse a desarmar la pistola, y aprovecharon que había quedado la puerta del pasillo abierta y entraron cuatro tipos de Coordinación Federal. Tapé la pistola con un diario, pero quedó el cargador de la .45 destapado. Para mí, llegaron de casualidad. Yo le había dicho al Gordo Averame: "Salgan a hacer compras, hablen con el almacenero, háganse conocer", porque eran como "marcianos". Sospecharon. Pero no sé si la casa estaba cantada, porque si era así nos hubieran boleteado. Y los canas hicieron un procedimiento legal, llamaron a testigos.

Nos llevaron a los tres a Coordinación. Me tiraron una piña que esquivé, y el tipo golpeó la pared. "Éste es boxeador", dijo, y ahí me acusaron del intento de secuestro del general Alsogaray —porque el que lo golpeó fue un boxeador—. Me llevaron al segundo piso, a la tortura, y después a los "tubos". Siete horas habrán sido. Yo decía quién era, dónde trabajaba y vivía. Tenía mi "minuto" armado.[7] *Mi casa estaba limpia, no vivía en una casa operativa. Estaban mi mujer, el perro y una cotorra, eran todo lo que tenía. Vino un supuesto médico, me preguntó qué me pasó, no le contesté, y vino un tipo que dijo que era comisario; me dijo, vos sos fulano de tal —dijo mi seudónimo— y sacaste a Sallustro del auto. Sabía todo. Después supe de dónde lo supieron. Ahí saltó la casa de la calle Reconquista. Cayó la Citroneta con mis huellas digitales, el Winco con mis huellas digitales… no sólo las mías. La cama donde había estado Sallustro, encontraron pelos suyos. Todas las cosas que había pedido que se quemaran. La planificación*

de la operación. Estaba en papel de estraza, así de grande. Todo en la casa. Así se produjo la caída. Cayeron treinta y dos compañeros, doce casas operativas, parte de las postas sanitarias, diez compañeras clandestinas en Parque Lezama, que las habían sacado de Rosario por la operación del general Sánchez que estaba por hacerse. Después vino el juez [Jaime] Smart a Coordinación para interrogarme, y yo seguí negando todo. | Carlos Ponce de León

* * *

El domingo 2 de abril, *La Opinión* tituló: "Las fuerzas de seguridad tendrían una importante pista en el caso Sallustro", e informó:

> […] una serie de elementos en la denominada cárcel del pueblo, ubicada en Chilavert, que a su vez habrían proporcionado rastros de los secuestradores. El operativo en Chilavert resultó espectacular: participaron más de 1.200 efectivos y comenzó en la madrugada de ayer en un cerco extendido alrededor de cuatro manzanas cerca de la estación del Ferrocarril Mitre. Una versión sostiene que fueron detenidos cuatro hombres y una mujer, y otra habla de una pareja; algunos vecinos llegaron a decir que pocas horas antes habían sacado de la casa al doctor Sallustro. Lo único confirmado es que el domicilio allanado posee un sótano de aproximadamente 3,50 por 4 metros. Los vecinos dijeron que la finca sospechosa había sido alquilada dos meses atrás por un joven matrimonio que se desplazaba en una camioneta Citroën.

Ese mismo día, por la noche, Lanusse anticipó en la residencia de Olivos una "resolución inminente". Un día después, el lunes 3 de abril, la Policía

Federal afirmó que había veintiocho detenidos relacionados con el secuestro y el PRT-ERP.

Pocas horas antes que el Ejército irrumpiera en Reconquista 180 y detuviera a Mirta Mitidiero de Da Silva Parreira y a su esposo, José Luis Da Silva Parreira, Sallustro había sido trasladado en la Citroneta, todavía sin rumbo definido. Se movieron durante varias horas en busca de un refugio.

La determinación de Santucho de estirar los términos de una negociación imposible —el Ejército no liberaría a los presos del PRT-ERP bajo ninguna circunstancia— se contradecía con la fragilidad de la infraestructura de su cautiverio. Esa fragilidad quedó en evidencia cuando la Citroneta que trasladaba al directivo de FIAT pinchó una goma, y circularon en llanta hasta una gomería. Después, Sallustro fue alojado una casa de Villa del Parque, la "cárcel del pueblo" original, que todavía no estaba terminada. Lo colocaron dentro de una carpa y convocaron al médico Norberto "Nono" Rey, de 35 años, militante del PRT-ERP, para revisarlo. Rey entró tabicado, controló su salud, lo medicó y se fue como había ingresado. Cuando el 9 de abril cayó Rey en otra redada masiva junto a "partícipes, cómplices o encubridores" del secuestro, Sallustro fue otra vez trasladado. El raid fue incierto. No había infraestructura confiable. Terminó en el cuarto de una casa de Villa Lugano, en Castañares 5413, donde vivía un estudiante de arquitectura del PRT-ERP, Mario Klachko, con su esposa Guiomar Schmidt, profesora brasileña de historia y militante de la Liga Comunista Revolucionaria.[8]

A esa altura, ya no había negociación ni dirección clara. Si el PRT-ERP lo mataba, podría sentar un precedente para futuros secuestros, pero no obtendría nada, ni reincorporación de obreros ni dinero ni una entrega de armas en Uruguay, como habría propuesto FIAT. Los nombres de los cincuenta presos puestos en la cuenta de Sallustro, a cambio de su rescate, difícilmente podrían haber sido cedidos en la reunión de Santucho con

Peccei: le hubiera permitido al Ejército deducir las jefaturas de la organización guerrillera.

A dos semanas de su secuestro, Sallustro no tenía salida: lo mataba el PRT-ERP o moría cuando se descubriera su refugio.

Después de la revelación del sótano de Chilavert, los síntomas de una resolución inminente —como había anticipado Lanusse— se aplacaron. A partir de entonces, el PRT-ERP no difundió más comunicados, FIAT redujo su protagonismo en declaraciones públicas y también se redujo el rastrillaje.

El caso Sallustro entró en una semana de parálisis, que se rompió el domingo 9 de abril, cuando la policía allanó la casa de Martiniano Leguizamón 4441, en el barrio de Mataderos. Allí detuvo al jefe de la operación, Osvaldo De Benedetti junto a nueve colaboradores.

Se podría suponer que la caída de esa casa condujo a la de Sallustro, al mediodía siguiente. Si existía conocimiento previo de su paradero, fue extraño que sólo dos hombres de civil —como luego reportaron los vecinos — bajaran de un patrullero para identificar la vivienda de Castañares 5413, en Villa Lugano, y más extraño todavía que, apenas fueran recibidos con fuego, se desplegara un operativo policial en toda la zona. La balacera paralizó el barrio. Hasta que desde adentro avisaron que si no se iban, matarían a Sallustro, y lo mataron de tres tiros, y Klachko y otros dos guerrilleros saltaron por los fondos y escaparon por el otro lado de la manzana, como si la propia policía hubiese dejado la retaguardia abierta, le hubiese tendido un puente de plata al enemigo para escapar de un área cercada.

Cuando la policía entró en la casa, Guiomar Schmidt estaba sola en el living y se entregó sin resistencia. En el cuarto estaba Sallusto, muerto de tres tiros. Ese día, el funcionario de FIAT dejó de ser un problema para el gobierno militar. El caso había sido esclarecido, y ya no habría más presión internacional.[9]

* * *

El 10 de abril de 1972, unas horas antes de la muerte de Sallustro, el general Juan Carlos Sánchez a bordo de un auto descontrolado impactaba contra la pared de la esquina de Alvear y Rioja, en el centro de Rosario. Sánchez había sido ultimado con un fusil desde la escotilla de un Peugeot 504 que lo seguía. Un comando de FAR y ERP atentó contra su vida.

Por primera vez, en un mismo día, la guerrilla mataba al primer general en la década de 1970 y al director de una empresa transnacional, la de mayor facturación privada del país.

La ejecución de Sánchez no estaba prevista en el planteo original.[10]

Lo de Sallustro iba a ser para las masas, y lo de Sánchez, para los presos. Nosotros íbamos a secuestrar a Sánchez. Ése era el plan. O sea, Sallustro para reincorporar a los cesantes… y plata. Y lo otro era una acción de guerra, para canjear los presos, los presos de la dirección, después negociábamos por todos. Nosotros queríamos dejar el antecedente. Lo habíamos chequeado al tipo. Sánchez era un reloj: a las nueve de la mañana salía. Vivía en Boulevard Oroño y Rioja, daba vuelta por San Juan o San Luis, para no ir de contramano, y de ahí iba para el comando con un suboficial, su chofer. Sánchez iba en el asiento de atrás. Normalmente llevaba a su mujer, él bajaba en el Comando y la mujer seguía. Nosotros no íbamos a llevarnos a la mujer, tenía que ser un día que estuviera solo. Nosotros [PRT-ERP] queríamos secuestrarlo, pero las FAR decidieron su ejecución. ¿Por qué no lo secuestramos? Porque el Tordo [De Benedetti] había hablado por teléfono desde una casa que cayó en Buenos Aires. Me había llamado a mí a la casa donde estábamos construyendo la "cárcel", una cárcel del carajo. Una cagada. Él mismo lo reconoció. Él habló desde

una casa pública. No podés hablar a una "cárcel". Y después, esa casa cayó. Entonces nosotros retiramos el llamado de la lista, porque teníamos un contacto en el sindicato telefónico. Logramos sacarlo. Pero no confiábamos. La casa de la cárcel había quedado "picada". Había que dejar correr el tiempo, dejarla "enfriar". Era una casa del carajo, con sótano. Trabajó un compañero nuestro, un obrero albañil. Él decía que era oficial, pero yo creo que era oficial del ERP, nada más. Pero tuvimos que abandonarla. Entonces se resolvió la ejecución directa. Y ahí estaba Mateo [Julio Roqué, de las FAR], que armó un poco la cosa. / Jorge Luis Marcos

1 Una de las detenciones más resonantes fue la de Silvio Frondizi, arrestado en su casaquinta de Unquillo. El hermano del ex presidente dirigía el semanario *Nuevo Hombre*, relacionado con el PRT-ERP. La inteligencia policial también interrogó a dirigentes de Sitrac-Sitram en la cárcel de Villa Devoto, para explorar pistas sobre el secuestro.

2 La reincorporación de obreros despedidos y cesanteados; el retiro de las fuerzas de seguridad de las fábricas; la publicación de los comunicados del PRT-ERP; un millón de dólares en útiles, guardapolvos e indumentaria para zonas humildes —con la inclusión de propaganda del PRT-ERP—, y una cifra a convenir para la organización guerrillera eran demandas que parecían a su alcance.

3 Alfredo Curutchet estaba detenido sin proceso judicial, y su libertad era reclamada por los secuestradores.

4 Con la firma de la Junta de Comandantes, la dictadura estableció el viernes 24 de marzo de 1972, tres días después del secuestro, que "no negocia ni negociará con delincuentes comunes que, como tales, operan al margen de la ley, de las más elementales normas éticas de la sociedad y la convivencia humana misma", más allá de los esfuerzos que hiciera para localizar a Sallustro y poner a los responsables de su secuestro "a disposición de la justicia". Tras un nuevo llamado telefónico del presidente Leone a Lanusse, en el que le requirió que actuase sobre la base de "criterios humanitarios" para

preservarle la vida, la Junta de Comandantes advertiría en otro comunicado que salvar una vida "no puede suponer, bajo ningún concepto, poner en peligro la subsistencia misma de todo el conjunto social, dejar al país inerme ante los agentes del caos, o sumirlo en la anarquía".

5 En un extracto de su comunicado, el PRT-ERP afirma: "¿Así que no saben que aquí se tortura a los revolucionarios, que el ejército y la policía están para reprimir al pueblo, que los delincuentes económicos controlan las finanzas del país y lo llevan a la bancarrota, que la FIAT echó a los obreros más combativos y llevó a la cárcel a sus dirigentes? Entérense: el director general de la FIAT está en la cárcel del pueblo. Así se irán enterando los que se hacen los desentendidos, porque ejecutaremos a los asesinos del pueblo, llevaremos a la cárcel a quienes lo explotan y persiguen. Desarrollando la guerra construiremos poco a poco la justicia del pueblo que reemplazará a la del régimen miserable", y avisaban a los diarios que si censuraban sus comunicados, no recibirían los próximos. El diario *La Opinión* publicó el texto completo del comunicado.

6 Cuando se fue del país, Peccei dijo que FIAT no podía pagar rescate porque se pondría "al margen de las leyes argentinas". Dejó un mensaje de prevención al PRT-ERP: "Yo también fui guerrillero en Italia, pero siempre estuve dispuesto a respetar la vida humana". Regresaría a la Argentina un día antes de la muerte de Sallustro.

7 El "minuto" eran los datos, de apariencia legal y comprobable, que debía dar un guerrillero al momento de ser detenido por fuerzas de seguridad.

8 Mario Klachko había conocido a Guiomar Schmidt en unas vacaciones en Camboriú, Brasil. La casa de la calle Castañares se la habían alquilado hacía pocos meses a un suboficial del Ejército.

9 En la ropa, Sallustro tenía una carta para Peccei en la que se anticipaba una despedida. Decía: "A descargo de su conciencia, sepa que estoy muy sereno yo también porque finalmente conoceré la verdad de Giorgio —un hijo de Sallustro fallecido de forma trágica — y de Dios". Y saludaba a todos, en particular a Fuentes, su chofer.

10 Unos días antes de su ejecución, el general Sánchez había afirmado que la guerrilla estaba aniquilada en un 85%. La misma tarde de su muerte apareció una pintada en Rosario: "Sánchez, el 15%".

Capítulo 9

Perón, la intriga como táctica. El traslado de los jefes de las organizaciones armadas al penal de Rawson. Las protestas sociales en el interior del país. "Luche y vuelve": Juventud Peronista se moviliza por el retorno del líder. Lanusse desafía a Perón: "No le da el cuero para volver".

Me llevaron al buque Granaderos*, que estaba en el puerto. El patio de afuera era el depósito, con una reja en el techo. Se veía el cielo. La celda era el camarote. La consiga era que el que llegaba al buque-cárcel tenía que hacer huelga de hambre, huelga seca. Todos la hacían. Estuve siete días sin agua ni comida. Me sentía como el culo. Al final nos desmayábamos. Caíamos como moscas. Y los obligábamos a que nos llevaran a un hospital, y del hospital, a Devoto.*

RAÚL MONSEGUR

Lanusse buscó el repudio de Perón por los crímenes de Sallustro y el general Sánchez, pero después de horas de especulaciones y desmentidas no lo obtuvo. Desde Puerta de Hierro, su secretario José López Rega aclaró

que Perón no tenía nada que comentar. Como resultado de una ríspida negociación interna, los consejeros del Partido Justicialista firmaron un comunicado con una condena genérica a los "métodos violentos" y convocaron a la "pacificación". Nada más.

Lanusse estaba desorientado. El líder exiliado no renunciaba a la vida política y daba señales contradictorias sobre su participación en la difusa ingeniería del futuro proceso electoral.

La salida institucional no era el centro de la preocupación de las Fuerzas Armadas. Menos todavía para el grupo de oficiales superiores que, antes que bucear en soluciones institucionales, presionaba por la sustitución del "tribunal antisubversivo" por tribunales militares que juzgaran y condenaran en forma sumaria a los responsables de "atentados contra la seguridad nacional o individual, secuestros y asesinatos" con pena de muerte inmediata y los fusilamientos, para "detener de manera más tajante la escalada terrorista".

Los militares no sabían cómo despojar de su liderazgo a Perón y tampoco cómo desarticular la violencia armada, mientras continuaban con las modalidades represivas —detenciones por la vigencia del estado de sitio, procedimientos clandestinos, la tortura— y las actuaciones de la Cámara Federal en lo Penal.

Perón y la guerrilla eran los dos frentes de mayor riesgo para Lanusse. La guerrilla operaba con sorpresa e impacto. Perón, en cambio, le resultaba inasible. Desde Madrid tenía en el tablero dos alternativas, el apoyo a la violencia armada o un acuerdo para la transición política. Perón dejó correr las dos líneas estratégicas en forma simultánea, para desgastar la dictadura militar.[1]

La protesta social también agregaba mayor complejidad al escenario político.

A inicios de abril de 1972, una sublevación popular en Mendoza contra el aumento de las tarifas eléctricas —cercano al 300%— forzó la renuncia del gobernador Francisco Gabrielli, luego de que más de quince mil personas rodearan la Casa de Gobierno provincial. El orden se desbandó: hubo más de doscientos autos incendiados, incluidos patrulleros, y el Ejército ocupó la ciudad, con detenidos, heridos y muertos por la represión.

La agitación callejera se extendió a San Juan, San Luis y Tucumán. Sólo pudo atemperarse cuando Lanusse anunció la suspensión del cobro de las tarifas.

También se agigantó la movilización juvenil peronista.[2]

El repudio social a la dictadura se proyectaba con mayor magnitud cuando se revelaban sus apremios ilegales. En la Semana Santa de 1972 se conoció el caso de la maestra Norma Morello, de 23 años, detenida, y torturada, sin proceso legal por casi seis meses. Morello trabajaba en escuelas rurales de Goya, Corrientes, como misionera del obispado local, adherido al movimiento de sacerdotes tercermundistas. El 30 de noviembre de 1971 fue retirada de la escuela y quedó a disposición de Coordinación Federal.

"El militar que me detuvo me dijo que me prepararían un test para ver si era marxista o no", afirmó Morello. Y luego relataría un traslado a Rosario, donde la desnudaron, picanearon sus genitales y la interrogaron. Sus torturadores se negaron a darle agua por la cantidad de electricidad que tenía en el cuerpo. A fin de año fue trasladada a una cárcel provincial y quedó "a disposición del Poder Ejecutivo Nacional", sin cargo judicial alguno. En mayo de 1972 fue liberada y dio su testimonio en una carta que leyó el obispo de Goya en la misa de Semana Santa.[3]

El caso Morello golpeó a Lanusse. Las denuncias de la participación de "escuadrones de la muerte" como apéndices de las fuerzas seguridad minaban la credibilidad de la promesa de apertura política. Pero las torturas

paraoficiales también revelaban el desinterés de la Cámara Federal por investigar las denuncias de detenidos.[4]

Las prácticas de la dictadura también eran impugnadas por sectores ajenos a la guerrilla y al peronismo. El sacerdote Rafael Braun Cantilo escribió en la revista católica *Criterio*: "Al margen de la ley se han instaurado otros códigos de procedimientos y a veces otros tribunales que en su pretendida eficacia están pisoteando todos los valores que sus mentores dicen defender. ¿No es acaso inevitable que los jueces terminen apareciendo ante la opinión pública como cómplices?".

El gobierno militar se sintió obligado a una respuesta. El ministro Arturo Mor Roig, arquitecto político del GAN y de la salida institucional, aceptó las denuncias de tortura, pero las relativizó: "Desde que me desempeño en la cartera del Interior se han presentado en este Ministerio treinta denuncias, que llamaría informales, sobre torturas, apremios ilegales o, simplemente, sobre malos tratos policiales —explicó a la revista *Primera Plana*—. Han sido hechas en forma telegráfica y nunca ratificadas ni formalizadas. Invariablemente, y frente a cada caso, hemos señalado que el camino es el judicial. Si bien no pretendo subestimar el hecho [de la tortura], ni esto es un sistema, no son tantas".

* * *

Adicional a los apremios ilegales, la libertad de presos políticos y detenidos sin procesos legales emergió como parte de la confrontación social contra las Fuerzas Armadas. La prisión política se había vuelto más rigurosa. Después de los crímenes de Sallustro y el general Sánchez, las cárceles fueron puestas bajo el control operacional de las Fuerzas Armadas, y ahora era el Poder Ejecutivo, y ya no la Cámara Federal, el que determinaba el destino carcelario de los imputados o condenados.

Para aislar a los jefes de las organizaciones armadas, los detenidos de Taco Ralo, los estudiantes, militantes sociales o sindicalistas como Agustín Tosco —en marzo de 1971, durante el Viborazo, la dictadura había vuelto a encarcelarlo porque consideraba que su detención era necesaria para "asegurar la pacificación del país"—, Lanusse decidió enviarlos a Rawson. Era considerada una unidad penal de confinamiento que los alejaría del contacto con sus familiares.[5]

La población en las cárceles se había multiplicado en menos de un año, desde la creación del "fuero antisubversivo". La Cámara Federal había instruido más de 3.392 sumarios, que habían llevado a prisión a 1.452 imputados, con 45 condenados.

Frente al aumento de población carcelaria, en junio de 1972, el Servicio Penitenciario acondicionó un carguero en desuso botado en el puerto de Buenos Aires, propiedad de la Empresa Líneas Marítimas del Estado (ELMA), para alojar a detenidos y procesados por "subversión, terrorismo y conexos".

El buque *Granaderos* alojó a más de medio centenar de hombres y mujeres, la mayoría de ellos del PRT-ERP, que provenían del penal de Devoto. El buque tenía calabozos en las dos plantas, allí estaba prohibido cantar, silbar y "mantener conversaciones por señas", según la norma penitenciaria. En un primer momento se había proyectado anclar el buque lejos de la costa del río, pero el personal penitenciario se resistió. Los abogados de presos denunciaron sus condiciones carcelarias: inodoros tapados, focos infecciosos, sala de visitas pasibles de inundación, falta de limpieza a higiene, baño prohibido para el uso nocturno, camarotes inhóspitos y un ojo de buey tapado con un lienzo que impedía la visión del exterior. Llamaban al buque "campo de concentración flotante".

El 26 de junio de 1972 se decidió una huelga de hambre conjunta en los penales de Devoto, Rawson, Resistencia y el buque *Granaderos*. El boicot

fue acompañado por familiares de detenidos y militantes, que se congregaron al ayuno en la parroquia Santo Cristo de Capital Federal, abierta por los curas tercermundistas. “Si Evita viviera, sería prisionera”, fue la consigna montonera de apoyo a los detenidos.

No estuve mucho tiempo en la cárcel del Chaco. Cuando volví, me llevaron a Devoto hasta que me condenó el Camarón. Era una sala de audiencias grande, con tres jueces, un fiscal, un par de abogados. Se iba llevando el expediente por escrito, y el día de la condena declaraban testigos de calle que había traído la cana. Yo tenía testigos de “buen comportamiento” que declararon a mi favor, que era buen tipo. Me condenaron a cuatro años y lo unificaron con los tres años que tenía en suspenso. Me llevaron al buque Granaderos, *que estaba en el puerto, porque no había lugar en las cárceles. El patio de afuera del buque era el depósito, con una reja en el techo. Se veía el cielo. La celda era el camarote. La consiga era que el que llegaba al buque-cárcel tenía que hacer huelga de hambre, huelga seca. Todos la hacían. Estuve siete días sin agua ni comida. Me sentía como el culo. Al final nos desmayábamos. Caíamos como moscas. Y los obligábamos a que nos llevaran a un hospital, y del hospital, a Devoto. Ésa era la política de los “presos políticos” de cualquier organización para volver a Devoto. Y volví a Devoto.* | Raúl Monsegur

* * *

Durante la semana de huelga de hambre en todas las cárceles, Perón, nominado como candidato presidencial del PJ, pronosticaba un derrotero sangriento para el país, si la dictadura no se avenía a responder a las demandas electorales. “Si en las próximas semanas el gobierno presidido

por Lanusse no establece la fecha de las elecciones ofreciendo al mismo tiempo todas las garantías constitucionales necesarias, será difícil evitar el choque frontal y quizás una guerra civil, no deseada ni querida por nosotros. Yo he dado un ultimátum, que si no respetan, los meses de julio, agosto y septiembre podrían llegar a ser muy caldeados en la Argentina."

Lanusse reaccionó contra Perón y el clima de rebelión carcelaria. El 7 de julio de 1972 decidió desactivar la huelga de hambre y ordenó el traslado de los prisioneros del *Granaderos* a otras unidades penales. Y esa noche, cercado por las protestas, atentados guerrilleros y un endurecimiento de sectores castrenses no menos hostiles, se decidió a terminar con las instrucciones de Puerta de Hierro, las cintas magnetofónicas, las cartas, las arengas, las tácticas pendulares y las amenazas de desatar la acción de las masas. Quiso romper con el enigma de Perón que lo tenía atrapado desde que tomó el poder.

En su discurso en la cena de camaradería de las Fuerzas Armadas, Lanusse lo emplazó a regresar al país antes del 25 de agosto de 1972 y residir en forma permanente hasta las elecciones, si quería ser candidato presidencial.

Después de casi diecisiete años, era el primer presidente, militar o civil, que anunciaba que no habría proscripción para Perón ni para ningún peronista. Quería traer a Perón, encuadrarlo con sus propias reglas, sumirlo en el campo de batalla y acabar con el mito.

Dos semanas después, Perón rechazó la oferta.

Dijo que no: "No regreso porque soy un profesional. He dedicado toda mi vida al estudio de la conducción y no es previsible que falle en el manejo de sus resortes. Hay un principio, o una regla de conducción, que dice que el mando estratégico no debe estar jamás en el campo táctico de las operaciones, porque allí se siente influido por los acontecimientos inmediatos, toma parte de ellos, y abandona al conjunto".

La reticencia pública de Perón envalentonó a Lanusse. Basado en partes de inteligencia y grabaciones telefónicas secretas, presumía que no quería volver. Es más, estaba seguro. Por eso, el 27 de julio, en el Colegio Militar, quiso golpear su honor. "Ahora, la trampa es ésa: después de diecisiete años en que no se lo deja venir, y por eso se le hacía trampa, la trampa consiste en que se le dice: 'Venga, señor'. Los otros días tuve una reunión con dirigentes gremiales, que pude conducir como si fuera ni más ni menos que una simple conversación entre varios argentinos, y al referirme a este tema les dije que, si Perón necesita fondos para venir, el Presidente de la República se los va a dar. Pero aquí no me corren más a mí, no voy a admitir que corran más a ningún argentino, diciendo que Perón no viene porque no puede. Permitiré que digan: porque no quiere. Pero en mi fuero interno diré: porque no le da el cuero para venir".

Casi en forma inmediata, la Juventud Peronista lanzó la campaña "Luche y Vuelve". Organizó un acto en el estadio de Nueva Chicago. La militancia, cada vez más radicalizada, alzó la voz: "Acá están, éstos son, los fusiles de Perón".

Perón intuía que, si no había elecciones —por un golpe interno de las Fuerzas Armadas— y se suspendía la salida electoral, la violencia sería incontrolable. Lanusse también. Pero quería dejar establecido que si Perón no volvía era porque estaba viejo y cansado.

Sin embargo, la cláusula electoral impuesta por el Poder Ejecutivo, que lo obligaba a residir en el país antes del 25 de agosto, quedaría en el olvido.

Ese día, las tanquetas de la Policía Federal irrumpirían en la sede el Partido Justicialista metropolitano para llevarse tres cadáveres de guerrilleros que acababan de ser fusilados en una base naval.

1 El escenario no era desconocido para Perón. En 1958, frente a las elecciones presidenciales, apoyó la línea insurreccional de los "comandos clandestinos" de la resistencia peronista, mientras negociaba un acuerdo político con el candidato desarrollista Arturo Frondizi. Mantuvo la intriga por ambas opciones. "El tiempo suele ser en política un auxiliar valioso cuando se lo juega en la incertidumbre de los enemigos", escribió Perón en una carta a un colaborador.

2 La misión de encuadrar a grupos dispersos, que Perón había delegado en Rodolfo Galimberti, ofreció los primeros resultados. El 1º de mayo de 1972, una movilización de la militancia juvenil convocó a cinco mil personas en Merlo, en el conurbano bonaerense. Una ráfaga de ametralladora se disparó cuando marchaban frente al destacamento policial. Hubo corridas, piedras, bombas molotov, cinco heridos de bala y medio centenar de detenidos que fueron juzgados por la Cámara Federal. A mediados de 1972, la Juventud Peronista estaba en un proceso de unidad forzada, en obediencia a las instrucciones de Perón, que les requería organicidad. La JP reunía sectores ideológicamente contrapuestos —izquierdistas, cristianos, peronistas ortodoxos, nacionalistas, marxistas—, que se disciplinaban con las consignas "la Patria peronista" y la "Patria socialista". La JP activaba la movilización por el regreso de su líder, y miles de jóvenes de todo el país se iniciaron en la militancia en este período. La dirección de la JP todavía actuaba en forma autónoma a la conducción de Montoneros, pero su proceso de subordinación en los meses siguientes sería indeclinable.

3 *The New York Times* reflejaría el texto en su página 3; luego lo reprodujo la prensa europea, además de la revista local *Primera Plana*.

4 Entre los casos más destacados de mediados de 1972, además del de Morello, trascendió el de Gabriela Yofre, militante de las FAR, de 19 años, acusada por la Cámara Federal de haber actuado en el crimen del general Sánchez. El 2 de junio, Yofre fue secuestrada de su casa, atada e introducida en el baúl de un auto que partió a un lugar donde fue torturada todo el día. Un médico la revisó y le dio medicamentos. La mantuvieron una semana secuestrada. Incluso su padre, Ricardo Yofre, fue detenido cuando llegó a Rosario para buscarla. Según denunciaría Gabriela Yofre, le acercaron una declaración "que firmé sin leer y me trasladan a la sede de la Policía Federal en Rosario. Entré vendada y recién me autorizan a quitarme las gasas y las telas adhesivas, dentro de una pequeña celda. Ese día 8 de junio me hacen comparecer ante el juez César Black, prestando declaración jurídica. Mi estado era lamentable. Denuncio al juez mis torturas. Muestro las huellas, pero no soy escuchada. Estoy destruida y vencida. No logro eco

alguno en el juez. El secretario [Martín] Anzoátegui dejó constancia de mala gana de mis denuncias y de manera deficiente me señaló que sería revisada por un médico, que no me revisa ni controla mi estado físico, sino que se limita a observarme y a preguntarme los medicamentos que me habían dado". En otro caso, Emma Élida De Benedetti, embarazada de cuatro meses y medio, hermana del dirigente del PRT-ERP, denunció que fue detenida el 1º de abril en las redadas por el secuestro de Sallustro y la trasladaron a la Superintendencia de Seguridad Federal —que había reemplazado la denominación de Dirección de Coordinación Federal—, donde "entre insultos y amenazas de hacerme perder la criatura, me suben arriba de una mesa o escritorio, me atan con los brazos en cruz y las pierdas separadas y comienzan a picanearme en la planta de los pies, piernas, en los senos, axilas y la vagina. En todo momento me dicen insultos irrepetibles y me dicen que ellos tienen tiempo como para reventarme al niño, hacerme uno y de nuevo reventármelo, además de amenazar con hacer matar a mi familia, hacerme desaparecer, etcétera, etcétera. Hay un médico en las torturas al que llaman 'doctor', y él es el que me revisa antes de comenzarlas y tomándome el pulso, las pulsaciones del corazón, y presionando el vientre (donde está ubicada la criatura) les dice: 'Denle tranquilos nomás, que está bien alto y prendido'". Véase *Primera Plana*, nº 491, 27 de junio de 1972, y nº 485, 16 de mayo de 1972.

5 En los institutos penales donde se alojaba a presos políticos también se había prohibido el contacto físico de detenidos con abogados y se utilizaban locutorios para el diálogo a distancia. Las visitas se espaciaron, no se podía acceder a la prisión con paquetes, portafolios, libros o revistas y se abría la correspondencia.

Capítulo 10

La fuga del penal de Rawson: El Plan A y el Plan B. Los pasos previos: la exploración de campos de la Patagonia y del sur de Chile para el aterrizaje. El enfrentamiento con la policía en el puente de Liniers pone en duda la operación. La tensión entre la dirección guerrillera y el equipo de apoyo externo a la fuga.

El Gallego Fernández Palmeiro me respondió, me acuerdo patente: "La hacemos, pero vamos al muere nosotros tres. Yo no voy a llevar mi equipo ni vos el tuyo. La hacemos nosotros tres. Si morimos los tres, salvamos a quince compañeros". Y ésa fue la posición.

ALEJANDRO FERREYRA

La cárcel de Rawson estaba ubicada en Chubut, a 22 kilómetros de Trelew y a 80 kilómetros de Puerto Madryn. Hacia el interior de la provincia, el pueblo más cercano era Gaiman, una colonia galesa de 3.000 habitantes; nadie que llegara por primera vez a alguna de las tres localidades podría pasar desapercibido. En esas condiciones geográficas, aislados entre el mar y el desierto patagónico, pensaron la fuga de la cárcel. Fue el primer día. Al principio, el plan se inició como una fantasía: cavar un pozo desde un

pabellón en dirección al muro. Hacer un túnel. Quitar las baldosas del piso, sacar tierra con el hierro de un calentador o el de las camas, que usaban como pala. Los presos hacían tareas, se preparaban y aprovechaban los recreos para hacer entrenamiento militar en el patio. Con una escoba hacían el desarme de pistolas, se ocultaban de la guardia con las frazadas que se secaban al aire. Las salidas al patio también permitían calcular las distancias entre pabellones. Antes de que la requisa penitenciaria volviera a su ronda diaria, colocaban la baldosa y la pegaban en el suelo. Tras unos días de excavación, el pozo empezó a desbordar de agua y fue imposible ocultarlo. La fuga estaba en el imaginario, pero todavía no tenía un plan determinado.

Con la llegada de los presos políticos a Rawson, las autoridades penitenciarias y militares se preocuparon por reforzar la seguridad. Suponían que si existiera un plan de fuga, provendría de un ataque externo. Pero los planes se siguieron pensando desde adentro hacia afuera. Por las tardes, desde las celdas individuales, cantaban canciones folklóricas a coro. Una de ellas, la zamba "Luis Burella", sería utilizada como señal, la que daría inicio a la fuga.

En su planteo final, elaborado desde la cárcel, para la fuga debían coordinarse tres instancias: la toma del penal de Rawson, el secuestro del avión aerocomercial de Austral al momento de su aterrizaje en el aeropuerto de Trelew y el traslado de ciento dieciséis reclusos desde la cárcel hacia el aeropuerto, a una distancia de veintidós kilómetros. Ya tenían cronometrado el tiempo del traslado. La logística de transporte también estaba definida: un auto, en el que escaparían los seis jefes de las organizaciones armadas, y dos camiones que llevarían al resto de los detenidos. La fuga contaría con la imprescindible colaboración del guardiacárcel, que ingresaría al menos una pistola y un uniforme militar.

La planificación externa de la fuga comenzó en el mes de mayo o junio en Buenos Aires con equipos del PRT-ERP y de las FAR. Uno de los

responsables fue el Gallego Fernández Palmeiro, que había sido detenido en agosto de 1971 por un fallido intento de secuestro al ex comandante de Gendarmería teniente general Julio Alsogaray —pensaban canjearlo por presos políticos— y luego se fugó de Devoto en un intercambio con su hermano durante una visita en febrero de 1972. Fue el único caso de fuga en ese penal. También era conocido como "Dedo". Había desarmado a un policía en el tren Roca apoyándole su índice en la espalda.

En el equipo de Dedo éramos seis. Teníamos una casa en el oeste del Gran Buenos Aires y nos dedicamos a conseguir los autos, la documentación y los fierros para llevarlos a Rawson. Dedo era jefe militar del apoyo externo, pero la conducción de la operación total de la fuga era de Santucho. Levantamos dos autos: un Falcon color cremita y un Peugeot 404 azul, que cuando lo llevamos al sur con los fierros, agarramos ripio, se dio vuelta, nos vinieron a ayudar paisanos del lugar y nos hicimos pasar por militares. Le cambiamos el radiador en Carmen de Patagones. El Falcon cremita llegó bien a Rawson y fue el que finalmente llevó a la conducción al aeropuerto. / Oscar Ciarlotti, PRT-ERP

Trelew fue una idea de la dirección desde adentro del penal, de Robi Santucho, el Pelado Gorriarán, el Gringo Menna. Ellos necesitaban recabar apoyo de afuera. Empezamos a tomar responsabilidades. Si bien yo era miembro del Comité Central, estaba en la segunda o tercera línea. Pero en ese momento estaba a cargo del ERP. Me trasladé a Buenos Aires al momento de la fuga. Fui a reemplazar al Tordo De Benedetti, que estaba en cana, en el Comité Militar de Buenos Aires. Todavía no había un comité militar nacional. Allí estaba con el Gallego [Fernández Palmeiro]. A mí me caía bien, pero era muy indisciplinado.

El Gallego, antes de la fuga, quería secuestrar a [Francisco] Aleman, el marino. Entonces mandé a preguntar a los compañeros de la cárcel qué les parecía y el Negro [Santucho] me escribió y dijo que estaba en contra, porque si lo secuestraba se iba a poner muy dura la situación en el penal. Ellos ya tenían los antecedentes: los habían llevado de Devoto a Rawson. Robi decía que estaban tratando de relajar la situación. Le leí la carta al Gallego y empezó a discutir, decía que había que tenerlo a Aleman como reaseguro por si algo salía mal. Y le dije: "Vos estuviste preso, sabés cómo son las cosas… lo que pasa es que estás soñando con un secuestrito propio". Se enojó. | Jorge Luis Marcos

En la etapa de preparación estuve en el sur. Era un lugar de máxima concentración de las fuerzas de represión. Los Tupamaros en ese tiempo habían sacado la idea de las "tatuceras", que eran cuevas que se hacían en la tierra. Yo recorrí caminando toda la zona, y era imposible. No había posibilidad de guardar agua, comida ni nada. Además, lo que más me preocupó, pasé una semana después y todavía estaban mis huellas marcadas. Y teníamos noticias de que estaban reforzando la seguridad en Rawson, donde no había ningún tipo de apoyo logístico, quizá podía haber algún simpatizante de presos, pero no podías caerle con armas. Había que hacer 1.500 kilómetros, llegar al sur con camiones, armas, todo. Mi tarea original era contener a los marinos de la base naval Almirante Zar. Podía saltar algo en plena fuga, que se informara a la base. ¿Cuál iba a ser la orden a la policía? "Rodéenlos, no dejen levantar el avión, pongan algo en la pista y vamos nosotros a tomar esto." Con los equipos de ellos, las tanquetas, con todo. Esto es lo que iba a pasar. ¿Entonces cómo íbamos a contenerlos? Con las bombas "vietnamitas" y "africanas", un explosivo al medio y todo lo demás, tornillos. Íbamos a ir escondidos por el campo, en un lugar suficientemente lejos para que la balacera no afectara al avión y

suficientemente cerca como para salir corriendo y subir últimos. Éramos cinco compañeros, con FAL; con las bombas vietnamitas, íbamos a pararlos ahí, en la oscuridad, con las bombas que les explotaran cuando vinieran. ¡Pum! Las teníamos listas en Buenos Aires. / Alejandro Ferreyra

Hicimos una reunión con [José] Lewinger [FAR] y [Carlos] Capuano Martínez [Montoneros], que estaba de acuerdo con la fuga pero lo iba a hablar con la dirección. Hicimos otra cita en Avellaneda y dijo que Firmenich y no sé quién más le dijeron que no. Ellos calculaban que habría elecciones, que iban a largar a los presos. No querían. Entonces empezamos a realizar tareas con las FAR. Ellos tenían un compañero que conocía a un contrabandista de cigarrillos que tenía un avión Cessna 310. Lo contratamos para recorrer todo el sur de Chile. Nuestra idea era hacer bajar el avión de Austral en un campo de 1.500 metros, con el apoyo del MIR [Movimiento de Izquierda Revolucionaria], distribuirnos por Chile. Y los del MIR nos dijeron: "Bajen en Concepción, que es un buen aeropuerto, nosotros se los tomamos". El MIR no sabía de la operación, pero no comía vidrio. El Plan A era hacer la fuga con el avión de Austral. El Plan B, el del Gallego Fernández Palmeiro, era comprar un avión de la Segunda Guerra, pero que estaba en buenas condiciones, para aterrizarlo al sur de Rawson, un avión para cuarenta o cincuenta personas apretadas. Si fallaba lo del avión de Austral, teníamos el Plan B para garantizar la operación. Y fue el Pelado César, de las FAR, a comprar el avión a Paraguay, mientras nosotros recorríamos la zona sur de la Patagonia para ver dónde aterrizar. Era común que los estancieros que llevaban ovejas en un avión aterrizaran en el campo. Fui a Uruguay a buscar un piloto de los Tupamaros, pero justo los tres que tenían habían caído en cana. Nos faltaban el avión y el piloto, y Robi me escribió desde la cárcel y dijo que la fecha máxima era el 15 de agosto: "No tenemos más tiempo". Decía que no podíamos

postergarla más porque en el penal estaban tomando muchas precauciones, medidas muy severas. Por eso, ellos se quedaban quietitos. Yo recibí la carta en un "caramelito" que me había hecho llegar el abogado [Gustavo] Roca, un cordobés. Faltaban quince días. Los de afuera éramos bastante pesimistas. Nos impresionaba la tropa que tenían en Rawson, un destacamento de Gendarmería, la policía provincial, además de la base naval. | Jorge Luis Marcos

La fuga era un secreto que pocos conocían. El comité de fuga dentro del penal estaba conformado por Santucho, Menna y Gorriarán Merlo [PRT-ERP]; Roberto Quieto y Marcos Osatinsky [FAR], y Fernando Vaca Narvaja [Montoneros], que estaba cooptado, incorporado por razones de política de alianzas. A nosotros nos interesaba que participara porque le daba una cobertura de unidad. Pero Montoneros no participó orgánicamente afuera. No apoyó ni puso una moneda, gente, nada. Sólo desde dentro de la cárcel. La fuga la conducían básicamente el ERP, Santucho, y en segundo lugar las FAR, Osatinsky. Vivíamos en pabellones con celdas a los costados y estufas en el medio. Se dormía en la celda y durante el día se podía estar en los pasillos. Eran seis pabellones separados por un espacio de treinta metros. Yo me quería ir de la prisión, pero era bastante pasable. Tampoco era un hotel. Comíamos bien, hacíamos ejercicios en espacios enormes. En el pabellón seríamos cincuenta. Arriba, en la planta alta, estaban las chicas, incluso se podía hablar con ellas. El piso que nos separaba estaba hecho de ladrillos de vidrio y había algunos agujeros. El pabellón nuestro era oscuro, y ellas tenían luz de día. Yo pensaba que me podían haber matado, la había sacado barata. Trataba de aprovechar para leer un poco. La perspectiva del PRT-ERP era que la dictadura se iba a quedar muchos años, no que se iba a caer en dos. Pensábamos que se convertiría en un régimen fascista y luego

habría una intervención norteamericana. El V Congreso no creyó que hubiera una salida política.

En la cárcel nos mezclaron con los montos. Estudiábamos juntos marxismo e historia argentina, larguísimas discusiones. También con las FAR, que discutía su fusión con los montos. Montoneros pedía el regreso de Perón, y nosotros decíamos que no considerábamos que su regreso daría el salto cualitativo. Nosotros íbamos por el socialismo. Perón no nos parecía un obstáculo, pero nosotros seguíamos con el piñón fijo, asaltando cuarteles, cosas cada vez más grandes ¿Por qué? Porque pensábamos que la lucha democrática antidictatorial iba a ser subsumida por la lucha por el socialismo en la revolución permanente, la ley interna de la revolución. En la práctica, lo que ocurrió es que la lucha por el socialismo se subsumió en la lucha antidictatorial por la democracia. El fenómeno fue al revés. Nosotros fuimos subsumidos. Entonces, mientras estaban los milicos, la gente decía que estaba a favor de "los montoneros del ERP", usando Montoneros como género próximo y ERP como diferencia específica. Ésa era la realidad. Pero nosotros distábamos de tener una comprensión de todo eso. Hay que hacer un montón de concesiones a la política de alianzas. Consecuentemente, llevamos adelante el esfuerzo por "la libertad de los presos", por "la unidad de las organizaciones guerrilleras", ésa fue la consigna propagandística permanente. Unidad con montos y FAR, que se llevó en una sola oportunidad, en la cárcel de Rawson. Las FAL no participaron porque no existían. Y encima, Cibelli, un intelectual con pie plano, no veía un pomo. Daba clases de marxismo. Nosotros, para esa época, teníamos apalabrado al Negro Aguirre, "Tato". Teníamos una carretilla llena de tipos que venían al pie, daban clase de marxismo, venían del PC.

La idea de tomar el penal desde adentro hacia afuera se le ocurrió a Santucho. Primero pensábamos hacer la fuga por un túnel, con la dificultad

de que había requisas rutinarias y otras sorpresivas. Mandábamos la tierra en un tubo de tela a las pibas por los huecos que dejaba la falta de ladrillos de vidrio. Ellas, cuando salían a caminar al patio, tiraban la tierra, lavaban el tubo, lo secaban y lo mandaban de vuelta para abajo. Hacíamos tubos de tela finitos, de dos metros de largo. Pero no terminábamos de cavar nunca porque se llenaba de agua de afuera. Decidimos utilizar la excavación como depósito de armas, cambiamos la táctica y pensamos de otra manera.

La idea del avión, en realidad, se nos ocurrió a varios. No se necesita ser un genio. Estás en la Patagonia. O conseguíamos un avión nosotros o traíamos uno secuestrado. Siempre robábamos autos. Así que robar un avión… teníamos el métier. *Lo complicado no era tanto el avión sino la base aeronaval, que contaba con aviones cazas y un grupo de Rangers. Los Rangers es un grupo de choque, terrestre, muy agresivo. Para esto se debía formar un grupo de contención armado de veinte compañeros en el aeropuerto, que protegiera el avión en la fuga e impidiera que fuera atacado por los Rangers. Y el grupo de contención se iría del aeropuerto en el avión que aterrizara después. Y si hubiera aviones caza en la base naval, el grupo de contención debía tener morteros y volarlos. Teníamos morteros, robados.* / Pedro Cazes Camarero

La planificación de la fuga al principio se empezó a hacer en Buenos Aires y al final el comando de decisión se lo quedó Santucho desde la cárcel. El Gallego [Fernández Palmeiro] no estaba de acuerdo con el modelo de fuga. Entre Rawson y el aeropuerto de Trelew está la base naval, y para fugarse había que escapar hacia el lado de los militares. Si se enteraban de la fuga, no llegarías al aeropuerto ni en pedo. El planteo del Gallego fue hacer una fuga pero en dirección al sur y escapar con el avión de un contrabandista que aterrizara en la ruta. Ya había contactos con

contrabandistas. Porque en la fuga original se iban a escapar la dirigencia de las organizaciones y treinta y cinco o cuarenta más, todos amontonados. Pero Santucho decidió el plan del aeropuerto. El Gallego estaba convencido de que iba a ser un desastre. Estaba tan convencido que decidió tomar el avión él para no mandar militantes al muere. Esto dicho por el Gallego a mí, mientras comíamos un salamín cortado, con vino y soda, después de la fuga: "No mandar al muere a ningún compañero de base".

Ya en ese momento había una discusión interna: hacer caer a los militantes como una bolsa de huevos o cuidarlos para la creación de cuadros. La gente caía a rolete. Ya esa discusión estaba. La distancia entre el enunciado de "guerra popular y prolongada" y el hecho de operar cada día como si fuera el último… Había una discusión bastante gorda en términos metodológicos, que luego sería el origen de la diferencia del ERP-22 con la conducción del ERP. | Raúl Argemí, ERP "22 de Agosto"

Con el Potrillo, que ya murió, nunca estuvo preso y nadie sabe quién fue, hicimos el chequeo para la toma del avión de ese vuelo de Austral. Ésa fue nuestra tarea. Calculamos los tiempos, pensamos cómo se podía reducir a los pasajeros. Eso fue en julio. No se podía estar mucho tiempo por el sur con un auto con documentación falsa. Después, cuando empezó a aparecer la gente de las FAR, con los camiones dando vueltas, el Gallego dijo: "Esto es un quilombo", ya es un circo, y nos bajó. Yo me quedé fuera de la operación del avión, que terminaron haciendo Ferreyra y el Gallego. | Oscar Ciarlotti, PRT-ERP

Venía encarajinado el tema del mando. El Gallego hacer el plan de fuga externo, y Santucho le dice: "No, mandamos nosotros". Todos los elementos estaban en contra de la operación. No había logística. Desde afuera se veían esas cosas y desde adentro se minimizaban. Muchas no las

sabrían. Porque en el "papelito" que mandábamos a la cárcel no se contaba todo esto. La comunicación era muy directa: "Va plata para que compren al guardia, va esto, va lo otro". Pero nosotros nos decíamos: "Si vamos a hacer algo de esta magnitud, ¿cuál es el plan B?" No había plan B. Llegamos a la conclusión de que no había. En el camino, la gente de las FAR fue a buscar un avión de treinta plazas a Paraguay. Por otro lado, el Colorado [Jorge Luis Marcos] buscaba pistas para aterrizar en la Patagonia, donde eventualmente esconderlo, para que por lo menos llegáramos ahí con dos camiones y salieran de la cárcel, aunque sea treinta. ¿Y si no andaba lo del avión, qué pasaba…? Eran todas alternativas que se fueron agotando. Todo se iba simplificando y reduciendo.

Ellos creían que nosotros teníamos que hacer todo "ta, ta, ta, ta…" y que no podía haber ningún problema que nos demorara. ¿Y si la policía nos bloqueaba el aeropuerto antes de que ellos llegaran? Teníamos que abrir un hueco ahí, romper ese cerco con FAL y bombas vietnamitas, para que ellos pasaran… En un momento, el Gallego, medio en joda, dijo una cosa absolutamente cierta: "Lo único que falta es que nos pidan que hablemos con la embajada rusa para que nos manden un submarino". Cuando estás preso, pensás cualquier cosa. El Gallego, para salir de Devoto, dejó preso a su hermano y después se dio cuenta de la locura que había hecho. Yo, en los once años que estuve preso, he pensado planes de fuga, y eran una locura más grande que la otra. Así piensan los presos.

Y sumado a todo esto hubo un enfrentamiento. Pocos días antes de la fuga, el equipo de las FAR había robado el camión. Y estaban en un café en Liniers, frente al puente, cuando pasó el dueño del camión, lo reconoció y fue al destacamento de policía, y se acercaron a los muchachos que estaban en una mesa. Mataron a los tres policías. Ahí mismo. Hubo que conseguir otro camión, hacerles los papeles nuevos a los de las FAR, toda la

documentación falsificada, de la tarde a la noche, para que el camión fuera a Bahía Blanca, donde estaba la base del partido, para hacer la reunión sobre la fuga.

Fuimos los tres del ERP, el Gallego, el Colorado Marcos y yo, que nos ocupábamos del avión, la contención y el manejo del aeropuerto. Y los tres de las FAR, que se encargaban de los camiones: Lewinger, Tonio [Pablo González Langarica] y Manuel, un negro morocho. El Gallego en la reunión dijo que esto no iba a salir y que no quería hacer la fuga por el aeropuerto de Trelew. La quería hacer por el sur. El Colorado Marcos estuvo de acuerdo con él. Entonces pedí hacer un cuarto intermedio entre nosotros, los del ERP, y tomar la decisión final. Y ahí le dije al Gallego que no estábamos para decidir si se hacía o no: "Esta es una decisión que ya está tomada, por más dificultades que tengamos… Supongamos que no la hacemos nosotros y la hacen otros compañeros… Van a tener dificultades mayores que las nuestras. Nosotros tenemos todo estudiado. Entonces sí o sí tenemos que hacerla". Y el Gallego respondió, me acuerdo patente: "La hacemos, pero vamos al muere nosotros tres. Yo no voy a llevar a mi equipo ni vos al tuyo". El Gallego tenía que tomar el avión con cinco compañeros de su equipo. Y yo tenía que contener a los marinos de la base naval, con otros cinco. Fue una discusión interna. Dijimos: "La hacemos nosotros tres. Si morimos los tres, salvamos a quince compañeros". Y ésa fue la posición. Y después fuimos a hablar con los de las FAR y les dijimos que levantar la operación sería más grave, no la levantábamos. Ellos estaban en duda. Ése era el clima. Había mucha tensión, mucha fricción en todos los movimientos. Eran organizaciones distintas. La coordinación era muy lenta. Además, el 13 de agosto habían aterrizado en el aeropuerto de Trelew tres aviones militares de la base aeronaval. Nosotros no entendíamos por qué… / Alejandro Ferreyra

Los camiones fueron robados en Buenos Aires y llevados a Rawson. Fueron preparados para correr. El PRT tenía un taller muy grande de acondicionamiento de motores. La comunicación se hacía con radios que armamos nosotros. Había que traer suficientes radios portátiles, desarmarlas y armarlas, y esconderlas. No era tan sencillo. También existían las cartas y señales, un sistema para hablar con las manos, que todavía me lo acuerdo. Así nos comunicábamos con las compañeras que estaban en el pabellón de arriba. [Carmelo] Fazio fue uno de los tantos celadores que nos compramos. En su caso, nos entró las armas y otras cosas que no hay que revelar porque hay gente que está viva. Por los chequeos de él que hicimos por afuera, Fazio nos parecía el más apropiado y el más permeable políticamente. Hubo gente que viajó a Rawson para hacer inteligencia fuera de la cárcel durante meses. Al principio se les hablaba a través de la reja, y una vez que estaba captado, se le hablaba afuera, porque los celadores dormían en sus casas. Siempre se hacen tareas de inteligencia.

Por ejemplo, tomemos el caso tuyo. Vos estás acá sentado, esta noche. Yo lo que tengo es la presentación de una persona de cierta confianza. Pero es la primera vez en mi vida que te veo. Y yo soy una persona pública. De vos tengo la hipótesis de que sos un buen tipo, que estás haciendo libros interesantes y qué sé yo. Pero tranquilamente podés ser un miembro de inteligencia que hace libros como cobertura. Una persona formada que toda su vida trabajó para los servicios. ¿Cómo sé yo eso? No tengo manera. Ahora, mi interés es que esto se conozca, hasta que yo envejezca y muera. Porque vos podés hacer tu vida mientras hacés tu trabajo de inteligencia. Yo estoy convencido de que andan circulando montones de personas… Entonces, si yo hago una vida pública y soy investigador científico por un lado, y por otro lado hago alguna actividad de militancia todavía, a pesar de la edad, ésta es mi composición de lugar: "Este fulano

apareció sacándose el paracaídas hace quince días, hablándome por teléfono, e-mail, todo bien. Una persona de mi confianza me lo está recomendando, pero tampoco esta persona es exactamente el amigo de mi vida. Es un tipo que me ha hecho algunos favores, y que quizás él mismo podría ser un tapado de los servicios". Yo soy un profesional de la militancia revolucionaria. Dediqué dos décadas de mi vida a esto. Hice cursos acá, en el extranjero. No podés ofenderte. Si sos de la policía, tenés que seguir haciéndote el boludo. Y si no sos policía, que es lo más probable, tenés que darte cuenta de que sería medio pajarón si yo te tomara como amigo del alma cuando tomé contacto con vos hace quince días. ¿Entendés?

Entonces, cuando te relacionás con un tipo, empezás a tener cierto rapport *político. Lo primero que tenés que hacer es darle plata y no pedirle nada. Luego más plata, y después le hacés entrar paquetitos con información. Tenés una nube de tipos así. Alguno de ellos te puede servir para meter una ametralladora dentro de la cárcel. Hay que andar con mucho cuidado. Pero tarde o temprano la fuga tenés que hacerla porque no está pensada para la eternidad. En Rawson había varios celadores que aceptaron dinero, que se ofrecían, además. Algunos por guita y otros por razones de militancia, eran peronistas. Pero ése no era el problema. Nosotros teníamos plata porque entraba clandestinamente. Fazio introduce varias armas en latas de dulce de batata.* | Pedro Cazes Camarero

* * *

La fuga se iniciaría a las seis de la tarde del 15 de agosto de 1972, mientras los presos cantaran la zamba "Luis Burella" en el pabellón. Sería su cobertura para las primeras acciones. Llamarían a un guardiacárcel, le apuntarían, lo obligarían a abrir la puerta y avanzarían, pabellón por

pabellón, reduciendo guardiacárceles, reteniendo armas y uniformes, con la guía de Fernando Vaca Narvaja, vestido de militar. El grupo de avanzada tomaría la enfermería, la cocina, la capilla, la guardia interna, la sala de armas, las alas de los costados del penal, hasta llegar a la dirección y al patio central. Luego abrirían el portón del muro y saldrían a la calle de Rawson, donde los esperaría la movilidad prevista para trasladarlos a Trelew: el auto para la conducción del comité de fuga y los dos camiones para el resto. Ésa era la logística de transporte de la fuga. Estaba a cargo de Jorge Lewinger, Pablo González Langarica y Carlos Goldenberg, de las FAR.

Cuando llegaran a Trelew, otro equipo —Jorge Luis Marcos (PRT-ERP), Ana Wiessen (FAR) y "Manuel" (FAR)— cercarían el aeropuerto y tomarían la torre de control para bloquear la información, mientras que el Gallego Fernández Palmeiro y Alejandro Ferreyra (PRT-ERP) tomarían el avión de Austral desde adentro y abrirían la puerta de la nave al comité de fuga y al centenar de presos políticos que correrían por la pista para abordarlo. En ese mismo acto desalojarían a la totalidad del pasaje, pero retendrían a la tripulación para que los trasladara a Chile. Confiaban en que el presidente socialista Salvador Allende no los entregaría a la dictadura argentina.

* * *

Un día antes de la fuga, en el patio de la cárcel, durante el recreo de una hora, invitaron a Agustín Tosco a sumarse al escape. Tosco no aceptó. Estaba detenido sin cargo judicial y creía que tarde o temprano la movilización popular forzaría su libertad y la de todos los detenidos a disposición del Poder Ejecutivo. Escaparse equivalía a continuar la lucha desde la clandestinidad.

Tosco estaba de acuerdo con la fuga, pero no iba a participar porque no era un guerrillero sino un dirigente político de masas. Decía: "A mí me tienen que abrir la puerta y pedirme disculpas". Fue un shock para Tosco. Fuimos con el Negro Santucho, Gorriarán y Menna. Estaba Tosco fumando, por eso tenía la boca podrida y los dedos también. Y el Negro le dijo: "Gringo, nos vamos a escapar". Y el Gringo se emocionó y se puso en cuclillas. "¿En qué puedo ayudar?", preguntó. También hubo gente de la FAP que no quiso participar. Funes. Era famoso porque lo habían dejado olvidado dentro del buque Granaderos *cuando lo cerraron. Quedó cinco días tomando agua de los inodoros. Un tipo grande, de Mendoza. Estaba en una celda y se lo olvidaron.* | Pedro Cazes Camarero

Capítulo 11

La toma del penal de Rawson y la falla del transporte para el traslado de los presos políticos. Los jefes guerrilleros dominan el avión aerocomercial en Trelew y vuelan hacia Chile. La rendición de los diecinueve fugados que no llegaron a abordar la nave. El traslado de los detenidos a la base naval Almirante Zar.

Por más que hubiera habido problemas, la fuga venía saliendo bien. Es jodido decirlo. Pero a mí me dio la impresión de que teníamos que esperar un poquito más, todavía no había llegado la policía… La cuestión es que se dio la orden de retirada.

ALEJANDRO FERREYRA

Dormimos con Manuel en una hostería de Puerto Madryn. Ana [Wiesen] no sé dónde durmió. Llegamos a Trelew una hora antes que aterrizara el avión. No queríamos llegar mucho tiempo antes. Dejamos el auto en el estacionamiento del aeropuerto. Un Cisitalia, un auto más o menos chico. En el baúl tenía un FAL, armas cortas y miguelitos, por precaución. No teníamos comunicación con Josecito [Lewinger]. Probamos unos walkie-talkie*, pero no daban más de dos mil o tres mil metros. El aeropuerto era muy chiquito, entonces nos quedamos afuera. Había un patio con jardín,*

plantas, y nos sentamos a conversar mientras esperábamos que llegaran los compañeros de Rawson y entonces tomar el aeropuerto. Estábamos a la expectativa. / Jorge Luis Marcos

El día anterior fuimos del Aeroparque de Buenos Aires a Comodoro Rivadavia. Por supuesto, con pistolas. Se podía entrar con pistolas y fumar. Era todo distinto. No se revisaba. Nos alojamos en un hotel. El Gallego habló a Buenos Aires, estaba todo bien. Confirmamos que había vuelo para el día siguiente a las seis de la tarde y se lo informamos al contacto de Lewinger; ellos fueron al penal y desde lejos hicieron una señal: "Está todo bien". El 15 de agosto tomamos el vuelo desde Comodoro, que hacía Comodoro, Trelew, Buenos Aires. Nos sentamos adelante y a los pocos minutos aterrizamos. Mi tarea era contener al pasaje cuando el Gallego fuera a la cabina. Íbamos a tomar el avión cuando viéramos a los compañeros en la pista, por contacto visual. Pero vimos que subió Anita [Wiessen] al avión y les planteó a las azafatas que esperaran, que tenía un problema con el equipaje, bajó y se fue. Quedó la escalerilla con la puerta abierta. Pensamos que no habrían llegado los compañeros. Con el Gallego nos quedamos tranquilos, dijimos: "Bueno, vamos a ver…". / Alejandro Ferreyra

* * *

El 15 de agosto de 1972 a las seis y media de la tarde, mientras en el pabellón se cantaba la zamba "Luis Burella", un guerrillero vestido con uniforme militar llamó desde la reja a un oficial de servicio y, cuando éste se acercó, le colocó un arma en el estómago. Se abrió la primera reja. Se estimaba que el avión de Austral aterrizaría en Trelew en veinte minutos, y

Lewinger, en las inmediaciones, se acercaría al penal para recibir la señal y ordenar el ingreso del transporte.

Después de reducir al primer guardia, el grupo de avanzada, los seis hombres del comité de fuga encañonaron a otros guardiacárceles; entre ellos estaba Fazio, que puso sus manos en la nuca y se arrodilló. Otros penitenciarios lo imitaron. Distintos grupos fueron atravesando pabellones y reduciendo a los custodios. En quince minutos, a las 18:45, mientras ya estaba en curso la maniobra de aterrizaje del avión de Austral en Trelew, casi setenta guardias habían sido encarcelados.

Había tres grupos: uno que tomaba el ala izquierda, otro el ala derecha y el grupo central, de Santucho, Gorriarán, Menna, Quieto, Osatinsky y Vaca Narvaja. Cuando tomamos la cárcel, Vaca Narvaja salió a tomar el pabellón externo, de chapa, que había en el patio. Ahí se suponía que había algunos suboficiales, a los que tenía que persuadir de que era un oficial. Vaca Narvaja entró y encontró una compañía completa de cadetes del Servicio Penitenciario, con más de ochenta personas. Se vendió como oficial. "Todo el mundo al pie de la cama. Suboficial, sargento ayudante, principal, no sé qué… que salgan a formar, dejen las armas al pie de las camas…", y los trae marchando, "run, run, run". Yo estaba tomando el ala izquierda. También me dieron mal la [información de] inteligencia. Me dijeron que había pabellón de oficiales, que podría haber seis o siete tipos y había que dominar la situación. Ahí iba a estar Martín Marcó [PRT-ERP], para encerrarlos en los calabozos. Y luego debía entrar en la pieza donde estaba el teléfono. Podría haber alguna persona o nadie. Tenía que arrancar el teléfono de la pared o sacarle el auricular. Pero cuando entré al pabellón, no había más que un tipo durmiendo. Y cuando entré a la otra pieza, donde estaba el teléfono, me encontré con una reunión de once oficiales. Los apreté con una pistola de una bala sola, limpia, completa,

pero con una sola bala en la recámara. Ellos pensaban que al menos tenía ocho. Y ellos eran más. No todos estaban armados, porque no era la guardia. Pero nadie quería ser el primero al que le metieran un plomo. | Pedro Cazes Camarero

Los hechos sucedían como habían sido previstos. El grupo de avanzada central llevaba encañonado al jefe de guardia, que le iba abriendo paso. Los distintos grupos —ocho en total— ya habían tomado la enfermería, la cocina, las oficinas de las dos alas, el casino de oficiales, la oficina del director y la guardia de reserva, de donde se tomó el armamento. Los presos ya contaban con más de cien fusiles FAL y más de cien pistolas. También tenían los uniformes. Cada sector se fue controlando. Faltaba un paso más, la sala de guardia. Allí estaba Gregorio Valenzuela, ayudante de quinta en la escala penitenciaria, uno de los escalafones más bajos. Valenzuela vio llegar a los guerrilleros con ropa de guardiacárceles. Sospechó que algo no estaba bien. Dio la voz de alto. Eran las 18:45.

Él [Valenzuela] estaba llegando retrasado; entra en el penal, va a la sala de guardia, que era una salita ridícula con cuatro o cinco FAL, y empieza a tomar la guardia. Nosotros habíamos encerrado al resto de los guardiacárceles en la sala de armas del primer piso. Y ahí es cuando aparece Valenzuela, entra en esa sala, se aviva, ve los movimientos. De hecho, casi fracasamos porque se parapeta en la puerta de salida. Un tipo armado con un fusil, aunque tengas cien tipos armados, no te deja salir de una casa. Y antes de que terminara de parapetarse, salió Osatinsky y lo mató. Al matarlo, saltó el ruido de los distintos lugares. Tiros siempre hay a la noche. Nosotros teníamos el intercomunicador para decir: "No, se le escapó un tiro…" y nadie levantó la perdiz. Valenzuela entró

prematuramente. No habíamos controlado esa sala. / Pedro Cazes Camarero

> Mi papá hacía la guardia en la puerta junto con Justino Galárraga y un tercero, Montenegro. Vieron venir a decenas de guerrilleros de la mano vestidos de penitenciarios. Mi papá tardó en reconocer que ésos no eran sus compañeros. Dio la voz de alto pero le pidieron que se entregara. Se tocó la cartuchera y no tenía la pistola. Cuando la buscó sobre la mesa, fue tarde para defenderse: una ráfaga lo acribilló. Recibió trece disparos de ametralladora, casi todos en la zona baja de su cuerpo. Y como no murió, lo remataron de un tiro en la cabeza. Sus otros dos compañeros sobrevivieron. Uno de ellos, Justino Galárraga, se hizo el muerto cuando fueron a verlo. Pero la mujer de Santucho se acercó al cuerpo de mi papá y dijo: "Éste todavía vive", y le pegó un tiro en la cabeza.
> [Mirta y Mónica, hijas de Juan Gregorio Valenzuela. *La Jornada,* de Chubut, y *Clarín,* 27 de mayo de 2012.]

* * *

Mientras aterrizaba el avión de Austral en Trelew, se hizo la señal con una sábana desde el frente del primer piso del pabellón. Lewinger la interpretó mal. Supuso que era una frazada, y no una sábana, lo que se agitaba. Esa percepción, además los tiros que escuchó, lo hizo suponer que la fuga había fracasado. Ordenó la partida de las unidades de traslado. Sin embargo, Goldenberg, que no había participado de las discusiones en Bahía Blanca sobre las dudas de la operación, cuando esperaba la orden de ingreso, escuchó los tiros, no vio la señal de Lewinger, o la desobedeció, y entró con el Falcon color crema en el penal de Rawson. Faltaban diez minutos para las siete.

* * *

Una vez que mataron a Valenzuela, buenas noches, se terminó la joda. El portón estaba ahí nomás, después había otro portón al que nadie le daba pelota porque estaba abierto. El señor que abría el portón nos abrió el portón. Era un gordo, de base. Salimos y sólo vimos el polvo de los camiones. Todo esto que parece una larga perorata duró tres minutos. Lewinger era el responsable militar de las FAR. Había sido recomendado por los cubanos. Un tipo muy importante, con muchos galones. No era un pobre infeliz al que nosotros por alguna razón misteriosa le dimos una responsabilidad. Pero él estuvo todo el tiempo en contra de la operación y la hizo por disciplina partidaria. Él decía que no saldría bien. Técnicamente se define como una operación con "muy poca fricción", es decir, que no tolera las fallas. Y a la primera falla que hubiera se iba a pudrir todo. Entonces, él estaba casi convencido de que íbamos a fracasar. Entonces, las pibas le hicieron la señal correcta desde la ventana del primer piso. Lewinger se subjetiviza y huye. Ordenó llevar todo: "Vámonos". Y se fueron. Nos dejó a pie en toda la Patagonia. La fuga es una operación militar. Depende del jefe. Si el jefe se caga o decide irse… Yo ya había metido en el calabozo a los guardiacárceles y, cuando me enteré de que no estaban los camiones, llamamos a la compañía de taxis por teléfono. Los números estaban en un papelito: "Compañía de taxis". ¿Quién iba a pensar que eran los presos los que pedían taxis? Entonces dijimos: "Manden taxis que unos familiares de los presos tienen que viajar". Una vez que estábamos en la puerta, salimos a ver si se podía conseguir un camión. Pero era un desierto: las casas cerradas, no había un puto camión… / Pedro Cazes Camarero

Los camiones se fueron por la ruta 3, camino al aeropuerto de Trelew. El comité de fuga se subió al Falcon que conducía Goldenberg. Salieron del penal con desesperación en busca de los camiones por las calles de Rawson. No los encontraron. Ya eran las siete. Acababa de autorizarse el embarque de los pasajeros del avión de Austral. El comité de fuga decidió abandonar la búsqueda e ir hacia Trelew.

* * *

Estábamos conversando con Ana y Manuel en el jardín del aeropuerto y llegó Lewinger con la camioneta y me dijo, gritando: "Se pudrió todo, tomemos el aeropuerto". Porque si fracasaba la fuga en el penal, nosotros teníamos que tomar el avión e irnos para Chile. Y no terminaba de decir eso cuando, al minuto, llegó González Langarica con el camión, lo venía corriendo desde Rawson, el tipo venía tan disparado que no lo podía alcanzar, y le dijo a Lewinger que estaba todo bien: "Vamos, vamos pelotudo, que están los compañeros esperándonos…". Entonces le dije a Ana que demorara el avión lo máximo posible, porque en aquella época era común, si te habías olvidado el documento, más en un pueblo… Y entonces nos fuimos todos para Rawson. Íbamos a los pedos, y cuando llegamos ya estaba la Gendarmería rodeando el penal. Ya estaban los milicos tirándose cuerpo a tierra. Y nosotros pasamos delante de ellos, no nos pararon. | Jorge Luis Marcos

A las 7:20, llegaron tres taxistas a la puerta del penal. Fueron reducidos, y los presos abordaron sus vehículos. Primero subieron diecisiete, luego se sumaron dos más. Eran diecinueve dirigentes de la segunda línea de PRT-ERP, FAR y Montoneros. Estaban organizados en grupos. El resto —alrededor de cien detenidos de las organizaciones armadas— seguía

ordenado atrás, en fila, a la espera del transporte. El portón estaba abierto, se veía la calle. Pero ellos no sabían qué pasaba, por qué no les daban la orden de salida. Esperaban esa orden en tensión, pero esa orden no llegaba. El grupo que salió a buscar camiones o autos por las calles de Rawson no encontró nada. Hasta que llegó la orden de repliegue.

* * *

Se fueron los taxis y les digo a los compañeros, que estaban haciendo una cola a lo largo del pasillo, que volviéramos a la cárcel. Nos encerramos y llamamos al juez de Trelew. Al principio no nos dio bola. Después vino. Teníamos la esperanza de que los otros compañeros hubieran subido al avión. / Pedro Cazes Camarero

Llevábamos como cuarenta minutos de espera. Habían llevado el avión a la cabecera de la pista, pero todavía no lo habían dado vuelta. Y en un momento miramos a las azafatas un poco alteradas, que iban y venían. Registramos que había algún quilombo. Nos miramos con el Gallego y dijimos: "Ya, tomemos ahora, no hay otra". Entró a la cabina, redujo a los tipos, y los pilotos le dijeron que les habían hablado de la torre de control, que había una bomba en el avión. Yo agarré a las azafatas y las amontoné a las cinco, porque se querían tirar del avión. Y así, mientras pataleaban, les dije a los pasajeros, con la Browning en la mano: "Tranquilos, no pasa nada. Es un simulacro". / Alejandro Ferreyra

A las 7:25, el Falcon conducido por Goldenberg llegó al aeropuerto con el comité de fuga. El aeropuerto no estaba tomado. No vieron al equipo de apoyo. El avión estaba en la pista. Todo transcurría como si nada hubiera sucedido. Tres guerrilleros subieron a la torre de control y le ordenaron al

operador que se comunicara con el comandante de la nave y detuviera el desplazamiento: había una bomba adentro. El uniforme de militar de Vaca Narvaja persuadió al operador. Cumplió la orden. Se ordenó el descenso de pasajeros. Los otros guerrilleros armados con fusiles FAL corrieron hacia la pista. En un primer momento desde dentro del avión no los reconocieron.

* * *

De golpe veo a un tipo vestido de milico que llega, y le apunto. No le quería tirar ahí. Quería verlo un poco mejor. Y ahí vi al Pelado Osatinsky, que me gritó: "Luquitas, Luquitas, no le tirés que somos nosotros". La puerta estaba abierta, había quedado la escalerilla. Y ahí subieron los compañeros. A partir de ahí, ellos agarran la manija y son los jefes. Ya se sabía que los camiones habían fallado. Empezamos a reducir el pasaje, a pedir las identificaciones, y encontramos a tres gendarmes de civil sentados al fondo. Les sacamos las pistolas. Se habían quedado quietos. Había también un teniente del Ejército, que había roto el documento. | Alejandro Ferreyra

Habían entrado todos: los seis del comité de fuga y Carlos Goldenberg con Ana Wiessen. Fueron los últimos en subir. El avión estaba tomado. Quieto le pidió al pasaje que mantuviera la calma. Se trataba de un entrenamiento antiguerrillero. Y le ordenaron al piloto que hiciera las maniobras para el despegue. El nuevo destino era Santiago de Chile. Pero esperarían unos minutos más al resto de los fugados. El comandante dijo que no tenía autonomía de vuelo. Eran las siete y media de la tarde. Había pasado una hora desde que la pistola en el estómago del guardiacárcel dio comienzo a la fuga.

* * *

Los taxis salieron del penal veinte minutos después del Falcon del comité de fuga. Tomaron la ruta vieja, de ripio, para evitar pasar frente a la comisaría de Rawson. Eran diecinueve presos amontonados en tres autos, encimados al chofer, cargados de ametralladoras, fusiles y un bolso de balas. El último que había subido era Carlos Astudillo, montonero, el cantante de la zamba "Luis Burella". "Rápido, pero sin matarnos", fue el consejo que recibió el chofer. Los dos primeros autos avanzaban con el acelerador a fondo. Pero el tercer taxi venía demorado. Tenía problemas mecánicos. Se daban vuelta para ver dónde estaba. La luz de sus focos se perdía en las lomadas. Dos o tres veces los taxis de adelante se detuvieron para esperarlo. En veinte minutos llegaron al acceso del aeropuerto y vieron al avión en la cabecera de la pista. Todavía estaba allí. Se emocionaron. "Hacele señas con las luces." El chofer cumplió, entró en el aeropuerto, detuvo el auto y los guerrilleros bajaron corriendo, incluso dejaron los bolsos con las ametralladoras en los taxis. Eran las ocho menos cuarto de la noche.

* * *

Se esperó un rato, un ratito. Hablaron a la torre, los compañeros no habían llegado. Y dieron la orden de salida. Y la verdad es que yo pensé que teníamos que esperar un poco más. Son dos situaciones psicológicas distintas. Nosotros estábamos ahí, esperando tranquilos. Veníamos de una práctica de acción acá, de acción allá. No estábamos nerviosos. Por más que hubiera habido problemas, la fuga venía saliendo bien. Los otros venían fugados, venían rajados. Y a mí me parece que podríamos haber esperado un poquito más. Habrán sido cinco minutos. Es jodido decirlo.

Pero a mí me dio la impresión de que teníamos que esperar un poquito más, todavía no había llegado la policía… La cuestión es que se dio la orden de retirada. De todas maneras, me quedé tranquilo porque, aún en vuelo, hablamos con la torre y no había nadie. Entonces se dijo: "Sigamos". | Alejandro Ferreyra

* * *

Los pasajeros de Austral se habían convertido en escudos humanos del vuelo. Esta situación, imaginaban, los blindaría de un posible ataque de un avión de caza de la Fuerza Aérea que despegara de la base de Villa Reynolds, en San Luis, o de la Brigada Aérea de El Plumerillo, en Mendoza, antes de cruzar la Cordillera de los Andes.

Abajo, en tierra, alertadas de la fuga, las unidades de la Marina rodearían en pocos minutos el penal y se movilizarían tropas del Ejército y Gendarmería hacia Rawson. Cortarían las rutas. En la cárcel, los presos mantuvieron a los guardias en los calabozos, disponían de un arsenal y organizaron la defensa militar de la cárcel. En el aeropuerto de Trelew, después de que vieron cómo despegaba el avión de Austral, los diecinueve fugados recuperaron un bolso con armas del taxi, hicieron rehenes a los choferes y volverían a tomar la torre de control, como antes lo había hecho el comité de fuga. Esperaron la llegada del próximo vuelo de Aerolíneas Argentinas, que aterrizaría en media hora. Era una alternativa planteada si se producían variaciones en el plan original.

Cuando el piloto del Boeing de Aerolíneas se aproximó a tierra, pidió autorización para aterrizar. El operador de la torre le avisó que la pista disponible era la 2-6 y le informó las condiciones del viento. En ese momento, una interferencia irrumpió en la comunicación entre la torre y la

cabina del Boeing. Provenía de la base naval: "Atención, Aerolíneas, no descienda, que el aeropuerto está tomado por fuerzas subversivas".

El operador de la torre, con un fusil sobre su cabeza, dijo que habían tenido un contratiempo pero la situación ya había sido superada.

"Negativo, Aerolíneas. Le repito que el aeropuerto está tomado por fuerzas subversivas, no aterrice, no aterrice."

El operador de la torre le indicó al comandante del Boeing que si no aterrizaba lo iban a matar.

Ya no hubo más comunicación.

El avión retomó altura. El operador esperó un disparo que no llegó. Para los fugados, las vías de escape se agotaban. Una avioneta que aterrizó en el aeropuerto despertó una luz de esperanza, pero era pequeña y no apta para vuelos nocturnos. Otra de las posibilidades era el escape por vía terrestre, tomar los autos del estacionamiento y las ambulancias, pero la operación implicaba recorrer cientos de kilómetros en el desierto patagónico. La persecución de la Marina o un simple retén militar les bloquearía el paso, y podrían ejecutarlos en el lugar.

Los diecinueve fugados resolvieron atrincherarse en el aeropuerto, hacer pública la noticia y negociar con la autoridad militar el regreso al penal. Creían que era la mejor forma de garantía de sus vidas.

Pasadas las ocho, la Marina rodeó el aeropuerto de Trelew y el penal de Rawson. El grupo guerrillero, liderado por Rubén Bonet (PRT-ERP), Mariano Pujadas (Montoneros) y María Antonia Berger (FAR), pidió la presencia de un juez, de un médico, de un miembro de la iglesia y de la prensa local. Las rutas ya estaban bloqueadas. El jefe de la Infantería de Marina, capitán Luis Sosa, que dirigía las operaciones militares, llevó a un médico, que empezó a revisarlos. Se levantaron la ropa y le mostraron el torso desnudo, pecho y espalda. Estaban en perfectas condiciones de salud. Una mujer, Ana María Villarreal, estaba embarazada, consignó el médico.

Los periodistas se ubicaron en el hall del aeropuerto. Las tropas de la Armada se mantenían afuera, retenidas por los FAL de los guerrilleros que dominaban el acceso. Los fugados le explicaron a la prensa quiénes eran y qué querían.[1]

> Todas las organizaciones que están aquí, Montoneros, FAR, ERP, somos hijas de las movilizaciones del 69, somos entonces parte del pueblo. Toda la gente que está aquí es parte del pueblo, es nuestro deber, es nuestra obligación, velar por su seguridad.
> Tenemos ejemplos claros [de la razón por la que optamos por la violencia]: el aumento de la luz, cualquier hecho en el pueblo, en el proletariado, en las distintas clases sociales partes del pueblo… cualquier manifestación por más pacífica, de cualquier tipo, genera una represión violenta y la muerte de obreros, de gente del pueblo. Y eso por pedir por la luz, por cualquier cosa. Nosotros hemos entendido que la única forma de combatir a la dictadura militar, de combatir al capitalismo, es organizándonos, creando una fuerza militar que derrote a la fuerza militar del enemigo. Si hay elecciones y si éstas son lo suficientemente limpias como para poder participar, el pueblo va a participar; el pueblo tiene suficiente conciencia para discernir eso. Hasta este momento, las elecciones son sucias, tramposas, restringen. Entonces, nuestra obligación es estar junto al pueblo porque somos parte del pueblo. Si hay elecciones limpias, el pueblo participará y nosotros también lo haremos. Pero ésta no es la situación. Ni podemos pensar, ni nos podemos poner a hablar de eso, porque no es la situación. El gobierno reprime cualquier manifestación del pueblo, por más pequeña que sea. Mata a un obrero de Peugeot. No sabemos por qué, lo secuestra y lo mata. Mata a obreros, a gente del pueblo, porque piden por las tarifas eléctricas. Mata por cualquier cosa. Nuestra violencia es la respuesta a esa violencia, la

respuesta a la violencia del capitalismo. Somos el proletariado en armas, somos el pueblo en armas. En ese sentido, bregamos por romper, por anular, en base a la discusión pública, frente a las masas, las pequeñas diferencias que tienen las distintas organizaciones armadas. Ésta es una prueba: en este momento, que estemos hablando compañeros del ERP, de Montoneros y de FAR y que coincidamos en este hecho es nuestra voluntad. Es tratar de lograr un ejército unido, tratar de acabar con estas siglas que nos distinguen. Nuestra voluntad es, en este momento, la unidad de las organizaciones armadas.
[Rubén Pedro Bonet, PRT-ERP.]

Esto, de alguna manera, es reafirmar nuestra voluntad de lucha junto al pueblo y es lo que se ha expresado combativamente en tantas jornadas de lucha, en Córdoba, Rosario, Buenos Aires, en todas las ciudades del país, que luchan permanentemente por derrotar a la dictadura, por conseguir un gobierno popular y construir una patria socialista. Esto es reafirmar una vez más nuestra voluntad de luchar con el pueblo, luchar junto al pueblo para esos objetivos. La vía [violenta] no la ponemos nosotros, la pone el régimen cuando proscribe la voluntad del pueblo.
Nosotros le decimos al régimen que […] no haga tanta cháchara con elecciones limpias como lo viene diciendo y se expida más claramente y demuestre en los hechos su voluntad de pacificar el país. […] Que permita que el pueblo argentino, en esto hablo por las organizaciones peronistas, entendemos que el pueblo peronista tiene como candidato natural al general Perón, que permita su candidatura en elecciones, que no lo proscriba otra vez. Esas cosas solamente pueden ser demostrativas de la voluntad del régimen. Por ahora no ha hecho ni un paso en ese sentido. Cada día reprime más, encarcela más y tortura más, y no

demuestra ninguna voluntad de no proscribir ni de dar elecciones totalmente limpias ni de respetar la voluntad del pueblo.
[Mariano Pujadas, Montoneros.]

Nosotros no hemos elegido la violencia por la violencia misma, sino porque vemos que es el único camino que nos queda. En ese sentido, nosotros somos más pacifistas… somos pacifistas. En la medida en que no nos dejan elegir otra vía, tenemos que optar por la violencia.
[María Antonia Berger, FAR.]

* * *

Con la intermediación del juez Alejandro Godoy, el capitán Sosa y el montonero Pujadas trataron las condiciones para la entrega de las armas y del aeropuerto y la rendición de los diecinueve guerrilleros. Pujadas indicó que sólo aceptarían ser llevados al penal de Rawson, acompañados por el juez, el médico, el abogado de presos políticos Mario Amaya y dos periodistas locales. El capitán Sosa explicó que el penal se mantenía sublevado, rodeado por las tropas del Ejército. Le dio su palabra de que en la base aeronaval obtendrían las garantías que necesitaban y objetó la presencia del médico. Pujadas la consideró necesaria. "Hemos sido torturados en otras oportunidades en que hemos sido detenidos", y mantuvo su posición: querían volver al penal. El capitán Sosa aceptó.

Fue la última determinación, la última imposición, la última situación de dominio de la guerrilla sobre la autoridad militar.

A partir de entonces, dejaron las armas en el suelo de la playa de estacionamiento y, dispuestos en fila, avanzaron con las manos en alto hacia el ómnibus de la Marina. Cada uno gritó su nombre y su organización de pertenencia frente a una cámara de televisión que registraba su paso. Sólo a

tres de los diecinueve guerrilleros se los volvería a ver con vida. Eran las once y cuarto de la noche.

Durante media hora fueron retenidos dentro del micro, hasta que el capitán Sosa le informó al juez que Lanusse había dictado el "estado de emergencia nacional" y que la autoridad ya no era del juez sino de las fuerzas de seguridad, que habían asumido el control de la zona. Quedaban al mando del V Cuerpo del Ejército, a cargo del general Eduardo Betti. La orden era que los guerrilleros fueran trasladados a la unidad militar. El juez, el médico, el abogado y los periodistas fueron obligados a descender en la puerta de la base aeronaval y no ingresaron. A la medianoche, los guerrilleros entraron en los calabozos individuales de la base naval Almirante Zar.

Cuando vimos el penal de Rawson rodeado de tropas, volvimos al aeropuerto de Trelew, y también estaba rodeado. Lewinger y González Langarica se fueron para el lado de Madryn. Manuel y yo, para el lado de la Cordillera. Y pasando Gaiman, que está a 40 kilómetros de Rawson, volcamos en una curva. Ya era de noche. No pasaba ningún vehículo. Yo estaba bastante mal después del vuelco. Le dije a Manuel: "Ahora sí que estamos hasta las pelotas". Me puse a juntar los miguelitos que se habían caído del baúl, y justo venía un camión. Lo íbamos a apretar para salir, y el tipo paró para ayudar. Estaba con la mujer y los dos chicos. ¿Cómo lo íbamos a apretar? Era agosto, pleno invierno. Entonces le dije a Manuel que fuera con el camión hasta el pueblo a buscar una ayuda, un taxi, un auto, llenar el tanque y ahí salimos… Y Manuel fue, y yo me quedé en la ruta.

Pero antes de llegar a Gaiman, una "pinza" que habían puesto después de que nosotros pasamos paró al camión. Y el camionero le dijo: "Yo lo levanté en la ruta…". Entonces, Manuel se bajó y salió corriendo, se metió

en una zona de quintas, un cana le tiró, él también tiró y le pegó a uno en la oreja. Eran canas de la provincia. Lo empezaron a buscar, y él caminó toda la noche. Cuando veía luces que lo estaban buscando, se tiraba a la tierra, en el campo. Y a la mañana llegó a un pueblo, no sé si era Gaiman. Había una unidad básica, bien ortodoxa, y él le explicó lo de la fuga y una señora lo escondió en un gallinero en la chacra. Esto me lo contó él. La señora lo contactó con [David Patricio] Romero, que después fue candidato a gobernador, y decidieron hacer un pozo en el gallinero, lo taparon y ahí lo guardaron un mes. Después lo sacaron en el entretecho de una camioneta y lo llevaron a Bahía Blanca. Ahí tomó el tren. Zafó.

A mí, mientras lo esperaba esa noche, con el auto dado vuelta, llegó la policía de la provincia y me apresaron. No quise resistir. Me cagaron a palos para ver si estaba con alguien más. Cuando vieron que estaba solo, me llevaron a la comisaría 3ª de Rawson. No me dieron máquina ni nada de eso porque no había. Y enseguida llegaron los milicos a pedirme. Había contradicciones con la policía. Vino el capitán Sosa, que me quería llevar a la base naval. Se tiró el lance para llevarme. Pero la policía no lo dejó, porque ellos dependían de la "zona de emergencia" del general [Eduardo] Betti. Y el mérito de mi detención era de la policía. Y a los siete días me pasaron al juez. / Jorge Luis Marcos

1 La filmación de la entrevista se vio en forma íntegra en los canales de Chubut. La intervención militar impidió que los canales de Buenos Aires la emitieran; sólo se pudieron mostrar algunas imágenes.

Capítulo 12

22 de agosto de 1972: los fusilamientos en la base naval Almirante Zar. Los muertos, los sobrevivientes. El comisario Villar, la tanqueta policial para romper el velorio en el Partido Justicialista. Los vaivenes de la versión oficial. El régimen carcelario de "máxima seguridad": celdas individuales y encierro casi permanente.

A mí se me concedió un honor proletario, como obrero, de hablar para despedir en el sentido físico a los diecinueve compañeros (para nosotros eran diecinueve). Tuve ese honor y grité que esa sangre iba a ser vengada por nuestro pueblo, que íbamos a seguir adelante, se gritó el nombre de cada uno y cada vez se respondía en forma vibrante y unánime, a voz de cuello: "¡Presente! ¡Hasta la victoria siempre!"

AGUSTÍN TOSCO, dirigente sindical de Luz y Fuerza

A las ocho de la mañana del 16 de agosto de 1972, los presos entregaron el penal de Rawson a las fuerzas militares. Los bombos, las guitarras y los

libros fueron a la hoguera. Sólo una radio se salvó de la requisa. En la "zona de emergencia" había atmósfera de guerra. Más de dos mil uniformados rastrillaron Puerto Madryn, Trelew y Rawson con acciones de saturación: verificación de documentos, detención de personas y de automóviles, allanamientos a casas. Los aviones hacían vuelos rasantes por encima del penal. La población patagónica fue sumida al ahogo para quebrar el vínculo solidario con los detenidos y sus familiares. El abogado radical Abel Amaya —que había participado como testigo y garante de la rendición de los fugados— fue detenido, y una bomba estalló en su estudio. Los familiares que llegaban a la comisaría de Rawson, para informarse sobre los presos políticos, iban al calabozo. Un periodista de la agencia Associated Press, Horacio Finoli, fue herido por el FAL de un centinela cuando se acercó al penal. Cuando la prensa le requirió explicaciones al general Betti, él repreguntó: "¿De qué se quejan? En Vietnam mueren periodistas todos los días. Esto es Vietnam".

* * *

> Desde el 15 de agosto vivíamos en un clima de gran ansiedad. Esa noche, con el penal tomado, escuchamos las emisoras de Chile donde se daba cuenta del secuestro del avión y que en él viajaban Santucho, Osatinsky, Vaca Narvaja, Gorriarán, Quieto y Menna. El 16 a la mañana se nos incomunicó, no sabíamos casi nada de los diecinueve restantes. Teníamos la posibilidad de informarnos por el contacto con algunos celadores más "flexibles", que podían darnos una pista cuando nos abrían la puerta para ir al baño o nos traían comida.
>
> [Agustín Tosco, dirigente sindical de Luz y Fuerza, en *El Mundo*, 24 de agosto de 1973.]

Las gestiones de abogados y del propio juez Godoy para visitar a los detenidos de la base aeronaval fueron rechazadas. El único civil que ingresó fue el juez de la Cámara Federal Jorge Quiroga, el 21 de agosto. Realizó una ronda de reconocimiento de los detenidos para identificar a los autores de la muerte del guardiacárcel Valenzuela.

El primer día de detención en la base aeronaval, el trato a los prisioneros había sido correcto, de rutina, burocrático; los médicos los revisaron, los fotografiaron, les quitaron sus pertenencias.

El segundo día, la guardia de vigilancia se dirigió con maltrato y violencia, apuntándolos en sus celdas, manteniéndolos desnudos en los ejercicios físicos, quitando los colchones y las mantas. Hubo simulacros de fusilamiento e interrogatorios del personal de inteligencia en horas de la madrugada. El capitán Sosa se había ensañado particularmente con Pujadas, lo obligaba a barrer el piso desnudo.

El lunes 21 de agosto el presidente chileno Salvador Allende denegó la extradición a la Argentina de los guerrilleros fugados —eran diez— y los autorizó a viajar a Cuba. Cuando se conoció esta decisión, la Junta de Comandantes decidió una reunión de urgencia con los altos mandos de las Fuerzas Armadas, el ministro del Interior, Arturo Mor Roig, y Hermes Quijada, jefe del Estado Mayor de la Armada. Estuvieron reunidos varias horas. Allí se habría tomado la decisión de pasar por las armas a los detenidos de la base aeronaval de Trelew.

A las seis de la tarde del 21 de agosto, el comandante de la "zona de emergencia", general Eduardo Betti, difundió el siguiente bando militar: "El que incurra en actitudes que perturben la normal convivencia, el orden y la tranquilidad pública será reprimido con la sanción de arresto, salvo que el hecho constituya una infracción más grave, en cuyo caso será juzgado según corresponda. La sanción de arresto será aplicada por orden

irrecurrible y se cumplirá en el lugar que se determine, conforme con las disposiciones del caso para esta zona de emergencia".

Ese día, ciento cuarenta soldados de Gendarmería llegaron a Rawson para reforzar la vigilancia del penal. Tomaron posición en los extremos de cada pabellón y patrullaron el patio exterior y las salidas, en prevención de posibles alteraciones en la cárcel.

El martes 22 de agosto, a las tres y media de la madrugada, los guerrilleros detenidos en la base Almirante Zar fueron despertados a los gritos. Les ordenaron formar en fila, cada uno al lado de su celda, en silencio, con la vista al suelo y el mentón en el pecho. El capitán Sosa y el teniente Roberto Bravo revisaron la formación. Sin que mediara una orden, un cabo de la guardia comenzó a disparar, y luego los suboficiales y oficiales continuaron, retorciéndose con sus ametralladoras PAM en una orgía sangrienta. Algunos prisioneros cayeron al suelo, otros saltaron hacia sus celdas, y en la requisa fueron rematados. La formación militar había decidido que nadie quedara vivo. Bravo fue hasta la celda 10 e hizo poner con las manos en la nunca a dos presos heridos. A uno le preguntó si iba a declarar. Dijo que no. Y les disparó a los dos. Uno de ellos cayó herido en el estómago. Junto al resto, los dejaron para que se desangraran hasta morir.

Después hubo silencio.

Pasadas algunas horas, médicos y enfermeros inspeccionaron las celdas y subieron a la camilla a los heridos. Los dejaron en la enfermería. El personal que inició su servicio en la mañana encontró seis heridos: Berger, Haidar, Camps, Astudillo, Kohon y Bonet. Estaban en el piso, sin asistencia. Primero murió Alfredo Kohon, después Carlos Astudillo. Los demás no morían. Pasado el mediodía, después de casi diez horas de los fusilamientos, se decidió el traslado aéreo de Berger, Camps y Haider al hospital de la base de Bahía Blanca. Bonet fue el último en morir en Trelew.[1]

En la misma mañana del 22 de agosto, en Buenos Aires, apenas trascendieron las primeras informaciones, la Gremial de Abogados llamó a una conferencia de prensa en la calle Suipacha. No pudieron hacerla en su sede: le habían puesto una bomba. La organizaron en la mueblería Maple, a una cuadra. El abogado Ortega Peña dijo: "Éste es el crimen político más horrendo de la historia argentina desde el fusilamiento de Dorrego".

* * *

El día de la masacre, a la mañana, fui a declarar al juzgado federal de Rawson. Y me pusieron contra la pared, con la mano atrás, en la puerta del despacho del juez. Dos o tres horas con un perro de policía al lado que no me dejaba mover. Llegó el juez Quiroga y dijo: "Hubo un intento de fuga en la base". Yo le dije: "No, los mataron. ¿Cómo se van a querer fugar esposados como estaban ahí?". A mí me lo habían dicho esa mañana los "comunes" en la comisaría 3ª, tenían una radio. Me negué a declarar y me mandó a la cárcel, que quedaba a tres cuadras desde el juzgado. Y pusieron un infante de marina para custodiarme cada cinco metros, haciéndome el camino. Yo esposado, como un condenado, iba con un arma en el cuello. Y le dije: "Se te puede escapar un tiro…". "No se va a perder nada." Entré al penal, me metieron en un calabozo de aislamiento y a los tres días me llevaron a la celda del pabellón. Empecé a saludar a los compañeros y ahí encontré a Lewinger y a González Langarica.[2] / Jorge Luis Marcos

> En la mañana del 22 de agosto nos requisaron en forma muy dura y nos propinaron golpes de puño a varios, además de hacernos correr desnudos desde el baño hasta cada una de las celdas. Habíamos gritado y protestado con toda nuestra fuerza. A las once aproximadamente se corrió, por el lenguaje mudo de la mano que usábamos en el penal, la

noticia de que tres compañeros habían sido asesinados en la base naval de Trelew. A medida que lográbamos noticias, el número de muertos iba aumentando. Todos estábamos encaramados y tomados de los barrotes cruzados de la ventana de la celda. Había rostros enmudecidos. Otros lloraban con profundo dolor y rabia. A la noche se preparó un homenaje simultáneo en los seis pabellones ocupados por los presos políticos y sociales. Espontáneamente, cada uno relataba aspectos de la vida, las convicciones de los caídos, hasta completarlos a todos. Luego a mí se me concedió un honor proletario, como obrero, de hablar para despedir en el sentido físico a los diecinueve compañeros (para nosotros eran diecinueve). Tuve ese honor y grité que esa sangre iba a ser vengada por nuestro pueblo, que íbamos a seguir adelante, se gritó el nombre de cada uno y cada vez se respondía en forma vibrante y unánime, a voz en cuello: ¡Presente! ¡Hasta la victoria siempre!
[Agustín Tosco, *El Mundo*, 24 de agosto de 1973.]

Durante la madrugada del 22 de agosto, la dictadura anticipó un hecho de sangre en la base aeronaval, aunque no logró establecer una versión oficial. El primer cable de la agencia estatal Télam informó que "los extremistas" se habían apoderado de armas y ocuparon el despacho del capitán Sosa; la respuesta militar había provocado trece muertos y siete heridos. En forma inmediata se pidió a los abonados de la agencia que se anulara ese cable y se emitió otro que informaba que "quince extremistas ocuparon hoy", pero volvió anularse y se comenzó a transmitir uno más que indicaba: "Durante un fallido intento de fuga, quince delincuentes subvers…". También fue anulado.

Después del mediodía del 22 de agosto, el general Betti, a cargo de la "zona de emergencia", explicó que Pujadas le había arrebatado el arma a un jefe de turno durante un recorrido de control por las celdas y había

intentado huir con el militar como escudo humano. Tras él se había abalanzado el resto de los prisioneros hacia la salida, acción que desencadenó los disparos de los guardias.

Dos días después, el 24 de agosto, un oficial de la "zona de emergencia", el mayor Laroca, informó que los hechos se sucedieron durante una inspección de rutina, cuando los detenidos estaban formados en una sola hilera, y Pujadas le arrebató el arma a Sosa, y los guardias comenzaron a dispararles. Y los detenidos, "en vez de desplegarse o tirarse hacia el suelo, avanzaban hacia los militares que disparaban sus armas. Así fueron cayendo unos sobre otros, formando prácticamente una pila".

Un día después, el 25 de agosto, la Junta de Comandantes decidió ofrecer la versión oficial. Por decisión de Lanusse, su vocero fue el contralmirante Hermes Quijada, jefe del Estado Mayor Conjunto. Quijada le habló al país por radio y televisión. La información no difirió mucho de las otras versiones, sólo en algunos detalles. Adujo que, cuando los detenidos estaban formados en hilera, Pujadas tomó del cuello al jefe de turno que recorría el pasillo, le quitó el arma, tiró dos tiros que no dieron en el blanco pero fueron muy próximos a los guardias, y fue repelido junto al resto de los detenidos por acción de las armas.

En la sucesión de relatos, la dictadura no pudo ofrecer una versión verosímil de lo que había sucedido en la base aeronaval.

Los familiares de los fusilados intentaron organizar un velatorio colectivo para darles el último adiós. Pero la dictadura evitó esa posibilidad e indicó que los cadáveres serían entregados en el domicilio legal asentado en sus documentos, aun cuando sus padres se habían mudado o no vivían con ellos al momento de ser detenidos.

Después de un pedido del delegado Héctor Cámpora, el Partido Justicialista cedió su sede de la avenida La Plata para despedir los restos de María Angélica Sabelli, Eduardo Capello y Ana María Villarreal de

Santucho. Pero la dictadura no quería homenajes, actos ni procesiones. Dieron un ultimátum de una hora para que retirasen los cadáveres, y de nada valieron los amparos judiciales ni las razones humanitarias. El I Cuerpo de Ejército ordenó el retiro, y el comisario Alberto Villar, adjunto a la jefatura de la Policía Federal, cercó veinte manzanas del barrio con la brigada antiguerrillera e irrumpió con ciento veinte policías en motocicleta con lanzagases y ametralladoras, veinticinco patrulleros, la caballería montada, mil policías, perros, y el tanque Shortland, que golpeó contra la puerta de hierro, dio varios topetazos hasta abrirla y dio inicio a la represión, mientras la multitud, las miles de personas que se habían congregado para la ceremonia final, cantaba el himno argentino. "Vamos a sacar los cajones aunque tengamos que matarlos a todos", gritó un oficial. Fueron rociados con gases lacrimógenos, hubo golpes, corridas, decenas de detenidos, los caballos pisoteaban las ofrendas florales. Luego de dos horas de represión, el comisario Villar logró su objetivo: llevarse los cadáveres de los fusilados para ser enterrados en los cementerios de Boulogne y Chacarita.

* * *

La cárcel política se convirtió en un nuevo frente de batalla para Lanusse. Ya tenía varios: Perón, la guerrilla, las movilizaciones sociales, la reticencia de la dirigencia partidaria a ordenarse dentro del GAN y la propia interna castrense, que puertas adentro resistía la apertura electoral.

Después de los fusilamientos, la dictadura estableció un régimen penitenciario exclusivo para presos políticos, de "máxima seguridad", diferente del de los detenidos por delitos comunes. No tenía antecedentes en la historia penitenciaria argentina. Reforzó el aislamiento. Los detenidos permanecieron encerrados en celdas individuales veintitrés horas al día y

disponían de una para el recreo. Se los uniformó con un mameluco, se les prohibió cantar o elevar la voz, se les prohibió el acceso a diarios, libros y revistas y se restringió el contacto con visitas de familiares o defensores legales.

Las organizaciones de familiares denunciaron el "trato degradante", por la mala alimentación y las celdas heladas, y los efectos en la salud del régimen de "máxima peligrosidad".

Los detenidos protestaron con una huelga masiva en los penales de Rawson, Resistencia, Villa Urquiza, Devoto y el buque *Granaderos*, sólo utilizado para las declaraciones en la Cámara Federal. Los traslados continuaron.

Me llevaron de la cárcel del Chaco a Devoto, y a los diez días sucedieron los fusilamientos de Trelew. Se vivió como el orto. Cambió la seguridad. Las visitas se redujeron. No se podía ir a jugar al fútbol como antes. El trato no empeoró necesariamente, porque los guardias seguían siendo los mismos, pero las requisas fueron más rigurosas. Nos empezaron a sacar de los pabellones, a apretarnos. A algunos les pegaron. A mí no. Te interrogaban agentes de inteligencia, gente de Coordinación. Yo no tenía mucho que contar, era bastante "pichi". Pero había presos más pesados.

Después nos mandaron a Trelew, a la base aeronaval. Nos cagaron a piñas y a bastonazos. Éramos un montón. Todo un día a la intemperie, hasta que nos trasladaron a Rawson, pabellón siete u ocho. El penal estaba tomado por los militares. La reclusión era permanente. Se podía salir sólo al patio una hora. Un patio externo enorme. No había mucho clima. Se comía dentro de la celda. Un compañero preso pasaba el morfi por la ventana. Eso se manejaba por turnos. Los guardias no tenían más que abrir y cerrar puertas de acceso al pabellón. Si querías ir al baño, había que llamar a los gritos al compañero preso y te llevaba. A la ducha se iba de a

dos. Desde la celda se podía hablar con el tipo de enfrente, había una ventanita adelante. Se podía mover un poco la cama, usar las sábanas y colgarse. También se podía hablar con el preso de al lado, por un caño vacío junto a la cama, donde antes pasaban cables de luz. Se podía hablar. No era una cosa extraordinaria, pero se dialogaba. Aunque podía haber un infiltrado en el pabellón que se dedicara a escuchar.

Lo primero que se aprendía en la cárcel era a hablar con las manos. Se usaban espejos y se hablaba con la última celda. Jugábamos mucho al ajedrez con el espejo y las señas. Campeonatos infinitos. Las piezas se hacían de migas de pan, y el tablero lo dibujábamos en un pequeño espacio. Casi todos jugaban. También se usaba el papelito chiquito, la famosa "paloma", que se colocaba desde la ventana de arriba de la celda, se movía con hilos, y se iba pasando, hasta que llegaba a la celda que querías. Rawson se me hizo más pesado porque no había conflicto con los guardiacárceles. Conmigo estaban dos de los tres sobrevivientes de Trelew: Haidar y Camps. Uno de ellos me contó cómo se salvó, se quedó enterrado debajo de cadáveres, no se avivaron. Y cuando vinieron a levantarlos, lo encontraron herido. | Raúl Monsegur

De la cárcel de Córdoba fui a la de Resistencia y empezamos a trabajar en el "Documento verde" para expresar nuestra disidencia con Montoneros. Después, la conducción publicó media carilla diciendo que "la cárcel distorsiona la visión", una cosa así. En la cárcel del Chaco teníamos una diferencia brutal con el ERP. La cárcel para ellos era un territorio de lucha. Para nosotros, era arreglar con la yuta, charlarla, preguntarle por su familia, "te conseguimos esto", "te regalo un libro". El guardiacárcel en Resistencia nos traía carne, nos cocinaba. El ERP buscaba empeorar la situación. Nosotros, aliviarla. Un día pusieron guardias por todos lados y pedí hablar con el director. "Tengo una mala

noticia —me dijo—. Hubo un intento de fuga en Trelew…". Yo dije: "Los mataron". Ni siquiera nos habíamos enterado de la fuga de Rawson. Nos habían sacado la única radio que teníamos en una requisa. Volví al pabellón, informé, estábamos todos hechos mierda, con mucho odio. Querían encerrarnos en las celdas, pero les garantizamos que no haríamos problemas. Después nos trasladaron a Rawson y tratamos de armar una fuga en el avión. Un Hércules. Había conseguido una llave que permitía quitar las esposas. La idea fue hacerla circular, pasarla al compañero de al lado, para que la apertura de esposas llegara hasta donde estaban los cuatro tipos armados custodiando la cabina de pilotos, y ahí saltarles encima, desviar el avión e irnos a la mierda. Seríamos unos ochenta presos. Pero no se completó la ronda, faltaban unos quince cuando aterrizamos. Entramos a Rawson a los culatazos. Estaban locos, celdas individuales, cerradas, hicimos huelga de hambre por comida y visitas, diecisiete días. | Ignacio Vélez Carreras[3]

Había una gran cantidad de compañeros a los que ninguna circunstancia los volteaba. Estábamos muy fuertes anímicamente. Otros no. Yo tenía en dialogal a mi celda, en Rawson, a un compañero que se rompió la cabeza contra la pared por depresión. Físicamente, se rompió la cabeza. Lo llevaron sangrando al hospital. Pero la gran mayoría estaba fuerte. | Luis Losada

Un mes después de los fusilamientos, forzado por movilizaciones y hábeas corpus, el Poder Ejecutivo decidió la libertad de algunos de los obreros y dirigentes sindicales detenidos por el conflicto en FIAT, Sitrac-Sitram y la CGT cordobesa. Entre ellos estaban Tosco y los abogados Alfredo Curutchet y Martín Federico, detenidos cuando se disolvieron los

sindicatos clasistas de la automotriz. Sus denuncias sobre el sistema carcelario en Rawson trascendieron de inmediato.

> Dentro de la cárcel se asiste a un drama que parece ser extraído de las épocas más cavernícolas. Los prisioneros viven encerrados día y noche en ínfimas celdas de 1,80 por 2 metros. Los vejámenes de todo tipo son reiterados y van desde las formas de requisa corporal hasta comer en el suelo. La secuela de deterioros orgánicos, físicos y psíquicos, trastornos funcionales y debilitamiento general de la salud de los presos es impresionante e inevitable en estas circunstancias. Algunos médicos, psicólogos y psiquiátricos que excepcionalmente pudieron ingresar en el penal reconocieron que sólo una fuerza moral admirable ha impedido que la salud mental de la población de internos se alterara más gravemente. [Alfredo Curutchet y Martín Federico.]

A las mujeres prisioneras en la cárcel de Devoto sólo se les permitía salir de la celda dos horas por semana. Durante las visitas no podían tomar contacto físico con sus hijos y sus familiares. Decidieron una huelga de hambre. En un documento público expresaron:

> Hace tres meses que nos encontramos encerradas en celdas individuales, situación que se agrava cada día más al llegar el verano y se torna sofocante la atmósfera en las celdas, lo que se traduce en todo tipo de trastornos físicos y psíquicos que padecemos. Esto se agrava con los escasos recreos, que no llegan a más de dos horas semanales. Se añade una serie ilimitada de injusticias, como la sucesión interminable de sanciones arbitrarias, la deficiente atención médica, la censura exagerada en libros y revistas, la prohibición de tener calentadores y revistas, la demora en la entrega de nuestras correspondencias (más de quince días) y

el hecho de que se nos apague la luz a las 21:30 horas, lo que ocasiona un estado de insomnio permanente en la mayoría de nosotras, etc. Las medidas se extienden a nuestros familiares, a quienes se les prohíbe tener visitas de contacto con nosotras. Esto llega a extremos de crueldad sin límites en el caso de hijos, a quienes se les prohíbe un contacto directo con las madres, sucediéndose escenas dramáticas durante las visitas, lo que atenta contra la integridad psíquica de las criaturas. Como muestra de lo dicho queda el ejemplo de nuestra compañera Silvia Rutkovsky de Luna, internada en el Hospital del Penal, con claros síntomas de alteración mental, como consecuencia de sufrir el régimen descripto.
[Comunicado de presas políticas de Villa Devoto, 19 de diciembre de 1972.]

1 Los tres sobrevivientes: María Antonia Berger (30 años, FAR), licenciada en Sociología, detenida en noviembre de 1971; Alberto Miguel Camps (24 años, FAR), estudió Medicina, detenido en diciembre de 1970, y Ricardo René Haidar (28 años, Montoneros), estudió Ingeniería, detenido en febrero de 1972. Los fusilados: Carlos Heriberto Astudillo (28 años, FAR), estudió Medicina, detenido en 1970; Rubén Pedro Bonet (30 años, PRT-ERP), obrero industrial, detenido el 19 de abril de 1971; Eduardo Adolfo Capello (24 años, PRT-ERP), estudiante de Ciencias Económicas, detenido el 16 de septiembre de 1971; Mario Emilio Delfino (29 años, PRT), obrero industrial, detenido en 1970; Carlos Alberto del Rey (26 años, PRT-ERP), estudió Ingeniería, detenido el 27 de abril de 1971; Alfredo Elías Kohon (27 años, FAR), estudiante de Ingeniería y obrero industrial, detenido el 29 de diciembre de 1970; Clarisa Rosa Lea Place (24 años, PRT-ERP), estudió Abogacía, detenida el 28 de enero de 1972; Susana Graciela Lesgart (22 años, Montoneros), estudió Magisterio, detenida en diciembre de 1971; José Ricardo Mena (20 años, PRT-ERP), obrero industrial y de la construcción, detenido en diciembre de 1970; Miguel Ángel Polti (٢١ años, PRT-ERP), estudió Medicina e Ingeniería, detenido a

mediados de 1971; Mariano Pujadas (24 años, Montoneros), estudió Agronomía, encarcelado en Rawson desde 1971; María Angélica Sabelli (23 años, FAR), estudió Matemáticas, detenida en 1972; Humberto Segundo Suárez (23 años, PRT-ERP), campesino y obrero de la construcción, detenido en marzo de 1971; Humberto Adrián Toschi (26 años, PRT-ERP), empleado y luego obrero industrial, detenido el 30 de agosto de 1971; Jorge Alejandro Ulla (28 años, PRT-ERP), maestro y luego obrero industrial, detenido el 30 de agosto de 1971, y Ana María Villarreal de Santucho (36 años, PRT-ERP), docente, detenida en 1971.

2 Lewinger, hijo de sobrevivientes del genocidio judío en la Segunda Guerra Mundial, después de la fuga tomó la ruta provincial 11 con la intención de cruzar la meseta patagónica y llegar a Bariloche. En un desvío de tierra, un charco congelado le arruinó el carburador de la camioneta. No pudo volver a encender el vehículo. Por la noche encontró reparo en un puesto de campo y caminó hasta Gan Gan en busca de un colectivo que lo llevara a Bariloche. Fue a una tienda para comprar un pantalón y a la salida un policía lo apuntó con una ametralladora y lo detuvo. González Langarica fue detenido en una chacra del valle de Río Negro. Lo subieron a un helicóptero y lo lanzaron al aire atado de una soga, para que revelara sus contactos en la organización. No lo hizo. Fue trasladado al penal de Rawson.

3 A mediados de 1972, Vélez Carreras, Rodeiro, Losada y otros montoneros de Córdoba, con militantes del grupo que lideró Sabino Navarro antes de su muerte, conformaron la columna “Sabino Navarro” o “Los Sabinos”, en crítica a la prevalencia del militarismo como metodología de lucha específica, por encima de la práctica política de la organización guerrillera. La conducción montonera expulsó a todos los militantes que habían adherido al “documento de los presos”. Fue la primera escisión.

Capítulo 13

Perón regresa a la Argentina después de 17 años de exilio. Cámpora, candidato a Presidente. La estadía de los guerrilleros fugados en Cuba: la guerra silenciosa. Las FAL secuestran al jefe del Departamento de Psiquiatría del penal de Villa Devoto para denunciar el régimen de "máxima seguridad".

El Gallego [Fernández Palmeiro] estaba muy enojado. Un día lo tuve que parar porque casi lo caga a trompadas al Negro [Santucho]. El Gallego vivía en departamento, andaba de traje, comía en restaurantes, decía que así se hacía en Buenos Aires. Él tenía su cobertura. Y el Negro le dijo que ésa era una concepción pequeñoburguesa. En ese momento, estábamos comiendo, empezaron a levantarse la voz, el Gallego lo putea al Negro y se para a pegarle.

ALEJANDRO FERREYRA

Perón no regresó al país.

Después de los fusilamientos, la cláusula de residencia del 25 de agosto perdió importancia. Los fusilamientos también condenaron de muerte al GAN. Los partidos políticos —que firmaron el documento partidario "La

Hora de los Pueblos" para exigir elecciones inmediatas y sin exclusiones— no aceptaron sumarse al plan electoral oficialista. La guerrilla había quedado en el centro de la escena. Sin fecha electoral precisa, la violencia armada empezó a avizorarse como una opción legítima frente a la dictadura militar.

Después de los fusilamientos en Trelew, con la percepción de que el país marchaba hacia un enfrentamiento violento, Perón buscó un entendimiento con las Fuerzas Armadas. Propuso un programa de diez puntos en el que corría a un costado la centralidad de la guerrilla, frente a la posibilidad de que terminara por convertirse en un factor único y decisivo para su retorno.[1]

Lanusse no dio respuesta inmediata a la iniciativa de Perón. Y la demora oficial acercaba a Perón a dar cada vez con menos eufemismos su aval a la violencia armada.

> La juventud, que como ocurre en todos lados reacciona violentamente, ha comenzado hace poco una guerra revolucionaria, como la llaman ahora, con acciones de naturaleza diversa. La violencia del pueblo la provoca la violencia del gobierno. Estos hechos [en referencia a la masacre de Trelew] no favorecen ciertamente a la pacificación a que todos aspiramos, sino que nos impelen precisamente hacia una guerra civil. En nuestro país, dado que el gobierno militar ha actuado de modo particularmente violento, todos los grupos de oposición, exasperados, han hecho frente común, creando organizaciones armadas y hasta terroristas con el objeto de defenderse.
> [Declaraciones de Perón en la televisora RAI y el periódico *Il Resto del Carlino*, 14 y 21 de octubre de 1972, respectivamente.]

Lanusse no tenía claro si Perón quería volver al país o si con el rechazo militar al pacto de los diez puntos buscaba justificar su decisión de quedarse

en Madrid. Como fuese, Lanusse rechazó la propuesta. Afirmó que Perón no podría ser candidato por haber incumplido la cláusula de residencia, mantuvo el sistema electoral de segunda vuelta y rechazó una futura amnistía para presos políticos. Incluso anticipó que, en el futuro gobierno civil, la guerrilla debía ser reprimida por las Fuerzas Armadas.

* * *

En octubre de 1972, el delegado Héctor Cámpora inició una campaña de movilización por el regreso de Perón: el "operativo retorno". El delegado, cada vez que se presentaba en pueblos y ciudades de provincia, reunía a tres mil o cuatro mil personas. La JP lo acompañaba en los actos con la consigna "Cámpora presidente, libertad a los combatientes". Montoneros ya dominaba internamente los frentes juveniles de la militancia, y el delegado comenzó a sentirse más comprometido con el reclamo por los presos políticos.

El 17 de noviembre de 1972 Perón regresó al país después de diecisiete años. Apenas pisó tierra fue alojado en el Hotel Internacional de Ezeiza. Lanusse lo mantuvo cautivo hasta que aceptara un encuentro con él en la Casa Rosada para "garantizar la transición democrática". Perón rechazó la invitación. No quería que, tras la proscripción y el exilio, su regreso quedara marcado por un apretón de manos con el dictador. Podría interpretarse como una capitulación.[2]

Perón era el único proscripto en las primeras elecciones sin proscripciones de los últimos veinte años. En los meses anteriores había mantenido en carrera a dos candidatos. Uno era Antonio Cafiero. Su ex secretario de Comercio era apoyado por el sindicalismo peronista, que podía arrastrar el voto de los trabajadores y de la clase media moderada. Entre sus debilidades, se especulaba que podía dar imagen de candidato

“acuerdista” con la dictadura. A Perón no le resultaba confiable su autonomía política. El otro potencial candidato era Héctor Cámpora. Perón imaginaba que sería leal y obsecuente a sus directivas, pero estas virtudes personales podían deteriorar la imagen de su autoridad política. Cámpora carecía de apoyo en los gremios tradicionales peronistas —directamente lo rechazaban—, pero su respaldo en la izquierda del Movimiento, la Tendencia Revolucionaria Peronista, era unánime. La Tendencia entendía que el país marchaba hacia el “socialismo nacional”.[3]

En los apoyos de las dos candidaturas ya se filtraba el enfrentamiento entre la ortodoxia peronista y la Tendencia, relacionada con Montoneros. El delegado no tenía proyección como líder autónomo de Perón —un potencial más definido en Cafiero—, pero su candidatura implicaba que la Tendencia sería la protagonista en la campaña electoral y, eventualmente, en su probable gestión presidencial.

Perón entreveía esta posibilidad como un riesgo a futuro, pero confiaba en sublimarla balanceando las líneas internas del Movimiento. Creía que su aparente comunión con las “formaciones especiales” era una táctica útil y controlable frente a las elecciones del 11 de marzo de 1973. Para Perón, Cámpora podría cumplir dos roles: llevar al peronismo a la victoria y expresar, todas las veces que fuese necesario, que su victoria le correspondía a él.[4]

Un día antes de irse del país, el 13 de diciembre de 1972, Perón le anticipó a Abal Medina su inclinación por Cámpora. Y propuso que lo nominara, en su nombre, en el Congreso Justicialista que sesionaría dos días después. La noticia impactó en el corazón gremial.[5]

* * *

En el último trimestre de 1972, el grupo de guerrilleros que había escapado de Rawson preparaba su regreso al país. En la isla no se saldaron las discrepancias entre el jefe del PRT-ERP, Santucho (el Negro), y el grupo de apoyo externo. Santucho quería sancionar en particular a Víctor José Fernández Palmeiro (el Gallego), que había objetado sus órdenes en cartas que entraban y salían de la cárcel. Santucho no encontró un ambiente adecuado para la sanción mientras convivían junto al resto de los guerrilleros en la casa, como anfitriones del Estado cubano.

La bronca venía de la discusión previa, por el enojo del Negro con las vacilaciones que habíamos tenido la gente de afuera [apoyo externo]. En Cuba no había una pelea abierta, pero era silenciosa. Estábamos ahí. El Gallego rumiaba. Él me había dicho mientras planificábamos la fuga y me lo repitió en Cuba: "Lucas, vos sos muy ingenuo. A mí ya me ha pasado (porque él venía del PC). Si esto sale mal, van a buscar el chivo expiatorio, van a elegir a los más débiles, y somos nosotros. Ellos son la dirección. Se van a quedar con el arrojo de que salieron y son unos héroes totales que agarraron el avión y se fueron a la mierda. Pero nosotros, que hemos hecho de todo, que recorrimos miles de kilómetros, que no hemos dormido, a vos te han sacado de la familia…". Porque en un momento, dos meses antes de la fuga, desde la cárcel nos habían planteado que dejáramos nuestros equipos, a nuestra gente, cortar los contactos, por si nos agarraban. Yo quedé en la calle, sin mi compañera ni mi hija, solo. No tenía ni dónde dormir. Me fui al sur con una camperita chota y una camisa. El Gallego se enculó con esa decisión. No estuvo de acuerdo. Se sintió verdugueado: "¿Qué piensan, que con dos trompadas vamos a hablar nosotros?". Él no entregó sus equipos. "Que me chupen un huevo." Y a mí, que había quedado en bolas, me dejó el contacto de un simpatizante que tenía un bar, para que le pidiera lo que necesitara.

Entonces, el buró político le criticó la desobediencia al grupo de apoyo externo, que tendríamos haber hecho las cosas más rápido y no discutir con papelitos que iban y venían. Afuera, nosotros estábamos haciendo cosas, acciones. Pero adentro, el tiempo es otro. La respuesta llegaba en un papelito quince o veinte días después. Más allá del subjetivismo de la cárcel, la hipersensibilidad, también ahí había una carga. Al Colorado Marcos lo sancionaron por cinco años, quedó fuera del partido. Al Gallego también iban a sancionarlo. Ya se lo veía venir.

El Gallego estaba muy enojado. Un día lo tuve que parar porque casi lo caga a trompadas al Negro. Hubo una discusión sobre las "casas operativas". Nosotros en Córdoba vivíamos en casas, y el Gallego vivía en departamento, andaba de traje, comía en restaurantes. El Gallego decía que así se hacía en Buenos Aires, que era imposible otra cosa. Él tenía su cobertura. Y el Negro le dijo que ésa era una concepción pequeñoburguesa. En ese momento, estábamos comiendo, empezaron a levantarse la voz, el Gallego lo putea al Negro y se para a pegarle. Yo intercedo ahí: "Quedate piola". Era fuerte el Gallego, decidido, hacía karate. No tenía ningún problema en discutir y pelearlo. No lo quería a Santucho. Era la pelea del interior contra Buenos Aires. El santiagueño con el porteño. Santucho tampoco era muy tolerante a la discusión. Yo le expliqué al Negro que en Buenos Aires vivir en un departamento tampoco estaba mal. Pero la cosa era irreconciliable. También hay que tener en cuenta que había muerto la compañera del Negro, estaba mudo, no decía nada, y había muerto la de Vaca Narvaja, y que en la base lo habían matado a [Eduardo] Capello, el amigo del alma del Gallego. El Gallego estaba ciego con la muerte de Capello. Eso hacía difícil todo. Además había una discusión política pendiente, que se postergó para Buenos Aires.

En la casa había mucha actividad, nos levantábamos temprano, hacíamos gimnasia, cenábamos juntos. El Gallego pidió ir a entrenar con

la gente de Tropas Especiales [de los cubanos], entrenaba todos los días, tiraban tiros, planificaban acciones. Y ahí el Gallego decidió matar a [Hermes] Quijada. Un día vino y me dijo: "Yo lo voy a matar". | Alejandro Ferreyra

Los jefes de las organizaciones armadas y los del apoyo externo de la fuga regresarían por separado. Algunos por Foz do Iguaçu, otros por Chile. Santucho regresó en noviembre de 1972 para el plenario del Comité Central Ampliado del PRT-ERP, que debatiría sobre la futura conformación de sus miembros, la actuación en la fuga de Rawson, la línea político-militar y la coyuntura electoral, en la que el partido debía definir una posición. Fernández Palmeiro llegó después, aparentemente por la demora en la confección de su documento. No participó de los debates.

Para el Gallego y los compañeros que estábamos acá [en Buenos Aires], operando todos los días para morir al pedo, fue la última chispa. El Gallego quería debatir la política del partido, la seguridad de los compañeros, la construcción de cuadros. Entre la realidad y el planteo de "guerra popular y prolongada" había una diferencia astronómica. En ese momento ya empezaba la discusión del "todo o nada" de Santucho. Antes de que el Gallego volviera, había llegado Gorriarán para disciplinar la discusión. Vino a pudrirla. Que no se abrieran listas de debate, no hubo congreso, nada. A los que pedimos discutir para dónde iba la cosa, nos pidieron que entregáramos los documentos, el dinero y las armas que teníamos. Además, se usaba mucho el terrorismo ideológico. Si se hacía algún tipo de cuestionamiento, decían: "Cuestionás porque pasaste por la universidad, sos un pequeñoburgués, tenés miedo de clase". Cualquier tipo que tuviera origen proletario era considerado un iluminado. Eso era una constante. Y también pesaba el culto a la personalidad. Como todo

argumento decían: "Santucho dijo…". "¿Y a mí qué me importa lo que dijo Santucho? Si yo discuto a Lenin, ¿cómo no voy a discutir a Santucho?" Ahí se empezó a poner un poco espeso el caldo de gato. | Raúl Argemí

Ese verano de 1973, el PRT-ERP, por primera vez después de la partida del "morenismo", sufrió las escisiones internas de dos grupos. Uno de ellos lo lideró Fernández Palmeiro.

* * *

El jueves 11 de enero de 1973, la columna "América en Armas" de las FAL junto al Grupo Obrero Revolucionario secuestró al jefe del servicio de Psiquiatría de la cárcel de Villa Devoto, Hugo Norberto D'Aquila, para que diera testimonio sobre las condiciones carcelarias de los presos políticos. El médico fue sacado de su casa de Lanús, donde vivía con su mujer y sus suegros. En ese momento estaba atendiendo a un paciente, al que encerraron en el sótano, junto a la familia de D'Aquila. Una camioneta que ingresó en el garage de su casa se lo llevó amordazado. Esa misma noche, los secuestradores hicieron conocer una carta en la que el médico avisaba que se encontraba bien.[6]

Las FAL querían que de la propia confesión del jefe de Psiquiatría del penal de Villa Devoto se conocieran las consecuencias que producía el régimen de "máxima seguridad". No pidieron rescate. Les interesaba transmitir el mensaje y generar conmoción política. Para difundirlo, publicaron los interrogatorios durante su secuestro en el libro *Máxima seguridad*, de 95 páginas, que circuló de manera restringida en ámbitos de grupos armados. Extracto:

FAL: ¿Qué distinción existe entre presos comunes y de “máxima peligrosidad”?

D’Aquila: Cuando nosotros entramos no había presos políticos, después se produjo esta situación. En Devoto debe haber 2.400 o 2.500. El 10% está en tratamiento psiquiátrico. En verano aumenta el pedido de atención psiquiátrica. En este momento, de los políticos hay diez. Hay un factor depresivo, ansioso, de estar encarcelado.

—¿Ningún preso común está bajo el régimen de “máxima peligrosidad”?

—No.

—¿Cómo explica eso?

—No tiene explicación desde el punto de vista profesional, sino por las condiciones dadas, por un sistema diferente. Nosotros no tenemos nada que ver. No tenemos injerencia, no depende de nosotros.

—¿Qué ideología política tiene usted?

—Creo en el gobierno del pueblo, no estoy afiliado a ningún partido en especial. Estoy a la expectativa de lo que puede pasar si realmente hay elecciones. Pero ideología política definida no, es decir, soy democrático, lo que pasa es que habría que hablar tres horas para…

—Las tenemos.

—…

—¿Qué cuadros clínicos se presentan más comúnmente en la cárcel?

—Las reacciones ansiosas depresivas, se ven cuadros de todo tipo, y cuando hay un cuadro de alienación se lo traslada al Borda, donde hay un pabellón especial de Penales.

—¿Cuál es la influencia que ejerce sobre un ser humano el hecho de disponer de una hora semanal de recreo para moverse físicamente o tomar aire?

—Hay una propensión a producir reacciones ansiosas y depresivas por el hecho de estar encerrados mucho tiempo. El recreo y la actividad laboral

son los pilares que ayudan. Nosotros los hemos pedido. No depende de nosotros. Debería haber un régimen más elástico, pero no tenemos relación con la parte de seguridad. Lo único que podemos hacer es elevar notas y atender a los enfermos.

—¿Usted sabe si en las torturas o en los interrogatorios se aplican drogas?

—La experiencia que yo tengo de gente así, que ha sido torturada, es por manifestación de ellos cuando son entrevistados. Yo no he visto que los torturen, por lo menos en Devoto. Lo único que he sabido es que manifiestan haber sido torturados antes.

—¿Qué relación establece entre ideología política y el régimen de "máxima peligrosidad"? ¿Cómo lo relacionaría con los cuadros clínicos que aparecen?

—No creo que haya que vincular el cuadro médico con la ideología política. Pienso que hay que relacionarlo con personalidades; trastornos de personalidad yo he visto en gente de todos los estratos sociales.

[…]

—¿Sabe por qué está acá?

—De acuerdo con las explicaciones que me dieron, es para hacerme un interrogatorio acerca de las condiciones psíquicas de los detenidos en Devoto.

—¿Piensa que es solamente por esa razón?

—Sí, desde mi posición profesional, no veo otro motivo.

—¿Usted piensa que como jefe de Psiquiatría del Instituto de Devoto simplemente cumple un cargo técnico?

—En Devoto, yo cumplo un cargo médico, que sea jefe pienso que es circunstancial. He dirigido servicios fuera de Devoto. No me siento militar ni soy militar.

—Usted dijo que la depresión y la ansiedad que aparecen al entrar en la cárcel se producen por la adaptación a una forma de vida distinta. ¿No cree que es una forma ligera de analizar la pérdida de libertad, las torturas, el régimen de "máxima peligrosidad"?

—Me referí al cambio de adaptación en general de los detenidos comunes. Ahora, en el caso de los políticos, por supuesto, entran otros factores.

—¿Cuáles?

—Casi todos han alegado períodos de detención largos, sin pasar por un régimen penitenciario sino por otros organismos de seguridad, y en general manifiestan que han sido torturados. Ya es un factor distinto del de los delincuentes comunes. Y dado el régimen en que están, pienso que además pueden influir las otras carencias, por ejemplo las visitas, el régimen de recreos, el hecho de estar en celdas individuales.

—En su caso, ¿cree que tendría problemas si lo mantuviéramos encerrado durante un período largo?

—Desde ya, y yo lo estoy comprobando prácticamente, y por eso estaba tan seguro al decirlo, de que trae problemas. Ahora hay personas que lo resisten mejor que otras, como en cualquier situación de la vida. Eso no quiere decir que no sea desagradable.

—¿Usted cómo lo resistiría?

—No sé… porque no estuve tanto tiempo… pienso que me traería problemas, desde ya me trae problemas.

—¿Qué problemas le traería a usted? Como psiquiatra se debe conocer.

—Pienso que la reacción sería similar a la que tiene cualquier sujeto en esas circunstancias. Lo primero que se produce es la reacción ansiosa depresiva, el hecho de haber perdido la libertad, de estar en un ambiente desconocido, de no ver a los familiares, de por sí trae una sensación de tristeza, ahora la angustia. En el caso mío, que soy alérgico, ya que

estamos hablando de mí, me han salido algunas ronchitas, eso evidentemente es un índice de somatización. A otras personas les puede doler el estómago o tener sensaciones de ahogo, palpitaciones.

—¿Está triste? ¿Está ansioso?

—Por supuesto. La ansiedad se manifiesta más en qué puede desembocar la situación. Uno no puede evitar pensar en eso.

—Quiere decir que estando un día y medio encerrado, habiendo sido tratado correctamente, con comidas adecuadas y material de lectura, ya le han aparecido síntomas.

—Indudablemente.

—Usted sabe de las torturas, pero no dice nada porque está fuera de su jurisdicción; considera perjudicial el régimen de "máxima peligrosidad" y ha comprobado sus resultados, pero considera que cuatro meses es poco tiempo para que las notas elevadas a las vías jerárquicas lleguen a destino y encuentren respuesta. ¿No le parece que está conviviendo y avalando toda esta situación?

—No, yo no la avalo de ninguna manera. Yo actúo en el penal como en mi consultorio, tratando de ayudar.

—¿Cuál es su opinión sobre el régimen de "máxima peligrosidad", que es aplicado a los presos políticos y no a los criminales?

—Ya explicité que no estoy de acuerdo con el régimen y que eso traía trastornos psíquicos.

—¿Qué condiciones hay que tener para conocer las torturas, estar en desacuerdo, no hacer nada porque no es su jurisdicción y limitarse a llevar notas internas ante el terrible régimen a que son sometidos los presos políticos?

—Yo he visto cosas muy desagradables, pero no sólo en Devoto, las he visto en hospitales nacionales. En todos los casos he protestado dentro de lo que me dice la conciencia. Tengo la conciencia tranquila de acuerdo a

cómo he actuado. En Devoto hemos pedido que se modifique el régimen de "máxima peligrosidad". Lo han pedido los médicos del hospital penitenciario, los sacerdotes que están en Devoto.

—Doctor, la opinión pública no sabe lo que opina usted. Quizás ahora, con su detención, lo sepan. Pero hasta ahora no lo supo.

—Cada uno conversa con gente que está en su ámbito.

—Doctor, me parece que usted tiene una responsabilidad que asumir.

—Pienso que en determinado momento saldrá también a la opinión pública. Lo que pasa es que éste es un hecho reciente.

—Doctor, ¿cuánto va a esperar para dar su opinión pública? ¿Hasta que los presos mueran o enloquezcan? Ha habido casos de presos que han enloquecido. ¿Va a esperar más casos para denunciarlo?

—No ha habido un aumento notable que a mí me fuerce a tomar una determinación así, urgente, respecto de lo que yo veo siempre. No ha habido un aumento masivo.

—¿Qué opina de los hechos de Trelew?

—Puedo opinar de lo que leí, de otra cosa no puedo hablar. Sé lo que pasó.

—¿Qué es lo que pasó?

—Sé la versión oficial y la versión de la otra parte. Ahora lo que pasó, no lo puedo saber.

—¿Piensa que hubo un intento de fuga?

—No sé si realmente hubo un intento de fuga o no.

—¿Leyó las declaraciones de los tres sobrevivientes?

—Sí.

—¿Qué opina?

—Ellos dan la versión de ellos.

—¿Cuál es la verdadera?

—No me pida la opinión porque no se la voy a dar. Yo no sé realmente qué pasó. Usted quiere que tome partido, no tengo los elementos de juicio para tomarlo.

—¿Qué opina usted de la existencia del guerrillero?

—Yo no estoy de acuerdo con las condiciones del país. Así que nadie duda de que existan guerrilleros, si existen es un hecho incontrovertible. Yo no le voy a dar mi opinión. No lo niego como hecho. Ahora, yo no comparto la idea de la violencia, por ejemplo.

—¿En qué está de acuerdo y en qué está en desacuerdo con los guerrilleros?

—A mí me parece muy bien que cada uno defienda la posición. Sobre todo si está más en la vertiente política, así como yo defiendo mis cosas en la vertiente médica. Lo que yo creo que no está bien es emplear la fuerza, por ninguna de las dos partes. Que nadie emplee la fuerza. Puede ser que esté equivocado y no haya otros métodos. Eso es una cuestión de tiempo. El tiempo dará la razón, evidentemente, pero ésa es mi idea.

—¿Y con respecto a nuestros objetivos? Nosotros luchamos por un gobierno obrero, popular. Queremos una sociedad socialista.

—En ese sentido, yo soy muy amplio y pienso que cada uno tiene derecho a tener sus ideales.

—No. Le estoy preguntando qué piensa de nuestros objetivos.

—Si el tiempo les da la razón y hacen un gobierno popular, no veo ningún inconveniente en aceptar. Lo que quiero es ver esa práctica, no sé si será demasiado.

—Usted dice que ha cursado muchas notas, que ha pedido la modificación del régimen de "máxima peligrosidad", que muchos médicos están de acuerdo con usted. Sin embargo, lo que se está moviendo alrededor de los presos políticos para modificar sus actuales

condiciones ha sido hecho por otros medios, que no son los suyos. Ha sido realizado a través de la movilización, la denuncia pública.

—Perfecto. Porque están en condiciones de hacerlo y tienen que seguir. No sé cuál de las dos tendrá más importancia. Supongo que las dos tienen importancia.

—Su detención e interrogatorio también van a tener mucha importancia.

—Espero. Ojalá. Lo que yo pueda contribuir y he contribuido, macanudo. Hay cosas que escapan, que yo no las puedo modificar.

—¿Qué tipo de torturas vio en sus pacientes?

—Tipo de torturas, las que relatan son golpes o picana. No he visto ningún caso de tortura específica que salga de lo común dentro de esos casos.

—¿Dónde los picaneraron?

—La mayoría me ha dicho por todo el cuerpo.[7]

1 Los diez puntos formulados por Perón establecían una agenda de consenso entre partidos políticos y Fuerzas Armadas, obreros y empresarios, y aceptaba la inclusión de militares en el futuro gobierno civil. Sobre la amnistía a los presos políticos, indicaba que se obraría "de acuerdo a la Constitución Nacional". Aun en la ambigüedad, se presumía que serían liberados por ley parlamentaria. También vetaba la cláusula de residencia —es decir, permitía la candidatura de Perón— y obligaba a la renuncia del ministro del Interior, Mor Roig, para evitar "parcialismos partidistas". Perón tenía particular aversión hacia él. Mor Roig había sido el "cerebro" de la cláusula de residencia y del sistema electoral con "segunda vuelta". Los militares tenían expectativas de un probable triunfo de Ricardo Balbín (UCR) en el balotaje.

2 Según los militares, Perón no estaba detenido en Ezeiza, pero no le permitían salir del aeropuerto porque "no estaba garantizada su seguridad". Los dirigentes justicialistas denunciaron que Perón era "otro preso político": "Está preso en la celda 113". La

movilización peronista tampoco pudo acercarse a su líder. El Ejército había bloqueado los accesos. En un momento de la madrugada, Perón salió de la habitación y encaró hacia el pasillo, rodeado de colaboradores y cámaras de televisión. Un comisario de custodia le apuntó al pecho: "De aquí, no sale nadie. No me obligue", le dijo. A las seis de la mañana del 18 de noviembre, Lanusse autorizó su salida del hotel. Perón se alojó en la casa de la calle Gaspar Campos, en Vicente López. Durante los veintisiete días de su estadía, se reunió con dirigentes partidarios, sacerdotes tercermundistas, gremialistas y jefes de organizaciones armadas peronistas. Se vio con el jefe montonero Mario Firmenich por primera vez, cara a cara.

3 Esta caracterización quedaría inscripta en la plataforma electoral del PJ, apenas aprobada, que identificaba al Movimiento Justicialista de base socialista nacional, en cuanto "encarna la idiosincrasia propia y los valores intrínsecos de la comunidad a la que interpreta ideológica y políticamente".

4 Un gesto de Perón, leído en esa aparente comunión con las "formaciones especiales", fue la designación como secretario general del Movimiento Justicialista de Juan Manuel Abal Medina, hermano de Fernando, caído en William Morris en 1970. La JP lo festejó en cada acto en que se presentaba: "Abal Medina, la sangre de tu hermano es fusil en la Argentina". Abal Medina también tenía la misión de integrar al sindicalismo ortodoxo en la estrategia electoral.

5 El jefe de la CGT, José Rucci, había conversado con Perón en Vicente López por la mañana del 13 de diciembre y percibió que se había decidido por Cafiero. "No es un mal candidato", acotó Perón. El Congreso partidario ratificó a Cámpora para la Presidencia. Cualquier reclamo resultaba ocioso. Perón ya no estaba en el país. Había vuelto a Madrid.

6 D'Aquila tenía 34 años. En 1967 había participado en las elecciones de Racing Club como candidato a la vicepresidencia, con Fernando Menéndez Behety para la presidencia. Alternaba su trabajo del penal de Devoto con la atención particular en un consultorio de Capital Federal.

7 El sábado 13 de enero de 1973, en las últimas horas de la noche, el jefe del Departamento de Psiquiatría del penal de Villa Devoto, Hugo Norberto D'Aquila, fue liberado en el barrio de Liniers, Capital Federal.

Capítulo 14

Las Fuerzas Armadas y el temor a un peronismo "descontrolado". 11 de marzo de 1973: Cámpora, la victoria. Los primeros tropiezos de Perón con la izquierda peronista. PRT-ERP, disidencias internas en torno del voto popular. Transición violenta: la guerrilla no guarda las armas.

Perón tenía, a mi juicio, la imagen vieja de la Argentina. Veinte años provocan una distorsión enorme de cómo está el país. Él creía que volvía y todo se tranquilizaba. No tengo la experiencia del "Perón seductor", sino la del Perón mañero, complicado. Lo que le reclamábamos era que fuera claro. Que dijera: "Acepto ser presidente".

ESTEBAN RIGHI, ministro del Interior del gobierno de Cámpora

En enero de 1973, el peronismo lanzó su campaña para las elecciones del 11 de marzo. Tenía dos ejes: la creación de la imagen de Cámpora como garantía de la lealtad a Perón —representada por el eslogan "Cámpora al gobierno, Perón al poder"— y la búsqueda de un escenario de confrontación con las Fuerzas Armadas.

Si en 1946 se votaba contra el ex embajador Spruille Braden —"Braden o Perón" —, en 1973 se votaba contra la dictadura. El peronismo no mencionaba al candidato radical Ricardo Balbín.[1]

Montoneros se sumergió en la Juventud Peronista, y la JP en la Tendencia Revolucionaria. El amplio magma de la izquierda peronista le permitía a Cámpora no avalar en forma expresa la lucha armada ni a Montoneros, pero en sus discursos por la "liberación nacional" incluía a "los mártires" que habían caído en la "lucha por el retorno de Perón" y a los fusilados de Trelew. La respuesta era inmediata: "El Tío presidente, libertad a los combatientes".

Ese verano las Fuerzas Armadas volvieron a enfrentar los fantasmas no resueltos de los últimos diecisiete años: ¿qué hacer con el peronismo? La salida electoral no deparó el resultado político que esperaban. El GAN había fracasado en su voluntad de reunir a Perón y a los partidos en un acuerdo que condicionara al futuro gobierno, y de la cosecha oficialista sólo surgió una minúscula agrupación con la candidatura del brigadier Ezequiel Martínez, secretario de la Junta de Comandantes, en alianza con partidos regionales.

El temor de las Fuerzas Armadas, acostumbradas al dominio del poder político, como tutores o en su pleno ejercicio, era la posibilidad de un "salto al vacío" del peronismo, empujado por sus tendencias revolucionarias internas, que se volviera incontrolable.

Para impedir el triunfo del FREJULI, Lanusse trabajó con los altos mandos la posibilidad de suspender la elección presidencial y reemplazarla con sufragios escalonados en municipios y provincias. Después descartaron la idea: podría desencadenar un enfrentamiento violento que daría aun más legitimidad a la guerrilla. Otra de las alternativas fue la proscripción del FREJULI, acusado de apoyar "la subversión", sobre la base de las opiniones publicadas de algunos de sus dirigentes. Esa alternativa se

mantuvo latente hasta pocas semanas antes de las elecciones. Frente a la incertidumbre que le deparaba el 11 de marzo, Lanusse decidió impedir la posibilidad de que Perón participara en el acto final de campaña de Cámpora: con un decreto le prohibió su retorno antes de las elecciones.[2]

El 18 de febrero de 1973, el PRT-ERP tomó por primera vez un cuartel militar, como acto de propaganda y para paliar su falta de armamentos. Los había ido perdiendo en los últimos meses por las caídas y por la gestación de dos facciones internas que, para consumar la ruptura, "expropiaban" los fusiles del partido.[3]

Aunque el acuerdo del GAN no se había consumado, y el PRT-ERP siguió denunciando la "farsa electoral" promovida por los "políticos burgueses", el debate sobre qué hacer frente al 11 de marzo movilizó a su militancia. La resolución del Comité Central ampliado, reunido a fines de 1972, había estirado una definición mientras aprovechaba el tiempo de política legal y pública en la campaña. Se decidió la conformación de "comités de bases" en barrios de la Capital Federal y el conurbano bonaerense para ampliar y profundizar la relación con las masas. El escollo que se reveló, en ese contacto, fue la persistencia de la popularidad del peronismo.

Los sectores más activos en los barrios eran peronistas. Entonces, los que militábamos en el ERP decíamos: "Hoy tenemos enfrente a la dictadura y estamos en el mismo palo. Discutamos el peronismo después". Tuvimos un crecimiento brutal, abrimos comités de base en el Bajo Flores, en un montón de barrios. Sabían que no éramos peronistas, pero nosotros no cuestionábamos a los peronistas que se acercaban. Pero Santucho no lo aceptaba. Decía que, para trabajar con los peronistas, primero tenían que reconocer que Perón era contrarrevolucionario. Entonces, ¿desde dónde comprendés al peronismo? ¿Lo calificás como bonapartista y decís: "Perón

es un traidor y hay que cagarse en el peronismo y la gente del barrio"? ¿O lo reconocés como gente de tu mismo campo y dejás para mañana otras discusiones? Santucho llegó a decirle a Fidel Castro que Cámpora no iba a ganar las elecciones, y los cubanos no comían vidrio. Se dieron cuenta de que estaba meando fuera del tarro. Ésa fue centralmente la discusión política en el partido, aunque internamente no había discusión política. Creo que las organizaciones políticas que devienen en armadas terminan "verticalizando" la política. | Raúl Argemí

La posibilidad de abrir espacios de legalidad no varió la tendencia militarista interna del PRT-ERP; finalmente, se decidió el "voto en blanco". Entendían que las masas peronistas estaban influidas por la "ideología burguesa" y temieron que el 11 de marzo fuera el paso hacia la "estabilización del capitalismo burgués", estimulada por la inversión extranjera. "Los militantes peronistas al hacer uso de la violencia están utilizando el método más revolucionario posible, pero en función de un objetivo que no tiene nada de revolucionario, como es la vuelta de Perón y la reconstitución de su gobierno burgués que intente la conciliación de clases", se explicó en un documento del PRT-ERP.[4]

La posición frente al voto popular fue la desencadenante de dos rupturas que se mantenían latentes hacía meses. Una fue la de "Fracción Roja", un grupo de La Plata que se afirmó en su trotskismo original y se separó en febrero de 1973.[5]

La otra disidencia fue la del ERP "22 de Agosto", encabezada por Fernández Palmeiro y Jorge Bellomo, que formaba parte de la Regional Buenos Aires. La fractura se fundaba no sólo en su decisión de votar al peronismo, sino en sus críticas al autoritarismo de la dirección, que utilizaba a sus cuadros militantes como "peones de tareas, nunca como

constructores parciales de un edificio común", según la evaluación del Comité Militar de Capital.

Para el PRT-ERP, el "fraccionalismo de derecha" —como caracterizaba al "ERP-22"— sólo estaba "al servicio de los intereses y objetivos contrarrevolucionarios de la casta militar, la burguesía y el imperialismo", sus principales beneficiarios.[6]

* * *

Si Bellomo expresaba la línea ideológica del ERP-22, la línea de acción la condujo Fernández Palmeiro.

Entendía que la propia creación del grupo y su decisión de votar al peronismo ameritaba una comunicación masiva. Un decreto de la dictadura prohibía la mención en la prensa de las organizaciones armadas. Para transgredirlo, se decidió imponer el título de tapa en el diario *Crónica* con el secuestro de su dueño, Héctor Ricardo García, también propietario de Canal 11.

La acción se resolvió en pocos días. El 8 de marzo de 1973, a las ocho de la mañana, tres hombres ingresaron en un piso ubicado a metros de la Avenida del Libertador. Argumentaron que llevaban un obsequio del intendente de la ciudad de Buenos Aires, doce cajas de whisky. La mucama abrió la puerta, y Fernández Palmeiro despertó a García en su dormitorio con una pistola, le pidió un título de tapa para el ERP-22. Después lo sacó del departamento y lo alojó dentro de una carpa colocada en una casa de la zona norte. La edición vespertina de *Crónica* publicó el comunicado. De este modo, Cámpora sumaba un incómodo aliado a tres días de las elecciones.[7]

En esas horas, los informes de inteligencia preveían que, el domingo de la elección, el peronismo podría manifestarse por la libertad de los presos

políticos en la cárcel de Villa Devoto. Preveían incidentes. Los analistas recomendaron su traslado a penales de provincias.

El domingo 11 de marzo de 1973, Cámpora ganó con el 49,59% de votos, frente al 21,29% de Balbín.

* * *

Su futuro gobierno se enfrentaba a distintos dilemas: ¿cuál sería el rol de Perón?, ¿qué sucedería con las organizaciones armadas, peronistas y no peronistas?, o ¿cuál sería la resolución que se tomaría sobre presos políticos?

Sobre el primer punto, Cámpora afirmó que se inspiraría en los postulados de Perón, en la evolución y actuación doctrinaria, y que no habría "doble poder". "El primero que se encargará de que no lo haya —si está en la Argentina cuando el Frente ejerza el gobierno— será el mismo general Perón. Esa confianza jamás será defraudada" (*Clarín*, 9 de marzo de 1973).

Desde el entorno de Cámpora consideraban que la indefinición del rol de Perón en el futuro gobierno se presentaba como un factor negativo para su gestión.

Si tengo que estar a lo que le dijo a Cámpora, Perón no quería ser presidente. Pero dicho "a lo Perón", que era un gran ambiguo. A cada uno le decía una cosa distinta. No estaba claro si Cámpora pensaba ser presidente por cuatro años, pero su renuncia no estaba pactada. Creo que la renuncia de Cámpora, en cambio, Perón la tenía en mente desde el principio, porque siempre quiso ser presidente. O bien la adquirió por influencia de su núcleo más íntimo, o por cómo se fueron dando los hechos. Perón tenía, a mi juicio, la imagen vieja de la Argentina. Veinte años

provocan una distorsión enorme de cómo está el país. Él creía que volvía y todo se tranquilizaba. No tengo la experiencia del "Perón seductor", sino la del Perón mañero, complicado. Lo que le reclamábamos era que fuera claro. Que dijera: "Acepto ser presidente". / Esteban Righi

Pocos días después de la victoria del 11 de marzo, Cámpora ratificó su promesa electoral, los presos políticos saldrían en libertad: "No quedará en la cárcel ningún patriota, sean cuales fueren los hechos que haya realizado, siempre que tengan una motivación política".

Perón suponía que la guerrilla, con un gobierno constitucional, se reduciría hasta extinguirse. "La violencia popular en la Argentina ha sido consecuencia de la violencia gubernamental de la dictadura militar y, naturalmente, todo nos hace pensar que, desaparecidos los sistemas de represión violenta y sus deformaciones hacia el campo de la delincuencia oficial, no tendrán ya razón de ser los métodos violentos que el pueblo puso en ejecución como elemento de defensa de sus derechos conculcados" (*Clarín*, 15 de marzo de 1973).

La guerrilla no abandonó las armas en la transición de un gobierno a otro, ni tampoco después de la asunción del gobierno constitucional, como imaginaba Perón.

El PRT-ERP respetó la voluntad popular y prometió que no atacaría al nuevo gobierno ni a sus funcionarios, tampoco a la policía —en tanto "no reprimiera a la guerrilla ni a las manifestaciones populares"—, pero seguiría su combate contra empresas extranjeras y las Fuerzas Armadas.

Montoneros tampoco se desarmó. Se mantuvo en un *impasse* que luego quebraría para su lucha interna contra la ortodoxia peronista.

La inercia de la violencia que venía siendo desplegada desde 1955, desde la represión ilegal del Estado, la resistencia peronista o por la guerrilla, no sería detenida el 11 de marzo. El acto electoral había sido apenas una

instancia. Por detrás de cada voto, para Montoneros, subyacía la lucha por la toma del poder.[8]

El 5 de abril de 1973, Montoneros mató en Córdoba al coronel Héctor Iribarren, jefe de Inteligencia del III Cuerpo de Ejército, por considerarlo "responsable del accionar represivo de los últimos años". Con su muerte mantuvo vivo su enfrentamiento con las Fuerzas Armadas, que Perón y Cámpora creían que podría saldarse con la participación en las urnas.

Montoneros también ejerció presión sobre el gobierno electo. Pocos días después mantuvo una reunión secreta con Cámpora —organizada por Galimberti en la casa de su novia, Julieta Bullrich— donde le requirió cargos en su futuro Gabinete y una resolución inmediata de la situación de los presos políticos. "A nosotros nos importa un carajo que salgan por indulto o por amnistía. Lo que nos importa es que salgan", le explicaron. Cámpora ratificó el compromiso asumido y prometió trasladar su lista de pedidos a Perón, pero anticipó que creía que se estaban sobrestimando.

En Madrid, Perón, que no había realizado declaraciones públicas sobre el atentado al coronel Iribarren, le puso el primer freno a la izquierda peronista cuando ordenó que se mantuviera sin cambios el Comando Superior Peronista hasta que regresara al país. Lo hizo a través de sus "Instrucciones". Su letra no escrita era un "grito de alerta" frente a la "infiltración" en el peronismo, una bandera que luego recogería la ortodoxia en su combate contra la Tendencia Revolucionaria y Montoneros.[9]

La advertencia de Perón contra la "infiltración" significaba mucho más que un desacuerdo coyuntural. Expresaba su voluntad de controlar el poder en el nuevo gobierno. Un día antes de que se conocieran sus advertencias, la JP había anticipado que sancionaría a funcionarios del futuro gobierno que "se aparten de la conducta revolucionaria que les ha impuesto el voto del pueblo". Y Galimberti pondría nombre y apellido a esa posición con el llamado a la formación de "milicias populares".[10]

Las “milicias” no estaban incluidas en la agenda de Cámpora y contradecían al propio Perón, que convocó a su delegado juvenil a Madrid para un “careo” y lo despidió. Dirigentes de la ortodoxia peronista le habían llevado el audio del discurso de Galimberti.

* * *

La dinámica violenta para enfrentar el poder militar no se redujo con el anticipo de su salida. La actividad guerrillera se multiplicó. Durante la transición de Lanusse a Cámpora continuaron los robos a bancos, los copamientos a poblaciones y también los secuestros extorsivos para fortalecer con armas y dinero la lucha armada. Los secuestros de la guerrilla se cruzaban con los de las bandas de delincuentes comunes, que también ganaban las páginas de los diarios. Pero el de Anthony da Cruz, el tercer hombre en la escala jerárquica de la empresa Kodak en la Argentina, fue un secuestro de las FAL, realizado el 2 de abril de 1973.

Un montón de gente se unió a las FAL, pero luego explotó y se convirtió en una ensalada. En 1973 había gente de posiciones más radicales, más peronistas, más de izquierda, y otros que se fueron al PRT. Yo me había ido a las FAL “22 de Agosto”, que éramos los de las FAL “La Plata”, que vinimos a vivir a Buenos Aires. La última operación importante, antes del final de Lanusse, fue el secuestro del norteamericano Anthony da Cruz. Lo hicimos a medias con un grupo que se había ido del Partido Comunista Revolucionario [PCR], [Ricardo] Saiegh y [Osvaldo] Natucci, que nos trajeron el dato y participaron de la operación con muchos trabajadores de Astarsa. La mitad de la guita se la dimos a ellos, y luego formaron la revista Ya*, en la que trabajaron [José] Aricó, [José] Nun… Los que dirigían ese grupo de ex PCR —que se llamaban “Los obreros”— no*

quisieron entrar en la lucha armada como nosotros. Tenían gente en Astarsa, pero nunca un mango. Hacían trabajo de fábrica y territorial.

La operación de Kodak fue sobre la entrada de Panamericana y Paraná. Levantamos al tipo cuando estaba llegando a la fábrica. Lo choqué de adelante y otro coche desde atrás. Nos preparamos mucho para ese procedimiento. Lo seguimos todo el tiempo, desde su casa de San Isidro hasta la fábrica, y lo levantamos antes de que entrara. Teníamos un tipo adentro que nos dio el dato, nos dijo que la empresa iba a pagar lo que hiciera falta. Nos dieron la dirección. No tenía custodia, nada. Yo propuse pedir dos millones de dólares. Teníamos una "cárcel del pueblo". Era la casa de un matrimonio que vivía de manera normal, y se lo alojó con una carpa dentro de una sala grande. Para mantenerlo aislado, sólo salía cuando iba al baño y siempre trataba con alguien encapuchado. Después hicimos una "cárcel del pueblo", compramos un terreno, pusimos arquitectos, se hicieron los cimientos e instalamos una casa de familia totalmente normal, pero abajo tenía habitación, baño, cocina. Esto fue en Berazategui. La negociación con Kodak duró una semana. Fue el mejor secuestro de las FAL, mientras estuve en las FAL. / Enrique Sokolowicz, FAL "22 de Agosto"

1 El Partido Justicialista (PJ) integró el FREJULI (Frente Justicialista de Liberación) con sus aliados minoritarios, el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), el Partido Conservador Popular (PCP) y el Partido Popular Cristiano (PPC). Perón marcó las opciones al momento del lanzamiento del FREJULI: "Aquí la antinomia es clara: Pueblo o Fuerzas Armadas. Si uno hubiera querido hacer un desastre igual, quizá no lo habría logrado tan perfectamente como lo han conseguido ellos. Llaman a elecciones porque indudablemente la situación no da para más. Le temen, naturalmente, a la guerra civil,

como le teme todo el mundo, porque es lo que puede pasar. Yo, un general con 50 años de servicio, cuando veo a militares así, se me va el alma a los pies: ésos no son militares. Es una banda de *gangsters*. Lo primero que hay que hacer es liberar al país de ese flagelo que es el Partido Militar, después hay que liberarlo del imperialismo, y recién entonces se podrá pensar en reconstruir lo que ellos han destruido".

2 Otra iniciativa de la Junta de Comandantes para intentar condicionar al próximo presidente fue su compromiso de "cinco puntos". Indicaban que las Fuerzas Armadas garantizaban "la continuidad del proceso político y la entrega de poder a quien triunfe"; respaldaban a las instituciones republicanas, la democracia y las libertades; declaraban la independencia e inamovilidad del Poder Judicial; descartaban "la aplicación de amnistías indiscriminadas para quienes se encuentran bajo proceso o condenados por la comisión de delitos vinculados con la subversión y el terrorismo", y llamaban a "compartir las tareas y responsabilidades del futuro gobierno, integrando el Gabinete con ministros comandantes elegidos por el titular del Ejecutivo de acuerdo a normas vigentes". En las Fuerzas Armadas subyacía la intención de mantenerse en la estructura de poder y vetar una eventual modificación de las jerarquías castrenses.

3 Un comando con tres pelotones ingresó a la madrugada en el Batallón de Comunicaciones del III Cuerpo de Ejército, custodiado por media docena de suboficiales y más de un centenar de conscriptos. Los redujeron de un tiro y cargaron en un camión del Ejército dos toneladas de armamentos y municiones. Hasta ese momento, era el mayor ataque de la guerrilla contra el Ejército. Lanusse lo calificó "más grave aún que la muerte de un general o un almirante".

4 El PRT-ERP aspiraba a que las luchas reivindicativas y las movilizaciones populares condujeran al enfrentamiento masivo y violento, en vista a una etapa nueva y superior, "la guerra revolucionaria".

5 "Fracción Roja" estaba compuesta por alrededor de cincuenta combatientes de La Plata y el sur del Gran Buenos Aires. Se separaron del PRT-ERP en crítica al abandono de la IV Internacional (organización de partidos trotskistas). Una de sus críticas era que la dirección no había establecido una relación entre la lucha armada y la dinámica del movimiento de masas, y que las acciones armadas estaban inspiradas por necesidades logísticas, de protección o liberación de presos.

6 El Comité Central (CC) los expulsó y sometió a los militantes del ERP-22 a un juicio revolucionario del Tribunal del Partido. En un momento de la reunión del CC se planteó si se debía sancionar a un militante preso —como el caso de Jorge Luis Marcos, apoyo

externo de la fuga de Rawson y detenido en ese penal—, y se indicó que sí. No se sancionaba a un hombre sino a "una actitud política", se explicó.

7 El comunicado del grupo guerrillero indicaba: "El FREJULI, por la simpatía y el apoyo obrero y popular que despierta, es la [fuerza electoral] que reúne mayores posibilidades de derrotar en las urnas la maniobra del gobierno. […] Las masas utilizarán al FREJULI como herramienta de lucha para afirmar sus reivindicaciones, para proclamar su derecho a una vida mejor, a la libertad de los guerrilleros presos, a la independencia de su Patria, al cese de la explotación del hombre por el hombre y a la construcción del socialismo. […] Trabajadores: Un solo camino para la toma del poder: La guerra del pueblo. Una sola opción para votar el 11: el FREJULI. Viva la guerra y el socialismo. Viva la unidad de acción de Montoneros, FAR, ERP y ERP-22, vanguardia del pueblo en su lucha por la libertad". El comunicado también fue emitido por Canal 11. A las diez de la noche del 8 de marzo, Héctor García fue liberado.

8 En un documento del 5 de abril de 1973, la organización guerrillera expresó: "Con los votos conseguimos el gobierno, pero tanto nosotros como nuestro enemigo sabemos que el poder brota de la boca de un fusil. Por eso, con el mismo fervor con que trabajamos para ganar el gobierno mediante las elecciones, seguimos apoyando nuestras ideas, nuestras organizaciones y nuestras armas en la persecución del enemigo, para impedirle su reorganización y destruirlo: sin la desarticulación y destrucción del enemigo no hay toma de poder para los trabajadores y el pueblo".

9 En sus "Instrucciones", Perón advirtió que nadie que no fuera el jefe del Movimiento —es decir, él— estaba autorizado "para tomar medidas de cambio, ya sea en la organización como en la designación de los hombres que han encargarse de la conducción y el encuadramiento de las fuerzas peronistas. Las intervenciones de personas extrañas al movimiento son inadmisibles". Las "Instrucciones" también daban por concluido al FREJULI. "Terminada su acción no puede ni debe tender a manejar al justicialismo, que ha de tener su propia filosofía en lo interno y su política en relación con las demás fuerzas políticas." La intención real de las "Instrucciones" estaba en la interpretación que hacía de ellas el periodista argentino Emilio Abras, de la agencia EFE, y colaborador de Perón en Madrid. Abras escribió que Perón, en el análisis de la situación argentina, quería: "a) Dar un 'grito de alarma' para evitar que a los elementos 'exitistas' o 'arribistas' se infiltren en la estructura peronista; b) delimitar con exactitud el ámbito que corresponde al Movimiento Justicialista, del ámbito que corresponde al FREJULI, y c) impedir la infiltración en el justicialismo de 'elementos disolventes empeñados en entorpecer o hacer naufragar el

propósito justicialista de lograr un gobierno de auténtica unidad nacional con participación de todos los sectores políticos patrióticos o populares'".

10 En el acto en el Sindicato del Calzado, el 18 de abril de 1973, Galimberti explicó: "En 1955 se instaló la violencia del régimen, a la que las masas contestaron con su propia violencia. Pero ahora debemos ejercer esta violencia en forma orgánica, porque no podemos pensar que el gobierno popular va a poder sostenerse y llevar adelante su programa de liberación nacional y social en el camino del socialismo si no tiene fuerzas que lo apoyen. Entre esas fuerzas, compañeros, es necesaria la existencia de aquello que ya intentó organizar la compañera Evita, compañeros: ¡las milicias populares peronistas!". "Aquí están/ éstos son/ los fusiles de Perón", respondió el público.

Capítulo 15

Contralmirante Aleman: rehén del PRT-ERP. Presos políticos, el temor a otra masacre. El atentado contra el almirante Quijada: la venganza de Trelew.

Yo planteé hacer lo de Aleman como un hecho de propaganda. Después nos dieron el apoyo externo a la fuga de Rawson, y quedó ahí. Y después, como Dedo [Fernández Palmeiro] se fue con el ERP-22, se demoró el objetivo. Cuando se le volvió a dar cabida, empecé a activar la relación, en el verano del 73. Aleman era el esposo de una prima de mi mamá.

OSCAR CIARLOTTI, PRT-ERP

Pocas horas antes del secuestro del gerente de Kodak, el PRT-ERP intentó asegurarse la libertad de los presos políticos con el secuestro de un oficial superior de las Fuerzas Armadas. La operación conmocionó al país. Comenzó con una visita familiar en la noche del domingo 1º de abril de 1973. El contralmirante Francisco Aleman, de 51 años, recibió en su departamento del tercer piso de Avenida del Libertador 894, en Retiro, a un familiar junto a su novia. Los visitantes fueron recibidos con clima de

cordialidad en el living. El último verano, la familia Aleman había compartido algunas tardes en la carpa de la playa, con el familiar que pocas semanas después abriría el paso a su secuestro.

Yo había ingresado al PRT en la Facultad de Arquitectura. Trabajaba en el estudio de Mario Soto, estaba en Anchorena y Juncal, que se convirtió en un centro de reuniones del partido en vistas al V Congreso de 1970. A partir de ese momento, el estudio pasó a ser una pantalla del ERP. Yo no entraba en las discusiones, me pasaban materiales para que los viera. Soto era un arquitecto reconocido internacionalmente y junto a otros arquitectos empezó a construir "cárceles del pueblo" del ERP. En 1971 milité en la Tendencia Antiimperialista Revolucionaria, ligada al partido. Armamos cátedras paralelas, cuerpos de asamblea, y en 1972 me pasaron al Comité Militar [de Capital] que dirigía Dedo [Fernández Palmeiro]. Yo le planteé hacer lo de Aleman como un hecho de propaganda. Lo habíamos previsto para esa época. Después nos dieron el apoyo externo a la fuga de Rawson, y quedó ahí. Y después, como Dedo se fue con el ERP-22, se demoró el objetivo. Quedó como un planteo.

Cuando se le volvió a dar cabida, empecé a activar la relación, en el verano del 73. Aleman era el esposo de una prima de mi mamá. Vivía a dos cuadras de la casa de ellos en ese momento. Mi viejo también era marino, pero ya estaba retirado. Era técnico. Trabajaba en cartas náuticas. Lo había echado Onganía. Tenía relación con Aleman como colegas. Aleman era jefe de la inteligencia naval, contralmirante en plena actividad. Planifica lo que iba a pasar después: la ESMA. Mi familia no sabía nada de mi relación con el PRT. La relación con Aleman se daba naturalmente, empezamos a verlo, fuimos a Mar del Plata, a la playa. Mi mamá es de Mar del Plata, tengo media familia ahí, y su prima también era marplatense.

Cuando era chico veraneaba con ellos. Íbamos a su carpa, tenía un hijo, Francisquito.

No me acuerdo de quién estaba a cargo del Comité Militar de Capital al momento del secuestro, pero sí que Gorriarán Merlo no sabía si lo habíamos hecho nosotros, el ERP, o el ERP-22. Porque él sabía que yo estaba con el equipo de Dedo, y todo el equipo de Dedo se había ido al ERP-22. Dedo me tentó para ir con ellos pero, cuando le dije que no, me pidió que no los jodiera, que no les abriera nada [de información].

El secuestro lo hicimos con gente de Arquitectura, que quería hacer algo. Yo abrí la puerta. Fue un domingo a la noche. La visita fue inesperada, y se sorprendieron cuando entré, pero tampoco me cerraron la puerta. Fui con María Magdalena, mi novia, de Filosofía y Letras. La conocí por el ámbito familiar. Su hermano estaba de novio con mi hermana.[1] *Tocamos el portero eléctrico, dijimos: "Pasamos por acá, cómo están…", qué sé yo, "el partido de fútbol", no sé qué estupidez, y subimos a saludar. Acababan de cenar. Dijimos que ya nos íbamos, nos quedamos parados incluso. Aleman estaba en el living, de entrecasa. Nosotros nos acomodamos porque sabíamos que teníamos que abrir la puerta, estábamos esperando que tocaran el portero eléctrico. No podíamos demorar mucho. El problema que tenía el edificio era el paso de la comitiva presidencial por la Avenida del Libertador. No se podía hacer ninguna maniobra rara. Teníamos que tener mucho cuidado al momento de sacarlo.*

Tocaron el timbre y yo estaba en la cocina y les abrí por el portero eléctrico. Y Chuchi, Magdalena, fue a la puerta de servicio, porque sabía que iban a entrar por ahí. Yo no sabía quiénes eran. Porque el operativo era que abriera la puerta y entrara el equipo que lo levantara. Entonces, cuando subieron, les abrí la puerta. Eran cuatro o cinco, dijeron que me buscaban a mí, y en esa confusión, lo agarraron a Aleman y le pusieron la pichicata. Ya lo habíamos planificado. Sacarlo por la puerta de servicio, en

un andador, el auto en la entrada, y el tipo se va, con las manos en los bolsillos, atado con una correa de persiana. Y no se nota, se va durito, y nosotros vamos uno de cada lado, lo cargamos en un auto y se lo llevan. No sé dónde lo llevaron. Ni los que lo hicieron lo sabían, porque se lo entregaron a otros. Y nosotros nos fuimos a Rosario con Magdalena, ya teníamos donde ir.

Llegamos a la casa en un barrio, el agua llegaba hasta el costado de la cama, estaba inundado, y nos dejaron ahí, donde no había nadie, esperando a los compañeros, sentaditos.

Ya había ganado Cámpora. Lo que el ERP quería era cambiarlo [a Aleman] por los presos. El fin del operativo era ése. Porque ya llegaba el 25 de mayo y no se sabía qué iba a pasar. Al principio, el secuestro era para negociar con el gobierno elegido por la libertad de los presos, por si no llegaban a largarlos. Era una carta de negociación. Entonces se lo retuvo, pero no se lo interrogó ni se pidió rescate. Yo me quedé en Rosario, en un aparato de información. Una vez salí a hacer compras y me envolvieron el sachet de la leche con mi foto en la revista Gente. / Oscar Ciarlotti, PRT-ERP

Las paredes del living y los dormitorios fueron rociadas con aerosol: "ERP, justicia popular por Trelew", "Venceremos". Después, durante la madrugada, la esposa de Aleman logró alertar a un vecino, que llamó a la policía. En la mañana del lunes 2, Lanusse y el almirante Carlos Coda fueron al departamento de Avenida del Libertador para conocer los hechos. Hacía pocas semanas, en el sexto pisto, vivía la hija del dictador.[2]

La resolución del secuestro de Aleman, a poco más de un mes de la asunción presidencial, sumó mayor tensión a la transición. El PRT-ERP no reclamaba dinero por su rescate, lo mantenía cautivo hasta que se

garantizara la libertad de los presos. La promesa de Cámpora no le resultaba confiable.

> El triunfo electoral del FREJULI abre alguna perspectiva para la liberación de los combatientes y luchadores populares detenidos. Pero no debemos hacernos ilusiones al respecto. La única garantía de que suceda, la única posibilidad verdadera de liberación, está en las movilizaciones populares y en la actividad ininterrumpida de su vanguardia armada: las organizaciones guerrilleras. A ese objetivo van y deben estar dirigidos nuestros esfuerzos. La casta militar se resiste a ello, aceptando hacer solamente concesiones mínimas, pero tratando al mismo tiempo de obstaculizar la liberación de todos los que han luchado por terminar con la miseria y la explotación en nuestra Patria. Por eso no debemos esperar su libertad como una graciosa concesión, sino ser conscientes de que será necesario arrancarlos de las cárceles con las acciones armadas y la lucha de las masas.
>
> [*Estrella Roja*, órgano del PRT, 28 de febrero de 1973.]

La dirección del partido desconfiaba de que liberaran a todos. Había información fidedigna de que Cámpora no largaría a los jefes de las organizaciones por la presión militar. Estaba en una negociación difícil. Esto nos lo transmitía Julio Mera Figueroa, diputado electo por el FREJULI, cuando iba a la cárcel de Rawson. Cámpora estaba vacilante. Hasta ese momento no estaba claro que los presos fueran a salir. En función de eso se tomó la decisión de secuestrar a dos militares y negociar un cambio de prisioneros. Se presentó una lista de veinte prisioneros para canjear, que irían a Chile o a Perú. Y había un acuerdo inicial, pero luego se vetó el canje. Esta negociación se hizo desde la cárcel. | Humberto Tumini

Después del secuestro, el PRT-ERP hizo llegar a la prensa una carta de puño y letra de Aleman para su familia, como prueba de vida, y después otra más para desmentir que lo hubieran ejecutado, como había trascendido en los diarios. También circularía una foto y una filmación de su cautiverio. En la carta, Aleman escribió: "Queridos Martha y Pinty. Me encuentro bien de salud y soy, como les dije en mi anterior, correctamente bien tratado. Sigo con mi mano débil aunque un poco mejor. Quiero desmentir informaciones periodísticas que me dan como ajusticiado, según me he enterado hoy. Estoy sometido a un proceso revolucionario. Pienso siempre en ustedes y les envío un fuerte abrazo".

El 26 de abril, tres semanas después del secuestro, el PRT-ERP reforzó la presión sobre Cámpora y la dictadura y secuestró al comandante Jacobo Nasif de la Gendarmería. El objetivo era el mismo: garantizar la salida de los presos políticos y asegurar su integridad física.[3]

La Armada trató de negociar la libertad de Aleman. En Devoto nos dijeron que pidamos veinticinco tipos. "¿Cómo los van a largar", les preguntamos. "Y, no sabemos, pidan un avión a Europa…". Teníamos dudas de darle un listado de los presos más importantes que teníamos en la cárcel. La lista la armó Santucho y se la dio a la Armada. Cuando estábamos en esa negociación, empezó a discutirse cómo íbamos a salir el 25 de mayo. El canje dejó de ser una cosa útil, pero era importante estratégicamente para mostrar el antecedente de que los tipos negociaban. A Aleman se lo secuestró porque estaba a tiro, para tenerlo de rehén y evitar que nos mataran. Existía el temor de que, como último coletazo de la dictadura, nos amasijaran en Devoto. Y a Nasif se lo secuestró para sumarlo. Pero los hechos se sucedieron más rápidos que la propia negociación. Nosotros ya no estábamos tan interesados en el canje, y el que

pateó el tablero no fue la Armada, fue Lanusse. Ordenó suspender las negociaciones. / Pedro Cazes Camarero

* * *

El 25 de abril de 1973, el ERP-22 copó el pueblo de Ingeniero Maschwitz, la zona norte del Gran Buenos Aires. Fue una acción de "propaganda armada" para obtener armas y dinero y consolidar la escasa infraestructura del grupo. En la toma no eran más de doce. Fernández Palmeiro se ocupó la comisaría. Entonces ya preparaba la operación que había decidido en Cuba, el atentado contra el contralmirante Hermes José Quijada, que había informado al país por televisión la versión oficial de los fusilamientos de Trelew.

Cuando se obtuvo la información del domicilio del marino, con el detalle de sus movimientos de rutina, varios miembros del ERP-22 se ofrecieron para encargarse de la operación. Fernández Palmeiro no lo aceptó. "La hago yo y punto", dijo.

No quiso utilizar un auto de apoyo para el diseño de la operación. Suponía que podía quedar atascado en el tránsito porteño y complicar la retirada. Le bastaba una moto, una Gilera 300, alguien que la condujera, y él mismo.

En la mañana del lunes 30 de abril, Fernández Palmeiro siguió al marino cuando salió de su casa de Arenales al 1900. Había seleccionado al "Galleguito" como conductor —confiaba mucho en su pericia de manejo— y se subió detrás de él en la moto, como acompañante.

Quijada estaba a bordo de un Dodge Polara. Llevaba una metralleta en la entrepierna. Su guardaespalda, que conducía el vehículo, tenía una pistola. Cuando el semáforo de Junín y Cangallo detuvo el Dogde, Fernández Palmeiro bajó de la moto, se acercó a la ventanilla y disparó en la cabeza al

marino desde pocos centímetros. Se aseguró su objetivo y volvió a subir a la moto para escapar por Cangallo. Cuando la moto aceleraba, sintió en la espalda el ardor de una bala. El chofer se había bajado del auto y lo alcanzó con un tiro.

Quijada murió en el hospital.

Fernández Palmeiro fue llevado al punto de control. Desde allí intentaron contactar a un dirigente político cercano al ERP-22, que tenía una clínica privada, pero no lo encontraron. Lo trasladaron a un departamento de una pareja de colaboradores, en Charcas 3678, en el barrio de Palermo. Lo alquilaba Alberto Núñez Palacio, guitarrista y compositor de música de películas, que vivía con su familia, su mujer y dos nenas de corta edad. El lugar no estaba acondicionado como posta sanitaria. Apenas entró, saltó a la vista la hemorragia interna. Fernandez Palmeiro estaba inundado de sangre. La bala se le había alojado en un riñón. Intentaron convencerlo para realizar una intervención quirúrgica: "Tomamos un hospital y te operan". Dijo que no: "Esto termina en la cárcel, y no quiero ir preso". No cambió de opinión ni siquiera cuando le dijeron que el 25 de mayo saldrían todos los presos y estaría en libertad. No quiso. Convocó a su equipo militar, su gente de confianza con la que operaba, con la que había militado en el PRT-ERP y ahora conformaba el ERP-22. Pidió que le cortaran el pelo, que lo raparan, y una botella de whisky para compartir entre todos. Pasó horas desangrándose en el departamento, hasta que murió.[4]

1 María Magdalena Nosiglia era hermana de Enrique Nosiglia. Su padre, Plácido Nosiglia, era diputado nacional electo por la UCR.

2 La esposa de Aleman confirmó a los investigadores la identidad de Oscar Ciarlotti, hijo del capitán de navío (RE) Oscar Ciarlotti, y también la de su novia María Magdalena Nosiglia. Las familias dijeron que desconocían la militancia de sus hijos. Los casos de familias de tradición radical con hijos que militaban en el PRT-ERP eran frecuentes. Desde fines de la década de 1960, la Juventud Radical tenía un proyecto "liberador", diferenciado del de Balbín, aunque no apoyaba la lucha armada. Parte de esa militancia ya trabajaba junto a Raúl Alfonsín. Un mes antes del secuestro de Aleman, el 30 de marzo de 1973, otro militante del PRT-ERP que provenía de familia radical, Julio César Provenzano, había muerto al intentar colocar una bomba en un baño del Comando en Jefe de la Armada, donde había cumplido el servicio militar. En su homenaje, el grupo que actuó en el secuestro de Aleman se denominó "Comando Julio César Provenzano". Provenzano estaba entre los jóvenes del PRT-ERP que jugaban al rugby en el Club Buenos Aires, junto a otros de la Juventud Radical. Julio Provenzano, su hermano menor, participaría en 1989, durante el gobierno de Raúl Alfonsín, de la toma del cuartel militar de La Tablada, conducida por Enrique Gorriarán Merlo. Después de su rendición, Provenzano fue secuestrado por tropas del Ejército y desapareció.

3 En el penal de Rawson, las organizaciones de familiares de presos políticos continuaban denunciando las consecuencias en la salud física y mental del régimen de encierro, donde permanecían veintitrés horas al día en una celda de dos metros por uno y medio. El domingo, el encierro era por veinticuatro horas. De las 128 horas de la semana, sólo diez eran de recreo. El encierro se agravaba por aplicación de castigos, en que se prohibía utilizar un colchón durante el día y el derecho de ir al baño. En sanciones colectivas, se los privaba del recreo. De los 238 detenidos políticos del penal de Rawson, 22 estaban bajo tratamiento psiquátrico, 32 recibían medicación de antidepresivos y 66 sufrían trastornos gastrointestinales, además de otras enfermedades como úlcera, gastritis o trastornos hepáticos. En marzo, después de la victoria de Cámpora, los prisioneros que declararon en la Cámara Federal se opusieron a retornar a Rawson y permanecieron en el penal de Villa Devoto.

4 Víctor José Fernández Palmeiro, de 26 años, fue enterrado en el cementerio de Chacarita. Su despedida fue multitudinaria.

Capítulo 16

Guerrilla: el foco de tensión de la transición Lanusse-Cámpora. La incógnita: qué sucedería con los presos políticos. 23 de mayo: la toma del penal de Devoto. Paco Urondo entrevista a los sobrevivientes de los fusilamientos en la celda. La visita de Julio Cortázar.

Lanusse agregó: "Explíqueme por qué no fueron al velorio del almirante Hermes Quijada" […]. Le dije: "Mire, general, la sensación que uno se puede llevar de esta reunión es que ustedes están con la paz y nosotros con la guerra. Pero sería falsa. No se puede sacar esa conclusión por si fuimos o no a un velorio. El primer velorio vinculado con la política al que fui yo fue el de Ibazeta, que había sido compañero mío en el liceo militar y fue fusilado. Y después fui a muchos velorios. Y a los velorios que fui, usted no fue. Y a los velorios que fue usted, yo no fui. Ésta es la realidad de la argentina".

ESTEBAN RIGHI

En la noche del 11 de marzo de 1973, el único militar en actividad que ingresó en la sede del FREJULI de Santa Fe y Santa María de Oro, donde se festejaba la victoria peronista, fue el brigadier Roberto Bortot. Le llevaba una carta a Cámpora firmada por Lanusse. Durante la campaña, el candidato había evitado el contacto con el dictador y mantendría la misma distancia las semanas siguientes. Lanusse le enviaría otra carta en abril.

La gran discusión en la transición era si habría una reunión entre Cámpora y Lanusse. Lanusse la quería, porque lo presentaría como un protagonista, y nosotros no, porque hubiera parecido la consumación del Gran Acuerdo Nacional. La veníamos esquivando. Hasta Lanusse le hizo llegar una carta personal a Cámpora en San Andrés de Giles por un motociclista. Fue en Semana Santa. Era una carta muy sentida, en la que le contaba que había estado en misa con su familia. Lanusse aprovechaba el catolicismo de Cámpora. Su sobrino [Héctor] le aconsejó que políticamente no convenía responderla. Yo creía que alguna respuesta había que dar. Y el lunes me mandaron a la Casa de Gobierno. Lo vi a Bortot, el jefe de la Casa Militar, y le dije que la entrevista Cámpora--Lanusse se haría, pero en el momento en que más conviniera a los intereses del país: "Déjenos a nosotros elegir el momento".

Bortot llamó a Lanusse por el intercomunicador y le ordenó que fuéramos a su despacho. La cosa no pintaba bien. La imagen de Lanusse, de uniforme, para un tipo de treinta y pico de años que en su vida había vivido una experiencia similar, fue impactante. La teoría de Lanusse era que el brigadier [Carlos] Rey se había reunido con Cámpora en su estudio y lo mismo había hecho [el jefe de la Armada, Carlos] Coda, en la casa de Rawson Paz. Lanusse tenía un buen servicio de información. "El único que no se reunió fui yo. Si quieren pelearse con el Ejército están haciendo lo adecuado, pero no me parece lo mejor." Tenía un tono enérgico. Le

expliqué que su valor simbólico era diferente del de Rey y Coda, y acordamos que la reunión se llevaría a cabo con los tres comandantes en la casa de Cámpora, acompañado por su vicepresidente, su sobrino, su hijo y yo. Y que el comunicado de la reunión lo haríamos nosotros. / Esteban Righi

El jueves 3 de mayo de 1973, los comandantes ingresaron en el edificio de Cámpora en Libertad 1571 a las once de la mañana.

El día anterior, Lanusse y los altos mandos de las tres fuerzas habían participado en el entierro de Quijada. Su asesinato había ensordecido a las Fuerzas Armadas más que ningún otro. Era el quinto militar muerto a manos de la guerrilla en dos años, luego de los crímenes del teniente Asúa, el general Sánchez, el contraalmirante (RE) Emilio Berisso —en diciembre de 1972— y el coronel Iribarren. En el mando militar existían dudas de que correspondiera entregar el gobierno "en medio del desorden y la violencia".

Para desalentar cualquier conspiración, Lanusse había enviado un radiograma a las unidades militares para reafirmar que reprimiría cualquier alzamiento golpista que intentara impedir el traspaso de poder. En la reunión con Cámpora, los comandantes le exigieron respuestas sobre la guerrilla. Un párrafo del comunicado distribuido por Cámpora indicaba: "Los comandantes expresaron su preocupación por los hechos de violencia que vive el país y transmitieron información sobre las actividades de elementos extremistas animados con fines subversivos. El presidente electo expresó su honda preocupación para que se alcance la pacificación nacional y manifestó su esperanza en que la normalización del país elimine la violencia mediante la constitución de los poderes y autoridades elegidas por el pueblo".

* * *

Lanusse te llevaba por delante con gran facilidad, y Cámpora era bueno para convencer o seducir, pero muy malo para la confrontación. Lanusse nos dijo: "¿Ustedes tienen dudas de que le vamos a entregar el gobierno? ¿Cuál es el miedo que tienen? Nosotros vamos a respetar el resultado electoral. Hemos hecho elecciones absolutamente limpias, se han dedicado a insultarnos durante toda la campaña, y han ganado ustedes. ¿El proceso institucional fue transparente o no? ¿Por qué esta actitud?". Y Solano Lima, queriendo tomar la posta, dijo: "General, el proceso no fue transparente. El general Perón estuvo proscripto". Lanusse lo miró: "Sabe qué pasa, Lima, para hablar de transparencia electoral hay que tener autoridad moral. Y usted, que proviene del fraude de la provincia de Buenos Aires, no puede reclamar elecciones transparentes". Y en ese marco, Lanusse agregó: "Explíqueme por qué no fueron al velorio del almirante Hermes Quijada, que además era un tipo vinculado a Frondizi, o sea que tenía alguna relación con el frente electoral que ustedes armaron". Con Lima nocaut, Cámpora acorralado, traté de agarrar la posta. Le dije: "Mire, general, la sensación que uno se puede llevar de esta reunión es que ustedes están con la paz y nosotros con la guerra. Pero sería falsa. No se puede sacar esa conclusión por si fuimos o no a un velorio. El primer velorio vinculado con la política al que fui yo fue el de [Ricardo] Ibazeta, que había sido compañero mío en el liceo militar y fue fusilado [por orden de Aramburu, en 1956]. Y después fui a muchos velorios. Y a los velorios que fui, usted no fue. Y a los velorios que fue usted, yo no fui. Ésta es la realidad de la Argentina". Lanusse quería una entrega del poder lo más "pegote" posible y nosotros, lo más libre posible. Pero su miedo era saber qué significábamos nosotros. Si éramos un regreso violento del peronismo o un regreso institucional. Quería asegurarse de que la guerrilla terminaba, y

las elecciones eran el precio a pagar para que la guerrilla terminara. | Esteban Righi

Poco después de la victoria, los diputados electos empezaron a trabajar en proyectos de ley para una "amnistía amplia y generosa", mientras Lanusse, para reducir la tensión, sólo estuvo dispuesto a conceder "algunas libertades" de detenidos sin proceso judicial. Pero chocaba contra la resistencia castrense. La posibilidad de una "amnistía indiscriminada" preocupaba. Les costaba tolerar que saldrían en libertad guerrilleros condenados por atentados contra las Fuerzas Armadas, y que, no lo dudaban, volverían a encuadrarse en las organizaciones armadas. Mientras tanto, el PRT-ERP mantenía como rehenes al contralmirante Aleman y a Jacobo Nasif, el jefe de Gendarmería. La posibilidad de un canje ya había naufragado. Y se calculaba que había alrededor de mil doscientos presos políticos en las unidades penales. Todavía no estaba resuelto qué sucedería con ellos.

Se presumía que el Congreso sancionaría la ley de amnistía o que el Presidente firmaría un indulto. En ningún caso, las dos cosas juntas.

* * *

En la historia argentina existe una larga tradición de decretos y leyes de amnistía por motivaciones políticas. La primera fue en 1811, un año después de la Revolución de Mayo, y benefició a un grupo "morenista" que había padecido la cárcel y el destierro. Las leyes de olvido también se sancionaron en 1822, 1826 y 1839, durante el gobierno de Rosas, y después de la sanción de la Constitución Nacional, en 1875, 1877 y 1888, cuando se exculpó a milicianos montoneros y caudillos del interior. Los cívicos sublevados contra el régimen conservador en la Revolución del Parque de

1890, que provocó más de mil quinientos muertos, fueron amnistiados en forma inmediata; lo mismo sucedió con los intentos revolucionarios que condujo Hipólito Yrigoyen en 1893 y 1905, y la medida benefició a civiles y militares.

La sucesión de amnistías continuó en la década de 1930 a favor de radicales sublevados contra la "República fraudulenta". En la década de 1950, la Revolución Libertadora que depuso a Perón amnistió a militares que habían participado en el bombardeo de la Plaza de Mayo y otros ataques armados y conspiraciones contra el gobierno.

Ahora, en 1973, el país afrontaba una nueva amnistía por violaciones a decretos leyes —huelgas, movilizaciones sociales, actividad política—, por imputaciones o condenas por acciones armadas, y otros detenidos por disposición del Poder Ejecutivo. En las cárceles de la dictadura había detenidos políticos, sociales, gremiales, estudiantes y guerrilleros. Los que llevaban más años en prisión eran miembros del Ejército Guerrillero del Pueblo, por su fracasada incursión en el monte salteño en 1963.

En las discusiones previas se presentaron cinco proyectos para tratar la amnistía. Por la Alianza Popular Revolucionaria, el diputado electo Héctor Sandler proponía la libertad de todos los presos políticos de las distintas cárceles del país. El FREJULI también, pero excluía los episodios en los que pudieran beneficiarse oficiales de las Fuerzas Armadas. La UCR admitía que la amnistía era un hecho irreversible para la paz interna del país y aceptaba un proyecto "amplio y generoso". De hecho, en su campaña por la senaduría en la Capital Federal, el radical Fernando de la Rúa dijo que "el país debe unirse y reencontrarse; por eso apoyaremos una ley de amnistía, pero ésta debe ser un medio de pacificación y olvido que desarme el brazo y el espíritu y no un revanchismo que anuncie la intensificación de la violencia que sirve para la impunidad de delitos comunes". El radicalismo, en su anteproyecto, también incluía a militares sancionados por la

sublevación contra la apertura política en Azul y Olavarría, en octubre de 1971. La amnistía además alcanzaría a aquellos que habían permanecido prófugos de la acción judicial, como Norma Arrostito o Mario Firmenich, por el secuestro y crimen de Aramburu. El pedido de captura perdería efecto, y la justicia los sobreseería en forma definitiva.

Si durante la campaña electoral se había consolidado la promesa de la amnistía, su alcance no había sido definido. ¿La amnistía alcanzaría a militares procesados o condenados por torturas? ¿También a los sublevados por "motivos políticos"? ¿Se aplicaría la amnistía para los jefes de la guerrilla no peronista?

Otra de las preocupaciones era la celeridad.

El tratamiento del proyecto era una prioridad, pero aun cuando se votara en ambas cámaras entre el 26 y 27 de mayo, la aplicación de la ley por parte de los jueces, que efectivizaría la libertad de hecho, podría demorar algunas semanas. Esta situación contradecía el eslogan en el que había quedado encerrado Cámpora durante su campaña: "Ni un día de gobierno popular con presos políticos".

El PRT-ERP había tomado esa promesa en forma literal.

* * *

Poco después de los fusilamientos de Trelew me trasladaron con otros compañeros a Devoto. La mayoría éramos condenados. Fuimos al viejo pabellón de presos políticos, de cinco pisos, donde estaba la gente más conspicua, más pesada. La mitad de todos los presos era del ERP. Éramos cuatro por celda, y había veinte celdas de cada lado, un lugar enorme. Las condiciones eran menos rigurosas que en Rawson. En cada piso de la cárcel había una conducción. En una decisión colectiva, me nombraron responsable de presos del ERP. Era secretario de un equipo de conducción.

La Secretaría de la cárcel. Teníamos comunicación permanente con la conducción del partido, por mecanismos conspirativos que no voy a revelar.

Hay dos maneras de organizar a la gente. Por un lado, la organización política y territorial. Por otro lado, a nivel técnico. La estructura política en una fábrica o un barrio tiene una forma de organización. Un grupo de combate tiene una estructura técnica. Entonces, también existía una estructura de inteligencia específica, técnica, para comunicarse con los presos. Esta gente, por naturaleza, no tenía nada que ver con el movimiento de masas. Era gente que imprimía El Combatiente *en hojas de papel de seda y lo pegaba en el interior de la ropa para hacerlo ingresar en la cárcel. Eran tareas que hacía un cuadro medio que se formó técnicamente para eso. Lo mismo con las tareas de recolección de dinero: diez pesos provenían del movimiento de masas y cien pesos de secuestrar burgueses. El grupo que secuestraba burgueses le daba el dinero al grupo que se dedicaba a guardarlo. Eso es una estructura conspirativa. Nosotros desde la cárcel teníamos contacto con esa estructura de enlace, que a la vez tenía su estructura de mando.*

El 23 de mayo tomamos los pabellones de la cárcel de Devoto. No teníamos armas. Nos apoderamos de los halls y les dijimos a los guardiacárceles que se fueran. Decidimos que no se podía esperar al 25 de mayo para tomar el penal. Los días previos pedimos telas para hacer banderas con la estrella roja, aerosoles para pintar, una radio, un megáfono para hablarle a la gente afuera. La toma fue en unidad con Montoneros y FAR, también había gente de FAL, del Peronismo de Base, organizaciones sindicales, trescientos y pico de presos; además de los presos comunes que nosotros habíamos captado en Rawson y Devoto. Considerábamos que eran sectores populares que se habían volcado a la delincuencia. Y eran tipos que, en libertad, nos solucionaban muchas

cosas. Convivían con nosotros con una vida disciplinada, como los presos políticos.

Nosotros queríamos que asumiera Cámpora y nos largara en quince minutos. Queríamos el indulto, para quedar en libertad, y también queríamos la amnistía, para que todo quedara limpio. Algunos compañeros pensaban que podrían salir los presos de Montoneros y los del ERP no. Un pensamiento un poco paranoico. No había forma política de explicar eso. Yo pensaba que nos dejarían salir pero con una movilización de miles de personas. Una cosa era salir por la fuerza de una movilización y otra por la gracia del presidente designado a dedo por Perón.

Tomamos los pabellones, en primer lugar, por razones de seguridad. Temíamos que se mandara algún grupo de asesinos, que los penitenciarios lo dejaran entrar. Sabíamos que Cámpora no iba a reprimir, pero lo podían "caminar". Entonces la idea era tener a todo el mundo junto en un solo lugar, protegido, y con la salvedad de que también teníamos secuestrados a Aleman y a Nasif.

El día 24 empezaron a llegar senadores, diputados, abogados, que nos decían que íbamos a salir. Entró [León] Berlín, que era uno de los dueños de Odol, el padre de Oaky [Sergio Paz Berlín, de las FAR], con una carretilla llena de whisky. Se juntaron los pabellones de mujeres con los de hombres. Hubo de todo. [Julio] Cortázar había venido unos días antes. Era un tipo treinta años más grande que nosotros. Yo lo había conocido a los 19 años, iba a su taller literario. Tenía la pretensión de convertirme en autor de ficción. En el taller había una persona que escribía extraordinariamente bien, pero estaba más loca que un plumero y después se suicidó. Se llamaba Alejandra Pizarnik. Cortázar quería entregar la guita de los derechos de autor de El libro de Manuel *a los presos del ERP y de Montoneros. Entró en la cárcel triunfante, acababa de llegar a Buenos Aires y fue directo a Devoto a la madrugada. Empezó a sacar fajos de billetes de los bolsillos de*

la campera. Paco [Urondo] se restregaba los ojos en el sofá de una piecita.[1] *También lo habían despertado. "Guardá eso, ¿qué hacés?", le dijo Paco. "Se lo voy a donar a la comisión de familiares de presos políticos." Le explicamos que había dos, "una de los perros y otra de los montos". "Agarren la mosca y divídansela", nos dijo.* / Pedro Cazes Camarero

* * *

El 24 de mayo a las nueve de la noche empezamos a grabar. Lo nuevo fue que esa tarde se decidió la toma de los pabellones donde estábamos alojados los presos políticos. Esto nos permitió comunicarnos entre los pisos, vernos, cosa que antes no ocurría. Así me pude reunir con Alberto Camps y [Ricardo] Haidar, que estaban en el segundo piso, y con María Antonia Berger, que estaba en el quinto. Nos metimos en una celda y nos pusimos a conversar. Después del 11 de marzo, los compañeros se negaron a ser trasladados [a Rawson] y se quedaron en Devoto. Había una explosión demográfica. Seríamos unos cuatro mil habitantes en el penal, en ese momento, incluyendo los presos comunes. El clima era festivo, todo el mundo cantaba y gritaba y trabajaba, pintando banderas, consignas en los muros. Esa noche se reunían —por primera vez— todos los compañeros para comer juntos. Pero no bajamos a comer. Estábamos muy trenzados reconstruyendo lo ocurrido en Rawson y Trelew. Después supimos que se había ordenado que en el piso donde estábamos nadie gritara, nadie hablara en voz alta siquiera. Pusieron custodias para que no se interrumpiera la entrevista. Alguien me confesó luego que se asombraban de la paz, la quietud que reinaba en la celda. Prácticamente no intervine. Porque los tres se trabaron en un diálogo y se ayudaban mutuamente, aclarándose datos que tenían confusos. Se creó un clima de

mucha conexión entre ellos. Un clima de lucidez, por un lado, y de emotividad, por el otro, muy densos, sin que en ningún momento hubiera pérdidas de control o desequilibrios. Estábamos en una celda pequeña, donde caben apenas dos camas dobles, un váter, una piletita, con una reja arriba, alta, grande. Yo estaba sentado en una mesa, frente a los tres. No me moví para nada. Hablábamos todos muy bajito, lentamente. Nadie se movía, casi. Como si estuviéramos pegados, como si estuviéramos amarrados por algo. Los tres hablaban tranquilamente, serenamente, sin gestos dramáticos. El ademán más dramático lo produjo Haidar. Fue cuando María Antonia relataba cómo se sentía después de que la balearan en Trelew, cuando siente que va a morir y piensa que no es tan duro y dice que siempre ha estado preocupada por cómo se sintió su compañero cuando murió y que se alegraba mucho pensando que no lo habría pasado tan mal, dentro de todo, que no era tan espantoso. Lo único que hizo Haidar fue taparse la cara con las dos manos. Eso fue todo.
[Francisco "Paco" Urondo, extracto del libro *La patria fusilada*.]

Con la toma de los pabellones se empezó a especular que podríamos llegar a salir. "Es probable que salgan, pero no ahora", nos decían los abogados. No íbamos a creerlo hasta que sucediera. Llevábamos dos o tres años presos. El día 24 entró mi hermano Ricardo a la visita de contacto en el patio. Estaba haciendo fotos para un diario, como freelance*, y me dio la cámara con el único rollo que tenía. Los cinco pisos de los pabellones estaban abiertos, cualquiera podía ir por cualquier lado, empezaron a encontrarse los militantes presos que antes se hablaban por el caño, corriendo el inodoro. Ahora podían verse en persona. Empecé a hacer fotos en los pabellones.* | Alicia Sanguinetti, PRT-ERP

Yo estaba convencido de que nos iban a dejar presos, que iban a salir los que no tuvieran causas con sangre, y la nuestra estaba hasta las pelotas. Montoneros también tenía causas con sangre. Las que no tenían sangre, el Negro Quieto, los de Sitrac-Sitram, Pedro Cazes Camarero, un chiste, la gran molotov que nunca estalló, no hubo sangre, explosión. Eso pensaba yo. Las causas jodidas se quedaban adentro. A mí me habían puesto como responsable del pelotón de choque en la cárcel. Íbamos a salir por la reja o por el muro de adelante. Teníamos armas suficientes para boletear a alguno. Calculo que habían entrado el día anterior. No sabía dónde estaban las armas, las manejaba la dirección, pero me las iban a dar. Yo era jefe del pelotón de choque, de avanzada, si no nos dejaban salir a todos. De hecho, confiábamos en la movilización de afuera y en los rehenes, que ni ellos sabían que estaban de rehenes, los diputados [Raúl] Bajezman, Sandler, Mera Figueroa. El 25, el plan era salir con ellos o salir apretándolos a ellos. / Carlos Ponce de León

En la víspera del 25 de mayo, FAR y Montoneros reafirmaron que la victoria electoral no implicaba la conquista del poder. "Las mayorías, cuando no están organizadas y armadas, pueden ser desconocidas por los dueños del poder económico y militar." Las dos organizaciones armadas recordaron las huelgas, los alzamientos populares, "y el permanente accionar de sus organizaciones político-militares" como antecedentes de lucha de la nueva etapa que se iniciaba al día siguiente. El documento se comprometía al apoyo y la defensa al nuevo gobierno, pero también lo obligaba al "cumplimiento del programa de Liberación" votado el 11 de marzo.[2]

A la medianoche del 24 de mayo de 1973, la Plaza de Mayo estaba iluminada. Llegaban grupos desde barrios del conurbano bonaerense, comenzaban a acampar con guitarras y bombos. Se prepararon fogones.

Sonaba la bocina de los autos que circulaban por el centro porteño. Se imaginaba una jornada de entusiasmo, con los dedos en V, con banderas de Perón y Evita y también con estrellas rojas de cinco puntas. Después de diecisiete años de proscripción, en la primera oportunidad que tuvo para votar, el peronismo volvía al gobierno. Se imaginaba un día feliz.

1 Francisco "Paco" Urondo, periodista de *La Opinión* y miembro de las FAR, había sido detenido dos meses antes en Ingeniero Maschwitz. Aprovechó la toma de los pabellones para entrevistar a los tres sobrevivientes de Trelew que también estaban encarcelados en Devoto.

2 Para FAR-Montoneros, los primeros actos del gobierno debían ser: liberación, mediante la amnistía y el indulto, de todos los combatientes y presos políticos; eliminación de la camarilla militar; recuperación de todos los resortes básicos de la economía nacional, actualmente en manos de los monopolios; asegurar la plena ocupación para todos los trabajadores y que, por lo menos, los salarios recuperaran el nivel existente en 1955.

Capítulo 17

25 de mayo de 1973: Cámpora al gobierno, Perón al poder. Festejos y disturbios en la Plaza de Mayo. La consigna militante: "Todos a Devoto por la libertad de los presos". Los intentos de apertura del penal. Los discursos a la multitud. La salida de los presos antes del indulto presidencial.

Cuando bajamos por las escalinatas, el jefe de la guardia del penal me gritó: "Cazes, Cazes, ¿dónde está la lista?". Y le dije a Abal [Medina]: "Dame el papelito". Me da el papelito. Lo abro: en blanco. Era una hoja tamaño A4. Además, con el énfasis del discurso estaba toda arrugada. "Nos vamos igual…", me dice. Y les dije a los compañeros: "Salen…".

PEDRO CAZES CAMARERO

Estuve discutiendo desde las cuatro de la tarde del 24 hasta las dos de la madrugada del 25 las tres leyes que enviaríamos al Congreso: la amnistía, la supresión del Tribunal del "Camarón" y la ley 20.509, que derogaba las leyes y disposiciones del gobierno militar [desde 1966 hasta 1973]. Traté de que diputados y senadores retiraran sus proyectos y prevaleciera el del

Poder Ejecutivo. Había tenido una larga charla con [Antonio] Tróccoli, jefe de la bancada radical, y me dijo que ellos votarían la amnistía en los términos del Ejecutivo. Más allá de que tuvieran una diferencia o no, "nosotros queremos que este país arranque cero kilómetro", eso me dijo, palabras textuales, comiendo en un boliche del centro. Yo tenía la certeza de que la amnistía saldría bien en el Congreso, que era el escenario que queríamos. No era lo mismo presentarlo como la decisión de un par de tipos en soledad que una decisión de todo el arco político. Entonces, a la una de la madrugada del 25 de mayo fui a la casa de Cámpora, que ya estaba durmiendo, y le dejé el proyecto a uno de sus hijos. Le avisé que a la mañana iría directamente a la Casa de Gobierno y no a la jura del Congreso. Y así fue. / Esteban Righi

Una caravana de autos y motocicletas policiales escoltó el traslado de Cámpora desde su departamento hasta el Congreso. Desde los balcones de los edificios, a su paso, caía papel picado. Era una mañana de sol pleno. La Asamblea Legislativa lo recibió, aplaudió de pie y le tomó juramento. Cámpora juró por Dios y por la Patria. A las 8:20 de la mañana del 25 de mayo, era el nuevo presidente de los argentinos.[1]

En un momento, Cámpora detuvo su discurso y entregó el proyecto de Ley de Amnistía del Poder Ejecutivo para que lo debatiera el Congreso. Lo fundamentó:

> Jóvenes, obreros y estudiantes que no han encontrado razones para creer en un sistema democrático, ni oportunidad para ejecutar el sufragio como medio de expresión de la voluntad popular, están poblando las cárceles. Ha sido vano y aun contraproducente el remedio del régimen. Se impone cambiar el tratamiento del régimen. Partimos de una verdad evidente: la violencia es el síntoma de una sociedad injusta. Entonces removamos la

injusticia, pero no pongamos en la cárcel a nuestros jóvenes. Que no sean ellos los que paguen con el bien precioso de su libertad el precio por los privilegios que quieren ser mantenidos.

[Héctor J. Cámpora, discurso ante la Asamblea Legislativa.]

Al amanecer del 25 de mayo, por la avenida Alem, marchaban las columnas de la Tendencia Revolucionaria Peronista y de Montoneros hacia la Plaza de Mayo. También se sumarían obreros de fábricas en sus columnas gremiales, estudiantes secundarios y universitarios, militantes de unidades básicas, gente que llegaba de los barrios. Los unía el grito de "¡Perón!", "¡Perón!".

A media mañana, Cámpora continuaba su discurso —duraría tres horas y media— y la plaza ya estaba cubierta. Grupos de militares se mostraban en los accesos a la Casa de Gobierno, uniformados y con paso marcial. Ese gesto —considerado provocativo por la militancia juvenil peronista— fue repudiado a gritos: "Se van, se van, y nunca volverán…". Después se supo que jefes militares que unas horas después abandonarían el gobierno entraban por la explanada del Bajo. Algunos grupos corrieron para insultarlos y tiraron piedras que golpearon a la banda musical de la Armada Argentina. Eran momentos de excitación, de euforia, de odio. La militancia, acordonada en la calle, insultaba y escupía si un grupo de oficiales o soldados pasaba cerca de ellos. Pocos minutos después ocurrió una tragedia cuando un joven intentó cubrir a un militar con la bandera argentina. El militar, sorprendido por su actitud, le disparó. La bandera quedó ensangrentada.

El militante murió.

* * *

El 25 de mayo fui manejando mi auto a la Casa de Gobierno. Lo dejé a media cuadra de la Plaza de Mayo y entré. Después me enteré de que quisieron quemarlo, pensando que era de alguien del gobierno militar. Me sentía solo. Todo el gobierno electo estaba en el Congreso. No conocía a nadie. Mi único contacto era al brigadier Bortot. Tengo la imagen de Lanusse frente a mí, rodeado de una cantidad de gorras de generales. Y en un momento me mandó a llamar porque le habían escupido el auto al almirante Coda. Y ahí se generó una discusión sobre quién debía poner orden. Lanusse me dijo: "Usted tiene que hacer algo". Y yo respondí: "General, yo no soy nadie acá. Estoy porque usted me dejó entrar. El que tiene que hacer es usted, que es el presidente". Y Lanusse siguió: "Tiene que actuar el que va a ser el jefe de la Policía". "Exacto, va a ser, pero no es". Esto fue al mediodía del 25. / Esteban Righi

La idea de que el presidente y su vice desfilaran en un auto descapotable, a paso de hombre, desde el Congreso hasta la Casa Rosada y saludaran a la multitud estaba prevista en el protocolo. Pero fue descartada. Cámpora y Solano Lima llegaron en helicóptero. A esa altura, a los invitados de la ceremonia presidencial se les hacía imposible acceder por las explanadas. Los granaderos apuntaban con sus armas a la multitud que presionaba sobre las rejas de la Casa de Gobierno. Se calculaba que había cerca de medio millón de personas en los alrededores de la Plaza de Mayo.

Por los parlantes, el locutor oficial anunció los nombres de los representantes extranjeros presentes en la asunción presidencial y se saludó con aclamaciones a los socialistas Salvador Allende y Osvaldo Dorticós. Como reverso, la multitud se unió en una silbatina cerrada y sorda cuando se mencionó a William Roger, secretario de Estado de los Estados Unidos.

Cerca de las once, llegó por el Bajo, detrás de la Casa Rosada, el almirante Carlos Coda. Su vehículo fue abordado por la manifestación. Al

marino le arrojaron los fusilamientos en la cara. “Ya van a ver, ya van a ver, cuando venguemos los muertos de Trelew.” La reacción policial, con gases y balas de goma, precipitó corridas y avalanchas. Hubo heridos. Ya estaba instalada la sensación de que el festejo popular podría terminar en una represión masiva. El humo de los gases inundó el aire. Algunas zonas de la plaza empezaron a despoblarse, la gente corría con la cara tapada con pañuelos. La banda de la Armada también se dispersó, los instrumentos se perdieron en la calle. Fue definitivamente silenciada. El descontrol creció: autos volcados, fuego, vidrios rotos. La batalla contra la policía continuó y, después de un repliegue, la marea volvió a la carga. Los uniformados retrocedieron.

Por los altoparlantes se anunció que la Juventud Peronista se ocuparía de mantener el orden. La plaza fue volviendo a la calma. Ahora eran jóvenes con brazaletes negros y rojos los que exigían disciplina a los suyos. El cambio de poder se consumaba en la calle. No había garantías, ánimo ni voluntad para que los manifestantes toleraran el tradicional desfile de las Fuerzas Armadas, que se suspendió. Dos mil soldados fueron, en los hechos, expulsados por la presión de la multitud. Tampoco se realizaría el Tedeum en la Catedral. En un momento, por los altavoces se pidió un minuto de silencio en homenaje a Evita, y el silencio retumbó. Sobre los muros de Balcarce 50 había una pintada: “Casa montonera”.

* * *

Adentro, en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, con el canto de la “Marcha Peronista”, Cámpora recibió los atributos de mando. El general Lanusse le colocó la banda presidencial. Allende y Dorticós eran testigos de honor.

El enviado norteamericano Rogers quedó fuera de la ceremonia; no logró ingresar en la Casa Rosada. El embajador John Davies Lodge perdió a su custodia y fue visto por el Bajo en busca de un taxi que lo condujera a la residencia.

El peronismo volvía otra vez a la Casa de Gobierno, después de que fuera expulsado con bombas y fusiles.

* * *

Antes de la jura de ministros lo vi a Bortot preocupado. Me dijo que Lanusse, a diferencia de Coda y Rey, no estaba de acuerdo con irse en helicóptero. Se quería ir en auto. Me acerqué y le dije: "General, admítame que a nadie le hace bien que a usted le den vuelta el auto". Me miró y respondió: "Righi, escúcheme: Coda y Rey que se vayan como quieran; yo acá entré por la puerta y me voy por la puerta". Después, Bortot me avisó que Lanusse se iría por tal lugar y se lo transmitimos a dirigentes del peronismo, que hicieron correr la voz, y lo sacamos por otro lado. | Esteban Righi

Después de la jura, los festejos en la plaza estaban en su momento de esplendor. Ya entraba la tarde. "Qué lindo, qué lindo que va a ser… El Tío en el gobierno, Perón en el poder." Cámpora salió al balcón de la Casa Rosada por primera vez en su vida y saludó a la multitud. Hizo un discurso corto y luego recordó aquella máxima general Perón: "De casa al trabajo y del trabajo a casa", dijo para despedirse.

Entonces ya había corrido la convocatoria: ir a la cárcel de Devoto, ir caminando, en camiones o colectivos, con banderas, bombos, antorchas; ir a Devoto a "liberar a los presos".

* * *

Empecé a ir a la cárcel de Villa Devoto a partir del 11 de marzo por pedido de [Raúl] Lastiri [presidente electo de la Cámara de Diputados]. Me había ganado la confianza del director, el prefecto [Romualdo] Díaz. Imaginaba que cuando se acercara el 25 de mayo, este tema sería una carga explosiva. Sentía pólvora en el aire. Yo conversaba con los presos políticos en las celdas, les tomé simpatía. Tenía con ellos un discurso de prédica democrática, que estaba muy bien que agarraran la matraca, que no estaba de más matar a algún tipo, pero que la democracia era mejor. Era una actitud pedagógica. Los días previos a la asunción de Cámpora, la discusión en la cárcel era: "¿Vos creés que los burgueses nos van a liberar? No, no vamos a salir más". Otro decía: "Yo tengo confianza…". El 25 de mayo, después del mediodía fui a la cárcel y lo encontré a Díaz en su despacho de la planta baja reunido con seis o siete de su plana mayor. Apenas me vio, me dijo: "Por fin vino, diputado. ¿Trajo la orden de liberación?". Le dije que no podía traer nada porque la amnistía la tenía que votar el Congreso. "Pero ¿cuándo…? Nooo… entonces estamos perdidos… La gente está esperando salir, acá se va a armar un quilombo fenomenal…". El tipo estaba desesperado, y los que lo secundaban también.

Fui al pabellón para ver a los presos, me recibieron los muchachos: "Diputado… ¿qué noticias trae?". "Todo bien, Cámpora acaba de asumir…", y las opiniones encontradas saltaban como chispas. Estaban los tipos que decían que la burguesía los estaba traicionado, que en su puta vida saldrían de ahí, y los que aseguraban: "Vamos a salir a como dé lugar". Estas conversaciones duraron desde las dos hasta las cinco o seis de la tarde en un piso con las celdas abiertas. Seríamos diez o doce. Hasta que uno se encarama para el lado de la ventana y dice: "Che, la puta, mirá

la cantidad de gente que hay". Cuando yo había llegado, no había nadie. Ahí se avivó la conversación. Empezó a cambiar el clima interno y externo. A las seis de la tarde podría haber dos mil, después cinco mil… A eso de las ocho voy a verlo al prefecto Díaz y me dice: "¿Y qué le dije yo?". Como diciendo, "te lo dije, boludo". Nerviosísimo el hombre. Yo le dije: "Hay que hablar con Cámpora. Creo que está en el Teatro Colón". / Héctor Sandler, diputado electo de la Nación, Alianza Popular Revolucionaria

* * *

Al caer la tarde, la presión y la impaciencia de la masa popular iban en aumento, entre los que se encontraban familiares de terroristas, de presos comunes, guerrilleros, agitadores. Los cantos eran significativos. "¡Reviente quien reviente, libertad a los combatientes!", "¡Abran, carajo, o la tiramos abajo!". Las autoridades de la cárcel recibieron la orden de desarmar a todos los agentes penitenciarios en franco de servicio para evitar desbordes emocionales y represión a los alojados, que ya se encontraban en virtual pie de guerra, amotinados, tomando plantas, pisos, pabellones, en un verdadero desbande de corridas, ajustes de cuentas y gritería descomunal. Paralelamente, comenzaron a correr versiones alarmantes, falsos rumores armados ex profeso. Se ordenó cambiarse de civil para mezclarse con los atacantes en caso de que los portones cayeran.

El prefecto Díaz demostraba serenidad y plena capacidad para sobrellevar la situación. Mandó al ayudante de Órdenes que anotara quince números telefónicos. "¡Comuníqueme con el primero que atienda!" Los números correspondían a Dirección Nacional, al Ministerio de Justicia y al juzgado de turno. Nadie respondió. Preocupado, hizo el repaso de la situación: "Nadie atiende los teléfonos, no hay nadie, todos

se mandaron a mudar, la Policía Federal levantó el poco personal que había en los pabellones, los subversivos tomaron los pabellones y los comunes también quieren que se los considere. Si indultan a unos, lo exigirán también para ellos". El ayudante le recordó que había una sección de Gendarmería en los galpones aledaños, y el director le replicó: "Ésos hace días que se fueron, estamos solos…

[Extracto del blog personal del alcaide Nelson Cremades (yofuiunrodillasnegras.blogspot.com.ar/), guardiacárcel de la unidad penal Villa Devoto.]

* * *

El penal había empezado a hervir. "Hoy salimos todos", "vienen a buscarnos". Es como un choque de trenes, o el hundimiento de un trasatlántico, cada minuto va cambiando todo. En un momento, empezaron a perforar el portón principal con una autógena. Yo sé lo que es una autógena. Vengo del Otto Krause. ¡Los tipos tenían una autógena! Díaz no quería reprimir, pero hizo armar a su oficialidad y la puso delante de los portones para repeler un posible ataque. Los presos ya estaban por el patio. Afuera había una multitud. Le dije que subiéramos a un preso a la pasarela del primer piso y le dijéramos a la gente que se calmara. Pero desde arriba no se entendía nada. Se escuchaba: "Vamos a entrar a romper todo". Salgo de ahí, voy a la oficina de Díaz y veo un tipo espigado, que venía a informarse; para mí era un pendejo. Era Abal Medina. Estaba totalmente en bolas, como diciendo: "Bueno, qué es lo que pasa…". | Héctor Sandler

* * *

Después de la jura en la Casa de Gobierno fui al Ministerio del Interior y luego a mi casa, a dos cuadras de la de Cámpora. Vino [el ministro de Justicia Antonio] Benítez y me dijo que había algo en Devoto. Yo acababa de salir del baño, me preparaba para ir a la recepción de las delegaciones extranjeras en el Palacio Legislativo. No recuerdo si en ese momento hablé a la cárcel y luego con Cámpora, o fue al revés. En la cárcel, el grado de desorden era enorme, mucho más importante que lo que me había contado Benítez. Le conté a Cámpora lo que pasaba y le dije que las alternativas eran todas malas. Reprimir, cosa que no se podía hacer. O dejar que tomaran la cárcel, que tampoco se podía hacer. Veníamos precedidos de una larga discusión entre los partidarios del indulto y los de la amnistía. Yo estaba en este último grupo. Habíamos logrado una fórmula que permitía la liberación en un par de días. No había razones para presionar y obtener el indulto. Cámpora entendió que no había más remedio que dar el indulto y le dije que había que anunciarlo para descomprimir. Me dijo que preparara todo. / Esteban Righi

* * *

Participé en los actos del Congreso y de la Casa de Gobierno y me fui a dormir un rato a casa. Vivía en la avenida Callao y Quintana. Sobre las siete y media me llamó Julio Mera Figueroa, que era mi secretario y había asumido como diputado. Me dijo: "Juan, estoy en Devoto. Esto es un despelote, no lo arregla nadie". Yo estaba en otro mundo. No quería estar en el gobierno. No me había gustado el Gabinete… López Rega; Robledo en Defensa era un despropósito. No iba a ir a la comida de la asunción. Tampoco sabía qué iba a pasar en Devoto. Pensaba que habría una manifestación y a otra cosa. Julio me pasó con quien en ese momento estaba a cargo de la cárcel. Díaz. Pobre hombre. Me habló con el lenguaje

de la cárcel. Me decía que fulano y sultano estaban sueltos y podría pasar cualquier cosa. Lo busqué a Cámpora y no lo encontré porque estaba en la recepción con las delegaciones extranjeras. No pude hablar con Righi. Y me volvió a llamar Julio. Me dijo que estaban golpeando las puertas y no se sabía si las iban a tirar. Ahí decidí ir para Devoto.

¿Sin autorización de nadie?

¿A quién se la iba a pedir? Yo intenté el contacto con el gobierno y no lo obtuve.

Pero no tenía ninguna instrucción.

En esa época era todo de hecho. ¿Cómo iba a hacer? Fui a Devoto en auto, con mi escolta, mi custodia policial y con el principal secretario mío, Horacio Maldonado (Julio era el segundo). Fueron abriendo paso. Yo tenía mucho poder, como personaje. Entré por el portón. Adentro era un despelote. Me encontré con un grupo de diputados grande. Mera, [Roberto] Vidaña, [Rodolfo] Díaz Vittar, Sandler y algunos más. Estábamos en la oficina del jefe del penal. Ahí me dicen que [Roberto] Pettinato será el nuevo jefe y pedí que lo ubicaran. / Juan Manuel Abal Medina, secretario general del Movimiento Justicialista

Abal Medina estaba seguro de que sería ministro del Interior y no le cayó bien mi designación. Yo no tenía ningún interés en ese cargo. Se lo dije a Cámpora: "Soy un recién llegado. Pongan a alguien más vinculado con la historia del peronismo". La conformación del Gabinete se pactó entre Perón y Cámpora en Madrid. Abal había salvado la ropa con la caída de Galimberti, pero quedó golpeado. En rigor, para el 25 de mayo era secretario general del peronismo en situación de debilidad política. Estaba molesto porque no era el ministro del Interior y probablemente haya ido a Devoto para recuperar protagonismo. Y sin duda lo recupera. No sé de dónde obtiene el dato de que se otorgaría el indulto a los presos. No de mí.

Se lo pudo haber dado Benítez u otro. El peronismo no es un lugar para guardar secretos. / Esteban Righi

El 25 a la mañana nos reunimos con un grupo de Los Sabinos, a estudiar [Geoge] Lukács en una celda. Queríamos salir, pero éramos pesimistas. Veíamos que la cosa venía mal. Y estábamos reunidos, esperando a ver qué pasaba, con la puerta de la celda entornada, y de golpe entró Juan Manuel Abal Medina, que había preguntado por mí. Cuando lo veo, vi la cara de Fernando, no lo podía creer. Lloraba. / Ignacio Vélez Carreras

> En el interior del penal, la confusión era total. Prácticamente sin conducción, oficiales y suboficiales transitaban de sobresalto en sobresalto pensando en que muy pronto serían víctimas de las horas fuera de control. Desde la calle habían comenzado a tirar contra la entrada del penal cócteles molotov, y algunos pugnaban por derribar el portón. La mayoría del personal recargado estaba sobre la terraza del puesto de control, observando los sucesos de la calle.
> [Extracto del blog personal del alcaide Nelson Cremades.]

Los guardiacárceles estaban muy asustados. Los presos comunes, los más pesados, habían logrado abrir la primera puerta y estaban sobre el pasillo. Yo fui y me agarraron los guardias para que no me acercara: "Lo van a tener de rehén". Un clima pesado. Me acerqué, estiraban el brazo del otro lado de la reja, pero arreglé con ellos una reducción de penas. Estaba Pettinato a mi lado y les decía lo mismo. "Yo necesito que para pactar esto, vuelvan a sus lugares…" "No, nos quedamos acá." Finalmente volvieron a meterse, se alejaron de la segunda reja, entró el personal y puso la traba y el candado en el portón. Pettinato iba a ser el director de cárceles. Era un

peronista importante. El General le tenía confianza. / Juan Manuel Abal Medina

> Los presos comunes, alentados por los políticos y los subversivos, quienes les prometieron todo tipo de concesiones, se amotinaron, rompieron rejas de acceso, prendieron fuego a los colchones y cuando llegaron hasta la "T" de seguridad, fueron frenados por Seguridad Interna. Corrían rumores de toma de rehenes, y como faltaban uno o dos celadores, se hizo más creíble la versión. Con el pasar de las horas se recuperó a un agente que había sido protegido por los maricas; le prestaron ropa y lo mimetizaron con ellos para que no lo mataran.
> [Extracto del blog personal del alcaide Nelson Cremades.]

Había una chica y siete muchachos de los comunes con el ERP. Los tuvimos listos los días anteriores en el mismo pabellón. Montoneros no me acuerdo si tenía. Es probable. Los montos eran muy afines a los comunes. También los de las FAR. Había una promesa de Pettinato de bajarles la pena de las condenas, cosa que después ocurrió. Pettinato estaba estaba buscando a Chiappe.[2] *Y efectivamente lo encontró. Aparentemente, porque no me queda claro, quería largarlo. Por lo que cuenta la inteligencia nuestra, Pettinato salió con Chiappe a las cinco de la mañana. Intentó sacarlo y se lo llevó, pero no supe por qué. Yo hablé con Chiappe, una persona muy desagradable, maloliente; lo considerábamos un lumpen más de todos los que estaban amontonados en Devoto. Se mandaba la parte, hablaba con acento francés, pero como un delincuente. No hablaba como un preso político.* / Pedro Cazes Camarero

> Pese a la orden de desarme, unos diez oficiales que fueron recargados como refuerzo se negaron a entregar sus armas y expusieron las razones

de gravedad que justificaban su actitud. Cubrieron las ventanas que les habían asignado con pistolas 9 mm y PA3. La directiva era cubrir el frente y el playón grande, de donde, si entraban los atacantes, no saliera nadie.

[Extracto del blog personal del alcaide Nelson Cremades.]

En un momento fui a la pasarela del primer piso y quedé estupefacto por la gente que había en la calle, desde Bermúdez hasta Beiró. Una movilización monstruosa, decenas de miles de personas. Los guardiacárceles me decían: "Están tirando abajo la puerta… ¿qué hacemos?". Se veían menos tipos de uniforme, se habían vestido de civil y huían por los entrepisos de los pabellones. Todo el mundo corría. Cada vez que íbamos de acá para allá pisábamos unas ametralladoras pesadas, dos FAP. Estaban frente a la puerta. Eran un obstáculo para pasar. Pero nadie quería agarrarlas y, menos, usarlas. No había voluntad de los guardiacárceles para reprimir. Habían puesto a los tipos más agresivos en la pasarela apuntando hacia la manifestación, pero no hacia nosotros. Yo pensé que la situación se podía descontrolar en cualquier momento. Si se hundía la puerta y entraba la movilización, podría pasar cualquier cosa.

Cuando estaba en la pasarela, un guardia me dijo que bajara a la oficina para hablar por teléfono con Righi. Todavía no era de noche. Righi no era un tipo reaccionario, sobre los presos políticos le había dicho a Cámpora que dejara pasar el tema, que en cuatro o cinco días salíamos… Me dijo: "Escúcheme, Cazes. Ustedes le dicen a la gente que se retire y nosotros les garantizamos la amnistía y salen todos afuera". Estaban todos escuchando, Pettinato, Díaz, veinte tipos alrededor, mientras desde afuera se escuchaban los golpes del poste de teléfono contra el portón. Le digo: "Mire, Righi, hay una parte que usted no entiende…", todo por teléfono, "están tirando la puerta abajo. ¿Usted cree que a la gente que viene a

pedir mi libertad y la de mis compañeros yo puedo decirle que se vaya? No voy a hacerlo. Pero además, si les dijera que se vayan, me matan. No me van a obedecer". Y se escuchaba un bla bla bla, alguien que le hablaba a Righi, un cuchicheo. Corté el teléfono y volví a la pasarela. | Pedro Cazes Camarero

* * *

Le dije a Camarero que no tenía sentido presionar a un gobierno que acababa de asumir. Visto a la distancia, ellos querían aparecer arrancándole el indulto al nuevo gobierno. Si era tan así, si era la lucha popular la que lo conseguía, ¿por qué no lo consiguieron el día anterior? Había un conflicto de intereses claro entre un gobierno que quería ser protagonista de una etapa y ellos [PRT-ERP] que querían hacernos parecer un gobierno burgués, y que la libertad la conseguían ellos. Querían marcar esa diferencia. Montoneros fue arrastrado por el ERP. Era un híbrido. Después me fui a la Casa Rosada para tratar de hacer una cosa más o menos ordenada. Mi preocupación era que no hubiera episodios de violencia. Acabábamos de llegar, y cuando estás recién llegado, no sabés qué timbre tocar. No tenía a nadie en ningún lado. | Esteban Righi

Como si ya lo tuvieran planificado, un camión con caja volcadora avanzó entre la multitud y se puso de culata contra el portón principal de la cárcel. Tenía cubierta su caja con una lona y desde allí comenzaron a repartir armas a la muchedumbre y con sus paragolpes comenzó a golpear el portón. Apareció transpirando el jefe Vinzón en el playón interior y preguntó: "Pibes, ¿cómo está la cosa?". Fue informado de que se había puesto brava y estaban intentando derribar el portón principal, lanzaban molotov por las ventanas de la guardia, que ya estaba a oscuras.

Vinzón preguntó: "¿Y si les tiramos unos gases?". Eso fue suficiente para que los oficiales corrieran a la guardia y distribuyeran lanzagases. No había retenes, así que el "Colorado" llamó a cinco o seis agentes que vivían en el casino y los envió a la terraza para que intentaran despejar con gases a la multitud, en especial a los del camión, que representaba un serio riesgo. Pero a un agente se le escapó un disparo de gas que golpeó en una reja, rebotó y le dio en el casco a Antonito Spada. Se salvó de casualidad. Lo putearon todos por gasear a sus propios compañeros.
[Extracto del blog personal del alcaide Nelson Cremades.]

El camión nunca golpeó el portón. Lo que golpeaba era el poste de teléfono de madera, grandote. El camión no hizo nada. Lo habían traído los montos. No tenía armas. Los montos dicen que llevaron algunas armas en auto. Nosotros no llevamos armas. Había una decisión política de no liberar el penal con armas. La decisión era entrar, como última opción, en el marco de una movilización, que podía ser muy fuerte. / Pedro Cazes Camarero

* * *

Salí a una pasarela para hablar, dije que se estaba avanzando en los aspectos legales, conforme a la ley. Y la gente gritaba cada vez más. Había una presencia muy importante del ERP, que apretaba para la libertad inmediata. Hablé con el director y acordé un acta que decía algo así como: "Bajo la responsabilidad del grupo de diputados presentes, que manifiestan que todos los sectores van a coincidir en la amnistía, para evitar un hecho mayor, los presos salgan en libertad". Entonces subí de nuevo a la pasarela, algunos legisladores de la comisión subieron conmigo, y dije que se habían arbitrado medidas, que se mantuviera la calma, que ya estaba el

indulto, lo cual no era cierto. Había que calmar las cosas de alguna manera. / Juan Manuel Abal Medina

* * *

Después de hablar por teléfono con Righi, volví a la pasarela y empecé a hablar con la movilización por segunda vez: "Me piden que ustedes se vayan…" "Nooo…", decía la gente. "Creo que deberían quedarse porque son la garantía de la libertad…" Y enseguida, no sé de dónde salió, se abrió el cielo y apareció Abal Medina. Llegó a la pasarela y me pidió el megáfono. Venía con un rollo de papel blanco en la mano y empezó a hablarle a las masas de la historia argentina, el rosismo, la resistencia peronista, Frondizi… Y Mario Hernández, el abogado, se le acercó y le susurró, sin darse cuenta de que salía por micrófono: "Ay, Abal, Abal, por ese camino vas mal". Y Abal cortó bruscamente y dijo: "Por todo lo dicho, quedan en libertad". Me enteré cuando él lo dijo. La movilización lo aplaudió. Y Abal seguía con el papel blanco. Yo pensaba que era el del indulto. Cuando bajamos por las escalinatas, el jefe de la guardia del penal me gritó: "Cazes, Cazes, ¿dónde está la lista?". Y le dije a Abal: "Dame el papelito". Me da el papelito. Lo abro: en blanco. Era una hoja tamaño A4. Además, con el énfasis del discurso estaba toda arrugada. "Nos vamos igual…", me dice. Y les dije a los compañeros: "Salen…". / Pedro Cazes Camarero

* * *

¿El indulto lo da usted, de alguna manera?

Abal Medina: —No puedo decir eso.

Los testimonios indican que llegó y dijo: "Salen en libertad". Como si hubiera habido dos centros de decisión. El suyo, que fue a Devoto, y el de Righi y Cámpora.

Abal Medina: —Puede ser. No hubo coordinación. Yo no era parte del gobierno. Mi papel era como secretario del Movimiento. Esa noche, Devoto estaba explosivo. Yo lo liberé… a mí no me gustaba hacerlo así, pero eso explotaba.

* * *

Volvió a llamar Righi y dijo que no había otra salida y había que liberar a los presos. Fue como un reguero de pólvora. Se escuchaban los gritos: "¡Vamos a romper todo hasta que salgan!". Pero Díaz, lógicamente, quería una orden por escrito. Me senté en la máquina de escribir para levantar el acta. Hice diez renglones en una hoja y la agregué a la lista de presos que me dio Díaz. Y ahí la firmó Abal Medina, [Armando] Croatto, todos los diputados. Propuse hacer salir a los presos por orden, de a veinticinco. Y cuando ya estaba todo cocinado, apareció Pettinato, el único que entendía sobre derecho carcelario, y me dijo: "Diputado, no pueden salir sin un inventario de las cosas que tiene cada preso". Los tipos caminaban hacia el patio externo, era un tumulto que se iba armando. Entonces salí y dije: "Los elementos personales de cada uno de ustedes serán entregados el sábado de nueve a doce del mediodía". Así lo calmé a Pettinato.

Armé el primer grupo de veinticinco, de dos en fondo, y le dije al guardia que abriera la puerta, y los veinticinco me llevaron a mí. Se produjo un remolino infernal, me arrastraron a la calle y ya no pude reingresar. Se fueron caminando en una multitud de decenas de miles de tipos. Era un alborozo, "hasta la victoria siempre", había una especie de fuego interior, una sensación de que habíamos ganado; eran todos peronistas, aunque yo

no lo era. En las dos horas siguientes fueron saliendo todos los demás. Fue un acontecimiento gobernado por "la fuerza de las cosas". / Héctor Sandler

Fue una amnistía de hecho. Un mal menor. El ERP fue clave. Se concentró en Devoto desde temprano y lo hizo para que el evento del día no fuera la Plaza de Mayo, que es de Perón. Manejamos la salida con el personal carcelario, con la lista confeccionada en los días previos. Ésa es la gente que salió. Después, más tarde, se escaparon otros. Le encargué a Horacio Maldonado que llamara a Alberico González, secretario general de la UTA [Unión Tranviarios Automotor]. Era un sindicalista tradicional, cercano a Lorenzo Miguel, y me ayudó a sacar a los presos de Devoto. Se fue cargando a la gente en colectivos y camiones. Estuve controlando esa primera parte. Ahí tuve un episodio medio feo con una columna del ERP, que no quería identificarse. El que salía tenía que dar su nombre y estar en la lista. Alguna mínima formalidad había que cumplir. Cuando terminé en Devoto fui a la sede de la avenida La Plata y desde ahí distribuimos gente en casas de compañeros, otros en un hotel de la UTA en Once. No íbamos a dejarlos tirados. Además, estaban sin un peso encima. / Juan Manuel Abal Medina

Uno de los que después fue mi subsecretario en el Ministerio del Interior, Leopoldo Schiffrin, armó la lista de presos para firmar rápido el indulto. El mecanismo era fácilmente chequeable, según Schiffrin, por el sistema de detención. No sólo porque los presos vinculados con la guerrilla habían sido sometidos al Camarón, que era el órgano que los había llevado a prisión, sino por el régimen carcelario de "máxima seguridad". El tipo de detención lo indicaba en forma elocuente. / Esteban Righi

La noche del 25 estaba en la recepción a las delegaciones extranjeras, apareció alguien detrás de una columna y me dijo: "¡Vení que se armó un lío espantoso, vamos a la Casa de Gobierno!". Cruzamos la plaza y fuimos. Casi no había vigilancia. Un muchacho de la Juventud Peronista nos hizo entrar en el despacho del ministro. Estaban Cámpora hijo, el ministro de Justicia, Antonio Benítez, el presidente de la Corte, doctor [Miguel Ángel] Berçaitz, Righi, [Enrique] Bacigalupo y alguno más. Y tuvimos que hacernos cargo de una situación absurda, preparar el decreto de indulto. Nadie estaba dispuesto a esperar. Dije: "Muy bien. Pero ¿a quién se indulta?". No había nadie para preguntar. Pensamos que tendría que haber un fichero de personas puestas a disposición del Poder Ejecutivo con causas penales. Ésos son los más identificables. Buscamos a un empleado que abriera el fichero del Ministerio del Interior, que tardó mucho tiempo. Al final apareció un jefe de despacho que nos fue arrimando una lista muy engorrosa de personas que habían estado detenidas, pero ya habían quedado libres. Por lo menos era una lista. Había que seguir buscando listas.

[Leopoldo Schiffrin, subsecretario del Ministerio del Interior. *Página/12*, 21 de mayo de 2007.]

* * *

Salimos de Devoto en tres colectivos de línea que trajeron tres choferes voluntariamente. Los montoneros se fueron en dos camiones. Ellos se fueron a la sede de la avenida La Plata y nosotros a la nuestra, en la calle Río de Janeiro. Empezamos a distribuir compañeros en casas particulares. Temíamos que el gobierno nos mandara presos de vuelta. La orden fue "total dispersión". Hicimos una lista [para definir] dónde iba cada uno. La chica de los "comunes" que estaba con nosotros se había puesto de novia

con otro preso común y se fueron a coger. Yo daba por sentado que no volverían jamás. Y al rato aparecieron y pidieron plata para el taxi, no tenían guita para pagarlo. Le pagamos el taxi y se quedaron para la fiesta. / Pedro Cazes Camarero

Perón no quería el indulto. Dijo que era una lástima que no hubiéramos podido manejar eso. Fue uno de los temas que le echó en cara a Cámpora. Le dije al General que Cámpora no había tenido responsabilidad directa, las cosas se habían ido de las manos. Pero tampoco era un tema muy importante. Muchos jefes militares sí quedaron molestos y se lo manifestaron. Los tipos se habían enfrentado a la guerrilla, y los dejaban en libertad… / Juan Manuel Abal Medina

* * *

La autoridad última sobre el penal de Rawson era el V Cuerpo de Ejército, con asiento en Bahía Blanca. Estaba a cargo del general Leopoldo Fortunato Galtieri. El 25 de mayo de 1973, los presos se negaron a ir a la visita de contacto con uniformes y encadenados, y quemaron un uniforme para manifestar su protesta. El diputado electo Diego Muniz Barreto (JP) intervino en el penal para aquietar la tensión y comenzó un proceso de mediación con el general Galtieri.

El día que asumió Cámpora le tomamos la cárcel. Los días anteriores seguimos en las celdas pero con las puertas abiertas, podíamos hablar con quien quisiéramos. Pero a la noche nos volvían a encerrar. Ahí ya era un quilombo. La cárcel ya no era tan dura. Todavía tengo un candado con el número de la celda. Nos daban un uniforme azul con un gorro abrigadito. Éramos treinta por pabellón, creo que eran ocho pabellones, incluyendo los

de los presos comunes. El 25 empezamos a romper ventanas, que supuestamente eran muy duras. Agarramos camas de hierro, les dimos a las ventanas y rejas del pasillo, la de la entrada, y ya al final los guardias les abrieron la cárcel a los presos políticos. Los comunes nos pidieron que les abriéramos. Podríamos haberlo hecho, pero no lo hicimos. Muchos pensaban que los comunes trabajaban para la cana. Así fuimos rompiendo rejas hasta que llegamos a las últimas dos. Y el director las abrió porque íbamos a hacer mierda la cárcel. / Raúl Monsegur

La noche del 25 no me acuerdo quién avisó que empezaban a salir los presos de Devoto. Lo había escuchado por radio, y empezamos a comunicarnos entre los pabellones. Llamamos a los guardias y dijimos que queríamos salir. Ellos decían que no sabían nada, se asustaron, se fueron para adelante. Agarramos las camas de metal y empezamos a golpear las rejas y ventanas. Empezamos a avanzar todos, volteando rejas. Seríamos más de doscientos. / Humberto Tumini

A la medianoche, Muniz Barreto le confirmó a Galtieri que el indulto sería firmado en pocas horas. Galtieri estaba en su hotel de Rawson. Le dijo que esperaba el radiograma para que lo confirmara.

El Gordo [Muniz Barreto] iba y venía, traía información. Cuando nos enteramos de que salían los de Buenos Aires, empezamos a organizarnos desde adentro, rompemos una pared de vidrio de un baño, nos juntamos de distintos pabellones, y los guardias desaparecen. Muniz Barreto empieza hablar con Galtieri para que nos libere. Y Galtieri decía que tenía que llegar el decreto general y después el decreto por cada uno de los presos. / Luis Rodeiro

A las doce de la noche. Nuestros familiares estaban adelante, detrás de la puerta de salida. Entonces negociamos para encontrarnos con ellos. Les abrieron la reja y entraron. En determinado momento, serían las cinco de la mañana, nos dijeron: "Recibimos la orden. Salgan", y salimos caminando. Estaba el abogado Mario Abel Amaya. Fuimos a barrios muy humildes de Rawson, nos estaban esperando… y después al Teatro de Trelew. Hicimos el acto y viajamos en vuelos chárter. Mera Figueroa nos había dicho que, cuando saliéramos, nos mandarían aviones chárter. Nos cagamos de risa mal: "versero", "mentiroso". Pero los aviones estaban. Esa misma tarde volamos a Buenos Aires. Nos llevaron al local del Partido Justicialista, de la avenida La Plata, nos hicieron un pasillo para pasar entre la gente. Ahí habló el Flaco Carrizo, por el ERP. / Humberto Tumini

Salimos antes de que se dictara el indulto, sin lista, sin nombre, sin nada, fuimos abriendo los pabellones y salimos. Afuera había mucha gente… y de ahí fuimos a Trelew en colectivo, a un teatro. Se hizo una asamblea popular de todo el pueblo. Tengo recuerdos muy eufóricos, todos los aviones pintarrajeados. / Raúl Monsegur

Cuando salimos, recorrimos el pueblo de Rawson caminando. Ya amanecía. Era un agradecimiento por todo lo que nos habían brindado. La gente salía de las casas, nos aplaudían. Los vínculos eran tan estrechos que una hija de uno de los vecinos de Rawson se vino a Córdoba con mi familia a militar con nosotros. Ésos fueron los lazos que se iban creando. / Luis Losada

El 24 de mayo fui a Rawson, por eso no juré como diputado el 25. [El jefe del bloque peronista, Fernando] Pedrini me dijo: "Te doy un avión de Austral y los traés". Fuimos con Mera Figueroa para asegurar que los

presos salieran. Puse un colectivo. Los guardias se fueron rajando, fueron rompiendo la cárcel. Las autoridades esperaban el indulto para largarlos, pero después eso se desmadró y salieron sin indulto. Y se fueron todos. Ya habían subido al micro que los llevaría a Trelew y bajaron a mear la cárcel, a escupirla, el odio era infinito. Era de madrugada, hacía frío. Todo era un caos.

El avión lo puso la familia Reynal, que eran los dueños de Austral y estaban enroscados con el camporismo. Nos dieron los aviones gratis. Y aquí sucede uno de los momentos más emocionantes de mi vida. El avión levanta vuelo, la tensión es infernal, porque eran ciento y pico de tipos, algunos llevaban nueve, diez años presos. Y la azafata dice: "Austral Líneas Aéreas saluda a los liberados en esta nueva etapa de la Argentina, les desea el mejor de los éxitos y les agradece lo que han hecho por la patria…".

En un momento vino la jefa de azafatas y me dijo: "¿Qué hacemos con las chicas? Porque están de uniforme. Son tapados que pueden resultar una provocación". Me junté con Carrizo, el del ERP, y otro de Montoneros, no recuerdo el nombre. Les expliqué lo que sucedía. Se cagaron de risa y me dijeron: "Que vengan sin tapado…". Y aparecen las azafatas con bandejas de sándwiches, gaseosas, enormes, con unas gambas… para tipos que hacía años que estaban presos, no paraban de aplaudir, una ovación eterna.

Cuando llegamos a Ezeiza, era caótico. Se peleaban por llevarse a los presos. Toda la oligarquía vencedora, las chicas bien de Palermo y Recoleta, no había bacana, estudiante de algo fino que no se quisiera llevar un preso a la casa. Había tres o cuatro que no tenían familia y eran codiciados como un trofeo. El guerrillero era el mito del momento. | Julio Bárbaro, diputado de la Nación

* * *

En la madrugada del 26 de mayo de 1973 quedaron en libertad diecinueve presos de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) encarcelados en la Unidad 9 de La Plata. Habían sido detenidos en Taco Ralo, Santiago del Estero, en 1968. Entre ellos estaban Envar El Kadri y Amanda Beatriz Peralta de Diéguez —que se había fugado de la cárcel Buen Pastor de San Telmo y había sido otra vez detenida—. También fueron liberados presos políticos de establecimientos penales de Caseros (Capital Federal), Córdoba, Santa Fe, Chubut, Mendoza, Chaco y Tucumán. En la madrugada del 27 de mayo, el Congreso aprobó por unanimidad el proyecto de ley de amnistía del Poder Ejecutivo, disolvió la Cámara Federal en lo Penal y derogó las leyes especiales penales (represivas) de los gobiernos militares entre 1966 y el 25 de mayo de 1973. Luego de la votación, los legisladores se pusieron de pie, aplaudieron y cantaron el himno nacional. El 5 de junio, el PRT-ERP liberó, tras cuarenta y cuatro días de cautiverio, al comandante Jacobo Nasif de Gendarmería. Dos días después dejó en libertad al contralmirante Francisco Aleman, al que había secuestrado hacía dos meses y siete días.

El 5 de junio, una bomba estalló en la sepultura de Víctor José Fernández Palmeiro en el Cementerio de la Chacarita.

1 La Cámara Baja había quedado conformada con 145 diputados del FREJULI sobre 243 bancas. En la Cámara Alta, la proporción era de 43 senadores sobre un total de 69.

2 François Chiappe era miembro de la Legión Extranjera y del grupo terrorista de derecha Organización del Ejército Secreto (OAS, por sus siglas en francés). Integró una mafia corsa que se dedicaba al tráfico de heroína, la trata de blancas y el tráfico de armas. Había llegado a la Argentina en 1965, prófugo de la justicia francesa. Se lo acusó de

participar en el robo a una sucursal de Banco de la Nación en Capital Federal en 1968. Salió de prisión en la madrugada del 26 de mayo y fue recapturado dos meses después.

AGRADECIMIENTOS

Primavera sangrienta comenzó a gestarse cuando el productor de cine Juan Vera me consultó por los sucesos del 25 de mayo de 1973. Estaba interesado en saber qué había sucedido en la cárcel de Villa Devoto y por qué los presos no quisieron esperar siquiera un día para salir en libertad. Era un mandato: debían salir esa misma noche. Yo no tenía una respuesta definitiva y tampoco me pareció un tema tan trascendente en la marea de acontecimientos de la década del setenta. Pero lo era. Horadando en esa inquietud, me fui interiorizando en el significado de ese hecho y entendí que ese día obró como epílogo y prólogo de un tiempo de violencia todavía mayor. Éste es mi reconocimiento a Juan por haber disparado la idea.

Quiero agradecer también a las personas entrevistadas para este libro, quienes en todos los casos me brindaron su tiempo y disposición para reconstruir los hechos, su tiempo de cárcel, fugas y acciones armadas, casi medio siglo después. También a historiadores y periodistas que me sugirieron lecturas y cedieron libros, nombres, teléfonos o correos de contacto. Al personal del archivo del diario *Clarín*, del diario *La Voz del Interior*, de la Biblioteca Nacional y del Archivo del Servicio Penitenciario Federal, que respondieron en forma cálida mis pedidos de consulta. Al equipo de Penguin Random House Mondadori, Ana Laura Pérez, Mercedes Sacchi, Florencia Ure y Juan Boido, entre muchos otros, por el apoyo en cada uno de mis libros. A la mesa de periodistas, viejos soldados de la sección Zona (*Clarín*), Pablo Calvo, Gustavo Sierra, Alberto Amato, Lucas

Guagnini, Claudio Savoia y Gerardo Young, que a menudo nos reunimos para celebrarnos. A mis amigos Guido Bilbao, Horacio Convertini, Gabriel Piko y Esteban Talpone, siempre cerca en los momentos necesarios. A mis hijos, que además de echar una mano en la permanente fotocopia de textos, desgrabación de entrevistas y búsquedas bibliográficas, soportaron con hidalguía mis humores en las horas de escritura. Y a Marina, por cada abrazo y cada uno de los días que pasamos juntos. A todos, muchas gracias. Sinceramente.

Buenos Aires, septiembre de 2017

LOS ENTREVISTADOS

SERGIO BUFANO. Militante de las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL). Exiliado desde diciembre de 1976 hasta 1984. Entrevistado en su casa de Buenos Aires el 11 de abril de 2016.

ALICIA PIERINI. Abogada de la Asociación Gremial de Abogados de la Capital Federal entre 1971 y 1974. Entrevistada en su casa de Buenos Aires el 22 de abril 2016.

ENRIQUE SOKOLOWICZ. Militante de las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL). Detenido entre el 30 de julio de 1970 y mayo de 1971 y entre febrero y octubre de 1974. Exiliado en febrero de 1977. Entrevistado en el bar de una estación de servicio en Buenos Aires el 30 de mayo de 2016.

RAÚL MONSEGUR. Militante de las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL). Detenido entre octubre de 1970 y abril de 1971 y entre septiembre de 1971 y el 25 de mayo de 1973. Entrevistado en su casa en la provincia de Buenos Aires el 3 de junio de 2016.

JUDITH SAID. Militante de las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL). Detenida del 26 de junio al 24 octubre de 1971. Entrevistada en un bar de Buenos Aires el 13 de junio de 2016.

JULIO BÁRBARO. Diputado del Partido Justicialista. Entrevistado en su departamento en Buenos Aires el 17 de junio de 2016.

ANNA MARÍA PAPIOL. Militante de las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL). Detenida entre el 2 de noviembre de 1970 y el 26 de junio de

1971 (fuga). Exiliada desde enero de 1977. Entrevistada por correo electrónico el día 30 de junio de 2016. Vive en el exterior.

Pedro Cazes Camarero. Militante de PRT-ERP. Detenido entre el 8 de julio de 1971 y el 25 de mayo de 1973 y entre el 10 de septiembre de 1973 y el 10 de octubre de 1983. Entrevistado en su departamento de Buenos Aires el 1º de julio de 2016.

Juan Manuel Abal Medina. Ex secretario general del Movimiento Justicialista. Asilado en la embajada de México en Buenos Aires entre abril de 1976 y mayo de 1982, con posterior salvoconducto a México. Entrevistado en su estudio jurídico en Buenos Aires el 5 de julio de 2016.

Alicia Sanguinetti. Militante del PRT-ERP. Detenida entre el 8 de julio de 1971 y el 25 de mayo de 1973. Entrevistada en su estudio de fotografía en Buenos Aires el 12 de julio de 2016.

Esteban Righi. Ex ministro del Interior del gobierno de Cámpora. Exiliado desde septiembre de 1974 hasta marzo de 1984. Entrevistado en su estudio jurídico en Buenos Aires el 13 de diciembre de 2016.

Héctor Sandler. Ex diputado de la Nación, 1963-1966 y 1973-1976. Amenazado por la Triple A en octubre de 1974, permaneció "en comisión" en el exterior hasta 1º de marzo de 1975. Exiliado entre mayo de 1976 y 1983. Entrevistado en su departamento en Buenos Aires el 19 de enero de 2017.

Humberto Tumini. Militante del PRT-ERP. Detenido entre febrero de 1972 y el 25 de mayo de 1973, y detenido a disposición del Poder Ejecutivo Nacional entre septiembre de 1974 y septiembre de 1983. Entrevistado en su departamento en Buenos Aires el 2 de febrero de 2017.

Raúl Argemí. Militante del ERP "22 de Agosto". Detenido entre el 21 de junio de 1974 y el 20 de agosto de 1984. Entrevistado en un bar en Buenos Aires el 27 de marzo de 2017.

OSCAR CIARLOTTI. Militante del PRT-ERP. Detenido desde el 6 de marzo de 1974 hasta el 13 de diciembre de 1983. Entrevistado en un bar en Buenos Aires el 5 de abril de 2017.

IGNACIO VÉLEZ CARRERAS. Militante del grupo fundador de Montoneros. Detenido entre el 1º de julio de 1970 y el 25 de mayo de 1973. Exiliado desde el 5 de octubre de 1975 hasta marzo de 1984. Entrevistado en un bar en Buenos Aires el 25 de abril de 2017.

JORGE LUIS MARCOS. Militante del PRT-ERP. Detenido entre el 15 de agosto de 1972 y el 25 de mayo de 1973. Entrevistado en un bar frente a la estación de ómnibus de Rosario el 12 de julio de 2017.

LUIS LOSADA. Militante del grupo fundador de Montoneros. Detenido entre el 1º de julio de 1970 y el 25 de mayo de 1973. Entrevistado en un bar en la ciudad de Córdoba el 13 de julio de 2017.

LUIS RODEIRO. Militante del grupo fundador de Montoneros. Detenido entre el 7 de septiembre y el 25 de mayo de 1973. Exiliado desde abril de 1976 hasta 1984. Entrevistado en su casa en la ciudad de Córdoba el 13 de julio de 2017.

ROBERTO COPPO. Militante del PRT-ERP. Detenido desde diciembre de 1970 hasta el 6 de septiembre de 1971 (fuga) y desde junio de 1972 hasta el 25 de mayo de 1973. Entrevistado por teléfono en la provincia de Córdoba el 13 de julio de 2017.

ALEJANDRO FERREYRA. Militante del PRT-ERP. Detenido desde el 6 de septiembre de 1973 hasta 1984. Entrevistado en su casa de Villa General Belgrano, provincia de Córdoba, el 14 de julio de 2017.

CARLOS PONCE DE LEÓN. Militante del PRT-ERP. Detenido entre el 31 de marzo de 1972 y el 25 de mayo de 1973 y entre el 6 de septiembre de 1973 y el 7 de septiembre de 1984. Entrevistado en su casa en la provincia de Buenos Aires el 19 de agosto de 2017.

BIBLIOGRAFÍA

Libros

Acuña, Carlos Manuel, *Por amor al odio. La tragedia de la subversión en la Argentina*, Buenos Aires, Del Pórtico, 2000.

Amato, Fernando y Boyanovsky Bazán, Christian, *Setentistas. De La Plata a la Casa Rosada*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973*, Buenos Aires, Norma, 1997.

Anónimo, *Máxima peligrosidad*, Buenos Aires, Candela, 1973.

Baschetti, Roberto (comp.), *Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular*, La Plata, De la Campana, 1995.

Beguán, Viviana, *Nosotras, presas políticas. Obra colectiva de 112 prisioneras políticas entre 1974 y 1983*, Buenos Aires, Nuestra América, 2006.

Bernetti, Jorge Luis, *El peronismo de la victoria*, Buenos Aires, Legasa, 1983.

Blixen, Samuel, *Conversaciones con Gorriarán Merlo*, La Plata, De la Campana, 1997.

Carnovale, Vera, *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

Celesia, Felipe y Waisberg, Pablo, *La ley y las armas. Biografía de Rodolfo Ortega Peña*, Buenos Aires, Aguilar, 2007.

— *La Tablada. A vencer o morir. La última batalla de la guerrilla argentina*, Buenos Aires, Aguilar, 2013.

Cesaroni, Claudia, *Masacre en el Pabellón Séptimo*, Buenos Aires, Tren en Movimiento, 2015.

Chaves, Gonzalo y Lewinger, Jorge, *Los del 73. Memoria montonera*, La Plata, De la Campana, 1998.

Cortázar, Julio, *Libro de Manuel*, Buenos Aires, Alfaguara, 2015.

Csipka, Juan Pablo, *Los 49 días de Cámpora. Crónica de una primavera rota*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

Dalmazzo, Gustavo, *El duelo de los generales. Perón, Lanusse*, Buenos Aires, Vergara, 2005.

Dandan, Alejandra y Heguy, Silvina, *Joe Baxter. Del nazismo a la extrema izquierda. La historia secreta de un guerrillero,* Buenos Aires, Norma, 2006.

D'Antonio, Débora, *La prisión en los años 70. Historia, género y política*, Buenos Aires, Biblos, 2016.

De Santis, Daniel (comp.), *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP, documentos*, tomo I, volumen 2, Buenos Aires, Nuestra América, 2006.

— *La historia del PRT-ERP: por sus protagonistas*, Temperley, Estación Finlandia, 2010.

Ferreyra, Alejandro, *Memoria de los vientos. La identidad como construcción*, Córdoba, Babel, 2008.

Flores, Gregorio, *Lecciones de batalla. Una historia personal de los 70*, Buenos Aires, R y R, 2013.

Garaño, Santiago y Pertot, Werner, *Detenidos-aparecidos. Presas y presos políticos desde Trelew a la dictadura*, Buenos Aires, Biblos, 2007.

García, Héctor Ricardo, *La culpa la tuve yo. Militares, ERP, López Rega y AFIP*, Buenos Aires, Planeta, 2012.

Gorriarán Merlo, Enrique, *Memorias. De los setenta a La Tablada*, Buenos Aires, Planeta, 2003.

Gutman, Daniel, *Sangre en el monte. La increíble aventura del ERP en los cerros tucumanos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010.

Hendler, Ariel, *La guerrilla invisible. Historia de las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL)*, Buenos Aires, Vergara, 2010.

James, Daniel (director de tomo), *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, capítulo VIII: Gordillo, Mónica B., "Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973", Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

Jozami, Eduardo, *2922 días. Memorias de un preso de la dictadura*, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.

Lanusse, Alejandro Agustín, *Confesiones de un general*, Buenos Aires, Planeta, 1994.

Lanusse, Lucas, *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Buenos Aires, Vergara, 2005.

Larraquy, Marcelo, *De Perón a Montoneros. Historia de la violencia política en la Argentina*, Buenos Aires, Aguilar, 2010.

— *Argentina. Un siglo de violencia política. 1890-1990. De Roca a Menem. La historia del país,* Buenos Aires, Sudamericana, 2017.

Larraquy, Marcelo y Caballero, Roberto, G*alimberti. De Perón a Susana. De Montoneros a la CIA,* Buenos Aires, Aguilar, 2010.

Lejtman, Román, *Perón vuelve. Intrigas en el exilio y traiciones en el regreso*, Buenos Aires, Planeta, 2012.

Lewinger, Jorge, *Vueltas. Relatos autobiográficos de un militante de los 70*, La Plata, De la Campana, 2013.

Licht, Silvia, *Agustín Tosco, 1930-1975. Sindicalismo clasista, socialismo y peronismo revolucionario*, Buenos Aires, Biblos, 2010.

Martínez, Tomás Eloy, *La pasión según Trelew*, Buenos Aires, Aguilar, 2004.

Mattini, Luis, *Hombres y mujeres del PRT-ERP (La pasión militante)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1990.

Mazzei, Daniel, *Bajo el poder de la caballería. El Ejército Argentino (1962-1973)*, Buenos Aires, Eudeba, 2012.

Micale, Adriana y Correas, Jaime, *Hechos polvo. Cadáveres errantes y degollados en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Olmo, 2015.

Petralito, Christian y Alderete, Alberto, *Trelew. Historia de una masacre y la organización popular como respuesta*, Buenos Aires, Nuestra América, 2016.

Petric, Antonio, *Así sangraba la Argentina. Sallustro, Quijada, Larrabure*, Buenos Aires, De Palma, 1980.

Poniatowska, Elena, *La noche de Tlatelolco. Testimonios de historia oral*, Buenos Aires, Marea; México, Era, 2015.

Potash, Robert A., *El ejército y la política en la Argentina (1962-1973). De la caída de Frondizi a la restauración peronista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.

Pozzi, Pablo A., *"Por las sendas argentinas…". El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Buenos Aires, Eudeba, 2001.

— *Historias de "perros". Entrevistas a militantes del PRT-ERP*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2012.

Robin, Marie-Monique, *Escuadrones de la muerte. La escuela francesa*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005.

Rodeiro, Luis, *Fantasías de bandoneón (una disidencia montonera)*, Santa Fe, De la Cortada, 1996.

Rosencof, Mauricio y Fernández Huidobro, Eleuterio, *Memorias del calabozo*, Buenos Aires, Pázcuaro, 1998.

Sanguinetti, Alicia, *El Devotazo. Fotografías, documentos*, Buenos Aires, Colectivo El Topo Blindado, 2013.

Sarlo, Beatriz, *La batalla de las ideas. 1943-1973*, Buenos Aires, Ariel, 2001.

— *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

Sommi, Luis, *Neuquén. Vida de los presos políticos*, Buenos Aires, Partenón, 1946.

Svetlana, Alexiévich, *Voces de Chernóbil*, Buenos Aires, Debate, 2015.

Trotta, Alberto, *Las luces no alcanzaron. Presos políticos, de Lanusse al Devotazo*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2009.

Urondo, Francisco, *La patria fusilada*, Buenos Aires, Ediciones de Crisis, 1973.

Vargas Llosa, Álvaro, *Historia de Mayta*, Buenos Aires, Punto de Lectura, 2011.

Vézzetti, Hugo, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

Yofre, Juan B., *Volver a matar. Los archivos ocultos de la "Cámara del terror" (1971-1973)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

Zito Lema, Vicente (comp.), *Trelew. Una ardiente memoria*, Buenos Aires, La Llamarada, 2015.

Artículos

Antognazzi, Irma, "La lucha armada en la estrategia política del PRT-ERP (1965-1976)". Dossier: "Cien años de lucha socialista", *Razón y*

Revolución, nº 3, invierno de 1997, reedición electrónica.

Bufano, Sergio y Roth, Gabriel, "Orígenes de las FAL. Entrevista a Juan Carlos Cibelli", *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, año 1, nº 1, diciembre-enero-febrero, 2004-2005, págs. 32-45.

Caviasca, Guillermo, "Arturo Lewinger y los orígenes de las FAR", *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, año 2, nº 6, mayo-junio-julio, 2006, págs. 82-97.

Chama, Mauricio, "La defensa de presos políticos a comienzos de los 70: ejercicio profesional, derecho y política". *Cuadernos de Antropología Social*, nº 32, Buenos Aires, 2010.

— "Movilización y politización: abogados de Buenos Aires entre 1968 y 1973", en Anne Perotin-Dumond, *Historizar el pasado vivo en América Latina*, Santiago, Chile, Universidad Alberto Hurtado, Centro de Ética, 2007.

Cremades, Nelson, "25 de mayo de 1973. La defensa del Instituto de Detención de la Capital Federal (U. 2)", yofuiunrodillasnegras.blogspot.com (consulta: septiembre de 2017).

Documento, "Fracción Roja, La escisión del ERP", Buenos Aires, año 3, nº 9, 2007, págs. 111-144.

"Documento Verde" (1972), "Crítica a Montoneros desde Montoneros. El documento de 'Los Sabinos'", *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, año 2, nº 6, mayo-junio-julio, 2006.

Eidelman, Ariel Esteban, "El desarrollo de los aparatos represivos del Estado argentino durante la 'Revolución Argentina', 1966-1973", Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2010.

— "La Cámara Federal en lo Penal. La actividad del fuero antisubversivo, entre los años 1971 y 1973", V Jornadas de Sociología de la UNLP,

Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Sociología, La Plata, 2008.

— "El PRT-ERP y la lucha por la libertad de los presos políticos, 1971-1973", *Sociohistórica,* nº 25, La Plata, junio de 2009.

Inchauspe, Leandro (Universidad Nacional de Córdoba), "Decididos de Córdoba. Aproximaciones a la experiencia del PRT-ERP en la Córdoba de los setenta", V Jornadas de Sociología de la UNLP, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Sociología, La Plata, 2008.

Lanusse, Lucas (Universidad de San Andrés), "Caer y volver a levantarse. La situación de Montoneros entre fines de 1970 y comienzos de 1972", XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Pozzi, Pablo (UBA), "Para continuar con la polémica sobre la lucha armada", *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, año 2, nº 5, febrero-marzo-abril, 2006, págs. 44-53.

Seveso, César, "Escuelas de militancia: la experiencia de los presos políticos en Argentina, 1955-1972", *Contracorriente*, vol. 6, nº 3, Universidad de Houston, Estados Unidos, verano de 2009.

Terán, Oscar (UBA-UNQ), "La década del '70: la violencia de las ideas", *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, año 2, nº 5, febrero-marzo-abril, 2006, págs. 20-28.

Vélez Carreras, Ignacio, "Los grupos originarios", *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, año 1, nº 2, marzo-abril-mayo, 2005, págs. 4-25.

Weisz, Eduardo, "ERP 22 de Agosto: fracción por Cámpora en el PRT-ERP", *Lucha Armada en la Argentina*, Buenos Aires, año 1, nº 2, marzo-abril-mayo, 2005, págs. 26-45.

Otras fuentes

Archivo del Museo del Servicio Penitenciario Federal
Biblioteca Nacional
Diarios *Clarín*, *La Opinión* y *La Voz del Interior*

APÉNDICE

El 26 de mayo de 1973, la Secretaría de Prensa y Difusión de la Presidencia de la Nación dio a conocer el decreto nº 11 del indulto de 371 detenidos políticos. Los nombres y su ubicación se reproducen tal como fueron publicados en ese decreto.

Maternidad Sarda - Policía Federal
Roldán de Pontano, María de los Ángeles

Internos alojados en el Instituto de Detención de la Capital Federal. Código 1
Aguinagalde, Jesús María
Alsina Bea, Andrés Ernesto
Álvarez, Carlos Alberto
Álvarez de Igarzabal de Funes, María Ester del Valle
Andrada, Jorge Héctor
Andreu de Bentacourt, Irma Rosa
Arbelos, Carlos Alberto
Armengol, Daniel
Artieda Rico, Ricardo José
Arrascaeta, Eberto Teófilo
Avendaño de Gómez, Juan del Carmen
Averame, Ángel Fausto

Ballerio, Néstor Américo
Barral, Cecilia Beatriz
Barraza, Ramón Eduardo
Barrientos, Ricardo Alberto
Benassi, Marta María
Beristain, José Eduardo
Berlín, Sergio Paz
Berraute y Villar Oberlin, Ana
Bianco, Francisco
Bibiano, Tomás Pedro
Bisceglia, Julio Enrique
Blessa, Sonia Alicia
Bollatti de Yrurzun, María Cristina
Bonfiglio de Armengol, María Cristina
Branda de Quiroga, María Jorgelina
Bulacio, Tomás Ángel
Cambiaso, Osvaldo Agustín
Camps, Alberto Miguel
Casabonne de Guerra, Alicia Elena
Casasola, Stella Maris
Castro, Lucio Omar
Castro, Silvano Marcelo
Cavallini de Ballerio, Marisa
Cazes Camarero, Pedro Luis
Cenzano, Elsa Ester
Cerbia, Francisco Carlos
Cerviño, María Luisa
Christeller, Jorge Roberto Ángel
Churruarin, Raúl Alberto

Codan, Elena
Coronel, José Carlos
Crespin, Gloria Raquel
Da Silva Parreira, Elena María
Da Silva Parreira, José Luis
D'Adamo, José
Damonte, Luis Jorge
D'Angelo, Juan Carlos Antonio
De Benedetti, Ema Angélica Elide
De Benedetti, Osvaldo Sigfrido
De Leonardi, Elena Yolanda
Debandi, Carlos
Delfino de Ortolani, Liliana Marta
Delicosta, Rubén Jorge
Dentensano, Elvira Alba
Deslarmes, José Esteban
Di Chiara, Daniel Enrique
Díaz de Picardi, Susana Elena
Dondis, Pedro Raúl
El Ganame, Josefina Zulema
El Ganame, María Zaide
Elena, Carlos Guillermo Gerónimo
Elgarte, Ana María
Ernest, Fred Mario
Esper de Maggio, Adriana María
Galarraga, Osvaldo Maximiliano
Gallo, Juan Carlos
García, Dardo Oscar
Gatto, Silvia Ana María

Giache de Schneider, Susana del Carmen
Giménez, Eduardo Domingo
Godano, Alcides Francisco
Godoy, Agustín Ángel
González, Carlos Jacinto
Gramajo de Ybarra, Carmen
Guerrero de Bernal, Elisa Justa
Gutiérrez, Ángel Belisario
Gutiérrez, Arnaldo Sebastián
Haidar, Ricardo René
Hechín de Ripodas, Graciela Teresita
Herrera, Martín Ignacio
Hillcoat, Alberto Guillermo
Hodgers, Silvia
Imaz de Ojea Quintana, Graciela
Jiménez, Jorge Emilio
Jorge, Adela Leonarda
Juárez Robles, Lucinda Delfina
Labraña, Luis Roberto
Lanzilloto, Ana María
Lavalle de Reyna, Graciela Liliana
Lenti, Osvaldo Alfredo
Lezcano de la Torre, Ana María
Liprandi de Vélez, Cristina
Llorens, Manuel María
Londeiro, Daniel Norberto
López, Arcángel Gabriel
López, Juan Domingo
López, Miguel Ángel

López de Zineroni, María Cristina
Lucero, José Armando
Luján Arias, Adriana Mónica
Luna, Carlos Julio
Machado, Gloria Susana
Machalski, Andrés Esteban
Maguid, Carlos Alberto
Malamud de Aguirre, Lidia Marina
Mansilla de Gutiérrez, Olga Raquel
Márquez de Alderete, Ramona Emperatriz
Martino, Manuel Roberto
Mattioli, José Alfredo
Maucieri, María Elena
Menajovsky, Eduardo Adrián
Miranda, Diego
Mitidiero Da Silva, Mirta Adriana
Monti, Enrique Hugo
Montoya, Roberto
Moreyra, Ana María
Moreyra, Faustino Roque
Mosquera, Carlos Felipe
Moyano, Aristóbulo Daniel
Nicolay, Armando Héctor
Nivoli, Marcelo Raúl Victorio
Oberlín, René Honorio
Ortolani Asuar, Luis
Palacios, Hilda Flora
Papaterra de Mende, María Leonor
Pardini, Carlos Alberto

Pastrana, Huberto René
Pérez, Oscar Alfredo
Pérez de Nacci, María Lucía
Pianaroli, Luis Ricardo
Pintos, Ricardo
Ponce, Manuel Ángel
Ponce de León, Carlos Tomás
Portugheis de Goldenberg, Elsa Rosa
Quinteros, Rosa del Carmen
Quiroga, Saúl Enrique
Quiroga de Porfidio, Beatriz Mariana
Rivas, Eduardo Ismael
Roca, Alfredo Mario
Roldán, Ernesto Ermelindo
Romero, Honorio
Roque, Juan Julio
Ruscio, Alfredo
Salto, María Emilia
Samaniego Villamayor, Ignacio
Sanguinetti, Alicia
Sobko, Pedro Miguel
Stenfer, Gustavo Natalio
Strukellj, Mario Silvano
Svagusa, José Alberto
Swica de Caravelos, Lucía Mirta
Tanzer, Silvia Francisca
Triay de Johnson, Diana Miriam
Trotta, Alberto Enrique
Trovato, Carlos Antonio

Urdampilleta, Silvia Inés
Urondo, Francisco Reinaldo
Vallejo de Pérez, Rosa Victoria
Vara, Santiago Armesto
Varas, Roberto Gabriel
Vega, Ramón Jorge
Velázquez, Alicia
Vélez, Ignacio
Veloso, Luisa
Viecho, Francisco Alejandro
Villafañe de Luna, María Rosa
Villanueva, Antonio Milagro
Worm, Oscar Alberto
Yacomini, Ricardo Julio
Yakowitz, Alberto Pedro
Ybarra, Emilio Antonio
Yofre, Gabriela
Zamboni de Coccoz, Cristina María Isabel

Detenidos políticos en establecimientos del gobierno de Córdoba
Carulo, Carlos Arturo
Dreller, Néstor Daniel
García, Washington Alejandro
Koffman, Jorge Oscar
Luna, Héctor Rodolfo
Maggio, Roque Ramón
Mende, Jorge Raúl
Milia, María Alicia
Morales, Ramón Victorio

Pirles, Roberto Rufino
Salomón, Jorge Marcelo
Sciarreta, Elvio Oscar o Bustos, Miguel Ángel
Staps de Lorenzo, Alicia

Detenidos políticos en establecimientos de la cárcel de Santa Fe
Ballerio, Néstor Américo
De la Torre, Sara Luján
Godoy, Agustín Ángel
Pastrana, Humberto René
Yodice, José Luis

Detenidos políticos en establecimientos de la cárcel de Tucumán
D'Angelo, Juan Carlos Antonio
González, Víctor Hugo
Montenegro, José Oscar
Morán, José Jorge
Penseroli, Héctor Fernando
Ríos, Juan Jesús
Rosemberg de Salatino, Sara Inés
Salatino, José Guillermo
Villafañe, Roberto Antonio

Detenidos políticos en establecimientos de la cárcel de La Plata
Negrín, Sidel o Fidel Batallá
Caride, Carlos Alberto Rubén

Alojados en el Instituto de Detención de la Capital Federal. Código 3
Cabrera, Julio Raúl

Castiglioni, Miguel Ángel
Charania, Manuel
González, Obdulio Enrique
Longinov, Juan Basilio
Roig Blade, Daniel
Rojas, José Ciríaco
Salamanca, Fluvio Warfil

Detenidos alojados a disposición de la Cámara Federal en lo Penal de la Nación y otros juzgados, procesados y condenados
Aguilar, Raúl Eduardo
Aguirre, Juan Carlos
Alderete, Julio Salvador
Alderete, Ramón Oscar
All, Carlos Emilio
Allende, Eduardo Oscar
Álvarez, Rubén Alberto
Álvarez, Segundo Arturo
Ameri, Raúl Héctor
Aráoz, Julio César
Arias, Héctor Ricardo
Arquiola, Emilio Enrique
Arroyo, Juan Carlos
Ávalos Noguera, Sebastián Pedro
Barreiro, Raúl Alberto
Barrionuevo, Miguel Ángel
Berrondo, Francisco Moisés
Bie, Víctor Jorge
Bossi, Reynaldo José Ramón o Daniel Bartolomé

Brigiler, Reynaldo José Ramón
Callaci, Vicente Oscar
Candioti, Edmundo Gerónimo
Caravelos, Jorge
Carrizo, Celedonio
Carrizo, Juan Manuel
Castro, Silvano Marcelo
Caqucino, Guillermo Alfredo
Ceballos, Bernabé Antonio
Cocoz, Javier Ramón
Colques, Benjamín
Copello, Raúl Luis
Coppo, Roberto Eduardo
Cortoné o Cotone, Jorge Alberto
Cotu o Cottu, Jesús
Curtino, Roberto Andrés
Diez, Rolando Aurelio
Drangosch, Hugo Ricardo
Ducca, Hugo Marcos
Durdos, Juan Carlos
Elizaldo Leal, Alberto Clodomiro
Etchegaray, Ramón Bernardo
Falcon, Salvador Martín
Farías, Juan
Fernández, Antonio del Carmen Enrique
Fierro, José Alberto
Figueroa, Carlos Emilio
Flores, Julio Argentino
Franco, Norberto Mario

Fuenzalida, Miguel Ángel
Gaitini, Luis Alejandro
Gallo, Juan Carlos
Gamboa, Eduardo Ramón
Garamona, Guillermo Oscar
Garay, Aníbal Lucas
Garay, Carlos Luis
Gargiulo, Roberto Simón
Giribaldi, Osvaldo José
Giuliani, Miguel Ángel
Gómez, José Guillermo
Gómez, Ramón Alberto
González, Eduardo Arturo
González, Manuel Alberto
González de Langarica, Paulo Antonio
Guerra, Edgardo Domingo
Gutiérrez, Carlos Rolando
Gutiérrez, José Heriberto
Gutman, Eduardo Jorge
Host Venturi, Francisco Salvador
Hynes, Miguel
Jaime, Armando
Jouve, Juan Héctor
Kein, Víctor Hugo
Koncurat, Juan
Laluf, Carlos Rodolfo Juan
Lea Place, Luis Arturo
Lemma, Armando
Lewinger, Jorge Omar

Lezcano, Raúl Isidro
Llorens, Pablo María
Llorens, Sebastián María
Logiurato, Aroldo Santos
Lorenzo, Manuel Alberto
Lozada, Luis Augusto
Maigua, Hermenegildo
Marco, Martín Ricardo
Marcos, Jorge Luis
Mariani, Athos Lorenzo
Martínez, Ramón Heriberto
Melul, Natalio David
Méndez, Federico Evaristo
Menesses, Juan Carlos
Migliora, Armando Silvio Adrián
Molina, Jorge Carlos
Molina, Juan Andrés
Molina Oliva, Hugo Ignacio
Molinete, Eduardo Tomás
Monsegur, Raúl Luis
Monserrat, Daniel José
Montenegro, Oscar Antonio
Morales, Eliseo Osvaldo
Moya, Juan Antonio
Nadalich, Víctor Francisco
Navarro, Juan Manuel
Negri, Carlos Oscar
Negri, Manuel
Olmedo, Horacio Osvaldo

Onetti, Carlos Guillermo
Ozores, Raúl Benjamín
Pedregoza, Alfonso
Pistán, Inocencio Marcelo
Plouganou, Jorge Carlos
Ponce Chasampi, Francisco Gerónimo
Pontano, Carlos Rogelio
Pot, Néstor Andrés
Puyol Mantaraz, Norberto Victoriano
Quadro, Jorge César
Quiñones, José Héctor
Rearte, Juan José
Remonda, Jorge Raúl
Reyna Galán, Jorge Emilio
Reynoso, Santos Raúl
Riestra, Antonio Savino
Ripodas, Crisantos
Rodeiro, Luis Enrique
Ruocco, Miguel Ángel
Sachi, Julio Ramón
Salguero, Cecilio Manuel
Santa Cruz, Julio Ángel
Santillán, Carlos Benjamín
Sastre, Jorge Horacio
Schimpfle, Pedro
Schneider, Sergio Efraín
Segura, Daniel Armando
Sena Moreyra, Juan Carlos
Silva, Ricardo

Sosa, Hugo Alberto Antonio
Sosa, Roberto Mario
Soto, Alberto
Streger, Eduardo Miguel
Suárez, Rubén Oscar
Tabarcache, Marcelo Manuel
Tello, Carlos Gustavo
Tumini, Humberto Miguel
Turelli, Roberto Ángel
Uboldi, Roberto Oscar
Valenzuela, Edgardo Julio
Viale, Aníbal Luis
Viecho, Francisco Alejandro
Villa, Daniel Octavio
Yañez, Tirso Luis